

JUAN MADRID

**LOS HOMBRES
MOJADOS
NO TEMEN
LA LLUVIA**



Liberto Ruano, abogado mujeriego y perdidamente romántico, socio del bufete Feiman & Ruano se mueve con igual soltura por juzgados y bajos fondos. Todo va a cambiar cuando se ve envuelto en el asesinato de una prostituta, amenazada a causa de un DVD comprometedor, distraído a un magnate de turbios negocios. Para aclarar el caso y escapar a las sospechas, Liberto sólo cuenta con la ayuda de su informante, Aurelio Pescador, un hombre extraño de no muy claro pasado, y Andrés Feiman, un exiliado argentino de exquisita cultura, socio del bufete. Pero nada, ni nadie es lo que parece. ¿Qué contiene en realidad el DVD? ¿Qué tiene que ver la 'ndrangheta, la misteriosa organización mafiosa calabresa, con los grandes banqueros, fuera de toda sospecha?



Juan Madrid

Los hombres mojados no temen la lluvia

ePub r1.0

Mangeloso 28.12.13

Título original: *Los hombres mojados no temen la lluvia*

Juan Madrid, 2013

Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

XIV PREMIO DE NOVELA FERNANDO QUIÑONES

El XIV Premio de Novela Fernando Quiñones está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Nadia Consolani, Jesús Ferrero, Soledad Puértolas, Jorge Martínez Reverte y Valeria Ciompi otorgó a *Los hombres mojados no temen la lluvia* el XIV Premio de Novela Fernando Quiñones.

A Rubem Fonseca, maestro, del que sigo aprendiendo sin cesar. A
Francesco Forgione, ex presidente de la Comisión Parlamentaria
Antimafia de Italia (2006-2008), por su inestimable ayuda, y a Elena
Abril por muchas cosas.

Mojado. adj. Voz de argot talegario. Dícese del hombre que ha matado más de una vez. Hombre sin temor al que no le importa su futuro, ni las consecuencias de sus actos.

Mojar. Acción de matar. Comprometerse en algo.

Como si fuera un prólogo

Sé que todo texto literario o discurso narrativo, sobre todo los elaborados en primera persona, es inevitablemente falso y encierra mentiras y máscaras (Lacan). Este no es una excepción. A veces dudo de que las cosas ocurrieran tal como se narran aquí. Ahora, mucho después, sé que el encuentro con Aurelio Pescador en Casa Camacho y con Cristina en el bar La Joya no fueron fortuitos, ni debidos al azar. Aurelio me buscaba, quería verse conmigo, probablemente guiado por un sentimiento profundo de expiación, forjado durante más de cincuenta años de silencio. Y en cuanto a Cristina, ella misma me confesó, meses después, que me buscaba ansiosamente tras nuestra conversación en Le Cock, según ella, motivada por sentimientos nobles. La participación de la *famiglia* y del propio Aurelio en los hechos posteriores carecían de importancia para ella. Llegó a decirme que nuestros destinos ya estaban trazados, era inevitable.

De esa manera supe que Aurelio y yo compartíamos una fatalidad común, la condena de asumir roles, que en mi caso no habían sido elegidos, pero de los que ninguno de los dos podía eximirse. Sin embargo, no era eso únicamente lo que nos unía. Ambos habíamos vivido la ausencia de un gran amor, entrevisto en algún momento de nuestras vidas, desvanecido luego entre la bruma de los sueños y la fantasía. Las historias de amor que tuvimos la mala suerte de experimentar se convirtieron para los dos, con el paso del tiempo, en una fábula o en un pretexto para mantenernos vivos.

Más tarde, cuando pude releer el Cuaderno que Aurelio me entregó —una especie de extraño diario—, me di cuenta de que aquellas páginas podían calificarse de extremadamente dudosas, dado su carácter de expiación.

Descubrían, además de la clave oculta de mi origen y linaje, la terrible soledad de su vida que tan profundamente me conmovió.

Sin embargo, y esto es lo más importante, en las páginas de ese Cuaderno estaban las claves secretas de mi inexorable destino, que entonces no pude calibrar y que hoy he aceptado como inevitables.

Sé que en la vida real el azar existe y es muy frecuente. Pero también sé que en literatura acudir al azar demuestra falta de inventiva y es contraproducente. Ningún escritor que se precie debe incluir el azar en las historias que cuenta. El espectador, oyente o lector se distancia y pierde interés por lo que le están contando. Por eso quiero aclarar que no fue el azar lo que provocó que Aurelio Pescador ni Cristina se acercaran a mí.

Hay un paradigma en mi oficio, la abogacía: lo que parece sencillo nunca lo es, y al revés, lo que se presenta complicado es en realidad muy simple. Enseñanza de Vilanova, mi maestro; algún día se hará justicia con él. De haber tenido en cuenta esa máxima, hubiera podido resolver el caso mejor y en menos tiempo. La inestimable ayuda de mi amigo, el escritor Juan Delforo, convirtió algo que podría haberse clasificado como unas *Confesiones*, al estilo de las de Agustín de Hipona, en algo parecido a un texto literario. A él se deben algunos entresijos y recovecos del carácter y la personalidad que él me atribuye. Los acepto como una licencia poética, o exigencia del texto, pero en ningún caso pueden convertirse en un retrato de lo que soy, en sentido estricto.

Sin embargo, es justo constatar que la solución del caso se debió, sobre todo, al Cuaderno de Aurelio Pescador. Y, en menor medida, a las dotes literarias de mi viejo amigo Delforo. Él interpretó con gran intuición los interrogantes de esta historia, que incluyen las relaciones entre Carlos Urbani, Aristos Méndez, Clara Sotomayor, Barrera, el propio Aurelio Pescador y los demás actores de esta fábula, entre los que me encuentro yo mismo. Su ayuda fue inestimable para que pudiera escribirse esta novela. Aunque, conviene aclararlo una vez más, no todo lo que se narra aquí responde a la más estricta verdad. Es muy posible que las cosas sucedieran de otra manera, y que los culpables no sean los que aparecen en estas páginas.

Lo único cierto es, quizás, que mi destino futuro, para el resto de lo que me queda de vida, lo trazó Aurelio Pescador. Y que yo lo acepté como inevitable.

LIBERTO RUANO

1

Es posible que esta historia comenzara aquella mañana, cuando la jueza del 38, Carmen Blanco, nos recibió en audiencia previa a mí y a Monteiro, el abogado de la otra parte, en la sala del tribunal del juzgado. Estaba atractiva con su traje de chaqueta gris marengo y el toque amarillo del fular que le cubría el cuello.

La jueza nos preguntó:

—Señores letrados, ¿están dispuestos a un pacto a entera satisfacción de ambas partes?

Me volví a Ágata, sentada entre los procuradores en la primera fila. Asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Con la venia, señoría —dije—. Aceptamos la propuesta de mi distinguido colega, el señor Monteiro. Pero añadimos seis mil euros más.

Saqué del bolsillo interior de mi chaqueta la agenda que me había entregado Aurelio Pescador y me puse a pasar hojas.

Monteiro se quedó en silencio. Representaba a Gabeiras, «el Rey de las Chicas Guapas». Era un abogado correoso, bajito y bien vestido. Pero sabía que lo tenía pillado. Al cabo de unos instantes respondió:

—Con la venia, señoría. Aceptamos la sugerencia de mi colega, la cifra total será de veintiún mil euros.

Habíamos ganado en audiencia previa. En el pasillo, Monteiro me dijo:

—Eres un pedazo de cabrón, Ruano. Un jodido tramposo. ¿Cómo has conseguido esa agenda?

—Jódete, Monteiro.

Nos dimos la mano.

—Quiero esa agenda, Ruano —me dijo—. Que no se te olvide.

Una hora después terminamos los trámites. Monteiro se llevó la agenda y Ágata y yo salimos del juzgado. Tres muchachas nos esperaban en la salida de los Juzgados de Plaza de Castilla. Rodearon a Ágata con las miradas expectantes.

Ágata les anunció:

—¡Hemos ganado, chicas, hemos ganado! ¡Vais a cobrar!

Se pusieron a bailar y a gritar de alegría y me abrazaron, besándome en la cara. Luego nos sentamos en una terraza próxima y brindamos con cerveza. Las tres eran hermanas y querían regresar inmediatamente a Rumanía. Pensaban comprar una peluquería unisex en su pueblo, una aldea de las montañas Kablit, al sudoeste de Bucarest. Algún día tenía que ir por allí, a Kablit. Me presentarían a su familia y, para empezar, tendría corte de pelo gratis. Más tarde volvieron a besarme y se marcharon.

Llevaban dos años trabajando para Gabeiras en el circuito de sus puticlubs de carretera. El pacto verbal establecido con él consistía en el treinta por ciento de las consumiciones de los clientes y un cuarenta en los servicios de cama. Pero las cuentas no salían. Gabeiras se aprovechaba de que mis clientas eran prácticamente analfabetas y las engañaba.

Zazá Gabeiras, el Rey de las Chicas Guapas, era un conocido mayorista de prostitutas. Empleaba a más de setenta mujeres repartidas en burdeles de carretera de toda España. A partir de ahora, tendría que tratar a sus chicas de otra manera o se le sublevarían. Ágata se había encargado de sembrar entre ellas la semilla de la rebelión.

Ágata me dijo:

—Gracias, Líber, no podía figurarme que fuera a salir tan bien. Pasaré luego por el despacho a pagaros la minuta.

En realidad, el mérito había sido de Aurelio. Consiguió la agenda privada de Gabeiras, con sus trapicheos y los contactos con las mafias locales, y eso amansó absolutamente a Monteiro. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cantidad, siempre que no la mostrara en el juzgado. Nunca supe cómo Aurelio la consiguió.

—No hace falta que tengas tanta prisa.

—¿Cómo sigue Andrés?

—Como siempre, con sus manías. ¿Por qué no te decides de una vez?

—¡Oh, venga, no empieces!

Ágata me había confesado que le gustaba mi socio en el bufete, Andrés Feiman. Pero no se atrevía a insinuarse. Yo le había propuesto comidas conjuntas, cenas. Se negaba, era tímida.

—¿Quieres que se lo diga? Venga, dame permiso.

—¡Ni se te ocurra! Oye, venga, tengo que irme, Líber. Déjame que invite yo. ¿Te llevo a alguna parte?

—No, gracias —le golpeé con suavidad la mano—, quiero dar un paseo. ¿Por qué no te vienes conmigo a Casa Camacho y nos tomamos unos vermús para celebrarlo?

Soltó una carcajada. Me gustaba la forma que tenía Ágata de reírse.

—Líber, sabes que no puedo beber, me emborracho enseguida y me pongo como loca.

Me miró de forma pícaro. Dejó un billete de veinte euros sobre la mesa, me besó en la frente y se marchó hacia el aparcamiento. La observé caminar. Había sido una muchacha bonita, de una familia con mucho dinero. Su ONG, Frente Hetaira, salía mucho en la prensa. Su papá, aparte de ser uno de los más importantes proveedores de alimentos del mercado central, era dueño de negocios inmobiliarios.

La ONG de Ágata luchaba por conseguir estatus de trabajadoras a las prostitutas. Tenían la sede en una antigua óptica de la calle Desengaño, en el viejo barrio de tolerancia, muy cerca de nuestro bufete. Con su furgoneta recorría los lugares de prostitución llevándoles café y bollos a las chicas y escuchando sus cuitas y desgracias.

En un tiempo contaron conmigo para redactar notas de prensa y comunicados. En cierta ocasión, aparecí en público como abogado de su ONG en una manifestación de prostitutas —ellas se denominaban «trabajadoras del sexo»—, que protestaban por sus derechos, reiteradamente conculcados.

La semana anterior, durante una subasta de cuadros y objetos donados por

amigos y simpatizantes de la ONG, en una antigua sala de fiestas, Ágata se me había echado encima completamente borracha. Yo iba a entrar al servicio de caballeros y ella me empujó dentro. Nos besamos y nos tocamos con la ternura de tigres, hasta que me calmé y pude calmarla a ella. Le hablé con dulzura y le acomodé la ropa. Al día siguiente me pidió perdón, llorando de vergüenza. La tranquilicé todo lo que pude. Le dije que la quería mucho —es verdad—, y que era mi mejor amiga.

Más tarde me preguntó:

—¿Empezaste tú o fui yo, Líber?

Las mentiras piadosas son inevitables en mí. Le dije:

—Fui yo, Ágata. Yo empecé.

Se tranquilizó del todo.

Me gusta pasear. A veces creo que soy el único abogado con bufete abierto que no tiene coche ni teléfono móvil. Caminé por Fernando VI junto a los jubilados, mendigos y parados que no tienen otra cosa que hacer que deambular por las calles. Ese barrio me trae recuerdos. Me detuve unos instantes ante la puerta atrancada de lo que fue el pub de Santa Bárbara. Cuando comencé a trabajar para Vilanova, poco después de terminar la carrera, iba allí casi todas las noches. Nos juntábamos periodistas, escritores y toda suerte de abogados. Por aquel entonces, las noches eran largas, nosotros, jóvenes, y en mi memoria el futuro era prometedor.

El pub cerró hace años, algunos de aquellos viejos amigos murieron. Y yo, ahora, no sé qué hacer con el futuro que me queda.

Casa Camacho se encuentra en el barrio de Maravillas, o de Malasaña, en la calle San Andrés, esquina a la plaza Marqués de Santa Ana. Un bar antiguo con el mostrador de cinc y azulejos andaluces en las paredes, frecuentado por gente del barrio. Aún era demasiado temprano, solo había dos señoras con bolsas de la compra charlando de sus cosas en el rincón de la máquina tragaperras. Aurelio me aguardaba acodado en el otro extremo del mostrador. Bebía a pequeños sorbos un vermú.

Soy cliente de Casa Camacho desde que era estudiante. Acudíamos a la hora del vermú con Vilanova, entonces mi profesor de procesal. Él lo conocía de cuando la facultad de Derecho se encontraba en la calle de San Bernardo. El abuelo Camacho había sido miliciano de la República y nos contaba cosas de la guerra. Respetaba mucho a Vilanova. El viejo murió y el negocio lo llevaba ahora Montoya, su yerno.

Aquel día, el rostro huesudo y pálido de Aurelio, cubierto por antiguas cicatrices, parecía papel mascado. El cabello blanco, cuidadosamente peinado, le daba la apariencia de un aristócrata venido a menos. Sabía que era viejo, pero nunca pude calcular su edad. Podría tener cincuenta, más de sesenta, incluso setenta años. Cuando tiempo después leí su Cuaderno y averigüé que tenía setenta y cuatro años, me asombré. No los aparentaba, era un hombre derecho, delgado, fuerte, con una extraña luz en sus vivaces ojos.

Aurelio trabajaba para mí desde hacía un par de meses. Montoya me lo presentó creyendo que podría servirme. Buscaba trabajo como guardaespaldas o informante. Al parecer, había sido policía o detective en su juventud y tenía mucha experiencia. Dijo llamarse Aurelio Pescador, podía encargarse de cualquier asunto relacionado con la información y la seguridad. Parecía formal. Lo había visto varias veces en el bar, sorbiendo lentamente vermú, callado y ausente.

Me gustaron sus respuestas tranquilas, el aspecto de hombre de otro tiempo. Lo contraté a prueba. Se trataba de un caso de homicidio doloso. Nuestro bufete ejercía la acusación privada de la familia de la víctima. La hija de nuestros clientes, una jovencita embarazada, resultó muerta de un golpe en la cabeza con un pesado cenicero de cristal de roca, a consecuencia de una pelea con su novio. La defensa estimaba que el homicidio había sido involuntario, realizado en el calor de una discusión sentimental. El chico no había tenido intención de matarla.

Aurelio consiguió declaraciones de varios amigos del acusado, se había jactado de que acabaría con ella. Les había confiado a sus amigos que su novia quería endilgarle un hijo que no era suyo. Era de otro chico. Gracias a Aurelio, el caso dio un vuelco espectacular y ganamos. El novio se derrumbó y confesó el crimen.

Le pedí un vermú a Montoya.

—Esta ronda es de la casa, señor Ruano.

—Lo tomaremos a tu salud.

Me coloqué al lado de Aurelio y le palmeé la espalda.

—Ganamos el pleito en audiencia previa. Gabeiras se ha derrotado, ha preferido pactar antes de que le muestre la agenda a su señoría la jueza. ¿Qué te parece?

Le entregué cinco billetes de cincuenta euros. Los guardó en el bolsillo.

—Muchas gracias.

—Tengo más trabajo para ti. ¿Lo quieres?

—¿De qué se trata?

—Un caso penal. —Le puse una servilleta delante y le tendí mi bolígrafo—. A ver, apunta. Una muerte el martes pasado en la discoteca Alunizaje, en Aluche.

—Ya le dije que he venido a España a hacer un trabajo. Cuando me ordenen que lo haga, dejaré lo que esté haciendo. ¿De acuerdo?

—Sí, vale, de acuerdo. ¿Cuándo será eso?

—No lo sé. Puede ser hoy mismo, mañana, pasado... —Me miró—. Que no se le olvide.

Me había dicho que trabajaba para una empresa de seguridad italiana cuyo propietario era un familiar. Había venido a España a resolver un asunto de investigación de un empleado poco fiable. No le pregunté nada más, él nunca entró en detalles.

—¿Cuánto tiempo estarías fuera?

—Unos días. Ya le avisaré al despacho.

—Vale, pero apunta de todas maneras. ¿Conoces esa discoteca? Está por Aluche. Parece una discoteca corriente, pero hay putas, putas rusas. Se hacen pasar por chavalas normales. Las broncas son constantes, pero jamás ha habido una muerte.

—Nunca voy a discotecas. Y si hay putas y drogas, malo.

—Escribe, martes pasado, cuatro de la mañana, pelea en la puerta de la discoteca. Muere un hombre a puñaladas, Rosendo Sánchez Atocha. Mi cliente, Luciano Sobrino, estaba entre los que peleaban. Testigos afirman que

tenía un cuchillo en la mano. Él dice no acordarse, estaba bebido. Tiene antecedentes penales y en el cuchillo la policía ha detectado huellas suyas. Te pagaré lo de siempre, ya sabes, más los gastos. Tráeme información de la buena, Aurelio. He ido dos veces a esa discoteca y no he sacado nada en claro. Quiero que te pongas a trabajar hoy mismo. ¿Lo tienes?

—Sí, ya está. En cuanto sepa algo, le llamaré al bufete.

—¿Te puedo localizar aquí?

—Bueno, ahora estoy parando en La Magdalena, una pensión en la calle Puebla. Puede llamarme ahí. Diga que es el «abogado», nada más. —Me entregó una tarjeta.

—¿Otro vermú?

—Vale.

Nos pusimos a charlar. Bebimos tres o cuatro vermús más. Me preguntó si era casado, con hijos. Le contesté que no. Tenía novias, amigas, pero ahora estaba con una mujer que me gustaba mucho. Es bueno para un hombre tener una mujer, me espetó. Y le pregunté sobre su vida, de dónde era, esas cosas. Me contó que había nacido en la Calabria, en Italia, de familia de origen español. Desde niño hablaba español, era costumbre de su familia enseñarles nuestro idioma a los varones. Había venido varias veces a España, de joven había sido representante de una empresa de transporte en nuestro país y lo conocía bien. La primera vez fue en 1958.

—¿Sabe? Aquel año conocí a una mujer y me enamoré de ella. Ha sido el amor de mi vida. La quise como nunca he querido a nadie. Los dos éramos muy jóvenes, casi unos niños. Pero la maté de dolor y la perdí para siempre. Fue en 1964, seis años después de conocerla. Desde entonces no he vuelto a España. Una vida entera sin verla. ¿Y quiere que le diga una cosa? La sigo amando aun después de muerta.

—¿Y no la volviste a ver desde 1964?

—No la volví a ver nunca más.

—¿Y esa mujer no tiene parientes próximos, amigos?

Hizo un gesto con la mano y se sumió en el mutismo. Nunca habíamos hablado tanto, ni de temas tan personales. Aurelio era más bien callado. Lo atribuí a los vermús.

2

En el bufete, Carmela, nuestra secretaria, se preparaba para marcharse. Era regordeta, acicalada, eficiente. Al verme, me dijo:

—Vaya, mira qué bien, por fin has llegado. Seguro que apestas a vinazo, me apuesto lo que quieras. ¿Has cogido el pedal ahora mismo, o te dura desde ayer?

—Estoy un poquito alegre, Carmela, nada más. Le hemos ganado a Gabeiras en audiencia previa. Lo he celebrado con unos cuantos vermús. ¿Algún cliente nuevo?

—No, pero ha venido ese tío tan pesado, el que dice que su señora le torturaba. Lleva quince minutos esperándote.

—Vale, ¿qué más?

—Andrés está con una pesada en su despacho. Una tía que le está contando no sé qué de amenazas, un coñazo. Ha dicho que la envía Ágata.

—¿Ágata? Acabo de estar con ella y no me ha dicho nada. ¿Quién es?

—Dice llamarse Jenifer, una mulata dominicana o cubana, no sé. Una de esas.

—¿Una de qué?

—De esas, ya sabes. De las que a ti te gustan. Se ha puesto a gritarle a Andrés. Échale una mano, Líber, tu socio es un bendito.

—Está bien. ¿He tenido llamadas?

Dos eran de clientes. La primera era de Luciano Sobrino, el de la discoteca. La otra era del representante de los damnificados de una urbanización cuyos propietarios actuales, una caja de ahorros, habían incumplido el contrato de compraventa. Este caso lo llevábamos Feiman y yo

conjuntamente. El resto de mis clientes no me habían llamado. La tercera llamada era de Ada y me había dejado un aviso: «¿Te acuerdas de la fecha de hoy?».

No se llamaba Ada, sino Julia, Julia del Prado. La llamaba Ada para jugar, me recordaba al personaje principal de *Ada o el ardor*, la novela de Nabokov, un notable pederasta que resultó ser un novelista demasiado prolijo. El tema de la novela era: una niña, Ada, amó a su noviecito del colegio hasta su muerte, a los noventa y tres años. Me gustaba pensar que mi historia amorosa con Julia sería así.

Devolví las llamadas. Dejé a Ada para el final. Me preguntó:

—¿Sabes qué fecha es hoy?

—Nuestro aniversario. ¿Quieres restaurante, teatro, cine?

—Follar, llevas una semana sin venir a verme.

—Te llamo todos los días.

—Sí, para decirme guarradas. ¿En mi casa a las ocho?

Celebrábamos nuestro aniversario cada mes. La había conocido hacía poco más de tres meses durante un simposio de derecho procesal organizado por el Colegio de Abogados. Acompañé a Feiman, que presentaba una ponencia: «El proceso y las nuevas tecnologías». El simposio se celebraba en un hotel de Palma de Mallorca, uno de esos con vistas al mar, varias piscinas, jardines, discotecas y sofisticados spas.

Desde el primer día, asomado al balcón de mi cuarto, la había visto correr por las mañanas por la playa junto a una amiga, con una blusa atada a la cintura —ninguna mujer está de acuerdo con su culo—. Su cabello era negro, corto; sus pechos, pequeños. Pero enseguida me fijé en sus muslos anchos de cabaretera. Me gustan las mujeres con los muslos anchos y duros: Mirta Caval y Marta Meyer los tenían, la Sacedón y Mirian, la brasileña, también. Sin embargo, ha habido otras que no. Quizás eso explique algunos de mis fracasos amorosos.

La última noche del simposio la encontré en la barra del bar, junto a su amiga y dos tipos jóvenes que parecían deportistas. Bebían cubalibres y reían por cualquier cosa. Ella apenas si probaba el suyo. Me apoyé en el mostrador a su lado. Olía bien, un olor limpio a cuerpo de mujer joven.

—¿Habla usted con desconocidos? —le pregunté.

Se volvió. Tenía los ojos verdes, no llevaba maquillaje ni *rouge* en los labios.

—Según. ¿Es usted un desconocido?

—No lo creo. La he estado viendo correr por la playa todas las mañanas.

—¿Usted es el mirón del balcón?

—Sí, soy ese. Y el que la observe no me convierte en un mirón. Los mirones solo se consuelan mirando. Y yo estoy aquí hablando con usted, lo que no me convierte en un mirón clásico, una desviación sexual bastante corriente. ¿Es abogada?

Soltó una carcajada. Estaba un poco bebida, más joven de lo que daba a entender.

—¿Y usted, es abogado?

—Sí, de Feiman y Ruano.

—Entonces usted es Ruano.

—Liberto Ruano, sí. ¿Cómo lo sabe?

—Conozco a su socio Feiman, mi marido lo quiere contratar, habla muy bien de él.

—¿No me diga que está casada con Barrera?

Gerardo Barrera San Julián, el abogado con el despacho más importante del país. Más de sesenta letrados en nómina, socios en Nueva York, Miami, Zúrich. Bancos, gobiernos y grandes *trusts* eran sus clientes. Se le atribuían oscuras operaciones financieras, miembro de la Trilateral, ministro de Justicia en uno de los gobiernos de la transición. Lo conocía, ¿quién no conocía a Gerardo Barrera?

Dirigí la mirada al fondo del salón. La maciza figura de Barrera destacaba en medio de un círculo de lacayos, inclinados hacia él. Feiman también estaba con ellos, pero no se inclinaba. Barrera levantó la mano y nos saludó. Ella le devolvió el saludo, yo hice un gesto con la cabeza. Nos estaba observando.

—¿Le extraña que sea la esposa de Gerardo Barrera?

—Extrañeza no sería la palabra correcta.

—No le voy a preguntar por la palabra correcta.

Me pareció que le brillaban los ojos. Pero se fueron a bailar. Yo continué bebiendo whisky en el mostrador. A las cinco de la mañana llamé a la puerta de su suite. Barrera y su séquito habían abandonado la convención una hora antes.

El cliente que me esperaba se llamaba Alfonso Novo. Había sido alcohólico, al reformarse había decidido ponerle una demanda a su mujer por torturas y malos tratos, acogiéndose a la Ley de Violencia de Género. Venía a visitarme tres veces a la semana, cada vez que recordaba las cosas terribles que le había hecho su esposa. Había conseguido la incapacidad laboral y se aburría.

—Mientras estaba borracho me apagaba colillas en los testículos y en las piernas. Y rodeaba mi cama con bolsas de basuras apestosas. Me decía: «Si eres una basura, vive con la basura». Y me llenaba la habitación de bolsas de mierda. Iba a la calle a recogerlas.

—Vamos a ver, Alfonso, ¿tienes testigos? ¿Alguna prueba?

Se quedó pensativo.

—Las cicatrices, tengo las pelotas llenas de cicatrices. ¿Quiere verlas?

—No hace falta. Tráeme a alguien que haya visto a tu ex recogiendo basuras. ¿Fuiste a algún hospital?

—Sí, fui, ya lo creo. Lo que ocurre es que no me acuerdo.

—Pruebas, Alfonso. Necesito pruebas.

Me dijo que las traería y se despidió. Yo debería haberme quedado en el despacho atendiendo los casos pendientes. Pero se escuchaban voces de mujer desde el despacho de mi socio, decidí intervenir.

Nunca me arrepentiré lo suficiente de aquella decisión.

Jenifer debía de tener poco más de veinte años: regordita, grandes pechos, uñas largas pintadas de rojo intenso, cabello corto tintado de rubio. Le estaba regañando a Feiman, muy enfadada:

—¡Eso no, de eso nada..., usted me tiene que ayudar!

Se calló cuando entré. Feiman me presentó:

—El doctor Ruano, mi socio. Jenifer, cuénteles esa historia de que la están amenazando.

—Ya se la conté a usted.

—Ahora cuéntesela a él.

—Hemos ganado en audiencia previa, Feiman.

—Vaya, muy bien, Líber. Luego hablamos.

Me senté en el sofá. Feiman se quedó en pie. Jenifer comenzó a chuparse el dedo índice. Esperamos. De pronto, dijo:

—Le llaman el marqués. Bueno..., su nombre verdadero no lo conozco, ningún cliente dice su nombre. Es un señor muy importante, con mucho dinero. Luz María también lo conoce. Es mi amiga, la que vino a mi casa. Ella tiene un apartamento por Malasaña, frente a las Bodegas Rivas, pero no quiere llevar a nadie a su casa, dice que es por los vecinos. Por eso vino a mi casa. El cliente quería un trío.

Feiman cruzó su mirada con la mía.

—Dígale a mi socio por qué la está amenazando ese señor.

Volvió a chuparse el dedo y a pasárselo por los labios. La paciencia es también una virtud de los abogados. Vilanova nos decía: «Escuchar, esperar, observar. Tener paciencia».

—Me parece que porque tengo una cosa de él.

—Vamos a ver —a veces Feiman parecía un maestro de escuela—: ese tal marqués, o como se llame, la amenaza porque tiene usted una cosa de él, ¿no es así?

Afirmó con gestos de la cabeza.

—Pues se lo devuelve y ya está —intervine.

—Es que me da miedo.

—¿Qué es lo que tiene de él? —me volví a Feiman.

—Un disquete, una película —contestó Feiman—. Ya verás, es una historia increíble.

—¿Un deuvedé?

—Sí, eso, un deuvedé. Una película.

La situación me cansaba un poco. Le pregunté:

—Oiga, Jenifer, ¿qué hay en esa película?

—No lo sé, yo no tengo ningún aparato de esos para ver películas.

—Un reproductor —afirmó Feiman.

—Sí, eso. Yo no tengo uno de esos reproductores. Tengo televisión, eso sí.

—¿Por qué tiene miedo? —intervine.

—Cuando le llamé y le dije que se había olvidado el disquete en mi casa, se puso como loco y me empezó a gritar y a decirme que se lo devolviera, que me iba a matar.

—¿La iba a matar? ¿Recuerda esas palabras exactamente? Haga memoria, señorita.

—Sí, eso me dijo. Que me iba a matar si no se lo devolvía. Por eso he venido aquí, con ustedes. Quiero denunciarle por amenazas.

—¿Por qué no ha acudido a la policía?

Negó con repetidos movimientos de cabeza.

—No, no... Ágata me dijo que ustedes me podrían ayudar. Quiero denunciarlo en el juzgado. Nosotras estamos... somos, muy indefensas. Los clientes nos maltratan a veces, nos pegan. Nos quitan el dinero. Usted sabe eso. Ada nos dijo que si pasaba eso, viniéramos para ustedes. Usted me conoce, señor Feiman.

Feiman le dijo:

—Vamos a ver, Jenifer, díganos la verdad. ¿Cómo consiguió ese disquete o película?

—El marqués se la dejó en mi casa, ya se lo he dicho.

—Vaya —manifestó Feiman—, de manera que fue a su casa y se dejó allí esa película. ¿Es así o me equivoco?

Jenifer afirmó con movimientos de cabeza.

Yo le dije:

—Disculpe, ¿a qué se dedica usted, señorita Jenifer? ¿Es usted... prostituta?

—¿Yo? Bueno... —Se encogió de hombros—. Soy masajista diplomada.

—Masajista... Bien, continúe, por favor.

—Pues eso, lo que le decía, el señor ese, el marqués, se marchó y se dejó olvidada la película. Estaba en un sobre negro, de plástico. Y cuando le llamé

para decirle que se le había olvidado, se puso como loco y me amenazó. Estoy muy asustada.

—¿Ha traído esa película?

—No, la tengo guardada.

Feiman y yo intercambiamos otra mirada.

—¿Cuánto le pidió, Jenifer? ¿Mil euros, dos mil, un millón? ¿Qué había en esa película?

La muchacha se puso en pie, apretando el bolso contra su pecho. Se le había demudado el rostro.

—Ágata me dijo que ustedes me ayudarían. —Lanzó una mirada furiosa a Feiman—. Usted me dijo antes que me iba a ayudar.

—Claro, por supuesto, pero tiene que decirnos la verdad.

—¿Dónde tiene esa película? Nos gustaría verla, antes de...

Feiman me interrumpió.

—No trabajamos con chantajistas, señorita —dijo.

—Ustedes... ustedes... —Nos señaló con el dedo—. Ustedes están con ese marqués, por eso no quieren ayudarme. Los puedo denunciar a ustedes dos. Yo sé mucho.

La muchacha corrió hacia la puerta. Se marchó. Feiman suspiró.

—Está loca, es una fantasiosa neurótica.

—Parece que tiene miedo, mucho miedo. ¿La conoces?

—De Ágata, la noche aquella de la subasta. Me estuvo contando delirios, lo que ella sabía de clientes importantes. Esas cosas. Me propuso ganar dinero, montar una especie de expendeduría de chantajes.

—Pobre chica.

—¡Oh, vaya que sí! ¡Y tú eres un caballero! No se puede confiar en ti en cuanto ves a una mujer. Aunque sea una prostituta con ínfulas.

—Te digo que está asustada.

—Esa historia no se la cree nadie, solo tú, maldito libertino.

—Para ti todas las mujeres son culpables, moralista judío. Además, un cliente no nos vendría mal en estos momentos. La chica está asustada. Es posible que la hayan amenazado.

—¿Recuerdas a Vilanova? «Tened cuidado con los que pretenden

engañarnos, no con los culpables. Esos son más peligrosos que los culpables».

—Vilanova ha muerto, Feiman.

—Lo sé.

La chica se llamaba en realidad Nazaria Cepeda. Dominicana, con papeles legales. Vivía en un apartamento en Conde de Peñalver. Carmela lo había apuntado todo.

Nuestro bufete se encuentra en la Gran Vía, cerca de San Bernardo. La placa que lo atestigua está en la puerta de entrada del edificio, que fue de mi padre. La oficina, en el primer piso, es céntrica, luminosa y cubre nuestras necesidades. Cuando el trabajo nos desborda, contratamos a otros abogados a porcentaje. Pero eso ocurría antes de la crisis. Llevábamos dos años cuesta abajo, nuestros clientes habían disminuido en un sesenta por ciento. Aguantábamos porque no teníamos empleados fijos, excepto Carmela, que recogía las llamadas y archivaba los documentos. Mariano, el portero de la finca, limpiaba el bufete y lo cuidaba durante la noche.

Feiman y yo nos repartíamos el trabajo. Yo suelo encargarme de lo penal, dada mi afición por la criminalística, aunque no siempre, y él, de todo lo demás. Ninguno de los dos teníamos familias que mantener, por eso íbamos tirando. Nos conocimos en el bufete de Vilanova hace ya muchos años.

Mi socio es un estricto gourmet. De modo que los días que decidíamos comer juntos, me atenía a sus normas en el restaurante que frecuentaba. Recibía un trato culinario especial. Durante la comida solíamos charlar sobre los asuntos más urgentes del despacho. Esta vez, ni siquiera mencionamos a Jenifer. Un suceso sin importancia derivado de mi amistad con Ágata y la ONG Frente Hetaira.

Regresamos al despacho enseguida. Antes de empezar el trabajo, Feiman suele estudiar las partidas de Capablanca en su sofisticado ordenador. Otras veces pone películas antiguas en su reproductor de deuvédés. Yo clasifico y ordeno mis notas de casos pendientes. Eso me despeja.

Fui dando un paseo hasta la ONG de Ágata, en la calle Desengaño. Con la crisis había aumentado considerablemente el número de prostitutas. La mayoría eran latinas y africanas. Aguardaban a los clientes solas, o charlando en pequeños grupos, en la esquina de la calle de San Roque, en las puertas tapiadas de los antiguos cines Luna. De niño iba a verlas, fascinado por su descaro. En toda esa zona ahora hay boutiques y restaurantes de moda. Pero aún sobreviven burdeles y pensiones donde se ocupan las mujeres.

La puerta de Frente Hetaira siempre está abierta. Antes había sido una óptica, aún quedaban viejos paneles con letras y números de diversos tamaños para graduar la vista. El padre de Ágata le había regalado el local. En su interior, un grupo de mujeres de todas las edades charlaban, sentadas en sillas y sillones disparejos. Algunas permanecían inmóviles, silenciosas y ajenas. La mayoría eran extranjeras, sudamericanas, asiáticas, negras.

Empujé la puerta del despacho de Ágata. Discutía con Mariló, una antigua prostituta que cuidaba los retretes de una cafetería de la Gran Vía. Solía ayudar a Ágata.

—¡Eh, vaya, abogado! ¿Qué tal? —Mariló me besó con mucho ruido.

—¿Qué haces aquí, Líber? —me preguntó Ágata.

Me senté en la silla, frente a la mesa.

—Nada, consultarte un par de cosas —me dirigí a Mariló—. ¿Vengo en mal momento?

—Esta, que no se quiere enterar. Y mira que se lo digo, pero ni por esas. Le tengo dicho que no se meta cuando las chicas se pelean, son cosas de ellas. Ya hay otras dos en la comisaría por tirarse del pelo y organizar follón. No damos abasto.

—¿Quieres que haga algo?

—Ya estarán en la calle, no se preocupe. Bueno, chata, me llamas, voy a buscar las mantas para esta noche.

—Vale, hasta luego, Mariló. —Se fue rezongando. Ágata suspiró—. Se cree mi madre. Me da consejos continuamente. Bueno, Líber, ¿sabes una cosa? Se ha corrido como la pólvora lo de las chicas rumanas y están todas soliviantadas. No hablan más que de poner denuncias. Las vamos a tener a

cientos.

—Entonces conviene que las defendamos en grupos, es más efectivo. No podemos marear a los juzgados.

—Líber, la mayoría son emigrantes sin papeles, tienen miedo de que las expulsen a sus países de origen si pisan un juzgado. Al principio protestan, pero luego se achantan. Así ha sido siempre. Sabes que debemos conseguir una ley que proteja a las chicas. Una ley que contemple protección ante los chulos y los clientes violentos, con seguridad social, derecho a retiro, sanidad gratis... Son trabajadoras y deben estar incluidas en el estatuto de los trabajadores. Los sindicatos nos apoyan, lo sabes.

—Y yo también. Oye, ¿conoces a una tal Jenifer? Se llama Nazaria, una mulata dominicana un poco gorda.

—¿La Jenifer? Claro que la conozco, es una lianta. Tiene más fantasías que un saco de tebeos. Le he tenido que parar los pies varias veces. Va diciendo por ahí que conoce a unos abogados maravillosos, de Feiman y Ruano.

—¿Y eso? Yo no la conozco.

—¿Te acuerdas de cuando hicimos la subasta? Bueno, pues se pegó a Andrés y le estuvo dando la lata toda la noche, contándole su vida. Ha debido de ser por eso. La chica se ha debido de creer que es amiga vuestra. ¿Qué ha hecho ahora?

Me puse en pie.

—Ha venido al bufete para contarnos una historia de amenazas, con una película robada. Dice que la has enviado tú.

—De eso nada, Líber. Si mando a alguna chica, te llamo antes.

Regresé al bufete, ya estaba Carmela. Le pregunté:

—¿Dónde está Feiman?

—Ha ido a dar un paseo, volverá enseguida. Está muy afectado por lo de la chica, ya ves. Me ha dicho que luego irá a la cafetería, ahí a la vuelta, por si quieres algo. ¿Qué ha ocurrido, Líber?

—Nada, que hemos perdido un cliente. Nada más que eso, pero qué importa. Tenemos tantos...

—Ves una puta de esas y te vuelves loco, Líber. Eres la leche. ¿Es que te crees que en el mundo no hay más que putas? Qué obsesión tienes, majó.

Esperando la cita con Ada, no pude hacer los deberes en el despacho. Tomé el teléfono y le recité al contestador un poema de Jaime Sabines, un mexicano:

«No es que muera de amor, muero de ti, / Muero de ti, amor, de amor de ti, /de urgencia mía de mi piel de ti, /de mi alma de ti y de mi boca / y del insoportable que soy sin ti».

Y luego añadí:

—Te he inventado entre mis manos —y solté una risa—. Cástate conmigo.

3

A la mañana siguiente, en la cama, Ada me interrumpió mientras hojeaba el *Ananga Ranga* o *La flor lasciva*, el libro que le había regalado por nuestro aniversario. Había pertenecido a la biblioteca de mi padre y era una rareza bibliográfica. Ella me había comentado algo sobre el refinamiento sexual del que hacían gala las estampas que adornaban el libro y yo divagaba sobre el sexo y la atracción sexual, que fue lo primigenio. El amor, tal como lo conocemos hoy, es un producto de la historia.

—Líber, cariño, no insistas con ese rollo del amor, estoy segura de que más tarde o más temprano vas a decirme que debemos vivir juntos, y luego que nos casemos. Ya verás.

—Me da igual si nos casamos o no, eso no importa. Pero es evidente que existe una comunión entre nosotros. Una comunión amorosa.

—Una vez un tío me habló de «comunicación voluptuosa»? ¿Te refieres a eso?

Me hablaba sin darse la vuelta.

—Yo no digo esas cosas. He dicho comunión. Que quiere decir participación en común de algo, en este caso del sexo. Lo que hacemos nosotros, tú y yo. Los católicos hablan de comunión cuando ingieren todos juntos la hostia consagrada, el cuerpo de Cristo. Una especie de antropofagia sacralizada realizada por la comunidad. Una costumbre ancestral que se remonta a la noche de los tiempos, si hacemos caso a Margaret Mead, Mircea Eliade, Fraser, etc. Esas viejas costumbres las seguimos realizando, pero de otra manera. El sexo tiene mucho de banquete antropofágico.

—Morder, comer, chupar, lamer.

—Sí, así es. Todo relacionado con la boca. Esa boca, masculina y femenina, que ha mamado de un pezón materno.

—Me pones a cien, Líber. En serio, no eres de los que se limitan a follar. Tú hablas, te explicas. Me encantas, cariño, en serio.

—Deja a tu marido, Julia.

—Llámame Ada, por favor. Me gusta más... y no seas pesado, Líber, anda. ¿Para qué voy a dejar a mi marido? Yo te quiero, ya lo sabes.

—Me estás devorando, Ada, poco a poco... Me estás comiendo.

—¿Sí? ¡Uy, me encantas, amor! Yo soy una devoradora, en serio.

—Existe una antigua leyenda mediterránea. La de un pez hembra que devora a su macho. Pero resulta que es verdad. Ese pez existe. Su nombre científico es *Xarroco Abisal*, y en el lenguaje popular, «pez plata». Ese pez, que puede llegar a pesar hasta tres kilos y habita en las profundidades abisales del mar, tiene una particularidad. La hembra de su especie atrae al macho en la época del apareamiento y ya no se separa de él. Se alimenta de su carne mientras copulan hasta que es consumido por completo por la hembra. Cuando esto ocurre, la hembra busca otro macho nuevo.

—Eres muy curioso, amor.

—¿Porque soy capaz de estar dentro de ti una hora?

—No solo por eso, querido.

—Es un viejo truco, nada más. Algo muy primitivo, aguantas la eyaculación, te relajas y te permite volver a empezar. Luego, cuando llega el orgasmo, es múltiple.

Ada, boca abajo en la cama, pasaba página tras página del *Ananga Ranga*, contemplando las miniaturas, que eran explícitamente sexuales. Fue escrito alrededor del primer milenio antes de Cristo y los cristianos lo llamaban *La flor lasciva*. Se trataba de una edición francesa del siglo XVIII, comentada por el abate Duncam Prevost, traducida al español por Juan Bergua en una edición de Montaner y Simón, Barcelona, 1928. Los comentarios del abate Prevost tenían la intención de criticarlo, pero provocaban el efecto contrario. Al menos, esa edición contenía gran parte de las ilustraciones originales.

Tenía las nalgas de Ada delante de mí, separadas por una delgada línea de vello negro. Una visión perfecta. Me excitaba la contemplación múltiple de

su cuerpo mientras ella observaba las escenas eróticas del libro. El techo del dormitorio era un enorme espejo.

Se volvió.

—Son posturas imposibles, Líber. Hay que ser un gimnasta consumado.

—Fue escrito para las hetairas sagradas y las concubinas reales, no para la gente corriente.

—¿Y qué hacía la gente corriente?

—No lo sé... Bueno, nadie lo sabe. No hay documentos de la época sobre la vida sexual cotidiana de los antiguos persas. De todas maneras, debía de ser mejor que ahora, ellos no tenían una religión que prohibía los goces carnales. El zoroastrismo no era tan moralista como el cristianismo.

—¿Quieres que sea tu concubina?

—Es al revés, soy yo tu concubino. ¿No te das cuenta? Sirvo a tus caprichos sexuales.

—¿Había concubinos?

—Sí, jóvenes esclavos adiestrados en las sutilezas del sexo. Y luego estaban los eunucos.

—¿Los eunucos eran concubinos?

—No exactamente. Pero, fíjate, los harenes reales solían contener a gran número de mujeres ociosas sin posibilidad de estar con ningún hombre, excepto el sultán, y era muy difícil que el sultán repitiese más de una vez con la misma. Por eso debían ser maestras en el arte amatorio, tener un hijo del sultán o simplemente ser una de sus favoritas, les arreglaba la vida a ellas y a sus familiares para siempre. Conseguían puestos administrativos y militares, prebendas. Figúrate los largos y tediosos días y noches esperando ser conducidas ante el lecho del sultán. Se entretenían entre ellas con los más sofisticados juegos amorosos, en los que participaban los eunucos.

—¿Los eunucos no son castrados?

—Sí, eran castrados. Pero pueden tener vida sexual y erecciones, al menos hasta el umbral de la vejez. Hoy día, los castrados quirúrgicos, que reciben tratamientos con testosterona, pueden relacionarse con mujeres.

—Me has puesto cachonda.

Se había dado la vuelta. Observé el techo. Se había abierto de piernas y

me sonreía. Ahí estaba ese triángulo de vello ensortijado, *El origen del mundo*, tal como lo pintó Courbet en 1866. Un lugar obsesivo de donde hemos salido todos y al que los hombres queremos entrar una y otra vez con nuestro falo.

No le dije que el enamoramiento sustituye a la habilidad sexual más sofisticada. El problema es: ¿se puede o se debe amar a todos nuestros *partenaires* sexuales? ¿Se trata de un problema moral o de simple economía psíquica?

Más tarde nos miramos en el espejo del cuarto de baño.

—¿Quién tiene más cara de vicio?

—Yo.

—No, soy yo, tonto. ¿No te parezco una viciosa?

—Eres hermosa, limpia, sana. Tu cuerpo es atlético.

—Yo soy una viciosa, y tú, un cínico.

Cuando ella me abrió la puerta de su suite, allá en el hotel de Palma de Mallorca, me dijo: «Te estaba esperando». Y luego, más tarde, me aclaró: «Amo a mi marido, ¿sabes? Quiero que lo sepas para que no haya dudas sobre mí».

Reconozco que en todo matrimonio hay un pacto no escrito (Feiman). De modo que no traté de saber más sobre sus relaciones con Barrera. Hay quien define nuestra época como la de un constante desorden amoroso (Bruckner y Finkelkraut). El placer, que responde a una forma primitiva de recompensa, se ha convertido en un fin en sí mismo, condenado a no tener objeto, ya que no se espera nada de él, excepto el placer mismo y la seducción que lo debe preceder.

—El término «viciosa» o «vicioso» es falso y depende de la moral sexual de cada época. Sin embargo... ¿Sabes quién se cree que era el ser humano que más practicaba el sexo?

Ada se había sentado en el váter y hacía sus necesidades. Eso la excitaba y yo la complacía.

—¿Casanova?

—No, no fue él... el *cavaliere* Casanova era de origen aragonés, óptico

de profesión, que en el siglo XVIII, en Venecia y en cualquier parte de Europa, representaba la cumbre del saber científico. Fue acusado por la Inquisición veneciana de alquimista, nigromante y corruptor de mujeres. Si lees sus *Memorias*, que escribió al final de su vida, pobre y olvidado, trabajando de bibliotecario para el conde de Waldstein, declara haber hecho el amor a poco más de cien mujeres, la mayoría monjas y mal casadas, lo que significa menos de diez al año, ya que murió con setenta y tres años. Casanova fue una víctima de la concupiscencia de las mujeres de su época, sedientas de amor. Un pobre hombre.

—¿Igual que tú?

—Puede ser.

—¿Eres una pobre víctima de mi concupiscencia?

—Sí, lo soy.

—Entonces siéntate frente a mí y tócate. Mira cómo me toco yo... Y cuéntame eso de quién era quien más follaba. ¿Fue un hombre o una mujer?

No pude contarle nada.

Sentado a la mesa del salón, volví a observar los muebles negros y blancos, ordenados como suelen hacer con las palabras algunos malos escritores.

Estaba desnudo, Ada también.

La escuché desde la cocina:

—¿Champán? —Era el desayuno que más nos gustaba. Le contesté que sí.

Siempre andaba sin ropas por la casa. Al menos, cuando yo me encontraba con ella. La contemplación de su cuerpo desinhibido me causaba un hondo placer. Se sentó frente a mí y colocó la bandeja sobre la mesa negra. El champán era Château Waiser y lo había acompañado con pan tostado, mantequilla salada y gambas peladas. Levantamos las copas y brindamos por nuestro aniversario número tres.

—No quiero enamorarme de ti, Líber. Que quede claro.

—¿Eso mismo les has dicho a los hombres que has conocido?

—¿Y tú? ¿Qué les has dicho a tus mujeres?

—No hay un patrón de conducta, pero me he enamorado de casi todas las mujeres con las que he estado.

—¿De casi todas? Vamos, Líber, vamos. No seas embustero.

¿Embustero? ¿Qué sabía ella del chico de quince años asustado?

—Anda, cuéntame quién era el que hacía más el amor. ¿Lo hacía más que yo?

Me había olvidado de ese asunto.

—¿Más o mejor?

—Más, más, más... ¿Lo hacía más que yo?

Tomé una rebanada de pan con mantequilla y coloqué encima unas cuantas gambas peladas. Lo mastiqué, era exquisito. Bebí un sorbo de champán. Ada comía con desenvoltura, a grandes mordiscos. Se le notaba el placer que le producía la comida. Cuando acudíamos a un restaurante, dejaba de comer para observarla. Siempre tenía hambre.

—Una cosa es la cantidad, y otra, la calidad, aunque la calidad surge de la cantidad. —Ella me miraba con ojos burlones, mientras comía. Yo continué comiendo—. Un gran músico, un poeta reputado, un novelista... hace algo que merezca la pena después de años y años de practicar su oficio, de dominar la técnica... Sin embargo...

Me quedé en silencio. Ada detuvo la masticación durante unos instantes.

—¿Y qué? Sigue, por favor.

—Estoy hablando demasiado.

—No, no... sigue. Y sin embargo...

—El amor no es una obra de arte, aunque lo parezca. Es un sentimiento fundamental que nos une a la vida, al mundo y a nuestros semejantes. Si lo separas del sentimiento, se puede convertir en un bonito ejercicio de gimnasia.

—Otra prueba más de que eres un romántico, amor.

—No, no soy un romántico. Eso es otra cosa. Para mí amar y hacer el amor es la misma cosa. No establezco diferencias.

—¿No existe el arte de amar?

—Sí, claro, pero el arte de amar, sin amor, es gimnasia. Tenemos que enfrentarnos al amor como si fuera la primera vez. Lo más virgen que puedas.

Algunas veces, los artistas también se enfrentan a sus obras como si fuera la primera vez, sin técnica, sin sabiduría previa. Un gran amor puede convertir a dos jóvenes inexpertos en grandes amantes, la ternura, el amor que sienten el uno por el otro los convierten en expertos amadores. Y un artista que ame su trabajo puede convertir su obra en grandiosa.

—¿Te ha pasado eso? ¿De joven ya eras un gran amante?

Negué con movimientos de cabeza.

—No..., nunca, quiero decir, al principio, cuando era joven, era un desastre. En realidad no amaba a las mujeres, las poseía. Después... verás, la idea que tienen determinadas culturas, como la judeocristiana, sobre el amor ha generado nuestras limitaciones, nuestros miedos... todo eso estropea el amor, lo hace pobre, raquítico. Y luego... luego están los que hacen el amor como medio para dominar, para afianzarse como dominadores. En fin...

Volví a beber champán. Me preparé otra rebanada de pan con gambas. Ada insistió:

—¿Quién era el que más follaba?

—Es difícil afirmarlo, pero creo que fue la zarina Catalina la Grande.

—¿Catalina la Grande? ¿En serio?

—Bueno, es posible, aunque fue virgen los primeros ocho años de su matrimonio con el zar Pedro III, debido a su fimosis. Después se resarcía el resto de su vida. Cuentan que hacía el amor más de seis veces al día, con hombres diferentes, hasta que murió a los sesenta y siete años, a finales del siglo XVIII. Se cree que envenenó al zar para convertirse en zarina.

—¿Qué hacía? ¿Le traían amantes a su palacio de San Petersburgo? ¿O se los buscaba ella?

—Parece que las dos cosas. Según las memorias de su médico personal, el inglés Rogerson, la zarina llegó a tener veinte amantes oficiales, dispuestos a satisfacerla.

—¡Oh, igual que yo!

Solté una carcajada. Eso me excitaba.

—¿Te lo sigo contando?

—Sí, me fascina esa Catalina. Creo que soy como ella.

—Perfecto, me gusta. Bueno, su principal señora de compañía, madame

Protas, era la encargada de renovar el harén. Le buscaba amantes entre los oficiales y soldados del regimiento de su guardia. Siempre mantenía una reserva de varones que podía alcanzar la cifra de ochenta.

—¡Oh, qué maravilla, cariño! ¡Yo también he hecho el amor con seis!

—¿Seis veces con seis hombres diferentes? ¿O al mismo tiempo?

—Sí, mi amor.

—¿Sí, qué?

—Seis veces con seis hombres diferentes el mismo día.

—Entonces ninguno te lo haría bien.

Sonó el teléfono. Ada lo descolgó.

—Es Andrés —me dijo.

—¿Qué ocurre, Feiman?

—¿Sabes la hora que es?

—¿Qué hora es? —le pregunté a Ada.

—Las doce —me respondió.

—Son las doce —le dije a Feiman.

—¿Por qué no te compras un móvil de una vez?

—No me gustan, ya lo sabes. Dime qué ocurre.

—Ven al despacho, ha llamado... No, ven rápido, es muy importante.

4

En el bufete, Feiman me acompañó al baño mientras me afeitaba.

—¿A qué hora llamó?

—A las nueve, y lo hizo él personalmente. Nada de secretarias, ni asistentes. Él mismo insistió en que fuéramos tú y yo.

Aristos Méndez, dueño del tercer banco más poderoso de Europa. El único que tenía el privilegio de no mostrarse nunca en la prensa ni en la televisión. La cita era a la una y media en el edificio central de su *holding*, en el paseo de la Castellana.

Carmela me trajo café.

—¿Has visto la pinta que tienes?

—Gracias, Carmelita. ¿Qué pinta tengo?

—Vas a acabar tuberculoso o algo peor.

—El amor da vida, Carmelita, rejuvenece.

—Sí, sí... rejuvenece. Ya verás tú como sigas así.

Esperando el taxi, Feiman me dijo:

—Deja a la esposa de Barrera, te lo digo en serio.

—¿Moralismo judío o precaución argentina?

—Consejo de amigo. Esa mujer no es normal.

—¿Normal? ¿Quién es normal? ¿Qué es ser normal?

—Déjate de juegos de palabras. Sufre de furor uterino, es una auténtica devoradora de hombres. No te la tomes en serio.

—No existen las devoradoras de hombres. Es un invento de los moralistas.

—Eso es discutible y tú lo sabes. Existe una tipología muy precisa de ese desajuste emocional. Y aparte de eso, su marido es peligroso.

—Lo hace con su consentimiento.

—No hagas caso de una mujer cuando dice que su marido no es celoso.

—Espera un momento... ahora entiendo... tú y... No me digas más, amigo. ¿Has estado con ella?

Asintió con un movimiento imperceptible de cabeza. De todas maneras, ya lo había adivinado, Feiman era transparente cuando hablaba de mujeres.

Respondió:

—El piso que le paga su marido es detestable. ¿Quién se lo habrá decorado? Espejo en el techo del dormitorio, muebles blancos y negros, suelo blanco...

Llegamos diez minutos antes de la hora prevista. El edificio que albergaba las oficinas principales de la Corporación Bancaria Aristos tenía veinte pisos acristalados. Podíamos estar en cualquier ciudad del mundo: Montreal, Nueva York, Buenos Aires. Un lugar intercambiable con cualquier otro. La sede de contratos fabulosos, con doble contabilidad y doble moral. Allí se compraba a funcionarios, abogados, jueces, políticos, directores de periódicos.

En la puerta del último piso, un sujeto grande vestido de negro, con un pinganillo en la oreja, nos pidió la documentación y consultó una lista. Nos dejó pasar con un gesto. Entramos a un salón luminoso que ocupaba media planta. Dentro había una fiesta: música, mujeres elegantes y desenvueltas, caballeros bien trajeados, artistas de la televisión, escritores, intelectuales, empresarios, gente guapa. Todos se movían entre flashes de fotógrafos. Los camareros, sutiles, portaban bandejas con canapés y bebidas.

Se celebraba un negocio inmobiliario. Había paneles con fotografías aéreas, carteles, maquetas a escala, frases publicitarias. El dominio del departamento de márketing. La frase destacada era: «Salobreña, ciudad de la Luz. Un lugar para crear».

Uno de los paneles centrales lo habían rellenado con fotografías de escritores famosos, directores de cine y artistas del momento. Cada una con

una corta frase que aludía a la magnificencia del proyecto urbanístico. Me fijé en una de las frases: «Aquí uno puede inspirarse».

Una azafata sentada ante una mesa nos preguntó si éramos «Feiman y Ruano». Le dijimos que sí y nos condujo a un extremo de la sala. Allí se encontraba Aristos Méndez junto a dos hombres de traje oscuro. Lo escuchaban con mucha atención. Un guardaespaldas permanecía hierático a su lado. La azafata nos presentó. Aristos Méndez dejó de hablar y nos miró de arriba abajo con ojos como tachuelas húmedas.

Parecía un campesino acomodado, todavía sin acostumbrarse a llevar trajes caros. Su cuello era ancho y corto, y estaba casi completamente calvo. Su rostro, vulgar. Tenía la pechera de la camisa manchada de sudor. Nos estrechamos las manos. Después, dijo:

—Los llamaré enseguida. Pueden divertirse en la fiesta.

Cuando nos hubimos alejado, me comentó Feiman:

—Solo los poderosos pueden permitirse ser tan groseros.

—Un banquero lacónico —le respondí—. ¿Sabes algo de él?

—¿Algo que no sepa nadie?

—Que yo no sepa.

—No sé lo que sabes, pero lo que es evidente es que es inmensamente rico en varios continentes. Y su familia lo es desde hace ciento cincuenta años. La fortuna la hizo su bisabuelo, vendiéndoles mulas y pertrechos militares a las tropas carlistas y a los liberales al mismo tiempo. Su abuelo continuó con la costumbre de servir a dos bandos. Fue proveedor principal del Ejército en Marruecos y contrabandista de armas para Abdel-krim, el cabecilla rebelde de los rifeños. Su padre, sin embargo, solo sirvió a Franco y más tarde a los alemanes. Como ves, eso es no saber nada. Ah, su familia es natural de Melilla.

Me dio unas palmaditas en la espalda y se alejó buscando algún zumo de frutas. Lo vi alejarse alto y distinguido, la imagen de un abogado honrado y listo. Me dediqué a observar una maqueta de la zona que iban a urbanizar. Se trataba de un pueblo de la costa granadina llamado Salobreña. Lo había divisado desde la carretera en mis viajes a Almería por un caso de asesinato, perpetrado contra el director de un periódico demasiado sagaz y valiente.

A juzgar por las fotos, Salobreña era un pueblo blanco, encaramado a un cerro de piedra y coronado por un castillo árabe del siglo XIII. Se elevaba sobre un promontorio que daba a una inmensa bahía y a una fértil vega de tierras de aluvión, cubiertas por restos de cañas de azúcar y cultivos a medio recoger. En la maqueta, habían llenado de apartamentos la base misma del desfiladero y habían convertido la vega en el asentamiento de dos grandes hoteles resorts de cinco estrellas. Eso sí, rodeados de jardines y piscinas. A unos veinte metros del rebalaje del mar, se extendía un paseo marítimo bordeado de locales comerciales: pizzerías, tiendas de suvenires y ropa deportiva, bares, restaurantes y heladerías. También habían previsto un puerto de amarre en una antigua zona de pescadores llamada La Caleta.

Alguien me dio unos golpecitos en la espalda. Me di la vuelta, era Juan Delforo, el novelista.

—Hey, hey, mira quién está aquí. ¿Visita profesional, Líber?

—Casi, casi, ¿y tú?

—Me han pagado por venir a esta fiesta, prestar mi fotografía y escribir una frase. ¿Todavía no te has dado cuenta de que estamos en medio de una terrible crisis, Líber?

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¿También estáis jodidos vosotros?

Asentí con un cabezazo.

—Pero resistimos, no te preocupes, no nos verás a Feiman y a mí pedir limosnas.

Delforo señaló con un gesto los paneles con las fotografías.

—Vaya, no podía figurármelo, pero ahí están todos mis amigos. Intelectuales orgánicos del sistema. Se han tirado cuarenta años fingiendo que no existía el capitalismo ni su terrible crueldad, su hambre de poder y riqueza. Y ahí los ves, jodidos como yo, buscando migajas... Mierda de lacayos... —Me acordé de Julien Benda, *La traición de los intelectuales* (París, 1937), y no dije nada. Juan Delforo hacía lo que todos. Insistió—: Oye, tengo que verte, tío, me he separado de Lola y necesito de tus consejos jurídicos. Lola me quiere estafar. ¿Qué te parece? ¿Nos vemos mañana?

—¿Lola?

—Sí, Lola. ¿A las seis? Luego te invito a cenar, ¿de acuerdo?

—Llama a Carmela y fija la cita. Estoy acostumbrado a tus plantones.

—Vamos, vamos, Líber, no fastidies.

—¿Quieres que te haga una lista rápida?

Feiman se aproximó con otra azafata. Deduje que había llegado el momento, Aristos Méndez nos esperaba. Cruzó su mirada con la mía. Quería decir: «No debemos hacerle esperar».

Sobre la mesa del despacho de Aristos Méndez había cuatro globos grandes como peceras, rebosantes de caramelos de todos los colores. La mesa estaba desnuda de cualquier papel u objeto, aparte de los recipientes para los caramelos, un teléfono y una pantalla de ordenador ultramoderna. Ya habíamos visto despachos más lujosos y grandes que aquel.

El financiero surgió de una puerta interior situada a nuestra espalda y se acomodó en el sillón. Se había cambiado de traje, camisa y corbata, aunque eran del mismo color. Tomó un puñado de caramelos y comenzó a triturarlos entre los dientes sin dejar de mirarnos.

—Bien, doctor Feiman, se preguntará por qué he acudido a ustedes, ¿verdad?

El cuello de su camisa comenzó a mancharse de sudor. Debía de brotarle del interior, ni sus manos ni su rostro tenían huellas húmedas.

—Quisiera contratarlos —añadió.

En estos casos siempre dejo hablar a Feiman.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

—Una de sus clientas tiene algo que pertenece a uno de mis socios. Le ha robado una película y lo está chantajeando. Esa situación debe terminar inmediatamente.

—¿Cómo se llama esa supuesta clienta nuestra, señor Méndez?

—Nazaria Cepeda, una prostituta. Esa señorita amenaza a mi socio con enviar la película a la prensa. No podrá hacerlo, claro. Pero quiero acabar esto de la mejor manera posible. Díganle a su clienta, esa Nazaria, que devuelva a su legítimo dueño lo que le ha robado. Recibirá una recompensa, por supuesto, y ustedes también.

El constante crujir de los caramelos se estaba convirtiendo en algo insoportable.

—Supongo que cuando usted ha mencionado la palabra «recompensa» se estaba refiriendo a nuestra minuta, ¿no es cierto?

—Sí, la minuta, claro. Bien, ¿qué dicen?

—¿Ese socio que usted ha mencionado... le llaman el marqués? —intervine.

—¿El marqués? No, desde luego, que yo sepa.

—¿Qué hay en esa película?

Noté la alarma en sus ojos. Dejó de mascar caramelos.

—¿La han visto?

—No —contestó Feiman—. De hecho, conocemos la existencia del deucedé por la señorita Nazaria Cepeda, que se hace llamar Jenifer. ¿Estamos hablando de la misma señorita?

—Sí, Jenifer o como se llame.

—¿La conoce usted personalmente, señor Méndez? —le pregunté.

De nuevo cesó el crujir de caramelos.

—No, en absoluto. No sé quién es.

—¿Y no sabe lo que hay en ese deucedé?

—No, mi socio no me lo ha dicho. Pero es evidente que es de su propiedad y no de esa fulana. Se lo ha robado y lo tiene que devolver. Mi socio me ha dicho que ha ido a su casa, pero ha desaparecido, no está. ¿Se encargarán del caso, sí o no?

—Esa señorita, Nazaria Cepeda, no es clienta nuestra —dijo Feiman—. En nuestro despacho procuramos no mezclarnos con chantajistas.

—De todas maneras, los contrato. —Tocó un timbre bajo la mesa y la puerta se abrió. Un ejecutivo joven se mantuvo expectante—. Atiende a los caballeros, Balta. Dale todos los detalles.

—Sí, señor Méndez.

Feiman y yo nos pusimos en pie. La pechera de su camisa estaba ya manchada de sudor. Nos despedimos estrechándole la mano. El joven ejecutivo nos entregó su tarjeta y nos acompañó a la salida. Su nombre era Isidoro Balta.

—Hagan un contrato a nombre de Filesa, S. L. La causa será «protección del buen nombre e imagen pública de la empresa ante peligros ciertos de maquinaciones delictivas». Manden lo antes posible el contrato y la minuta. Les haremos una provisión de fondos de veinte mil euros. ¿Algo más?

Contestamos que todo estaba perfecto. Nos tendió la mano y se la estrechamos.

En la calle, le dije a Feiman:

—Necesito beber algo. Vamos a cualquier bar.

Entramos en una de esas cafeterías para ejecutivos. Varios de ellos comían en el amplio comedor. En el mostrador pedimos whisky.

Bebimos en silencio. Sabía que mi socio no era demasiado bebedor.

—Es asunto para una agencia de detectives, no para un despacho de abogados. ¿Qué te parece, Líber?

—Lo mismo que a ti. Huele a mierda. No está mal eso de «protección del buen nombre e imagen pública de la empresa, etc., etc.». Suena bastante legal. ¿Se lo encargo a Aurelio?

—¿Ese informante tuyo? Eres un peliculero, Líber.

—¿Quién le habrá hablado de nosotros a Aristos Méndez? Le deben de sobrar abogados. Y su equipo de seguridad debe de ser numeroso y eficiente.

—Barrera.

—¿Qué?

—Fue Barrera, me llamó ayer y me preguntó si nos interesaba trabajar para Aristos Méndez. Su despacho no da abasto. Le contesté que sí. Estamos un poquito flojos de clientes, ya sabes.

—Barrera sigue intentando cazarte, ¿verdad?

—Sí, desde hace años. Ya le he dicho que no, por activa y por pasiva. Bueno, ¿qué hacemos?

—Déjalo en mis manos. Será rápido, llamaré a Aurelio. Escucha, una de las empresas asociadas a Aristos tiene un nombre curioso, «Compostelari no sé qué...». Me he fijado, me parece que Compostelari ha sido cliente de nuestro bufete en alguna ocasión, ¿no?

—Sí, un caso que llevé yo hará un par de años. Una demanda de divorcio

de un ejecutivo de Compostelari. Un favor personal.

—Habíamos quedado en no mezclarnos con esta gente.

—No fue nada, un asunto personal, ya te lo he dicho. ¿Quieres que comamos aquí?

—Ni lo sueñes. Los ejecutivos me producen urticaria.

5

El edificio donde vivía y trabajaba Nazaria Cepeda, alias Jenifer, parecía elegante. Su negocio, sin duda, era floreciente. No había portero. Llamé al timbre del 4.º A, su apartamento. Aguardé y volví a llamar. Evidentemente no había nadie. Llamé al timbre vecino. Surgió una voz de mujer:

—¿Sí?

—Mensajería, abra por favor.

Tomé el ascensor. Lancé bajo la puerta del apartamento de Jenifer una de mis tarjetas profesionales, en la que escribí: «Llámeme, por favor. Es muy urgente».

En la esquina había una tiendecita de chinos. Una de esas de frutos secos, aunque vendían de todo. Debía de estar abierta hasta tarde. El dependiente era un chino viejo que atendía a una señora. Cuando se fue, le dije:

—Busco a Jenifer. —El chino me miró impasible—. Y no diga que no la conoce. Vive ahí al lado, en el 4.º A.

Esperé.

—¿Policía?

Los policías se distinguen por la seguridad en sí mismos, por su aplomo.

—Brigada de Emigración. —Lo miré fijamente. El chino bajó los ojos—. Necesitamos hablar con ella.

—Ella ser legal..., papeles en regla.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Me interesa ella, ¿dónde puedo encontrarla?

El chino —quizás no lo fuera, podía ser coreano o japonés— pasó la

mano por el mostrador. Evaluaba sus posibilidades. Jenifer debía de ser buena con él, le compraría alimentos, se detendría a charlar.

—No me haga perder la paciencia. ¿Cómo se llama usted?

—¿Yo? Huang..., papeles en regla, todo en regla. ¿Quiere verlos?

—¿Dónde está el marido de Jenifer? —Fue una inspiración. Si ella le había hecho confidencias, le habría hablado de su marido, de su chulo—. Me refiero al marido español, no el que tiene en su país.

—¿Usbaldo?

—Sí, Usbaldo. ¿Dónde puedo encontrarlo? No tenemos nada contra Jenifer, ni contra Usbaldo. Es rutina, ha caducado su permiso de residencia en España. ¿Comprende?

—Trabaja en bar por... Lavapiés, sí, trabaja en bar.

—¿En qué bar?

Silencio. Me miraba a ráfagas, seguía evaluando.

—¿Quiere reírse de nosotros, Huang? ¿Va a decirme ahora que no sabe en qué bar trabaja Usbaldo? Usted está en regla, pero ¿y sus parientes?

Aguardé.

—Me parece que... bueno, bar llamarse La Moderna Poesía.

—No haga que vuelva, Huang. Me puedo enfadar.

—La Moderna Poesía, sí. Así llamarse.

Me marché sin sonreírle.

Se encontraba en la calle Argumosa. Un local pequeño, feo, sucio, con mesas de formica. Una mujer entrada en carnes y en años se encontraba en el mostrador mirando un pequeño aparato de televisión. Me dijo:

—La cocina está cerrada. —Llevaba un palillo en la boca. Una rubia teñida con los labios pintados—. Abrimos a las siete para las cenas.

Me acodé en el mostrador.

—Dígale a Usbaldo que quiero verlo.

—¿De parte de quién?

—Soy abogado. Es un asunto importante y privado, llámele.

—Está comiendo ahí dentro, pase usted mismo.

Un hombre fornido y joven, muy moreno, con el cabello negro peinado

hacia atrás, se apoyaba en el fogón. Levantó el rostro del plato del que comía, sosteniéndolo con una mano. Se puso rígido y sostuvo la cuchara como si fuera un arma. No tenía dientes delanteros.

—Tranquilo, soy abogado. Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

No parecía asustado, ni nervioso. El tatuaje de su mano derecha —cuatro puntos en un cuadrado con otro en el centro— indicaba que se trataba de un ex presidiario.

—De Jenifer..., bueno, Nazaria.

—Yo no tengo nada que ver con esa tía. Yo voy a lo mío.

—Eso está muy bien, Usbaldo, pero Jenifer está en un lío. Es mejor que hablemos, a no ser que prefieras que lo hagamos en la comisaría.

Continuó comiendo. Era arroz con leche. Masticaba con las encías. Terminó en un momento, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿No es policía?

—Abogado, ya te lo he dicho. ¿Quieres que hablemos aquí?

La mujer abrió la puerta y se asomó.

—Oye, ¿qué pasa, Usbaldo?

—Nada, vete de aquí, anda. —La mujer no se movió—. ¡He dicho que cierres la puerta, joder! ¡Estás sorda, tía!

La cerró. Usbaldo se secó las manos con un trapo. Debía de tener no más de treinta y cinco años. En su rostro se reflejaba su terrible biografía: pobreza, falta de escolaridad, pequeños hurtos, drogas, cárcel, después atracos, más cárcel.

—Véngase para acá, a esa le gusta mucho fisgonear.

Nos fuimos a un rincón. La cocina tenía costras negras de grasa pegada y en el fregadero había una pila de platos sucios.

—Jenifer vino a nuestro despacho. Tiene algo que consiguió de alguien llamado el marqués. ¿Te suena lo que te digo?

—Siga.

—Un disquete, una película, según nos dijo. Y está chantajeando a ese tal el marqués. ¿Te sigue sonando?

—Qué más.

—Que habéis tocado hueso, Usbaldo. Uno de los socios de ese marqués nos ha contratado para evitar el chantaje. Son gente muy importante, con mucho poder, no vais a conseguir vender esa película a ningún periódico. ¿Me sigues?

—Yo no tengo nada que ver con lo que haga o deje de hacer Jenifer. Es una conocida, pero no tiene nada que ver conmigo.

—Ya, muy bien, perfecto. Pero te voy a dar un recado, por si la ves.

—No sé dónde está.

—He dicho «por si la ves», Usbaldo. Dile a tu amiga que traiga la película al despacho. Podemos negociar.

Aguardé su respuesta. Se pasaba la mano por la boca desdentada. Un hombre atractivo, fuerte. Con dentadura sería hasta bello. Un ejemplar de animal que irradiaba fuerza. Pero estaba la desconfianza. La que le producía el contacto con nosotros, la ley, los abogados, los poderosos, los que no tienen demasiados problemas para sobrevivir en la selva. Nosotros estábamos en un lado, él en el otro.

—Piénsalo, Usbaldo. Esa gente que me ha contratado es demasiado poderosa y no tienen escrúpulos. No lo vais a conseguir. Tenéis que confiar en mí. Al menos dime que lo has entendido.

Afirmó con cabezazos lentos.

—Lo he entendido.

—Mi nombre es Liberto Ruano. Mi socio y yo tenemos un despacho de abogados en la Gran Vía, Feiman y Ruano.

Le tendí una de mis tarjetas. La observó con detenimiento y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Puedo saber tu apellido?

—Suárez, Usbaldo Suárez. —Continuaba pensativo.

—¿Cuánto tardarás en hablar con Jenifer?

—No lo sé. Ya le he dicho que no sé dónde está. Yo no tengo nada que ver con ese chantaje o lo que sea. Jenifer no es nada mío, ya se lo he dicho, tengo muchas amigas.

—De acuerdo, como quieras. ¿Lo dejamos hasta mañana?

—Vamos a ver, ¿qué pasaría si consigo la película esa? Un suponer,

claro. ¿De cuánta pasta estamos hablando?

—Diez mil euros, Usbaldo.

—Eso es poco... y le digo que es un suponer.

—Te equivocas, es mucho. A sus dueños no se la vas a poder vender. Lo que te ofrezco es seguro y limpio. Te pago por las molestias. Piénsalo. Llévala al despacho mañana a estas horas. Podemos negociar. Cuídate, Usbaldo.

La mujer se había retrepado en una de las sillas, apoyando los pies en otra. Seguía contemplando la diminuta tele. Tenía los tobillos hinchados y el vientre abultado, como si estuviera embarazada.

Antes de salir, me dijo:

—¡Eh, oiga! —Me volví—. Yo no tengo nada que ver con ese chuloputas, ¿vale? Lo tengo aquí por caridad. Que quede claro.

Hay pocos teléfonos públicos activos en Madrid. En cambio, debe de haber cinco millones de teléfonos móviles en la ciudad y más de sesenta y cinco millones en España. Más de uno por habitante. En Lavapiés todavía no habían destrozado todos los teléfonos públicos. En la plaza encontré una cabina intacta y llamé al despacho.

—Feiman y Ruano, dígame.

—Soy yo, Carmela. ¿Has conseguido el teléfono de Luz María?

—Me parece que no. Hay montones de tías como esa Luz María.

—Sigue buscando, corazón. Es muy importante.

—Vale, oye, Andrés quiere hablar contigo. Ahora te lo paso.

Eché varias monedas más y aguardé.

—¿Por dónde andas? —me preguntó.

—Lavapiés, en un teléfono público. ¿Qué pasa?

—¿Has podido hablar con esa Jenifer?

—No estaba en su casa, pero he encontrado a su chulo, un tal Usbaldo Suárez. Le he ofrecido diez mil euros negociables si nos trae la jodida película mañana. Es un ex presidiario. Trabaja en la cocina de un chiringuito de mala muerte. Llama a ese Balta y díselo. No se te ocurra mencionar a Usbaldo.

—Eres un tío listo.

—¿Lo has dudado alguna vez, jodido argentino?

Me tomé una cerveza en un bar y regresé al despacho. Me puse a trabajar en mis asuntos y me olvidé de la película y de Usbaldo. Carmela entró y me entregó un recorte de periódico.

—Aquí hay un anuncio que me parece chachi, tú verás. Bueno, me las piro.

—Gracias, Carmela, chata. Hasta mañana.

El anuncio decía: «Luz María, masajista diplomada, sudamericana jovencita y muy servicial atiende en domicilios y hoteles a caballeros solventes». A continuación había un móvil. Apunté el teléfono.

A eso de las ocho, Feiman empujó la puerta y se asomó.

—Me marchó, ¿te queda mucho?

—Me voy a quedar un rato más. Luego me iré a casa.

—¿Esta noche no vas con Julia?

—Creo que no. Estoy muy cansado.

—¿En qué andas?

—Jurisprudencia sobre malos tratos a hombres.

Sonrió.

—¿Por qué no aplicas tu propia experiencia?

—Vete a la mierda.

—Hay un libro: *Machismo y venganza feminista*, de Stoeker, un alemán. Es reciente, de 2008. Presenta quince casos de mujeres torturadoras de sus maridos. Él lo llama «síndrome de Hera», ya sabes, la mujer de Zeus. Te puede servir para tu alegato.

—¿Tienes ese libro?

—Te lo traeré mañana.

—¿Hay algo que tú no sepas, querido?

—Sí, lo hay.

—¿Qué es?

—No sé qué hacer con mi vida.

—Yo tampoco.

Vivo en un piso en el viejo Madrid, un piso grande y destartado del que muy pocos conocen su ubicación y menos el teléfono: Feiman, Carmela y algunos amigos más, como Delforo. Fue el piso de mi padre y de mi abuelo. Aún no me he atrevido a tirar los muebles oscuros y pesados, los cortinones, los cuadros de absurdas batallas y naturalezas muertas, el mundo de mi padre. Esa parte de mi vida.

Me extrañó que sonara el teléfono y apagué la música. Dejé que sonara tres veces más. Descolgué el auricular.

Una voz de hombre me sorprendió.

—¿Doctor Ruano?

Permanecí en silencio durante unos instantes. Esa voz no era conocida.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa. Quiero darle un aviso. Devuelva la película, ¿me ha entendido? Devuélvala y no le pasará nada. Cuídese porque vamos a cortar los cojones. Lo vamos a castrar si no nos hace caso.

—¿Cómo ha conseguido mi teléfono?

—¿Es lo único que se le ocurre decir?

—¿Quién le ha dado este teléfono?

Colgó.

Elizabeth se acercó. Me sorprendió. Hacía mucho tiempo que sus ensoñaciones no me visitaban.

—¿Quién es, rusiñol? —Ella siempre me llamaba rusiñol, en vez de ruiñol. Nunca supe de dónde había sacado esa palabra.

Dije en voz baja:

—Nadie, se han equivocado de número.

6

Al día siguiente, llamé a Luz María desde el hotel Emperador, en la Gran Vía. Saltó un contestador. Le dejé mis datos y el teléfono del hotel. Llamó a los quince minutos.

—Hola, cariño, soy Luz María. ¿Quieres que nos veamos en ese hotel?

—¿No puede ser en tu casa?

—No, cariño, lo siento. No recibo en mi casa, estaremos muy bien en tu hotel. ¿Habías dicho habitación quinientos cinco?

—Eso es, quinientos cinco, y no tardes, por favor.

—No te preocupes, cielo, vivo cerquita.

Tardó media hora en llegar. La pasé mirando la televisión, tumbado en la cama. Era un poco más alta que Jenifer, de culo respingón. Llevaba un pequeño maletín.

—Bueno, cariño, son cincuenta euros, dámelos primero, ¿quieres?

Se los di, los guardó en el bolso. Tenía una bonita dentadura, no más de veintitantos años. Rápidamente se quedó en bragas. Sacó del maletín un tarro de aceite para bebés.

—Bueno, desnúdate, anda, corazón. ¿Dónde quieres el masajito?

Me tumbé en la cama en calzoncillos.

—En los hombros y la espalda.

—¿No lo quieres en otro sitio, cariño? Te lo puedo hacer en tu cosita. Si quieres, te lo hago con la boca, no te arrepentirás. ¿Te parece bien, corazón?

—¿No te vas a quitar toda la ropa?

—No, cariño, pero déjame que te acaricie tu cosita. —Me bajó el calzoncillo—. Vaya, mira qué bonita. Te la voy a poner grande, ya verás.

—Jenifer era más simpática, Luz María.

—¿Qué? ¿Quién?

—Jenifer... o Nazaria. ¿Cómo la llamas tú?

Retrocedió. Los ojos se le abrieron como platos. Comenzó a mirar a todos lados, como si temiera que hubiese más personas en la habitación. Se vistió con rapidez, yo lo hice más despacio.

—¿Ya no te acuerdas de Jenifer? Ella me habló de ti.

—¿Jenifer? No... no sé quién... Yo, pero... ¿quién es usted? Usted no quiere un masaje.

—No te acerques a la puerta, corazón. Vamos a hablar tú y yo un poco, antes de que te marches. En cuanto me digas qué pasó con ese marqués en el apartamento de Jenifer.

—¿Quién es usted? Le aviso de que le he dicho a mi portero dónde estoy, me llamará dentro de... de quince minutos.

Estaba asustada de verdad.

—Haces bien en tomar esas precauciones, debes de llevarte muchas sorpresas en tu trabajo, ¿no es así? No voy a hacerte daño, solo quiero que me cuentes lo que pasó con ese marqués. ¿Le robaste tú el disquete, la película, o fue Jenifer?

—¿Quién es usted? ¿Es de la policía?

—Soy abogado, Luz María, de Feiman y Ruano. Representamos a un cliente que quiere que le devolváis la película que parece que robó Jenifer. Y te recuerdo que el chantaje es un delito penado por la ley. Jenifer nos dijo que hicisteis un trío con el marqués. No vayas a mentirme.

Se sentó en la cama, aturdida. Temblaba y no cruzaba su mirada con la mía.

—Jen... Jenifer me habló de usted, señor Feiman. Me dijo que era un abogado muy importante y que iba a ayudarla. Ella tenía esa manía de que sabía muchas cosas de gente gorda, que podía sacar dinero. ¿No me va a hacer nada?

Parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro.

—No, no te voy a hacer nada. Pero cuéntame lo que pasó, anda. Así te irás antes. ¿Conocías a ese tal el marqués?

—No, no..., no lo conocía, era cliente de Nazaria. Me llamó para hacer un trío con él, pagaba muy bien. Nos dio quinientos euros a cada una. Cuando llegué a su apartamento, el hombre ya estaba desnudo y se había puesto una máscara.

—¿Una máscara?

—Sí, eso, una máscara blanca con forma de pez, como un gorro con agujeros para los ojos.

—Entonces ¿no le viste la cara?

—No, no se la vi.

—Descríbelo.

—Bueno, no sabría decirle..., parecía mayor, no viejo como mi abuelo, mayor y bastante fuerte, muy moreno de cuerpo, un asqueroso... Traía látigos, sabe, nos estuvo pegando todo el rato, nos tiraba del pelo, nos insultaba, nos daba patadas..., a mí no me gusta eso, pero a Nazaria...

—¿A ella le gustaba?

—Bueno, no lo sé, se quejaba, pero era su cliente, o sea, que lo tendría que haber hecho antes, vamos, digo yo. A mí eso no me gusta. Me fui enseguida y luego llamé a Nazaria y le dije que no contara más conmigo, aunque me diera mil euros. Me hizo bastante daño.

—¿Era español o extranjero? ¿Sabes de dónde era?

—No se lo pregunté a Nazaria, pero debía de ser italiano. No hablaba nada, pero de vez en cuando se le escapaban insultos en italiano..., *mala puttana, porca*, y esas cosas. Yo he tenido algunos clientes italianos, por eso se lo digo. ¿Me puedo marchar?

—Espera un momento. —Saqué otro billete de cincuenta euros y se lo tendí. Ella dudó durante unos instantes, pero lo cogió—. Por tu tiempo; ahora dime si él se dejó en el apartamento ese disquete.

—No lo sé, yo me fui antes. No sé si se dejó algo, pero Nazaria...

Aguardé.

—... bueno, me llamó al otro día, me dijo que tenía esa película y que se iba a forrar. Se la había robado al cliente. Yo nunca le he robado nada a ningún cliente, se lo juro, pero hay otras que...

—Te creo, sigue... ¿Te dijo de qué iba la película?

—No, no me lo dijo, solo eso, que se iba a forrar y que me daría algo a mí. Le dije que no quería saber nada de eso... Se lo juro. Bueno, gracias por... —Se puso en pie—. ¿Quiere que le dé el masaje? Me ha dado cien euros.

—No, son para ti. —Me adelanté y le abrí la puerta—. ¿Te acuerdas de algo más?

Pareció pensativa.

—Pues... me parece que no... Bueno, cuando me llamó Nazaria escuché a su novio, ese asqueroso...

—Usbaldo.

Me miró con curiosidad.

—Sí, Usbaldo..., ese la está estropeando, ella antes era..., bueno, distinta... Cuando me llamó, escuché a Usbaldo, que hablaba con otra persona y se reía. ¿No sabe usted dónde puede estar Nazaria? La he llamado varias veces al móvil y no me contesta.

—No, no sabemos dónde está. Ah, y otra cosa, no soy Feiman, soy Ruano, Liberto Ruano. Feiman es mi socio.

Se me quedó mirando en el umbral.

—¿Solo son dos abogados?

—Sí, solo dos, Feiman y Ruano. A mí me parecen bastantes.

En el despacho, le dije a Carmela que me hiciera una factura por cien euros, lo que me había costado el servicio de Luz María. Se enfadó.

—¡De eso nada, monada! ¡Eso es cosa tuya, no del bufete, no me vengas a joder! Eso no lo metes tú en nota de gastos.

—Es del bufete, Carmela. Estoy trabajando, hemos conseguido una provisión de fondos de veinte mil euros.

—¿En serio o te estás quedando conmigo?

—En serio, yo no te engañaría.

Se calmó. Me hizo firmar una factura y la guardó.

—¿Cómo lo hacen esas? —me preguntó.

—Bueno, verás, empiezan por chuparte los dedos de los pies.

—¿Los dedos de los pies?

—Sí, los dedos, y luego continúan con el pie entero, los dos, y van avanzando por las piernas, lenta, suavemente...

—¿No se les seca la lengua?

—Llevan un botellín con agua y van bebiendo, entonces siguen por las piernas...

—¡Idiota, ganso, más que ganso, bobo!

—¿Nunca le hiciste eso a tu marido, Carmela?

—¡Olvídame, anda, déjame en paz! ¿Qué sabrás tú de eso, de querer a alguien, eh? Tú no le llegas a mi Paco a... a...

—¿A los zapatos?

—Anda, déjame en paz, ganso. —Le acaricié la mejilla—. Que me dejes en paz, venga.

Paco Montoro, su marido, había sido oficial fundidor en la Perkins, un líder sindical. Murió hace unos años, en un accidente laboral chapucero. La empresa lo atribuyó a «negligencia del trabajador». El caso entró en nuestro despacho, y aunque no éramos laboristas, Feiman lo hizo suyo. Ganó en el Supremo y sentó jurisprudencia. Con la indemnización, Carmela se compró el piso en Aluche donde vive con su hija Sonia, nacida siete meses después de la muerte de Paco.

—Entonces, ¿has conseguido algo de esa Luz María? ¿Era la amiga de Jenifer?

—Sí, diste en el blanco a la primera, Carmela.

Me sonrió.

—Tu amigo Delforo te ha llamado dos veces. Dice que le devuelvas la llamada. Otro que tal baila.

—Creía que te caía bien.

—Dios los cría y el diablo los junta. Oye, Andrés está en el despacho con los de la inmobiliaria. Me ha dicho que pases en cuanto llegues.

Llamé a Delforo. Saltó el contestador. Le dije que confirmaba la cita para mañana y que luego podríamos cenar.

Habían acudido al despacho los representantes de la comunidad de estafados. La joven médico, otras dos mujeres y el chico de barbas. Se

apelotonaban en la mesa de reuniones. Teníamos ya fecha para la vista. Era un caso típico de estafa. La inmobiliaria había incumplido los servicios que ofrecía a los compradores. Los adosados se habían construido de cualquier manera, con materiales de ínfima calidad. No funcionaba nada, desagües, sistemas eléctricos... y habían aparecido grietas en varias casas. La inmobiliaria había quebrado y la caja de ahorros que se había hecho cargo del negocio no aceptaba las condiciones primitivas de los contratos de compraventa.

Estuvimos discutiendo la estrategia más de una hora. Cuando se marcharon, Feiman le pidió a Carmela que se fuera a su casa. Una de las normas del despacho era el horario. A las siete se terminaba el trabajo para todo el mundo. En casos excepcionales, como parecía ser este, mi socio y yo nos quedábamos solos. Feiman le dijo a Carmela que subiera Mariano, el portero.

—¿Estás preparado? Tachán. —Me mostró un sobre acolchado, abierto —. Lo ha subido Mariano hace un rato.

Estaba dirigido al bufete. No tenía remite. En su interior había una nota escrita a ordenador.

«Ustedes están acabando con nuestra paciencia. Devuelvan la película de una vez. Se atienen a las consecuencias si no lo hacen. El que avisa no es traidor».

—Parece de alguien sin instrucción. Pero es lo que quiere parecer. Si fuera analfabeto, lo hubiera escrito con más cuidado, fingiendo que no lo es.

—Eres bueno interpretando textos, Feiman. La hermenéutica ha sido siempre tu fuerte. ¿Quién la ha traído?

—No lo sé, Mariano se la ha entregado a Carmela esta tarde. Y no había ninguna nota, solo eso. Ya he llamado a la policía. Nos han prometido que vigilarán la zona.

Le conté lo de mi amenaza telefónica. Feiman se alteró, me aconsejó que me fuera a vivir a un hotel.

—Líber, sé lo que es eso. Estuve perseguido por pistoleros en la Argentina, gente que quería matarme. Por favor, deja tu casa, al menos durante un tiempo. Hazme caso, te lo ruego.

—Sí, lo pensaré, Feiman. Pero esto no es la Argentina. Nos quieren asustar, nada más. De todas maneras, es un poco raro. ¿Por qué creen que tenemos la dichosa película? Es alguien que piensa que Jenifer es nuestra clienta, alguien muy desconectado del caso. Si estuvieran en el ajo, sabrían que no, y que trabajamos para Aristos Méndez.

—Líber, vamos a dejar el caso. Mañana le enviaré un burofax a Balta y le devolveremos la provisión de fondos. No quiero seguir con esto. ¿Estás de acuerdo?

—Espera un momento, Andrés. ¿Te das cuenta? Ahora mismo no podemos permitirnos el lujo de elegir clientes. Solo tenemos seis.

—Siete —añadió Feiman.

—Está bien, siete. Nos vamos a convertir en mileuristas como sigamos así. Olvídate de esas amenazas. Podemos conseguir ese disquete de mierda. ¿Te acuerdas del caso aquel, el del director del periódico al que asesinaron? También nos enviaron amenazas. Si hacemos caso a esas chorradas, la jodemos.

—Me da igual, quiero abandonar este caso, en serio. ¿Qué dices?

Lo pensé durante unos instantes.

—Está bien, estoy de acuerdo. Haz lo que estimes conveniente.

—¿Sin rencor?

Asentí.

—Eres capaz de irte con Barrera. Te prefiero aquí, conmigo, pobre, pero honrado.

Llamaron a la puerta.

—¿Dan su permiso?

—Adelante, Mariano —dijo Feiman.

—¿Qué? —exclamó Mariano—. ¿Deliberando?

Notó nuestra seriedad y cambió de actitud. Había boxeado en el peso medio durante su juventud, pero aún conservaba cierta envergadura, suficientes músculos, a pesar de que pasaba de los cien kilos.

—Quiero que te acuerdes bien, Mariano. ¿Quién ha traído el sobre? ¿Lo recuerdas?

—Pues... —Se rascó la coronilla—. Esta tarde ha venido un chaval, un

chaval joven, como de treinta años o así. Llevaba pantalones vaqueros de esos, chaqueta y una camiseta blanca. Ha preguntado por el bufete. Pero se ha ido, sin más.

Lo observamos en silencio. Volvió a rascarse la coronilla.

—Debía de estar en los setenta y cinco kilos —los ex boxeadores calculan el peso de cualquiera muy bien—, un chaval fuerte, sin barriga.

De nuevo aguardamos.

—Me dijo: «Entregue esto a los abogados del primer piso». Eso fue lo que me dijo. Y me entregó ese sobre. Yo le pregunté: «¿No trae recibo?», y el chaval me contestó: «No, solo esto». Y se las piró... ¡Ah, se me olvidaba! Tenía un coche aparcado en la puerta, un pedazo Mercedes negro, sí, señor. Me extrañó mucho y me asomé fuera.

—Un mensajero en Mercedes —murmuró Feiman.

—Parecía un golfo —insistió Mariano—. Pelo rizado, patillas, moreno..., como en las películas.

—¿Le faltaban los dientes delanteros?

—¿Los dientes delanteros? Me parece que no..., me habría fijado.

—Bueno, gracias, Mariano. Nosotros nos quedaremos un ratito más.

Esperamos a que Mariano se hubiera ido. Fuimos al despacho de Feiman y archivamos la nota. Me golpeó en la espalda y me sonrió.

—Gracias por tu comprensión. Eres un buen chaval, Líber. Te quiero.

—Yo tampoco, jodido calvo.

Esa noche soñé. El sueño transcurría en una habitación lujosa, no parecía un hotel. Más bien el salón de una casa rica. Jenifer estaba desnuda, a cuatro patas, y le practicaba una felación a un hombre de mediana edad, de carnes secas, que con gran seriedad le golpeaba la espalda con una correa. Tenía un rostro alargado, grisáceo.

Era yo, y le decía:

—Mañana le enviaremos la película a Aristos, Jenifer.

7

Pasé toda la mañana en el bufete estudiando los casos pendientes. Me centré en la demanda que había presentado mi cliente contra su esposa por tortura y malos tratos. Feiman envió el burofax a Balta, anunciándole que abandonábamos el caso «por exceso de trabajo e imposibilidad de llevarlo a cabo». Mi socio estuvo todo el día huraño y encerrado en sí mismo. No me extrañó demasiado: como buen judío, caía en largos mutismos que podían ser exacerbantes para los que no lo conocían. Se marchó pronto.

El libro que me trajo de la increíble biblioteca que atesora en su casa, *Machismo y venganza feminista*, de Alan Stoeker, Barcelona, 2008, fue la base para mi futuro alegato. La esposa de mi cliente sufría deseos irrefrenables de causar el mal a su cónyuge, al sentirse despreciada e infravalorada por él.

Delforo llegó media hora tarde, como era habitual en él. Desde mi despacho le escuché bromear con Carmela. A pesar de que no le gustaba su vida privada, se sentía muy a gusto con él, incluso creo que había leído algunas de sus novelas, y le seguía la corriente con sus bromas.

Delforo se sentó frente a mí, después de algunos comentarios sobre los diplomas que cuelgan de la pared de mi despacho. Se puso a contarme que iba a volver a tener dinero. Había aceptado un premio literario de cincuenta mil euros por una novela de abogados. Le había entregado a la editorial las primeras cien páginas. Luego se justificó.

—Nunca me he presentado a un premio. He preferido que me dieran el dinero del premio como adelanto. —Se quedó pensativo—. Bueno, excepto en un par de premios de novelas de aventuras, en ese género tan despreciado

no dan adelantos. ¿Y sabes una cosa? Ya no vendo como antes, no puedo vivir de los derechos de autor. Además, los adelantos que me ofrecen las editoriales por novela han bajado un sesenta por ciento o más. No he tenido más remedio que aceptar el chanchullo del premio.

No le contesté nada. Luego me contó lo que le estaba ocurriendo con Lola, su ex mujer. Al menos, Delforo iba al grano. Hay clientes que dan vueltas y vueltas hasta que por fin deduzco el origen y las causas del litigio.

La pareja había comprado a medias una casa en un pueblo de la costa por valor de cinco millones de pesetas. Al separarse, Lola y su abogado le exigían la mitad del valor de tasación de la casa, valorada en ciento cincuenta mil euros.

—Eso es normal. Mitad por mitad. ¿Dónde está el problema?

—Ahora viene el detonante de la historia. Compramos la casa a medias en agosto de 1998, nos costó cinco millones de pesetas, como ya te he dicho. En septiembre pagué las primeras obras de rehabilitación, me costaron un millón. Después vinieron más obras: cambio de cañerías, sucesivas pinturas, arreglo de fachada, pequeñas reparaciones...

Lo interrumpí:

—¿Tienes facturas de todo eso?

—No, de esa parte no, no me gusta atesorar papeles. Pero conservo facturas de luz, teléfono, impuestos... de trece años. Yo lo he pagado todo, ¿comprendes? Todo.

—Hacen falta facturas. Sin facturas va a ser complicado demostrar a un juez que lo has pagado.

—Tengo fotografías de cómo era la casa al comprarla. Era inhabitable, Liber. Ella lo sabe, por el amor de dios, sabe lo que yo me he gastado en esa casa.

—Atiende, trae fotocopias del contrato de compraventa y copias simples del registro de propiedad. Y busca facturas.

—Solo conservo las últimas facturas, la reforma del año pasado. Ascienden a cuarenta y tres mil euros.

—¿Y ella insiste en cobrar la mitad de la tasación? ¿Setenta y cinco mil euros?

—Bueno, me rebaja trece mil, me lo deja en sesenta y dos. Y afirma que no me cobra los polvos. ¿Te das cuenta? No me cobra los polvos. Ahora resulta que es prostituta. Quiero que lleves mi caso, Líber.

—Feiman y yo nos repartimos el trabajo. Mi socio es un experto matrimonialista, entre otras cosas. No conozco a ningún abogado mejor que él, a excepción de Vilanova.

«Yo solo soy un simulador astuto», pensé.

—No, quiero que seas tú.

—Bueno, ya veremos, ¿quién es el otro abogado?

—Un tal Úbeda.

—¿Úbeda? No lo conozco. De todas maneras, sea Feiman o sea yo, vamos a pedir un pacto con el abogado de la otra parte. Te va a salir más rentable. Si vamos a juicio, vas a tener que pagar la minuta, son las reglas de la casa. En caso contrario, te saldría gratis.

Delforo me pidió que le acompañara a su casa, aún conserva el pequeño apartamento de la calle Esparteros, «su refugio para escribir». Cruzamos la Gran Vía, descendimos por Preciados y desembocamos en la Puerta del Sol. Pasear me servía de niño para pensar quién podría ser yo de mayor: Sandokán, Sherlock Holmes, Mendoza Colt, Pimpinela Escarlata, la Máscara Negra, un asaltante de bancos famoso.

Los mendigos se mezclaban con los turistas. Los escaparates de las tiendas refulgían y los desposeídos alargaban las manos suplicando caridad. ¿Podía vivirse de esa manera? ¿Unos con tanto y otros con tan poco? Una vez le pregunté a mi padre por qué los pobres no asaltaban las tiendas de comestibles y las panaderías si tenían hambre. Me fulminó con la mirada y me llamó estúpido.

Tomamos un par de cervezas en el bar La Joya de la calle Postas, había sido el escenario de la primera novela que publicó Delforo en 1980, *Simples besos*, más de treinta años atrás. Ya no era como antes —nada es como antes—. Un grupo de tres muchachas bebían vermús y hablaban de algún lugar adonde ir a cenar. Delforo les indicó La Tienda de Vinos, en Augusto Figueroa esquina con Libertad, una de las pocas tabernas auténticas que

quedaban en Madrid. No me fijé en las chicas, parecían jóvenes y ruidosas.

Después, tomamos un taxi que nos condujo hasta La Tienda de Vinos. Delforo la frecuentaba desde su época juvenil, cuando era botones en una importante editorial y soñaba con ser escritor.

Lo conocí en 1985, siendo yo un joven abogado adscrito al Turno de Oficio, y él, un periodista acusado de «calumnia y difamación» por un cortijero salmantino que se había dado por aludido al verse reflejado en un cuento que habían publicado en el periódico. Logré una sentencia nula al demostrar que lo que había escrito era ficción y no un artículo periodístico.

La Tienda de Vinos era una reliquia, un lugar fresco y tranquilo con mesas de madera y manteles a cuadros rojos y blancos. La comida era casera, elaborada por la madre del dueño, un joven al que Delforo llamaba Angelito, hijo de su amigo Ángel, muerto de un fulminante infarto años atrás. En sus años juveniles, Delforo comía en esa taberna y en otras de la zona por veinticinco pesetas: la Taberna de Carmencita, La Extremeña, Casa Salvador, lugares convertidos en míticos por la nostalgia.

Delforo me aconsejó pisto con huevos revueltos, él pidió lentejas estofadas. De primer plato ambos nos decidimos por la ensalada de la casa: lechuga fresca y limpia, atún, aceitunas, cebolla, rodajas de tomate y aceite de oliva virgen. El vino de la casa era valdepeñas, del que pedimos dos frascas.

Había dos mesas ocupadas por jóvenes estudiantes y otra por una pareja de alemanes que no se dirigían la palabra. La taberna debía de aparecer en las guías turísticas de Madrid como «restaurante típico». De vez en cuando, la pareja consultaba una guía con muchos colores que tenían sobre la mesa.

Delforo había estado exultante y sobreexcitado toda la tarde en el despacho y más tarde en el bar La Joya, sintiéndose una víctima de las mujeres. Me mencionó el mito de las vaginas dentadas que acababa de leer en una novela del escritor brasileño Rubem Fonseca, al que admiraba mucho. Conozco a los escritores. Su trabajo se realiza en solitario, sin contacto con la gente. Por eso no pueden dejar de hablar cuando tienen auditorio. La escritura jamás podrá competir con su predecesora, la oralidad.

Me estaba diciendo Delforo:

—Las maldiciones funcionan muy bien en literatura. Y si a eso le añades un destino marcado por la mutilación del pene, un sacrificio asumido por amor, las vaginas dentadas poseen los ingredientes perfectos para una novela. Ese mito ha recorrido el imaginario masculino desde la antigüedad hasta nuestros días. Voy a sacar eso en la próxima, después de que me lleve el premio.

—No creo que tengamos miedo a que nos castren metiendo nuestro indefenso miembro en esa cueva rosada y palpitante —afirmé yo—. Más bien se trata de una concepción propia de las religiones monoteístas, las tres que quedan, encabezadas por varones castos que abominan del sexo. Para ellos la vagina es un lugar sucio, tenebroso, fétido y húmedo, la guarida del pecado. Solo admiten el acto sexual encaminado a la reproducción. Pero eso no ha sido así siempre, Delforo. Los paganos politeístas ensalzaban el sexo, representaban en todo su esplendor el pene erecto y chorreante y la vagina abultada y coloreada por la excitación. Ahí no hay temor, hay glorificación.

—Sí, de acuerdo, esas eran las características de las religiones antiguas que los cristianos se dedicaron a destruir desde el siglo IV hasta nuestros días. Pero no todas: la ablación del clítoris es una práctica corriente en algunos pueblos primitivos actuales.

—Contaminados por religiones monoteístas, en concreto una de ellas, la musulmana. Ya no son politeístas. Los politeístas no odian a las mujeres, ni el sexo.

—De todas maneras, se puede glorificar lo que se teme. La hembra de nuestra especie, menstruante y paridora, capaz de múltiples orgasmos y de un placer profundo y envolvente, distinto de las sacudidas periféricas del macho, era contemplada en la antigüedad casi con veneración sacral. Es a partir de la sociedad de clases, y de la aparición de la propiedad privada, cuando la mujer se transforma en una mercancía, un objeto. Las propiedades tienen que transmitirse de padres a hijos, por lo tanto se exige la virginidad y se prohíbe estar con un hombre que no sea el marido. La esposa fiel, y la prostituta, tienen la misma raíz histórica. Conviene releerse al viejo Engels, en su *Origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Es bastante revelador al respecto.

Entraron tres muchachas y recorrieron el lugar con la mirada. Eligieron sentarse en un lugar próximo al nuestro. Las reconocí, eran las mismas que alborotaban en La Joya. Me fijé, debían de tener entre veintitantos y treinta años. Ninguna de ellas parecía haber cumplido aún los treinta y cinco. Antes de cumplir veinte años yo era transparente para las mujeres. Tuve mi primera mujer a esa edad. Hasta ese momento llegué a pensar que ese algo horrible que tengo en mi interior —ser un simulador astuto— se hacía visible y las espantaba.

Una de ellas, bajita, morena, atlética, de senos pequeños y boca reidora, se echó hacia atrás en la silla y rompió a reír. Supe inmediatamente cómo era su cuerpo desnudo, el tamaño y forma de sus pechos, la textura de su piel, dónde tenía que besarla, pasarle los dedos, la lengua. Era de nuevo el chico asustado, escondido, siempre acechante.

Delforo murmuró:

—Han venido buscándote, Líber. Se han dado cuenta de tus miradas de fauno. Esas chicas deben de preguntarse quién eres, qué haces en esta taberna. Vas bien vestido, elegante. Tu chaqueta es de buena calidad, nada ostentosa. Al menos no se te ha caído el pelo como a mí.

—¿Crees que eso tiene importancia para conquistar a una mujer?

—Cuando era joven creía que sí, ahora sé que no. Es una menudencia sin importancia.

Asentí en silencio. Las muchachas cuchicheaban entre sí. ¿Serían estudiantes? ¿Jóvenes profesionales? Ada podría estar junto a ellas, una amiga un poco mayor, casada, aunque cualquiera de estas chicas podía ser una joven esposa.

Delforo les estaba diciendo:

—Les recomiendo el pisto con huevos revueltos y el estofado de lentejas. Es lo que hemos pedido nosotros.

—¿Y la pescadilla? —preguntó otra—. ¿Nos la recomienda?

Eran espontáneas, libres, sanas. Delforo les decía que llevaba más de cuarenta y cinco años acudiendo a esa taberna. Antes, había un camarero que se llamaba Paco, era franquista y nunca había salido de esa calle, Augusto Figueroa. A Ángel, el padre de Angelito, el muchacho que servía las mesas,

le gustaba el póquer. Llevaba cuatro años muerto. Todo el mundo se había muerto, menos la madre, que seguía en la cocina.

La muchacha morena permanecía atenta a mi silencio. Nuestras miradas se cruzaron varias veces, sentí la inevitable sacudida en la entrepierna. Una de las chicas, Luna, había reconocido a Delforo. ¿Es usted Juan Delforo de verdad? ¿El escritor? Delforo le contestó afirmativamente. Ahora les seguía hablando de ese barrio, cuando vivía en una pensión entre San Marcos y la calle Libertad. Quería ser escritor, mientras era botones de una importante editorial.

Nos presentamos los cinco. Ellas eran Luna, Penélope y Cristina. La morena que me observaba era Cristina. Su mano suave y fuerte apenas estrechó la mía. Hubo unas cuantas expresiones de asombro cuando supieron que Delforo, en su novela *Adiós, Leticia*, me había puesto el nombre de Cristino Matos, uno de sus personajes, que es abogado. Luna se acordaba de la novela y argumentó que el personaje, Cristino Matos, era diferente de la persona real que parecía ser yo. En la novela, Cristino Matos era gordito y taimado, abogado de la curia, y yo, delgado y muy distinto físicamente del personaje novelesco.

—Nunca he tenido a la curia como cliente —les dije.

—Libertad del escritor —siguió Delforo—. Nos basamos en personas reales y a partir de ellas creamos los personajes. Yo diría que un personaje novelesco es una especie de Frankenstein, está hecho de trozos de otros personajes, reales o leídos. En realidad, lo que más me gustó de aquí, mi amigo, es su aspecto misterioso. El nombre, Cristino Matos, suena bien, ¿verdad?

—¿Y no le ha importado que lo haya sacado tan diferente? —me preguntó Cristina.

Negué con movimientos de cabeza.

—Mis clientes no leen a Delforo. Además, no terminé de leer la novela; en cuanto me di cuenta de en lo que me había convertido, perdí el interés por ella. La peor venganza que se puede hacer a un escritor es no leerlo. ¿Verdad?

—Sí, jurisconsulto trapacero, esa es la peor venganza. Un escritor desea

ser leído. La historia de la literatura está llena de ejemplos de esa preocupación. Lo sabemos gracias a la correspondencia de los escritores. Flaubert, en las cartas a su amante Louise Colet, se lamenta de los pocos ejemplares que vendía, resignándose al olvido futuro. Dostoyevski le hace los mismos reproches a su amante Anna Snitkina, y Alejandro Dumas se expresa de igual forma en cartas a su hijo. Blasco Ibáñez se preguntaba: «¿Me leerán las generaciones futuras?».

—Es posible que escribáis para no morir. Es una manera de conjurar la muerte —añadí.

—Escribir y follar son actos que realzan la vida y alejan la muerte. De todas maneras, los abogados no estáis tan lejos de la literatura, ¿no es así, Líber? Escribís vuestros alegatos, que algunas veces son verdaderas obras literarias. Por no hablar del proceso penal, una pieza teatral con varios actos encadenados y personajes fijos: los jueces, el reo, los abogados, testigos...

—Los abogados también somos actores.

Penélope escuchaba a Delforo con mucha atención.

—Borges confesaba en *El libro de arena* que escribía para sí mismo, para sus amigos y para combatir el paso del tiempo. Y Juan Rulfo reconoció en cierta ocasión que escribía los libros que deseaba leer porque nadie los había escrito antes.

—Y usted ¿por qué escribe? —le preguntó Penélope.

—¿Otra vez? Llámame de tú, por favor. —Quedó pensativo—. Escribo para prolongar la vida y para poder hacer el amor con muchachas como tú.

Las tres rompieron a reír. Delforo las secundó. Luego, Cristina me preguntó:

—¿Qué está comiendo? Parece que le gusta mucho, ¿no?

—El postre, carne de membrillo con una fina lámina de queso de oveja muy curado.

—Pedidlo, es extraordinario —insistió Delforo.

Brindamos por la comida compartida y esperamos a que las muchachas terminaran bebiendo vino. Delforo las divertía con anécdotas del barrio. La comida costaba en sus tiempos veinticinco pesetas, él ganaba mil quinientas pesetas mensuales. Lanzaron exclamaciones de asombro. ¿Cómo se podía

vivir con tan poco dinero? Era 1964, explicaba Delforo, una cerveza costaba una peseta y veinticinco céntimos. Este era un barrio de cabarés: el Can-Can, el famoso Casablanca, en la plaza del Rey, el Montmartre a la vuelta, en la calle Libertad... Por aquel entonces, Delforo redondeaba el sueldo vendiendo puros en los cabarés y bares nocturnos. Tarareó algunas viejas canciones de cabaré.

—Los cabarés ya han desaparecido —suspiró Delforo—. Han sido sustituidos por burdeles posmodernos. Aquí mi amigo Liberto es abogado de Frente Hetaira, una ONG que defiende a las pobres putas proletarias. Ya tiene ganado el cielo. ¿A qué os dedicáis vosotras?

Cristina trabajaba en una empresa, era economista; Luna, profesora de matemáticas en un instituto de Segunda Enseñanza; Penélope no había terminado geografía, pero iba a continuar la carrera después de casarse. Se iba a casar el mes que viene. Eran amigas desde el instituto, casi media vida de amistad. Habían salido a cenar como una especie de despedida de soltera, en homenaje a Penélope.

—¿Y qué hacías en 1964? —Cristina se mostraba curiosa conmigo—. Aquí Delforo dice que...

—Llámame Juan, por favor —insistió Delforo.

—Sí, claro, perdona. —Se dirigió a mí—: Te quería preguntar lo que hacías en 1964, él era botones, ¿y tú?

—Típico hijo de padre rico —se adelantó Delforo—. Hijo de notario reaccionario, el típico notario de Madrid, ¿no es así, Líber?

Cristina continuaba observándome con atención, esperando que yo terminase de sorber el vino y contestara.

—En 1964 yo aún iba al colegio, un colegio privado de jesuitas, soy más joven que mi amigo. Él ha tenido una vida fascinante, la mía ha sido aburrida, plúmbea. He sido un niño y un adolescente religioso, obsesionado por el pecado. Hubo un tiempo en que quise ser sacerdote, ya veis.

Pensé en mi hermano, en sus ropas, los libros, sus gestos. Yo aprendiéndomelos, repitiendo lo que él hacía, hablando como él. A los trece años decidí leer los cinco tomos de la Enciclopedia Espasa de mi padre. Tardé dos años en hacerlo. Magnificencia, mangada, manganeso,

mangante...

8

Decidimos ir a tomar una copa a Le Cock, en la calle de la Reina. Delforo explicó que había sido el reservado del Chicote, el rey Alfonso XIII solía llevar allí a sus amantes. Era un lugar de casi cien años de antigüedad, alcanzaba su esplendor entre las dos y las cuatro de la madrugada. Escritores y periodistas lo frecuentaban. Ninguna de las chicas lo conocía. No permitieron que Delforo y yo las invitásemos a las cenas, aunque aceptaron las copas en Le Cock.

Era temprano, las once y media de la noche, el bar se encontraba prácticamente vacío. Nos sentamos en un rincón y pedimos gin tonics. Había más de treinta tipos de ginebra diferentes. Yo elegí una Bahuer holandesa, Delforo, Larios, y las chicas se dejaron aconsejar por el camarero.

Cristina se sentó a mi lado en el sofá tapizado de rojo.

—¿Puedo hacerte una consulta profesional?

—Sí, hazla.

—Se trata de poner una denuncia de adulterio.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para separarme de mi marido.

—¿Lo has sorprendido en flagrante adulterio?

—¿Qué es flagrante?

—Del latín *flagrare*, arder. En lenguaje jurídico se aplica al delito que el autor está cometiendo en el momento de ser sorprendido.

Asintió con movimientos de cabeza.

—Sí, le sorprendí.

—Ya no es necesario el adulterio flagrante del marido para que una mujer

pueda separarse. Basta con la demanda de separación, sin especificar razón. ¿Con quién lo sorprendiste, con tu mejor amiga?

—No, con su amigo de la oficina. Mi marido se llama Antonio, un chico muy simpático.

—¿Has hablado del asunto con él?

—Sí, pero me dice que no se quiere separar. Era un juego lo que hacía con su amigo, algo sin importancia. Fíjate, los dos desnudos en la cama. El caso es que sé que él me quiere. Nos casamos hace dos años.

—¿Le has preguntado si es homosexual?

—Sí, se lo he preguntado. Y me ha dicho que no. Por eso quiero ponerle una denuncia por adulterio.

—¿Haces normalmente el amor con él?

—Bueno, sí..., pero muy poco. Él es muy agradable, ¿sabes? Muy buena persona. Es alegre, culto y muy considerado conmigo, compañero del trabajo, economista como yo. No sé qué hacer.

—La decisión de separarte es tuya, pero otra cosa es la denuncia por flagrante adulterio. Lo vas a avergonzar en el juicio. Una denuncia de este tipo hoy en día es rara. De todas maneras, te aconsejo que te separes, sin más.

Delforo hacía reír a las dos chicas, sobre todo a Penélope, que tenía una risa franca y explosiva. Luna se mantenía en segundo término. Le había lanzado varias miradas a su amiga Cristina.

—¿Le estás hablando de tu marido, Cris? ¿De ese cabrón de Antonio?

—Sí, se lo acabo de contar. Y no lo insultes, por favor.

—¿Y qué te ha dicho?

Me adelanté.

—Le he aconsejado que se separe, si es lo que quiere. Una denuncia por adulterio es innecesaria para separarse.

—Pero ella necesita vengarse de él, ¿no, Cris? Tu marido te ha engañado.

—Es posible que ni él mismo sepa si es homosexual o no. Le conviene un psicólogo.

—Se empeñaba en ponerme películas porno de hombres. Se excitaba y pretendía hacer el amor conmigo. ¿Has visto porno de hombres con hombres?

—me preguntó Cristina.

—No me interesa el porno masculino.

—Pues a mí me pone a cien —dijo Luna—. Ya ves..., bueno, también el otro, el de tías con tías. Ese también me pone. Mi novio y yo nos calentamos viendo pelis de esas.

Cristina me agarró del brazo.

—Bueno, ¿qué me aconsejas?

—Nuestro bufete no se dedica mucho a eso, me refiero a los divorcios. Hay multitud de bufetes especializados en ese menester. —Si no fuese por la crisis, la hubiese mandado a la mierda educadamente—. Pero si quieres, nuestro bufete te lo puede llevar.

—Le tenéis que sacar la pasta —intervino Luna—. ¡Tiene pasta para parar un tren! Antonio es el hijo del dueño de la empresa de Cris. Su padre tiene una cadena de ferreterías.

—Yo no quiero sacarle pasta, Luna —Cristina parecía enfadada—, quiero a un hombre que me quiera. Solo eso.

Delforo estaba besando a Penélope. De pronto tuve unas enormes ganas de estar con Ada. Me puse en pie.

—Voy un momento al baño.

Bajé las escaleras. En el baño, dos hombres y una chica esnifaban coca sobre el lavabo. Ni siquiera se movieron cuando entré. Mi hermano esnifaba coca. La extraía de una cajita redonda, la pellizcaba y se la metía en la nariz. En cierta ocasión decidí que tenía que hacer lo mismo. Una noche entré en su cuarto y le robé la cajita. Otra vez lo seguí hasta la cafetería donde se encontraba con aquella mujer, su novia. Poco a poco yo era más arrojado, más valiente. Empecé a usar su ropa.

Había un teléfono fuera de los baños. Llamé a Ada.

—¿Sí? ¿Quién es?

Se escuchaba rumor de conversaciones, risas, ruido de platos. Una cena.

—Soy yo, Ada, ¿dónde estás?

—¡Oh, eres tú, querido! ¡Espera un momento! —Su voz se escuchó más nítida, debía de haberse alejado—. Estoy en una cena de negocios con mi marido, un aburrimiento. ¿Y tú? ¿Qué haces?

—Tomo una copa con Delforo y tres muchachas.

—¿Las tres son tus novias?

—Espero que no... Te echo de menos, sabes.

—Pero ¿dónde estás?

—Se llama Le Cock, calle de la Reina. Delforo y yo hemos cenado juntos. Delforo es un viejo amigo, me parece que te he hablado de él.

—¿Delforo el escritor?

—Sí, eso. Creo que se va a convertir en nuestro cliente.

—No lo he leído, pero cariño, qué bonito que me hayas llamado. No quieres irte con ninguna de ellas a la cama y me pides socorro. Te adoro, cielo.

—¿Por qué no vienes esta noche a mi casa? ¿Puedes?

—Yo puedo todo. ¿Te parece bien dentro de un par de horas?

—Te estaré esperando.

—Voy a ser para ti Catalina de Rusia.

Colgué. Luna me observaba, risueña.

—¿Una novia?

—¿Te importa?

—No, en realidad me da lo mismo. ¿Te has creído lo que te ha contado Cris? Es una fantasiosa. Cuando se casó con Antonio, ya sabía que era homosexual. Pactaron los dos, él contentaba a su familia y ella conseguía dinero y una casa. Lo de divorciarse es mentira, lo está chantajeando para conseguir una cuenta vitalicia. Es italiana, ¿lo sabías?

Negué con movimientos de cabeza.

—En el instituto casi no hablaba español, ahora no se le nota el acento italiano. Para mí que es una mosquita muerta. Va de formalita. ¿Te vienes al baño? Tengo un poquito de polvo. —Me mostró un sobre transparente—. ¿Te animas? No te vas a arrepentir.

Me acarició el brazo.

—Gracias, voy a marcharme ahora mismo.

—¿Te he asustado? No me digas... Los hombres estáis cagados, las mujeres libres os dan miedo. Sois unos mierdas. —Comenzó a reírse.

Pagué una ronda. Cristina estaba sola, se despidió con un tímido «adiós» y una lánguida mirada. Salí a la calle. Delforo y Penélope se habían

marchado.

No vivía lejos, podía caminar hasta mi casa.

Un hombre con una cazadora azul me estaba siguiendo. Alto, rubio, de nariz aguileña, se hacía el distraído. Lo había visto en la puerta del bar La Joya fingiendo leer la tabla de los precios de la ventana. ¿Me estaba volviendo un paranoico? Atravesé la plaza de Vázquez de Mella en dirección a Fuencarral. Iba solo por la calle. Escuché pasos, me volví, el hombre se acercaba rápido hacia mí.

—¡Párate! —le ordené al tiempo que abría la chaqueta y me llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón. El tipo aquel llevaba un cigarrillo en la mano y sonreía.

Se detuvo a unos diez pasos de distancia.

—Le iba a pedir fuego, jefe.

Hizo intención de avanzar.

—No fumo, y no se acerque.

—¿Lleva una pistola, jefe? No lo creo.

—Si das un paso más, te rompo una pierna de un tiro. ¿Quieres verlo?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Usted no es de los que llevan pistola, jefe —dio otro paso.

—Bien, tú te lo has buscado. Va a ser defensa propia. Y seguro que hay alguien asomado a una ventana. Siempre hay testigos.

Se detuvo otra vez. No dejaba de sonreír. Rostro alargado, cejas pobladas, nariz de halcón, unos cuarenta años, entre un metro setenta y cinco y uno ochenta, delgado. Ropa barata y corriente. Traté de sonreír yo también.

Estaba observando algo detrás de mí. Acentuó la sonrisa y alzó las manos con un gesto de resignación.

—Bueno, jefe, muchas gracias. Si no tiene fuego, seguiré mi camino.

Pasó a mi lado y me guiñó el ojo izquierdo. Un coche de la policía había aparcado sin ruido unos metros atrás. El policía que lo conducía había sacado la cabeza por la ventanilla y se fijaba en el sujeto, que caminaba despacio calle arriba.

—¿Ocurre algo, señor? —me preguntó el policía. Su compañero había

salido del coche y me observaba. Un hombre joven, alto.

—Nada de particular. Me pedía fuego —sonreí—. Le decía que no fumo.

—No debe dejar que nadie se le acerque, señor. Puede ser peligroso.

—Lo tendré en cuenta, agente. Muchas gracias por preocuparse.

—Es nuestra obligación. Buenas noches.

—Buenas noches.

Continué caminando por el centro de la calzada, atento a las sombras. Pero no volvió a aparecer.

Había dos mensajes en el contestador de mi casa. Uno era de Feiman, el otro, de Ada.

Ada me decía:

—Cariño, tengo mucho sueño, lo siento. No voy a poder ir a verte. Mañana te llamo, tesoro. ¡Ah! No me importa que te vayas con esas guarrillas. Procura no coger enfermedades. Te adoro, buenas noches.

Y Feiman:

—Soy Andrés, Líber. No es importante ni urgente, pero si llegas antes de las dos, llámame a casa. Si no puedes, ya nos veremos en la oficina.

Eran las dos y media.

Elizabeth apareció cuando yo pensaba en Ada, sumergido en el agua tibia de la bañera, escuchando a Debussy. El músico francés es perfecto cuando se piensa en una mujer. Mi pene erecto sobresalía del agua. No siento vergüenza en mostrar mis genitales a Elizabeth, pero mi pene se desinfló y desapareció bajo el agua jabonosa.

Ella se sentó en el borde de la bañera y acarició mi nuca.

—¿Qué te ocurre, rusiñol? ¿No puedes dormir?

Yo nunca podía dormir. Elizabeth lo sabía.

—Creo que estoy enamorado, Elizabeth.

—Es la novia de tu hermano. Tienes que olvidarla, buscarte otra mujer.

—Ella dice que me quiere, que me ama. Vamos a vivir juntos, casarnos.

—Niño mío, niño mío, esa mujer es mala. A tu hermano también le dice

lo mismo, también le dice que lo ama. Se van a casar el mes que viene.

—Ya está casada, Elizabeth. Su marido se llama Gerardo Barrera. Se separará de él y se casará conmigo.

—Esa mujer no se va a separar de tu hermano, rusiñol. Se casará con él y te destrozará la vida.

Me puse en pie súbitamente. Parte del agua de la bañera se desbordó. Elizabeth desapareció. Me puse la bata y me senté en el sofá. Encendí la televisión, había un programa de preguntas y respuestas. La habitación se encontraba a media luz, a ella le gustaba así. Elizabeth se acomodó a mi lado.

El locutor les dijo a los concursantes:

—El gran poeta español Garcilaso de la Vega murió: a) al caerse de un balcón mientras le recitaba versos a su amada, b) en duelo a espada o c) al subir el primero una escala durante el asalto a una fortaleza. Marquen en su pantalla la respuesta que crean correcta. Tienen tres minutos.

Vilanova tenía la capacidad de ver más allá que cualquiera. Recuerdo su voz ligeramente ronca y tranquila, pausada, cuando se dirigía al tribunal: «Necesito saber si este tribunal es consciente de la fragilidad jurídica del caso que nos ocupa». Solía decirnos: «El acto procesal es una instancia única e irrepetible. Como el amor, parece igual a otros, pero nunca lo es».

—Garcilaso murió de una pedrada en la cabeza al asaltar una fortaleza en Fréjus, Francia —dije en voz alta. Pero yo era un niño que me escondía en la cama con Elizabeth.

—Ven, acuéstate a mi lado, rusiñol, duerme un poco —me decía ella.

Luego me besaba en la frente y se daba la vuelta para que yo me aproximara por atrás y pudiera abrazarla.

9

Al llegar al despacho, Carmela me anunció que un policía, un tal Lacrampe, se encontraba con Feiman. Llevaban un rato esperándome. Luego me preguntó:

—¿Otra noche de juerga, Líber? Vaya pinta traes.

—Esta vez ha sido fantástico. Tres brasileñas esculturales, medio caníbales.

—Anda, anda... Un día la vas a palmar en una de esas fiestas, ya verás. Tienes que dormir. ¿Por qué no te casas de una vez? Se te va a reventar el corazón. Y si no, al tiempo.

—Yo no tengo corazón, Carmelita. Además, solo me casaría contigo. ¿Lo intentamos?

—¡Anda y olvídate, que no es mi santo!

Le guiñé un ojo y me dirigí al despacho de Feiman.

Una vez mi padre le ordenó a uno de sus pasantes que me llevara a un psicólogo. Había descubierto que no dormía y faltaba al colegio fingiendo enfermedades y falsificando su firma. ¿Qué haces durante toda la noche?, me preguntó el psicólogo. Leo a Salgari y sueño, le respondí. ¿Y por el día? Leo la Enciclopedia y sueño.

Eduardo Lacrampe había sido compañero de facultad, el mejor alumno de nuestra promoción. Eligió meterse en la policía alrededor de 1984, cuando instauraron oposiciones libres a comisario entre los licenciados en derecho que se habían doctorado en criminología. Yo estaba en ese grupo. Me había

doctorado en criminología, pero no me presenté a las oposiciones. Lacrampe las ganó con el número uno. Nunca pensé que pudiera tener vocación de policía. Era alto, desgarbado y el arrugado traje que llevaba le sentaba mal. Lo encontré leyendo la nota de amenazas que nos había llegado al bufete dos días antes.

—Vaya, Lacrampe, qué casualidad. ¿Estabas de guardia?

—No, ¿cómo te va?

—Tirando, ya ves. ¿Sigues en homicidios?

Negó con un movimiento de cabeza. Dejó la nota sobre la mesa y tomó la copia del burofax que habíamos enviado a Balta. La leyó despacio. Yo aguardé.

Feiman dijo:

—Encontraron el cuerpo de Jenifer en su casa ayer por la noche. La han asesinado por estrangulamiento. Una vecina ha llamado a la policía ante la prolongada ausencia de la chica. Tuvieron que descerrajar la puerta. —Se dirigió a Lacrampe—. ¿Es así?

Asintió con otro leve movimiento de cabeza.

—¿Y sabes lo peor, Líber?

Aguardé.

—Aquí a tu amigo le ha parecido extraño que dejaras tu tarjeta bajo la puerta de esa chica. Le he contado lo de Aristos Méndez, el burofax significa que rompimos el contrato verbal. Parece que eres sospechoso.

—Yo no he dicho eso. —Lacrampe dejó el burofax sobre la mesa—. ¿Habéis trabajado para Aristos en alguna otra ocasión?

Me adelanté.

—No, en nuestro bufete no entran casos fiscales ni tributarios. Y menos de grandes banqueros. Aristos Méndez ya tiene el bufete de Barrera para eso. Mi socio te lo confirmará.

—Queremos dormir tranquilos, eso es todo —contestó Feiman.

—¿Conocías a Jenifer antes de que viniera a veros?

—No —contesté.

Lacrampe dirigió la mirada a Feiman.

—Bueno, yo sí, la vi en una subasta hará unas semanas, charlé con ella un

momento. Una de esas subastas que organiza Frente Hetaira, la ONG de Ágata Ruiz. Nunca he tenido trato con ella.

—A ti te gustan las putas, Líber. En la facultad eras muy putero. ¿Estás seguro de que no la conocías de antes?

—Espera un momento, Lacrampe. ¿Qué has querido decir? Me gustaban las putas de niño y de joven. Hace muchos años que paso de ellas. ¿Soy sospechoso? Yo creo que esa tarjeta demuestra lo contrario.

—O que eres muy astuto.

—¿Qué interés tendría en matar a esa chica?

Hizo un gesto con la mano, como si despejara esa posibilidad.

—Puede que el móvil sea esa película que quería Aristos Méndez. Pero no hay que descartar nada. Tu socio me lo ha contado todo..., bueno, o casi todo.

—Suelo decir la verdad, Lacrampe —añadió Feiman. Y yo le dije:

—Cuando vino aquí a pedirnos ayuda estaba muy asustada. Tenía miedo. Su comportamiento era marcadamente neurótico.

—No hables de mujeres, Líber, no me jodas —dijo Lacrampe—. Tu comportamiento con ellas refleja un odio profundo al género femenino. Quizás por no haber conocido a tu madre. Háblame de cualquier cosa menos de mujeres.

—¿Estudiáis ahora a Freud en jefatura, Lacrampe? ¿O es a Lacan?

—Te crio tu aya, ¿no? ¿Cómo se llamaba?

—Elizabeth, murió hace más de veinte años.

—Iba a la facultad a traerte ropa de abrigo. Te avergonzabas de ella delante de todos los compañeros. Tu caso es de libro, Líber. ¿Puedo fumar?

—Puedes —contestó Feiman—, siempre que quieras seguir suicidándote, claro.

Lo contemplé fumar, los ojos entornados, sorbiendo el humo. En la facultad compartimos novia, una chica a la que llamábamos Cholín, Remedios Traba. Su padre era presidente de la Audiencia de Valladolid. Una muchacha de piernas largas, desenvuelta y reidora. Lacrampe se enteró de lo nuestro después de casarse con ella, al terminar la carrera.

—Entonces, ¿nada con Aristos Méndez? ¿Nada con Barrera?

Mantenía los ojos cerrados, fumando.

—Nada —contestó Feiman.

Esperé un poco.

—Estoy saliendo con la esposa de Barrera, Julia del Prado. Te lo digo porque lo averiguarías tarde o temprano.

No demostró asombro, como si ya lo supiese.

Durante el viaje en coche no hablamos nada. Esperaba que me dijera algo sobre mis relaciones con Julia o sobre Barrera. Pero se mantuvo en silencio hasta que el coche policial aparcó en la acera, frente a La Moderna Poesía. Debían de ser las doce de la mañana pasadas. Lacrampe me dijo:

—Bueno, vamos a ver cómo te has portado en tu papel de policía.

Entramos. En el mostrador, la misma mujer con la que yo había tratado antes hablaba con un sudamericano delgado. Se nos quedó mirando. No dijo esta vez que estaba cerrado.

—Queremos hablar con Usbaldo —le dije—. ¿Dónde está?

Su mirada se fijó en Lacrampe, que parecía distraído con las manos en los bolsillos del pantalón observando el local. El sudamericano se dirigió rápidamente a la salida.

—¡Eh! —exclamó Lacrampe. Hizo un gesto con la cabeza—. Siéntate ahí.

Se sentó en la mesa más alejada, cruzó los brazos. Lacrampe pasó a la cocina. Le repetí la pregunta a la mujer.

—¿Quieren hablar con Usbaldo? —respondió ella—. Pues yo también. Mira qué casualidad. El muy cabrón se las ha pirado y no ha vuelto a trabajar, me ha dejado en la estacada. Se fue el mismo día que vino usted.

—¿Sabe dónde vive?

—Sí, en Alcalá Meco. No sé en qué celda —rompió a reír. Una especie de graznido.

Lacrampe volvió de la cocina. Le habló despacio a la mujer.

—Tú —ni siquiera se había sacado las manos de los bolsillos—, siéntate ahí, vamos a hablar un poquito. ¿Me has oído?

La mujer fue a decir algo, pero cerró la boca. Pareció pensarlo durante

unos instantes. Luego salió del mostrador y se sentó donde le había indicado Lacrampe.

—¡Qué coño quieren! ¡Ya les he dicho que no sé nada de ese cabrón de Usbaldo! ¡Para qué andan molestando, joder!

—¿Cómo te llamas?

—¿Eh?

—Tu nombre.

—¡No me jodan más, joder, tengo que trabajar!

Lacrampe la miró con fijeza sin mover un músculo. La mujer se tapó la boca con la mano. Parecía asustada.

—Tu nombre —repitió Lacrampe.

—María Isabel Casado Sánchez.

Lacrampe sacó el móvil.

—Comisario Lacrampe... Sí, Lacrampe... Dame la ficha de María Isabel Casado Sánchez, tiene un garito en la calle Argumosa, una casa de comidas, La Moderna Poesía... —Apartó el móvil y dirigió la mirada al sudamericano.

—Lenín Rodríguez Zamora, señor comisario —contestó rápidamente.

—También de Lenín Rodríguez Zamora... Es latinoamericano... No, nada de eso, te doy tres minutos... Vale, y dile a Inchausti que me llame sin falta.

Cerró el móvil y miró el reloj. Lacrampe se había impuesto fumar un cigarrillo por hora. Tenía enfisema pulmonar agudo. Me enteré el verano pasado, fue su cumpleaños y me invitó a una botella de vino en un bar. Me extrañó un poco, hacía tiempo que no nos frecuentábamos. Quería hablar, desahogarse. No estaba a gusto en homicidios y me habló de Cholín de forma vaga. «Las mujeres solo nos necesitan para abrir las botellas de vino y espantar ratones», me dijo. Terminamos borrachos y lo acompañé hasta su casa.

Le estaba preguntando a la mujer:

—Háblame de tu chulo, anda. ¿Dónde vive?

—Vivía conmigo, en el piso de arriba. Se fue... se fue después de que viniera ese señor, el abogado —me señaló.

—¿Dónde está?

—Se lo acabo de decir al abogado. En Alcalá Meco, tiene el segundo grado. Bueno, eso es lo que me ha dicho a mí.

El sudamericano la interrumpió.

—Señor comisario, perdone... Yo no tengo nada que ver con todo este lío. Yo he venido a pedir trabajo, se lo puede preguntar a la señora. ¿Me puedo marchar?

Lacrampe le dirigió una mirada lánguida. Su rostro ceniciento y pétreo no demostró ninguna emoción. Su pecho subía y bajaba por la dificultad en respirar que le producía el enfisema. Volvió a dirigirse a la mujer:

—Tu chulo te ha mentado, no está en Alcalá Meco con el segundo grado. Está en libertad. Acaba de cumplir condena por asalto sexual con agravantes. Lo hemos comprobado.

—Pues... pues, no sé, señor comisario. El Usbaldo me decía eso, por eso se marchaba por la tarde, para dormir en la cárcel. El hijo de perra se las piró nada más venir ese señor y todavía no ha vuelto —repitió y volvió a mirarme—. No sé adónde, le digo la verdad.

—¿Tenía el disquete, la película?

—¿Película? Yo no sé nada de películas, se lo juro. Yo..., bueno, él decía que... había dado un palo muy bueno, que iba a llevarse mucha manteca, ya sabe, pero no me dijo lo que era. Usbaldo se comía mucho el tarro, elucubraba cantidad.

Lacrampe volvió a mirar el reloj. Ella añadió:

—No sé nada de ninguna película, se lo juro por lo más sagrado. Por mi madre querida.

—¿Cuántas mujeres tenía al punto?

—Yo era la principal, ya sabe, pero estaba también la Jenifer esa y otra, una tal Luz María, pero esa trabajaba al tanto por ciento, no estaba con él de fija. Él les buscaba el acomodo con los clientes, tenía muchas amistades, no sé de qué. Él presumía de conocer gente importante, a ricos.

—¿Tú no te ocupas con hombres?

Tardó en responder.

—Bueno, le llevo las cuentas, esas cosas, pero a eso..., a ocuparme, ya no. Antes..., bueno, antes me lo hacía la mar de bien. Pero ahorré y pagué el

traspaso, ahora tengo el chiringuito. —Se tocó el vientre—. Estoy un poco enferma, hidropesía le llaman. Tengo la barriga llena de agua.

—Usbaldo fue guardaespaldas, estuvo en seguridad con Aristos Méndez. ¿Lo sabías?

Negó con la cabeza.

—No, señor, no lo sabía. No hablaba de su vida pasada, pero presumía cantidad de conocimiento de gente, ya le digo. Y entraba a todas las discotecas gratis. Parecía conocer a todo el mundo. Una vez me invitó a esa tan famosa, la Estar III, para celebrar mi santo. Solo le hizo un gesto al tío de la puerta y ya está, pasamos. Con respeto, señor comisario, ¿ha hecho algo Usbaldo?

Sonó el móvil. Lacrampe se lo llevó al oído.

—¿Sí? —miró a la mujer—, vaya, vaya, qué interesante. ¿Y el otro? Muy bien, gracias, Inchausti... ¿Qué pasa con la otra pájara? ¡Natural! Mira, tío, no me jodas. Poneos todos a buscarla. La quiero interrogar esta tarde. —Cerró el móvil y se dirigió al sudamericano, que ahora miraba el suelo—. Tú, escucha, en la puerta hay un coche de la policía, vete para allá y entra. Di que te lo he dicho yo —se dirigió a mí—: ¿Te importaría acompañarle, Líber?

Lo acompañé hasta la puerta.

—¿Qué has hecho? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Soy palquista.

—¿Entras a las casas por las ventanas?

—Bueno, por cualquier parte. Trabajé en el circo, ¿sabe? Pero el circo se jodió y tengo dos hijos. Para nosotros no hay paro.

Si fuera su abogado, alegaría varios eximentes: necesidad mayor, instinto de supervivencia, desplazamiento moral... Hay mucha jurisprudencia sobre eso.

Lo vi hablar con los dos policías apoyados en el capó del coche. Luego le abrieron la portezuela y entró. El coche partió. Vilanova nos decía: «El malo se convierte en pésimo cuando finge ser bueno. Debéis fijaros en el contrario, en el delincuente que no finge. Ese es el que nos necesita».

La mujer estaba llorando, moviendo la cabeza. Lacrampe le decía:

—¿Quieres que te cierre el local? Tienes antecedentes como para parar un carro.

Vilanova apreciaba mi capacidad para memorizar y captar las actitudes y el carácter secreto de las personas. Nunca le dije que era el resultado de la observación minuciosa del comportamiento de mi hermano y de la lectura implacable de la Enciclopedia Espasa.

—No, señor comisario, no, por caridad, por favor. Eso es mi ruina, si me cierra el localito, me tengo que ir a la puta calle.

Selosse, Pareto, Von Cramer opinaban que la sanción penal debe depender de un acto jurídico. Solo se aplica al autor de una infracción legal, reconocido culpable y responsable de sus actos. Su naturaleza y baremo están definidos respecto a un código, y su decisión es pública, mientras un juez no aprecie lo contrario...

—Tardo media hora. Además, el retrete es una mierda, la cocina, una porqueriza sin salida de humos. Seguro que no tienes permiso de apertura.

El Código Penal define para la policía capacidad para imponer penas de multas y otras sanciones correccionales para delitos reputados como menores. Es tarea de los jueces imponer penas de cárcel, o, en su caso, pena capital para los delitos infamantes.

—Me dijo lo de la película, señor comisario, pero no me la enseñó, no la vi. Él les buscaba clientes a la Nazaria y a la Luz María, señores con mucho dinero. Él los nombraba como «señor», «señor» para arriba, «señor» para abajo. Parecía conocerlos, eran de esos a los que les gusta hacer daño, pegar a las mujeres, los llaman sádicos.

Las justificaciones racionales a la sanción penal hacen referencia a la protección de los bienes, de las personas y de la propiedad, al mantenimiento del orden, a la necesidad de castigo y al aislamiento temporal de los delincuentes.

Un uniformado se asomó a la puerta y dijo:

—Lo hemos llevado a la comisaría más cercana, comisario. Cuando quiera.

Lacrampe volvió a mirar el reloj y se puso en pie.

—Vi una vez a uno de ellos nada más que un ratito, vino aquí, al

restaurante, para hablar con Usbaldo y pidió solo agua. No me fijé mucho.

—Descríbelo.

Las funciones simbólicas de la sanción penal satisfacen, de hecho, móviles complejos donde se entremezclan la venganza, el sacrificio ritual, la violencia vengativa, el odio de clase, la reparación y la redención del culpable.

—Alto, muy elegante, moreno de esos de lámpara, esos que están morenos todo el año, muy fino, educado, como de unos... no sé... como de sesenta años...

—¿Bigote, barba, gafas?

—No, señor comisario, un hombre mayor, bien vestido, con todo el pelo blanco. Eso es todo lo que sé, señor comisario. Por la gloria de mi madre, se lo juro.

Lacrampe le tendió una de sus tarjetas.

—Escúchame lo que te voy a decir. Si vuelve por aquí o lo ves, me llamas a ese teléfono. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor comisario, pierda usted cuidado. En cuanto lo vea, se lo digo.

Nos acompañó hasta la puerta.

—Y venga usted cuando quiera, señor comisario. Yo soy muy buena cocinera.

10

Lacrampe fumaba retrepado en el asiento del coche policial. Nos dirigíamos al depósito de cadáveres, en el Instituto Anatómico Forense. Inspiraba el humo con fruición, los ojos entornados. Su rostro ceniciento tenía la consistencia de la madera.

—Lo has jodido todo por tu manía de jugar a los detectives. Esa Luz María también se ha quitado de en medio. Si tanto te gusta esto, ¿por qué no te hiciste policía?

—Nunca me pasó por la cabeza ser policía. Soy abogado, Lacrampe, y me gusta lo que hago. Y no he jodido nada.

Lo vi sonreír, una mueca que mostró sus dientes amarillentos. Se giró en el asiento y me observó con atención.

—Feiman y tú estáis en un lío. Lo sabéis, ¿verdad?

—¿En un lío? ¿Por qué dices eso? Te hemos contado todo lo que sabemos de este asunto. El hombre que ha descrito la tía esa cuadra a la perfección con el que perdió, o le robaron, la película de marras. Jenifer dijo que lo llamaban el marqués.

—Se llama Carlos Urbani, un financiero millonario. Es socio de Aristos Méndez en unos negocios que tiene en la costa. Sabemos que es un putero y un sádico. ¿Lo conoces?

—Nunca he oído hablar de él.

Volvió a retrepase en el asiento, terminando de fumar.

Caminamos por pasillos fríos de losetas descabalgadas y paredes con desconchones. Estudiantes de medicina se mezclaban con profesores, policías

y funcionarios de los juzgados. Olía a formol, a muerte vieja.

En criminología teníamos una asignatura, Medicina Legal. Yo alegaba dolores de cabeza y me refugiaba en el retrete los días que tocaba. Lacrampe disfrutaba con la visión de cadáveres de vagabundos descuartizados por los estudiantes de medicina, de víctimas sin identificar. Yo tenía aprensión y asco a la muerte y a los muertos.

Entramos a una sala grande en la que había varios quirófanos, la mayoría ocupados por estudiantes y profesores. Todos hablaban a la vez. Un bedel se levantó de una silla al reconocer a Lacrampe.

—Avisa al doctor Mercader.

—Sí, señor comisario.

Se volvió a mí.

—¿Cómo es eso de que le estás poniendo los cuernos a Barrera?

—Enfócalo de otra manera, si puedes. Julia, la esposa de Barrera, y yo estamos enamorados. ¿Te vale así?

—Lo que tú digas. ¿Y Barrera? ¿Qué pasa con él?

—Quiero casarme con ella, Lacrampe. Va a ser mi mujer. Y Barrera lo sabe, llevan una relación muy libre. Ella no lo oculta y yo tampoco.

—¿En serio? Eso no te lo crees tú ni borracho. Me asombras, Líber. ¿Cómo puedes engañar a las mujeres de esa manera? Es increíble.

—Te invitaré a la boda.

—Ese Barrera...

—Lo conozco, sé quién es. Lo conoce todo el mundo, Lacrampe. Por su bufete pasan los grandes negocios inmobiliarios, los chanchullos más sonados. Pero se escabulle como una anguila en este mundo de corruptos.

—¿Corruptos? Me encantas, Líber, tú hablando de corruptos, hay que joderse. —Se quedó pensativo ante mi silencio. Poco después, añadió—: No hay manera de pescar a ese cabrón de Barrera. Está hasta las cejas de mierda, pero ni por esas. Los jueces no firman las órdenes de intervención de su bufete. Nunca hay pruebas suficientes. Nos piden más y más. De todas maneras, casi les doy la razón. Un pájaro como Barrera tiene los ordenadores impolutos.

—Oye, Lacrampe, con este follón no te he preguntado por Cholín, ¿cómo

está?

—Cholín y yo nos hemos separado hace una semana. —Esperé. Dispersó la mirada por la sala—. El lunes de la semana pasada desapareció, ni siquiera me dejó una nota. Me llamó a los dos días para pedirme el favor de empaquetar sus cosas. Me dio una dirección de Marbella. Un apartado de correos. Hubiera tardado cinco minutos en encontrarla.

—¿Lo hiciste?

—No.

—¿Te has convertido en un cínico?

—¿En un cínico como tú?

—Yo no soy un cínico, Lacrampe. No me vengas a joder.

—¿Qué eres entonces?

—No lo sé.

—¿Lúcido?

—Me sigo enamorando, Lacrampe. Una y otra vez. Ni los cínicos ni los lúcidos lo hacen. ¿De verdad crees que nuestro bufete está metido en algo turbio con este asunto?

—No lo sé, de todas maneras eso no importa de momento. A Jenifer podría haberla matado un sicario. Cuesta seis mil euros, quizás menos con esta crisis.

—La verdad es que me mosqueó que Aristos Méndez nos contratara para buscar el disquete. Lo he estado pensando. Él tiene dinero suficiente para contar con los servicios de la mejor agencia de detectives del mundo. Feiman y yo creímos que era porque Jenifer vino a nuestro despacho. Aristos pensaba que era clienta nuestra.

—¿Sí? Bueno..., puede ser.

Un hombre gordo, con papada y patillas hasta la mandíbula, se aproximó junto al bedel. En el bolsillo superior de la bata blanca estaba escrito en letras rojas: «Dr. Mercader».

Cuando estuvo a nuestro lado, dijo:

—Aún no he completado la autopsia, comisario. Pero algo puedo decirle. ¿Quiere acompañarme?

Lacrampe me presentó:

—Liberto Ruano, abogado. ¿Le importa que venga con nosotros?

—Claro que no, por supuesto. —Nos estrechamos las manos, la suya estaba húmeda—. No hay problema, pero ya le digo, todavía no es oficial.

Echamos a andar por otro pasillo. El forense empujó una puerta basculante y entramos a una habitación más pequeña. Dos auxiliares pesaban el hígado de Nazaria, cuyo cadáver se encontraba sobre una camilla. Otro auxiliar lavaba con una pequeña manguera la sangre mezclada con agua, que se deslizaba por una cánula hasta un enorme cubo blanco.

Habían abierto el cuerpo de Nazaria de arriba abajo, una enorme grieta rojo oscuro y blanca por el tejido adiposo que estaba a la vista. Sus pechos colgaban flácidos a los lados, el abundante vello púbico aparecía enrojecido por la sangre.

El forense señaló el cuello de la muchacha. Presentaba manchas oscuras y estaba retraído.

—Observe, comisario. Ahí está la causa de la muerte: rotura de tráquea, comprensión de las aortas con extravasación de sangre en el cerebro. Muerte por asfixia. Si se fija en el cuello, son visibles equimosis provocadas por los dedos del asesino y estas manchitas, petequias, en el rostro y en los globos oculares. El autor debía de ser un hombre fuerte que sabe estrangular.

—¿No pudo ser una mujer? Hay mujeres muy fuertes —le interrumpí—. Y cualquiera sabe estrangular.

Los dos hombres se me quedaron mirando.

—Bueno..., sí, puede haber sido una mujer, claro. Aunque no es el modus operandi de una mujer, las mujeres matan de otra manera. Y eso de que todo el mundo sabe estrangular, lo dudo, esto, señor...

—Ruano, doctor.

—Sí, Ruano, y no todo el mundo sabe estrangular. La mayoría aprieta el cuello de esta manera. —Colocó las dos manos en su cuello y apretó—. Así no es posible, a no ser que se trate de un cuello débil, de niño. Lo normal, rápido y efectivo, es desplazar la tráquea con los pulgares, su fractura es inmediata y...

—Le dije que era abogado, doctor Mercader —dijo Lacrampe, y preguntó—: ¿Tiene datada la hora de la muerte?

—Hace cinco días, el lunes pasado, alrededor de las cinco de la tarde, con un margen de error de cinco minutos arriba o abajo. Cuando termine, podré afinar más.

«Fue el mismo día que vino a vernos al bufete», pensé.

Lacrampe observó lo que quedaba de Nazaria.

—¿Un ataque sexual?

—No, es lo primero que miramos por si se trata de un crimen de género. Se lo dije ayer, cuando me trajeron el cadáver. No mantuvo relación sexual con nadie, no hay restos de esperma en la vagina.

—La relación sexual es más amplia que la penetración y la eyaculación, doctor —dije.

Me observó con un rictus de furia en la boca. Luego replicó:

—Oiga, ¿quién es usted? ¿Se cree que estamos en un tribunal?

Lacrampe me tomó del brazo.

—Vámonos. —Se dirigió al forense—: Gracias, doctor Mercader, nos vemos.

Antes de llegar a la puerta, el forense nos alcanzó.

—Su vagina estaba plena de fluidos vaginales, lo que indica que gozó mientras la mataban.

—¿Mientras la mataban?

—Sí, comisario, mientras la mataban. El asesino —me lanzó una mirada retadora— debía de ser fuerte. Se sentó sobre su estómago mientras le sujetaba los brazos con sus rodillas. Tardó mucho en asfixiarla, al menos veinte minutos. Iba apretando y soltando, ¿comprende? Un largo diálogo mortal, mientras ella se excitaba y su vagina secretaba fluidos. Tuvo varios orgasmos, como lo atestiguan las contracciones de la pared vaginal.

Un sádico y una masoquista. Sexo y muerte, la paradoja que lo mueve todo.

Lacrampe se había quedado pensativo.

—Gracias, doctor. Cuando haya elaborado el informe, hágamelo llegar lo antes posible.

—Una mujer corpulenta. —El forense me miró con desprecio—. Sepa que soy catedrático de Anatomía Patológica Forense desde hace más de

treinta años..., abogaducho.

En la calle, Lacrampe encendió un cigarrillo.

—Tu manía de imitar a Vilanova —dijo Lacrampe—. Él habría pensado lo mismo que tú, pero no se lo hubiera dicho a un forense que nos está haciendo un favor. Esa es la diferencia.

—Hay más diferencias, Lacrampe.

—De todas maneras, es posible que no hayas sido tú el asesino, Líber. —Sonrió, una de sus macabras bromas—. Te la hubieras follado después de muerta, tú no hubieras desperdiciado la ocasión. Tú te follas a cualquier cosa. —De nuevo mostró los dientes amarillos de nicotina. En su rostro macilento, la sonrisa parecía una mueca—. Venga, tío, te invito a comer. Hace mucho que no nos vemos.

Me llevó en un coche de la policía a Bodegas Rosell, esquina General Lacy con la calle Delicias, cerca de la Estación de Atocha. Me dijo que era el mejor restaurante de Madrid si atendíamos a la relación calidad-atención-precio. Durante el camino me pregunté por qué no mandaba a Lacrampe a la mierda de una vez. Y no tuve más remedio que admitir que quizás fuera por nostalgia, era el único amigo que conservaba de la facultad. Nostalgia de aquellos tiempos o penitencia por haber estado con Cholín. Él no lo había olvidado, no lo olvidaría nunca.

En Bodegas Rosell nos atendió Manuel, el dueño. Un hombre alto y serio. Compartimos salmorejo, croquetas variadas y «patatas de la abuela». La carta de vinos era más que aceptable. Nos quedamos hasta que se hubieron ido todos los clientes. Pedimos café y una copita de aguardiente de hierbas El Afilador.

Encendió un cigarrillo, a él le dejaban fumar.

Me estaba diciendo:

—El asunto este es bastante extraño, Líber. Ayer tarde me llamó el jefe superior en persona para que yo llevara las investigaciones del asesinato de esa joven prostituta. Me extrañó y le pregunté el porqué, ya no estoy en homicidios. Me contestó que estaba implicada gente importante y que el caso tenía que llevarse con mucho sigilo. Fue descubierto el cadáver por la

insistencia de una tal Clara Sotomayor, no una vecina como os he dicho antes. Esa tía se declaró clienta de Jenifer o Nazaria. La mujer llamó directamente al ministro. Nada menos que el Grupo Especial de la policía se encargó de derribar la puerta. Fueron los que encontraron el cuerpo de la prostituta. —Continuó fumando—. ¿Sabes quién es Clara Sotomayor?

Fingí que pensaba.

—No, no lo sé. ¿Quién es?

—La esposa de Carlos Urbani. Pero lo mejor de todo no es eso: en el buzón había una carta escrita por esa mujer, dirigida a Jenifer. Toda esa mierda de Grupos Especiales y, sobre todo, su jefe, el comisario Villar, siempre con su blablablá presumiendo en televisión. Y no se les ocurrió mirar en el buzón. Yo sí. Y encontré esto.

Me tendió un sobre sin matasellos de correos. Estaba dirigido a Jenifer Cepeda, sin remite. Extraje una carta. Era buen papel, color crema, de gramaje grueso.

—¿Recuerdas tus juegos en el bar de la facultad? Cada uno de nosotros te decía una o dos palabras extrañas: nosogapeda, alugelibilis, buenatentera... Pasados quince minutos tú las recordabas en el mismo orden en que las habíamos dicho, sin equivocarte. Bien, quiero que leas esta carta y la recuerdes para Feiman. No te la enseñaré más. Esta carta no ha existido nunca.

«Estimada señorita Cepeda, le ruego que lea con detenimiento esta carta, ya que usted se niega a contestar a mis llamadas telefónicas, poniendo de manifiesto su pésima educación y su falta de modales. Usted está intentando chantajear a mi marido con no sé qué pretensiones totalmente falsas. Mi marido, para que usted lo sepa, es un intachable caballero de muy buena familia, incapaz de llevar a cabo lo que usted, falazmente, me insinuó en la conversación que mantuvimos el lunes pasado en su domicilio. Usted no es más que un ser ávido de dinero y de notoriedad, esa falsa notoriedad que da la televisión, y de odio a las personas importantes. Cese en su actitud, señorita Cepeda, se lo digo por su bien. Llámeme y conversemos entre mujeres. Es posible que yo, personalmente, pueda solucionarle sus problemas económicos, que sin duda son el origen de esa descabellada teoría que usted

mantiene acerca de mi marido. Firmado, Clara S. de Urbani».

11

Feiman escuchó mi recitado de la carta sin decir una palabra. Luego:

—La autora de esa carta tiene cierta educación inconexa e incompleta, llena de latiguillos y supuestos reaccionarios. Y está asustada. ¿Qué opinas, Líber?

—Coincide con tu apreciación. Y no ha sido una carta espontánea, nacida del corazón, como ella pretende. Ha sido elaborada y reelaborada hasta su redacción final. Su letra picuda, de renglones derechos, demuestra que es insegura y vanidosa, orgullosa de su dinero y de su poder. Lacrampe me dijo que Clara Sotomayor declaró a la policía que conocía a Jenifer de haber asistido una vez a una sesión de tarot impartida por ella. Al parecer, se ganaba también la vida como echadora de cartas.

—Respiro tranquilo, Líber, esta pesadilla acaba de terminar para nosotros. No quiero oír hablar más de Jenifer, Aristos Méndez ni de Carlos Urbani o como se llame. Y, sobre todo, de ese amigo tuyo tan desagradable, ese Lacrampe.

—Esa carta abre nuevas perspectivas al caso. ¿Qué papel cumple esa Clara Sotomayor en esta historia?

—No tenemos ninguna historia, no tenemos caso, Líber. Este asunto no es para nosotros. Vamos a dedicarnos a lo nuestro.

—¿Y si Carlos Urbani, su marido, fuera el marqués? Tiene sentido, Feiman.

—No nos importa, Líber. Por el amor de dios, quítate a Jenifer de la cabeza. Era una pobre chica con la cabeza a pájaros. El mundo está lleno de Jenifers... Vienen a España, se ponen a trabajar, las explotan y deciden que

vendiendo su cuerpo ganarán más dinero.

—¿No tienes ni siquiera curiosidad?

—No, ese disquete, esa película, no me interesa. Y tampoco le interesa a nuestro bufete. A propósito, ha llamado la esposa de Barrera. Dice que te espera en el Jockey a las diez.

—¿Llamas a Julia «la esposa de Barrera»? Eres un maldito moralista, sionista repugnante.

—No soy sionista. Nunca lo he sido. Mi padre sí lo era.

—Entonces maldito montonero.

—Eso para mí no es un insulto. De todas maneras, ¿quieres decir que vas en serio con esa mujer? Por dios, Líber.

—Creo que sí. Voy a casarme con ella. ¿Por qué me miras así? ¿Te extrañas?

Se me quedó mirando un buen rato. Luego asintió con movimientos de cabeza.

—Entonces ya no tengo dudas. Estás loco, Líber. Loco de remate. ¿Crees que Barrera lo va a permitir? Por dios, Líber, te creía más listo, santo cielo.

—El mundo está lleno de parejas que se juntan y se separan. Barrera tendrá que aguantarse, como todos.

La novia de mi hermano se llamaba Priscila. Fue la primera mujer con la que hice el amor sin necesidad de pagar. Yo acababa de cumplir veinte años. Pero la vi por primera vez a los dieciséis y me enamoré de ella. Antes, a los trece, tuve una novia, la primera de todas. Se llamaba Nuria, vecina de mi casa. Nunca hablé con ella, la observaba desde el balcón. Salía todos los días con la criada al colegio de monjas al que asistía, las Damas Negras. Fue mi primer amor, me enamoré de ella como un loco. La imaginaba desnuda, bañándose, hablando conmigo. Y era tan real que me sabía su cuerpo de memoria y memorizaba lo que hablábamos. Pasaba las tediosas tardes en el colegio imaginando lo que le diría cuando fuéramos al cine o a pasear. ¿Aceptaría que le cogiese la mano? ¿Que la besara?

Al terminar el colegio corría al de las Damas Negras para verla salir. La criada le tomaba la cartera y las dos caminaban hacia su casa. A veces

hablaban entre ellas. Yo las seguía, espiándola, aguardando el momento en que me acercaría a ella y le diría: «Hola, ¿cómo estás? Creo que somos vecinos, me parece». Luego le diría mi nombre y le pediría si podía acompañarla, vivíamos al lado. Eso lo había imaginado con todo detalle, pero nunca me decidí a hablarle. En una ocasión me acerqué tanto, que ella se volvió, seria, y me miró. La criada dijo: «¿Qué?». Y negué con un rápido movimiento de cabeza, crucé de acera con el corazón latiéndome en el pecho. Un año después, la acompañaba un chico mayor, como de diecisiete o dieciocho años. Me dediqué a escupirles desde el balcón para llamar su atención.

Más tarde descubrí la prostitución, y después a Priscila, pero ese tiempo duró poco.

Ada me recordaba a una bailarina del Casablanca, Mirta Caval. Tenía obsesión por la gimnasia y era limpia y sana. No tomaba alcohol, ni comía cadáveres de ningún animal, fuera terrestre, volátil o del mar. En aquel tiempo yo estaba en el bufete de Vilanova y ella y yo salíamos cuando terminaba su actuación en el Casablanca. Sin embargo, creo que Ada era mucho más bonita que Mirta.

Habíamos bebido dos botellas de Moussé Marlot, tinto, pedidas antes de elegir la cena. Ella se decidió por el cordero, y yo, por la ensalada templada de berros, queso de cabra y verduras rehogadas. Me dijo que tenía mucha hambre. Como llegué un poco antes al restaurante, le escribí «Te quiero» y le dibujé un corazón en un papel, que puse bajo su servilleta.

—¡Oh, querido, eres un niño, un niño maravilloso!

—Cásate conmigo.

—¡Oh! ¿En serio? ¿Quieres que deje a mi marido?

—Eso te estoy diciendo.

—Pero yo quiero también a mi marido. No como a ti, a ti te quiero de forma total, a él... Bueno, es otro sentimiento. A ti te quiero más. Pero si quieres que deje a mi marido, lo haré.

—Vente ahora mismo a mi casa. Tengo ganas de abrazarte.

—Después de cenar, tengo mucha hambre.

—Olvidarás a tu marido, ya verás. ¿A cuántos hombres has olvidado?
—A tantos como tú mujeres.
—Dime algo bonito, Ada.
—¿Qué quieres que te diga, amor?
—Dime que me has estado esperando toda tu vida.
—Te he esperando toda mi vida, amor mío.
—Dime que tu vida habría sido una mierda sin mí.
—Mi vida no merecería la pena sin ti, Líber.
—Dime otra vez que me quieres, Ada.
—Sí, te lo digo. Te quiero. Y me encanta que me llames Ada. Soy como una bruja, ¿verdad?

Ada nunca había ido a mi casa. Cuando entramos al vestíbulo, me detuve con la llave en la mano. Había escuchado un tenue ruido. Provenía del fondo de la casa, del dormitorio de mi madre.

—¡Oh! —exclamó Ada—. ¡Es un museo, Líber, querido!
Le tapé la boca con la mano.
—Calla, hay alguien. He oído algo.
Bajó la voz.
—Líber..., no me asustes.
—¿Tienes el móvil? —Asintió con los ojos muy abiertos—. Llama a la policía, al 112.

Abrió el bolso y sacó su móvil. Temblaba, la oí marcar. Y una voz:
—Deja ese móvil.

Un hombre apareció en la puerta que daba al salón. Un sujeto moreno, alto, fornido, con una pistola en la mano. Tenía los pómulos abultados de los indios. Detrás apareció el tipo rubio de la nariz que me había estado siguiendo. Ese sonreía, el otro gritó:

—¡Deja ese móvil o te mato ahora mismo, zorra! ¡Tíralo hacia mí!

Ada soltó un gemido y le lanzó el móvil. El sujeto lo hizo trizas con el zapato. El de la nariz se acercó. Seguía sonriendo, pero era una mueca. Me golpeó con el puño. Caí hacia atrás.

—¡Cabrón! —le grité.

—¿Dónde tienes la película, listo? —Sacó un cuchillo y me lo colocó en la garganta. Me puse en pie. El cuchillo refulgía a la luz del techo. Ada se tapaba la boca con la mano. No podía articular palabra—. ¿Crees que no soy capaz de caparte?

El de la pistola dijo:

—Di dónde está y nos vamos, aquí no ha pasado nada. No te hagas problemas. —Se aproximó y agarró a Ada del brazo—. ¿Tú eres su zorra? Pues lo vas a pasar mal si el listillo este no nos da la película.

—¡No toques a esa mujer, hijo de puta!

Me golpeó en la cabeza con la pistola. Me aturdí, Ada gritó. Sentí que me chorreaba sangre de la cabeza. El rubio estaba irritado, furioso.

—¡Te lo voy a preguntar por última vez! ¿Dónde tienes la película?

—Nun... nunca la tuve.

Los dos se miraron. Sentí un golpe en el estómago y la sensación de frío cuando el de la nariz apartó la mano que empuñaba el cuchillo. Había sangre en ese cuchillo. Y la luz se apagó lentamente en el techo. Ada gritó: «¡No, no!», y comencé a deslizarme hacia el suelo. «Tengo que mantenerme de pie —pensé—; si no, van a matarme». Pero había sangre en la alfombra, una mancha grande. Mi padre se enfadaría, no toleraba ninguna suciedad. Elizabeth tendría que limpiarla más tarde. La mano del de la nariz aprisionó mi rostro, sentí olor a jabón de tocador. Parecía un sueño. Y Ada continuaba gritando. A mí me quemaba la entrepierna. Intenté mover los brazos, librarme de un enorme peso que me asfixiaba. Alguien me sujetó de la muñeca. Escuché una voz:

—¡Déjalo ya, joder, he dicho que lo dejes!

Luego, más tarde, distinguí a Ada tumbada a mi lado, en la alfombra. Se tapaba la boca. Había gente alrededor. Escuché voces de hombre. Voces roncadas. Y a Ada:

—Va a venir enseguida la ambulancia, Líber, amor mío.

12

Cuaderno de Aurelio Pescador
(Manuscrito).

Nunca he contado la historia que voy a contar ahora. Nadie la sabe.

He vuelto a Madrid a matar a dos miembros de la *famiglia*. Gente sin honor, despreciables, corrompidos. Sus muertes serán una bendición del cielo. Ya pueden darse por muertos. En cuanto me llegue la orden, acabaré con ellos. No voy a sentir el menor remordimiento. Lo llevo haciendo desde que cumplí dieciocho años y entré en la *loggia*. Ni siquiera la primera vez que lo hice me afectó lo más mínimo. Sé que es mi destino.

Desde entonces a esta parte, he matado o ayudado a matar muchas veces, a mucha gente, no siempre de la *famiglia*. Ni siquiera las he contado. No sé su número.

Para matarlos he viajado mucho. He estado en Australia, Holanda, Colombia, Venezuela, Alemania y en otros lugares que sería ocioso reseñar. Mi familia, mi *ndrine*, es de origen español, de Aragón. Su antigüedad data del siglo XIII. Aprendí el español por decisión de mi abuela. Puedo pasar por español sin ningún problema. Sin embargo, nací en Calabria, en un pueblecito llamado San Luca, al pie del Aspromonte. Una tierra áspera y dura.

He matado de todas las maneras posibles. Siempre diferentes. Prefiero matar con mis propias manos, es más limpio y simple. A veces he utilizado el cuchillo, la pistola, el fusil, la bomba, el veneno. Tengo que hacerlo así. La policía actúa comparando los modus operandi, de esa manera localiza a los asesinos.

De mí no han sospechado nunca.

También he matado a una mujer. Solo en condiciones excepcionales una mujer puede ser reo de muerte. Para mí fue lo peor que he hecho nunca. Además de matarla, acabé con la vida de mi gran amor, su hermana mayor. Y eso me mató a mí también. Sabía que si la mataba, su hermana moriría de desesperación, de dolor. Pero lo hice. Por eso creo que maté no solo a una mujer, sino a dos. Desde entonces, *io sono morto*. Me levanto por las mañanas, como, duermo, me acuesto, a veces tengo a una mujer en mi cama. Pero soy un muerto, un *mojado*, un cadáver que finge vivir.

Por eso escribo esto.

Cuando lleve a cabo lo que tengo que hacer aquí, me mataré yo también. No puedo vivir sin honor.

Nosotros sabemos que matar mujeres es una actividad baja, impropia de un hombre de honor. No es frecuente. Pero se ha hecho y se hará. En 1964, ante las reiteradas faltas al honor de la *famiglia* cometidas por un miembro femenino de nuestra *ndrine*, se dio la orden. Y se pidió el consentimiento del marido, que aceptó. El asesino podría haber sido cualquiera de la *famiglia*. Pero quise ser yo el que la matara. Lo pedí como un favor personal y me lo concedieron. Sé que fue un regalo porque muy raramente elegimos el objetivo. Para matarla habían elegido a otro, un joven que empezaba, un *giovane d'onore*, alguien que no la conocía, aunque no siempre se sigue esa máxima. Costó trabajo que fuera yo el elegido. Ahora tenemos a mujeres en el oficio, cumplen igual que los hombres, pero en aquellos tiempos eso era impensable. Es muy probable que, de haberse ordenado hoy el castigo, hubieran elegido a una mujer.

No perdí el honor por matarla. Lo perdí porque no maté también a su hermana mayor, mi gran amor, tal como era lógico. Incumplí las órdenes sagradas a las que había jurado servir el resto de mi vida. Y me convertí en un apestado, en un hombre sin honor, un *mojado*.

Vine por primera vez a España en 1958 con un encargo. Uno de mis primeros encargos. Yo era joven, un *giovane d'onore*, apenas había cumplido los veinte años. Debía realizar un trabajo para mi *ndrine*, matar a un hombre

manchado. Era la prueba definitiva para ser miembro de la *loggia*, de la hermandad. Tenía que utilizar mis propias manos. Y eso hice, le rompí el cuello en una sauna pública de la Plaza de la Ópera en Madrid. Tardé menos de tres minutos en hacer el trabajo. Horas después volvía a Italia. No estoy autorizado a dar su nombre, ni siquiera después de tantos años.

Ese hombre se lo merecía. Había cometido una terrible fechoría con un niño de otra *ndrine* con la que teníamos intereses. Había huido a España creyendo que de ese modo podría librarse de la venganza. Pobre estúpido.

A principios de 1958 ya teníamos paisanos en España. La dictadura permitía negocios fáciles, sin problemas. Se podía ganar mucho dinero. Los funcionarios estatales eran fácilmente corrompibles. Nos introdujimos en empresas públicas, en bancos, en empresas privadas que necesitaban materias primas, productos del extranjero. El contrabando de tabaco, comida, electrodomésticos, coches, cemento, etc., comenzó a estar en nuestras manos, primero asociándonos con los hombres de negocios españoles, después convirtiéndolos en nuestros lacayos, tal como ocurre ahora.

En aquel viaje conocí a la única mujer a la que he amado y a la que sigo amando después de muerta. Solo al recordarlo, al mencionarlo en estos papeles, el horror y la desesperación me invaden y la mano me tiembla al escribirlo. Ella, mi amada, no había cometido ningún nefando pecado. La condenada era su hermana pequeña. Su manera de vivir ponía en peligro a nuestras *famiglie*. Era de justicia acabar con ella.

No puedo decir sus nombres. De ninguna de las dos. Ni siquiera ahora.

La vi por primera vez en la calle, en la Gran Vía. Paseaba con su hermana pequeña del brazo y las dos reían. Porque, antes de verla, escuché su risa. Su risa me indicó la dirección de mi mirada. Han pasado muchos años y puedo describir cada centímetro de su cuerpo, cada gesto de su mano ahuecándose el cabello, el brillo de sus ojos, la cadencia de su respiración. Ya en aquel momento supe que mi destino estaba trazado, marcado para siempre. Mi vida ya no consistía en otra cosa que en tener a esa mujer.

Las seguí a las dos por la calle. Fui detrás de ellas mientras miraban escaparates. Ella era alta, de cabellos negros recogidos en una cola de caballo. Su rostro era ovalado, de ojos claros, que luego supe que tenían

tonalidades verdes. Me di cuenta enseguida de su prudencia y discreción a pesar de su edad. Su hermana, más joven, de menor estatura, también bonita, saltaba, reía, importunaba a la gente. Ella la controlaba con dulzura. Entonces creí que podía ser de mi misma edad, quizás un poco mayor, veintiuno o veintidós años. Luego, cuando la conocí mejor, supe que tenía veinticinco.

Yo ya estaba enseñado a pasar desapercibido, seguir a alguien sin que se diera cuenta, memorizar gestos. Había hecho lo mismo con el hombre al que iba a matar. Sabía de él más que él mismo. Conocía a la perfección sus hábitos, su forma de vivir. Ya había enviado el mensaje, estaba listo para acabar con él.

Las seguí hasta la sección de trajes de novia de unos grandes almacenes. Las dos cuchicheaban y se reían mientras curioseaban los trajes de novia. Me dirigí a ellas para solicitar ayuda. Les dije que buscaba un modelo de traje de novia para mi prima. Afirmé que era muy parecida a la muchacha alta, de cola de caballo. Y ella me contestó que eso era muy personal. Es la mujer la que tiene que elegir. ¿No era mejor que le enviara un catálogo para que escogiera su vestido de novia?

¿Cómo es ella?, me preguntó su hermana pequeña.

La describí como bella, morena, dulce... y noté que mi amada se ruborizaba y bajaba la mirada. En cambio, su hermana pequeña se reía a carcajadas. Enseguida supe que ella cuidaba a su hermana pequeña y que, a pesar de su juventud, era una mujer sabia y antigua. Mucho más madura que su hermana, aunque no se parecían. Ella destacaba, más alta, serena, poderosa por su sabiduría. En mi tierra hay mujeres así. Tienen el don de saberlo todo, de adelantarse al presente, de adivinar actitudes.

Describí otra vez a mi supuesta prima. Conté de sus ojos verdes, de la calidad de su mirada y su risa, de la secreta armonía de su cuerpo, de su distraído cabello negro que ataba en una sencilla cola de caballo. Y de la luz, la luz que irradiaba. Una hermosa luz limpia e iridiscente. Ella, mi amor, irradiaba una luz inmensa. Recuerdo que su hermana pequeña no paraba de reírse, una risa que ella secundó. La prima de este joven es igual que tú, dijo, se ha enamorado de ti. Y me dijo que la olvidara, que se iba a casar enseguida. Estaba prometida a un viudo rico, amigo de sus padres. Un

hombre con un hijo. Les di las gracias, compré el catálogo y me marché.

Recuerdo la desesperación al saber que se iba a casar. Lo sentía como una traición. Pensé en raptarla, matar al futuro marido, mil planes para que esa mujer fuera mía.

Más tarde descubrí que no eran hermanas de sangre. Sobre mi amada, no había ninguna noticia. Parecía no tener pasado, ni edad cierta. Unos decían que era gitana y que los padres de su hermana pequeña la habían recogido, vagando por las calles de Granada. Dada su condición de militar, el padre la adoptó y le dio sus apellidos. Se convirtió en su hermana mayor, pero, en realidad, su criada.

Y supe, antes de que me ordenaran matarla, que la hermana menor era paisana. Su madre había nacido en la Apulia, no lejos de Calabria, emparentada con una rama de nuestro clan. Su padre, militar de alta graduación, conoció a la madre en Roma, durante la época en que fue agregado militar en la embajada, y se casó con ella. Ya desde entonces mantenía relaciones de negocios con varias familias de nuestro clan. Su única hija nació en Roma, pero el parto le costó la vida a la madre. Más tarde, el padre y la hija se trasladaron a Granada. Había sido nombrado gobernador militar.

Tiempo después, supe que la hermana menor de mi amada, ya de niña y de adolescente, había tenido muchos problemas con su padre. En el colegio granadino se disfrazaba de chico y jugaba con ellos hasta que era descubierta y castigada por las monjas. Más tarde, de adolescente, hacía lo mismo —sus pechos nunca fueron grandes, podía disimularlos—: se disfrazaba de hombre y visitaba cabarés y salas de baile donde se divertía como cualquier hombre. Su familia creía que era una demente, fue sometida a todo tipo de tratamientos por eminentes psicólogos.

Después, en Barcelona, donde fue destinado su padre, fueron los libros el motivo de escándalo. Libros eróticos, manuales izquierdistas, manifiestos a favor del amor libre, la emancipación de la mujer, la revolución. Estuvo en una comuna y decidió perder la virginidad mediante sorteo. Su padre sólo la perdonó en su lecho de muerte. Tenía entonces diecinueve años, y mi amada, veintiuno o veintidós. Por aquel entonces, según me dijo su hermana

pequeña, mi amada ya era novia de aquel viudo, amigo de la familia, que le llevaba treinta años, tenía un hijo y que tanto insistía en casarse con ella. Se casó a finales de 1958, una semana después de que yo la conociera. Las dos muchachas estaban en la ruina. El dinero que les había dejado el padre había sido dilapidado en francachelas y extravagancias por la hermana menor.

Ese matrimonio las iba a librar de la pobreza.

Eso fue lo que me dijo su hermana pequeña, pero me mintió. Y yo no lo supe hasta varios años después. De haberlo sabido antes, quizás esta historia no se hubiera producido.

No volví a hablar con ellas hasta el año siguiente. Esa misma tarde recibí la orden de acabar con el hombre sin honor. Un hombre sin tacha, un *uomo d'onore*, vendría a supervisar mi trabajo. Lo maté a la perfección, como ya he contado. Gané mi grado de aprendiz. El primer escalón. Ahora soy *gran mastro*, gran maestro, un hombre sin tacha. Al menos eso creen. La verdad de mi vida solo la conozco yo.

La segunda vez que estuve en Madrid no fue para matar a nadie. Lo hice para verla. Fue después de que se casara, a mediados de 1959. Nos citamos en la cafetería Nebraska de la Gran Vía. Las dos me esperaban en una mesa, ella leía un libro ante una taza de té y su hermana pequeña observaba la calle. Me reconoció enseguida. Me preguntó si mi supuesta prima se había casado. Le conté la verdad y los tres nos reímos. La hermana pequeña me dijo: Lleva seis meses casada —eso ya lo sabía yo— y pasa el tiempo pensando en ti. ¡Idiota!, exclamó ella, ¡no digas eso! Pero ella insistió: Está casada pero piensa en ti. Yo la acompaño para que no se muera de tristeza.

Ella bajó la cabeza. Su hermana pequeña se levantó para marcharse, y dejarnos solos. Pero le dijo antes: Piensa que eres una mujer casada, ¿eh? Ten cuidado o se lo digo a tu marido. No le hagas caso, le gustan las bromas, me dijo ella. Hablamos horas y horas. Era tan natural, tan espontánea, parecía que nos conocíamos de toda la vida.

Me confesó que me veía con un aura malvada, una luz negra, no debía

acercarse a mí. Sin embargo, no me sentía malo, era simpático y agradable. Se alegró de saber que yo era italiano del sur como la madre de su hermana.

Mi amada y yo teníamos gustos parecidos en casi todo. Apenas le mentí cuando intenté responder a su curiosidad sobre mi oficio. Le dije que trabajaba en una empresa familiar dedicada al transporte de mercancías —lo que no era mentira del todo—, encargado de España y Portugal, y que viajaba mucho. Le dije que no tenía novia, ni mujer, y que tampoco pensaba tenerla.

Aquel día paseamos hasta su casa, un caserón antiguo en el centro de Madrid que había sido de la familia de su marido, un hombre dedicado a las leyes. Nos dimos la mano al despedirnos y quedamos como amigos. Seremos amigos, Aurelio, serás mi mejor amigo, me dijo. Y me besó, un beso en la mejilla.

No quise insistir en quedar otro día y forzar una cita. Ella tampoco lo hizo. Yo la amaba, estaba loco por ella. Pero era una mujer casada, además, con una lejana relación con nuestra *famiglia*. Me convertiría en un hombre sin honor, un *mancillato*, un ser despreciable, si hubiera pretendido tener relaciones con ella.

Triste y despechado, aquella misma noche volví a Italia. Y comencé a escribirle. Largas cartas en las que le contaba cómo transcurría mi vida, ocultándole solo lo que no nos está permitido contar. Le fui enviando fotografías de Catanzaro, la ciudad donde yo vivía entonces, de Palermo, Roma... También de los lugares del mundo adonde yo iba por trabajo. Le propuse enseñarle italiano, el áspero dialecto de mi tierra, y ella accedió. Me contestaba siempre sin tardanza, avanzaba muy rápidamente en el conocimiento de mi lengua materna.

Mientras tanto, soñaba con verla, de manera que pedí trasladarme a España durante algún tiempo. Con el dinero que me dieron por mi buen trabajo, alquilé un apartamento amueblado cerca del Santiago Bernabéu. Eso fue en 1961.

13

Recuerdo mi estancia en el hospital como una sucesión de sueño y vigilia que me sumió en un estado de estupor constante. Perdí la noción del tiempo. La primera vez que desperté, Ada estaba en pie al lado de la cama y me sonreía. Detrás de ella había más rostros sonrientes y atentos, algunos con rasgos difuminados, otros con las máscaras blancas de los cirujanos. Otras veces que despertaba, ya no estaban allí.

En algún momento Ada me dijo:

—Gracias a dios.

Se tapó el rostro con las manos, comenzó a llorar.

—No llores, ya ha pasado todo. Siéntate a mi lado, anda. Y no llores, por favor, mi amor. ¿Qué te hicieron?

Negó con la cabeza.

—No hables, Líber, debes descansar. Acabas de salir de la UCI. Me dijeron que no debías hablar, ni preocuparte por nada.

—Dime qué te hicieron, por favor.

—Líber... —Me acarició la cabeza.

Levanté con cuidado la sábana. Me habían colocado una especie de pañal que me cubría desde arriba del estómago hasta la entrepierna. Una especie de corsé. Palpé la cánula, surgía del pañal y se perdía bajo la cama. Tenía tubos en la nariz y en las muñecas.

El enfermero entró.

—No debe moverse, puede sacarse la cánula. ¿Le duele?

—Un poco —mentí—. ¿Qué me han hecho aquí abajo?

—No se preocupe, ya está fuera de peligro. Va a vivir. —Comenzó a

preparar una inyección. Parecía muy seguro, muy profesional—. Salga un momento, señora, por favor.

Ada apagó un gemido y salió de la habitación. La inyección quedó lista, terminó de ponérmela y se quedó con la jeringuilla en la mano, observándome.

—Tranquilo, soy un amigo —me guiñó un ojo.

Desperté otra vez. Ágata se encontraba en la habitación junto a Feiman. Los dos me miraban y sonreían. En otra ocasión era Carmela. Me di cuenta de que se había puesto su ropa de los domingos. Vino con una mujer joven, a la que no reconocí al principio. Carmela y la muchacha se pusieron a llorar.

—Qué te han hecho, Líber, qué te han hecho.

—Ya estoy bien, Carmelita. ¿Me ves? Estoy estupendamente.

La muchacha continuaba llorando. La reconocí. Era Cristina, la que quería divorciarse de su marido homosexual.

—¿Cristina? —le pregunté. Ella asintió sin dejar de llorar—. ¿Dónde está Ada? —les pregunté.

—Ha salido un momento, pero duerme aquí. —Carmela señaló un sillón tapizado de verde, situado al lado de la ventana—. ¿Quieres que te pida un televisor?

—No me gusta la televisión.

—Me refiero a una televisión con aparato de vídeo. Así podrás ver tus películas favoritas.

—No, gracias, en serio. No las necesito. —Cristina se secaba las lágrimas y hacía pucheros—. ¿Por qué has venido?

—Es cliente del bufete —intervino Carmela—. Un asunto de divorcio. Quería venir a verte, dice que te conoce. Se empeñó.

—Líber... Líber... ¡Oh, Líber! —gimió Cristina.

Debí de dormirme otra vez. Cuando abrí los ojos, me encontré con el rostro de Lacrampe.

—¿Ya estás bien?

—Sí, estoy mejor.

—¿Te duele?

—Solo cuando respiro.

—¿De qué película es eso?

—Ahora mismo no me acuerdo. ¿Qué día es hoy?

—Jueves. Oye, tienes que reponerte rápido. Julia nos ha descrito a los dos pistoleros muy bien. Los vamos a pillar, ¿sabes? Nos ha dicho que vio cómo se llevaban algunas joyas, debían de ser de tu madre. ¿Las tenías en casa?

Le dije que sí. Lacrampe me contestó algo, pero no recuerdo qué. Volví a dormirme.

Era por la tarde. Lo supe porque la ventana no tenía las cortinas echadas. Me acababan de trasladar a otra habitación —¿o era la misma?— y me estaban colocando en otra cama. Ya no tenía tubos, excepto el que surgía del pañal, que ahora era más pequeño.

Se encontraban conmigo dos médicos y el enfermero.

—Ha tenido usted suerte —dijo uno de los médicos, un hombre grueso con el cabello blanco—. La noche que ingresó estaba de visita el doctor Arteche, un eminente urólogo y cirujano de gran valía, colega y amigo.

Lo señaló con un gesto de la mano.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el llamado Arteche.

—Mejor —respondí.

El enfermero estaba otra vez preparando los utensilios para inyectarme.

—Es un gran microcirujano. El mejor en su especialidad. Ha sido una suerte que le haya vuelto a operar. Lo que le acaba de hacer quedará en los anales de la cirugía.

—¿Qué le hicieron a mi mujer, doctor? Aquí nadie me dice nada.

—La maltrataron —dijo el microcirujano.

Los dos médicos se miraron. El de cabellos blancos dijo:

—La violaron vaginal y analmente con... —me miró durante unos instantes—. Creo que con el caño de una pistola. No podrá... —dudó durante unos segundos— hacer uso del matrimonio hasta que pase bastante tiempo.

—Podrá arreglarse bastante bien con una operación de cirugía estética restauradora —manifestó el microcirujano—. Pero hay que esperar un tiempo a que cicatricen las heridas psicológicas.

—¿Y a mí? ¿Qué me han hecho?

Sentí el pinchazo en el brazo, mientras el médico me respondía abriendo y cerrando la boca. Me hablaba, pero yo no podía entenderlo, excepto:

—Lo vamos a arreglar, no se preocupe. Estudiaremos dentro de unos meses un programa hormonal.

Intenté incorporarme en la cama. El enfermero dijo:

—Cálmese, tiene que dormir, descansar.

—¡Doctor, dígame qué pasó!

—Es posible que... sin duda...

—¡Qué! ¡Qué!

Me estaba hablando, pero desde muy lejos. Entendí:

—Es muy posible que pueda tener erecciones... Estoy seguro... Debe alegrarse, amigo.

Estaba soñando. Aurelio se encontraba en mi habitación acompañado de una mujer joven. Parecía Cristina. Me estaba diciendo:

Lo estamos protegiendo, abogado. No debe temer nada. ¿Puede escucharme?

Sí, le escucho.

Fíjese en esta mujer. Es bella, honesta. Me gustaría que fuera su esposa. Pero usted debe decidir.

La mujer me sonreía. La había visto antes, pero ¿en dónde? No pude distinguir sus facciones. ¿Era Cristina? ¿Estaba soñando?

«Su estirpe, abogado, comenzó con mi abuelo, Melquiades Pescatore, sargento garibaldino de infantería durante la guerra patria de 1861. Fue un hombre alto y guapo de grandes bigotes, natural de una aldea del Aspromonte, que se afincó en San Luca, en el centro mismo de Calabria, en 1882, con el cargo de capitán de carabinieri. En 1901 se casó, ya mayor, con una rica heredera, casi una niña, de gran belleza, Anita del Prado Continenti, hija del barón Giuseppe del Prado, que aportó al matrimonio haciendas, negocios de alimentación, un palazzo en San Luca, un piso en Madrid y otro

en Roma...».

Me he enterado por los periódicos. Abogado asaltado en su propia casa por una banda de ladrones. Ponían su nombre, pero no decían nada de su mujer, esa Julia.

«La familia Del Prado era descendiente de nobles españoles que llegaron al sur de Italia durante la dominación. Anita, mi abuela, la madre de mi padre, fue una mujer de gran belleza y muy longeva, murió a los ciento un años, en 1983».

No hace falta que me conteste, duerma tranquilo. Seguiremos aquí hasta que se despierte.

«Mi padre, Pedro Pescatore del Prado, nació en 1912 después de un parto muy difícil que duró tres días y tres noches. Fue hijo único y nació, según cuentan, con el cuerpo lleno de estrías sangrientas que estuvieron a punto de llevarle a la tumba. Su curación llevó varios meses y le marcó el carácter. Fue un hombre violento y exaltado, aficionado a los coches veloces, a derrochar el dinero sin ton ni son. El matrimonio con mi madre fue un escándalo, motivo de murmuraciones en toda Calabria. Mi madre, Constanza del Prado, era su prima hermana, hija del hermano pequeño de mi abuela Anita, con la que solo tuvo un hijo, yo».

Tuve curiosidad y lo busqué en los hospitales. No fue difícil encontrarlo. El enfermero me contó lo que le hicieron. Él lo está cuidando. No debe temer nada, está seguro aquí, en el hospital.

«Apenas si recuerdo a mis padres. Murieron en 1940 en un accidente de coche en Montecarlo, cuando yo tenía apenas tres años. Me críe con mi abuela Anita en su mansión solariega de San Luca, rodeado de los bastardos que había tenido mi abuelo con innumerables mujeres de la región, que

también vivían allí, aceptando la autoridad indiscutible de mi abuela».

¿Me está escuchando? Bueno, me parece que no. Tiene los ojos abiertos, pero creo que continúa dormido. El enfermero me ha dicho que emplean doble dosis de barbitúricos con usted. Es difícil dormirle.

Liberto, amore mio, dijo la muchacha.

«Fue una época feliz en mi vida, la única de la que tengo memoria, una larga infancia rodeado de preceptores, guiados por la férrea mano de mi abuela, que ordenó que me instruyeran en variadas disciplinas e idiomas. El español, lengua que hablaba la familia Del Prado, y por supuesto mi abuela, lo aprendí a los catorce años. Entonces no me daba cuenta, pensaba que era natural, todo el mundo en la casa y en el pueblo me trataba con respeto, yo diría que con temor reverencial. Ya de niño era frecuente que allá donde fuera la gente se apartara para dejarme paso, me cedieran los mejores lugares en las fiestas y me besaran la mano en homenaje, como si de un príncipe se tratara».

Mueva una mano si me escucha.

«A partir de que cumplí catorce años, mi vida cambió por completo. Mi abuela comenzó a tratarme de forma diferente, me ordenaba que permaneciera a su lado, en silencio, cuando se entrevistaba con hombres serios que acudían a verla de toda Italia, incluso de otros lugares de Europa. Me hablaba del origen de la *famiglia* Del Prado, que se remontaba al dominio español, anunciándome que pronto llevaría nuestros vastos negocios, que comprendían bancos, supermercados, restaurantes, antigüedades, recogida de basuras, transportes y la participación en otros muchos en Italia y fuera de ella».

Me alegra verlo, Aurelio. Pero estoy soñando, ¿verdad?

Sí, es un sueño, si quiere llamarlo así.

La muchacha era Cristina, pero podía ser Ada, mucho más joven, bella.

Ada, amor mío, Ada. ¿Estás conmigo? Dime algo.

«Más tarde mi abuela me puso bajo la tutela de Laertes Pínzaro, un capo regina, o administrador general, que me fue mostrando los alcances de los negocios familiares, las alianzas con otras familias de la Camorra napolitana, la Cosa Nostra siciliana, la Sacra Corona Unita y otros clanes de paisanos. Tenía que instruirme para la ceremonia que realizaría al cumplir dieciséis años, para convertirme en *'ndrangheta*, un hombre de honor. De ese modo comenzaría mi escalada hasta culminar en capo *famiglia* y, más tarde, quizás capo di tutti capi, como mi origen y condición lo exigían».

Estoy a su disposición, abogado, a su servicio. No tiene nada que temer.
¿Comprende lo que le digo?
¿Dónde está Ada? ¿Se ha marchado?

«El día de la ceremonia me presenté todo vestido de blanco ante el consejo que me admitiría como *'ndrangheta* en la logia masónica del Caballero del Escudo Resplandeciente, logia que se remontaba al siglo XVIII, fundada por mi familia. Las pruebas fueron duras, humillantes, me dejaron extenuado por completo. Duraron tres días y tres noches; al terminar conseguí el primer escalón de aprendiz. Luego sería aprendiz aventajado, oficial y más tarde maestro. Pero antes de cumplir veinte años tenía que matar a un hombre».

No es Ada, abogado. Es otra mujer. La que se le ha destinado.
¿Eres de verdad, Aurelio?
Soy yo en carne y hueso.
He estado soñando contigo.

«Al llegar a la casa, mi abuela, ante toda la servidumbre y los numerosos bastardos, se arrodilló ante mí y me besó el anillo ceremonial que atestiguaba mi condición de *'ndrangheta*. Pero de la misma manera que se podía otorgar ser *'ndrangheta*, se podía quitar. Bastaba con perder el honor, la palabra cumplida, caer en la ignominia».

Piense en su madre, abogado, y en esta muchacha. La clave son esas dos mujeres. Que no se le olvide.

Mi madre murió en 1964 cuando yo tenía dos años. No tengo recuerdos de ella.

La que usted cree que es su madre, no lo es. Tiene que recordar, abogado.

«Pero un día conocí a una muchacha, fue en España. Nos amamos y la terrible maldición de la familia Del Prado se abatió sobre mí. Así lo cuenta la leyenda del pez plata, estamos condenados a no ser amados por la mujer de nuestros sueños. Ahora usted y yo somos iguales, abogado. Estamos unidos por un destino común».

Se acostumbrará a esta muchacha, abogado, ya verá. Al principio le costará trabajo, su destino ya está trazado.

Amore mio, dijo la muchacha.

Hice sonar el timbre para llamar al enfermero.

—¿Ha estado alguien aquí? ¿Un hombre alto y una muchacha?

—Ha debido de soñarlo. Aquí no ha entrado nadie excepto las personas autorizadas.

—¿Dónde está mi mujer?

—Fue a comprarle los periódicos.

El enfermero se marchó. En ese instante entró Ada. Transportaba un paquete y llevaba varios periódicos bajo el brazo. Caminaba de forma

diferente, con las piernas muy abiertas. Me sonrió al verme despierto.

—Hola, querido. Te he traído fruta. Ya están troceadas.

Me di cuenta de que no tenía tubos en ninguna parte del cuerpo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, Ada?

—Diez días, querido.

—¿Quién te ha cuidado mientras yo estaba en este estado?

—¿Quién? ¡Oh, mucha gente, querido! Mi marido se ha portado estupendamente conmigo.

—¿Barrera te ha cuidado?

—Sí, ha sido muy comprensivo. Bueno, también me ha acompañado mi hermana pequeña, que vive en Italia, ¿sabes? Ha venido a verme.

—¿Tienes una hermana pequeña?

—La llamo Veba, pero se llama Genoveva. Es muy simpática, te va a gustar.

Levanté las sábanas. Una cicatriz morada me recorría desde el ombligo hasta el final de la barriga. Me palpé el pene y el escroto. Los testículos estaban insensibles, como si fueran de corcho. Pero el pene me dolió al pasar el dedo sobre él. Noté una línea áspera cerca del prepucio. Intenté salir de la cama. Ada se sobresaltó.

—No puedes moverte, cariño. Aún estás muy débil.

Ada me ayudó a ponerme en pie. Apoyado en ella, alcancé la puerta del cuarto de baño.

—Déjame solo, por favor.

Di unos cuantos pasos dentro. Levanté la tapa del retrete e intenté orinar. Sentí una quemazón terrible hasta que salió la orina. Parecía agua hirviendo. Me di cuenta de una cicatriz que me recorría el escroto. Ada se asomó a la puerta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no pasa nada. —Volví a la cama.

—Líber, va a venir a verte mi hermana, tienes que arreglarte un poco. Te he traído ropa de tu casa. Está en el armario.

Comencé a vestirme.

—¿No te vas a afeitar, cariño? Me pinchas cuando te beso.

Yo tenía un plan. Lo había pensado durante los pesados sueños de los barbitúricos.

—Voy a dejarme la barba.

—¡Ay, amor, vas a parecer un pordiosero!

¿Pordiosero? Me sentía un miserable, un hombre estúpido, sin honor. Había dejado que me sorprendieran como un gatito pequeño y habían violado a mi mujer. Me apreté el cinturón. La ropa me estaba holgada.

—Quiero convertirme en otra persona, Ada. En alguien mejor.

—Mi hermana te cuidará, amor. —Quedó en silencio—. Voy a irme a Estados Unidos. Mi marido vendrá después.

—Yo soy tu marido.

—Sí, tú eres mi marido, amor, claro que sí. Volveré enseguida, serán unas cuantas semanas. Gerardo quiere llevarme a una clínica de cirugía estética en Estados Unidos.

—Eso es bueno, Ada. —Me senté en una silla, intentando que no se diera cuenta de que me mareaba, y comencé a comer la fruta.

—¿Te importa que acepte la ayuda de mi... de Gerardo, mi amor? Si no quieres, no iré a Estados Unidos. Yo te quiero a ti, Líber.

—Debes ir, Ada, en serio. Cuando vuelvas, ya hablaremos. —Le sonreí—. Yo ya estoy bien, ahora falta que tú te restablezcas.

—Volveré esta tarde, Líber. Descansa un poco, amor.

14

Poco después sonaron golpes en la puerta.

—Adelante —dije.

Entró una muchacha como de veinte años. Era gorda, de rostro redondo y enormes pechos. Recordaba bastante a Ada. ¿Era la que había poblado mis sueños? Me puse en pie. Detrás apareció el rostro ancho y sonriente de Gerardo Barrera y la sonrisa de Ada.

Nadie dijo nada hasta que Barrera habló:

—¿Cómo se encuentra, Ruano?

—Bien, gracias, Barrera.

—Líber, ella es mi hermana Veba —dijo Ada.

—Encantado. —Le tendí la mano y me la estrechó.

—Genoveva del Prado —dijo ella, y me entregó una tarjeta. Tenía un número de móvil impreso—. Llame si necesita algo. ¿Le importa si le robamos a Julia unos cuantos días? El avión sale dentro de un par de horas.

—Por favor..., no es una prisionera —le contesté.

Se dirigió a su hermana.

—¿Nos vamos, Julia?

Veba me miró fijamente y sonrió con los ojos entornados. Tuve un sobresalto. Ada se aproximó y me besó largamente en los labios.

—Adiós, amor, te llamaré todos los días. Haz caso a los médicos. Si necesitas algo, mi hermana cuidará de ti.

Se marcharon, pero Veba continuaba en la puerta.

—De modo que tú eres el abogado que ha vuelto loca a mi hermana —dijo.

—¿Te parezco poca cosa?

—Ahora no pareces nada.

Cuando se hubo marchado, entró el enfermero.

—Se recomienda que dé paseos cortos, si es posible por un parque, pero sin cansarse. Hay un taxi a su disposición. Lo llevará al Retiro, luego lo recogerá. ¿O prefiere la Casa de Campo? Lo que usted decida, abogado.

El taxista me aguardaba en la puerta. Un hombre de grandes bigotes.

—A la Puerta del Sol —le dije.

—Oiga, espere un momento. A mí me han dicho que tengo que llevarle al Retiro o a la Casa de Campo y esperarle para traerle de vuelta.

—No, usted va a ir a donde yo le diga. Le pagaré cincuenta euros extra.

Antes me gustaba pasear, ver la ciudad, escuchar sus ruidos, las calles, la gente afanándose en sus asuntos, el motor de los autos. Ahora sólo tenía una idea fija en la mente.

Le dije al taxista que se detuviera en la calle Núñez de Arce. Debía dar vueltas a la manzana hasta que me viera aparecer. Tardaría media hora como máximo.

Entré en la armería. Le pregunté al dependiente si se encontraba el dueño, Adonis Sandoval. El dependiente me contestó que estaba en el interior. Le entregué una tarjeta profesional y aguardé.

Adonis era un viejo fuerte y derecho, antiguo coronel del Ejército y dos veces campeón olímpico de tiro de pistola. Fue acusado de homicidio con premeditación aunque declaró que se le había disparado fortuitamente la pistola que arreglaba al entrar su esposa en el domicilio conyugal a las tres de la madrugada. Fui su defensor y conseguí un dictamen de homicidio fortuito. Fue condenado a cinco años de cárcel, que se convirtieron en dieciséis meses de reclusión, treinta millones de pesetas de indemnización a los familiares de su esposa —no tenían hijos— y el abandono de la actividad militar. No lo había vuelto a ver desde entonces.

—Abogado —me dijo—, tanto tiempo. ¿Quiere sentarse?

—No, gracias, tardaré poco.

Ya había visto su gabinete de trabajo antes. Ahora estaba más lleno aún

de todo tipo de armas de fuego, largas y cortas, colocadas en vitrinas y expuestas en las paredes. Apreció mi expresión de asombro cuando recorrí la habitación con la mirada.

—¿Le gusta, Ruano?

—Sigue usted atesorando armas, Sandoval.

—Cada una de ellas tiene su historia, no han sido escogidas al azar. Dígame qué desea, abogado. Estoy intentando componer un revólver Nagant de 1882, perteneció a Winston Churchill cuando fue teniente del Regimiento de Cazadores de la Reina, durante la guerra de los bóers.

—Necesito un arma, una pistola.

Se quedó en silencio, aún alto y delgado, majestuoso. Se había dejado una fina barba blanca alrededor de la boca.

—Es evidente que no me va a contestar si le pregunto para qué la quiere. ¿Sabe disparar?

—Nunca he disparado un arma.

Continuó observándome en silencio. Había aparecido en su frente una fina línea quebrada.

—Me debe un favor, Sandoval. Le salvé de una larga condena.

—Hubiera preferido una hermosa y limpia muerte con una pistola de duelo a este sinvivir. Todavía no he podido quitármela de la cabeza. Me refiero a mi esposa.

—Sé a lo que se refiere. Pero insisto, me debe un favor. Está en deuda conmigo.

—Nunca se debe dejar sin pagar una deuda. Eso te tiraniza el resto de tu vida. ¿Qué tipo de pistola quiere?

—No sé nada de pistolas. Aconséjeme.

—Sólo hay algo mejor que una buena pistola o un reloj suizo, Ruano. Una mujer que te haya penetrado el corazón como un cuchillo al rojo vivo y que te ame por muy vagabundo o loco que seas. ¿Alguna vez ha tenido una mujer así?

—Solo he tenido un reloj suizo. Y ya no lo tengo.

—Bien, terminemos de una vez —comenzó a abrir y a cerrar cajones, murmurando entre dientes—; necesita una... sí, eso es... semiautomática, no.

—Se volvió a mí—: Las semiautomáticas lanzan los casquillos después de disparar, no se las aconsejo. En su caso le convendría un revólver corto, de poco peso, que pueda llevar en la cintura o en un bolsillo... Vamos a ver, sí, aquí están.

Levantó las dos manos con sendos revólveres plateados. Eran pequeños, de caño chato.

—Este, el de la izquierda, es un Smith & Wesson, modelo 624, llamado Horton Special, fabricado en 1985. El de la derecha, el Charters Arms Bulldog, de parecidas características. Caños de casi dos centímetros y un kilo de peso y culatas anatómicas. Aparecieron los dos en la década de los ochenta, ante la demanda de armas defensivas en el mercado norteamericano. Yo, de usted, me llevaría el Smith & Wesson.

Lo sopesé, estaba equilibrado y olía a aceite.

—Me llevo este.

—Utiliza el calibre 44 Magnum Special, seis vainas en cada tambor. El tambor bascula hacia la izquierda accionando esta palanca con el pulgar. ¿Lo ve?

Me mostró cómo podía cargarlo y descargarlo.

—¿Tiene munición?

—Sí, la 44 Magnum Special. Se trata de una bala blindada, de punta hueca, lo que provoca que con el impacto la punta se abra hacia fuera, deformándola. Si impacta en un blanco vivo, produce grandes daños en los tejidos y no sale, se queda dentro. Es muy efectiva. Le daré una caja con veinticuatro cartuchos, cuatro tambores.

Estuvo trasteando en otro cajón y regresó con una cajita de cartón de color rojo y una cartuchera de cuero, que podía acoplarse a un cinturón.

—Bien, ya lo tiene todo. ¿Sabe cómo funciona?

—Sí, apretando el gatillo.

Se me quedó mirando.

—Bien, ya está saldada mi deuda. Le ruego que no venga nunca más por aquí. Esa pistola que se lleva nunca la he tenido yo. ¿Se da cuenta de lo que le estoy diciendo?

El taxi me llevó de vuelta al hospital. Tuve que disimular mi entrada, me encontraba débil y mareado. Me quité la ropa de calle, escondí la pistola y la caja de municiones en el maletín que me había traído Ada y me acosté. Tomé la medicina para dormir. Antes del sopor que precedía al sueño, el enfermero entró en la habitación.

—¿Duerme, abogado?

—No, aún no. ¿Qué quiere?

—Que sepa que puede descansar tranquilo, yo estaré en la puerta. Me llamo Marcos, no lo olvide.

—Gracias, Marcos, lo tendré en cuenta.

—Buenas noches.

Soñé con mi madre. Durante toda mi vida me he preguntado cómo habría sido mi vida si ella hubiera sobrevivido a mi infancia. Elizabeth me decía: «Era muy guapa, rusiñol, muy desgraciada, y le gustaba cantar. Te quería mucho». Sin embargo, recuerdo que mi padre jamás me habló de ella, a pesar de mis preguntas. Era Elizabeth quien me respondía: «No te preocupes por tu mamá, está en el cielo». Era todo lo que me decía. Preguntar a mi hermano era peor: «Era una loca, loca como una cabra», solía responderme. «Pero ¿cómo era? ¿Me quería?». «No seas idiota, Liberto. Deja de decir tonterías».

Los médicos me habían dicho que pronto podría ir a mi casa. Estaba casi completamente restablecido. Me preguntaron si tenía erecciones nocturnas. Les contesté que no. Tampoco diurnas.

—¿Es grave no tenerlas?

—Según.

—¿Según qué?

—Le estamos recetando drogas que aumentan el flujo sanguíneo en su pene y otras que despiertan el hipotálamo a las sensaciones sexuales. Se ha adelantado mucho con este tipo de medicamentos.

—¿Debería comportarme como un hambriento sexual?

—Depende de su cerebro. El cerebro es el órgano sexual por excelencia. ¿Tenía frecuentes erecciones antes del accidente?

—¿Era «accidente» intentar castrarme, apuñalarme, cometer violación con mi mujer? Lo pasé por alto.

—Sí, erecciones muy frecuentes. Supongo que como cualquier hombre.

—No es una suposición correcta. Todos los hombres sufrimos los mismos estímulos, pero las respuestas cambian en cada hombre.

—¿Sufre alucinaciones frecuentes? —me preguntó otro médico.

—Sí, creo que sí.

—Es por las medicinas que está tomando. Pasarán cuando deje de tomarlas.

Pero yo he sufrido alucinaciones desde niño. Podía hablar con Sandokán, el Guerrero del Antifaz, Ulises y los demás seres imaginarios que poblaban mis fantasías. Eso no era extraño para mí.

Durante varios días, el taxista de los grandes bigotes me llevó a la Casa de Campo. Me internaba en el interior, en las zonas más apartadas, y les disparaba a los árboles a cinco metros de distancia. Al principio, el retroceso del arma me provocaba tensión en la muñeca y una desviación de más de medio metro hacia arriba. Aprendí a empuñar el arma con firmeza pero con suavidad, y la desviación comenzó a disminuir. De todas maneras, me acercaría mucho menos de cinco metros para matar a los que ya había sentenciado.

Otro día, el taxi se detuvo ante el portal número 35 de la calle Puebla. Una casa de tres plantas. En la última habían enganchado un cartel a una ventana: «Habitaciones La Magdalena. Gran Confort. Fijos y estables».

Aún me fatigaba hacer ejercicio. Descansé en cada rellano y subí los escalones despacio, acompasando la respiración. Escuchaba voces y gritos de gente airada, ruidos de la televisión. En la tercera planta creí reconocer el rostro de una mujer que abrió una puerta, se asomó y la volvió a cerrar. Quizás fueran figuraciones mías. Otra alucinación.

Llamé al timbre de la pensión. Una mujer flaca me abrió la puerta. Llevaba gafas y olía a anís. Le dije:

—Soy el abogado. Busco a Aurelio Pescador.

Se me quedó mirando. Detrás de ella distinguí un reloj de pared y un aparador pintado de azul.

—Un momento.

Escuché sus pasos, que se perdían por un pasillo. Y su voz aguda, golpes en alguna puerta. «¡Aurelio, Aurelio, es el abogado!».

Aurelio apareció enseguida. Iba en camisa.

—Vaya, abogado. ¿Es urgente?

—Sí, muy urgente.

Aurelio abrió la puerta de su habitación y me hizo pasar. Había una gran cama y un armario. Solo una silla. En un rincón había una maleta abierta con ropa. Me indicó que me sentara con un gesto de la mano. Me quedé en pie. Tuve la impresión de que había alguien en el cuarto de baño.

—Quiero que trabaje para mí, Aurelio, exclusivamente. Deje lo que esté haciendo, todo. Le pagaré bien.

—Ya estoy trabajando para usted, abogado. Solo tiene que saber que dejaré el trabajo cuando me ordenen realizar lo que he venido a hacer en España. Mientras tanto, estoy a sus órdenes. ¿De qué se trata?

Le conté lo que nos había pasado a Ada y a mí. Tardé unos cinco minutos. Aurelio se dedicó a pasear por el cuarto, cabizbajo.

—El periódico ha dado una versión diferente. ¿Lo sabe?

—Sí, los he leído, no nombran a mi mujer. Dicen: «Un conocido abogado madrileño, Liberto Ruano, y su acompañante, JP, sufrieron una salvaje agresión..., etcétera, etcétera». Pusieron solo sus iniciales. Tiene una familia muy influyente.

—Fueron unos chapuceros, gente corriente. Unos buenos profesionales no lo hubieran dejado con vida. Debieron de ver algo en su casa que les hizo desistir de matarlo. Ahora dígame lo de esa película que buscaban.

Le conté lo de Jenifer, Luz María, el marqués, Usbaldo, Aristos Méndez, la llamada telefónica, el intento callejero de agresión, la carta.

Aurelio me escuchaba en silencio. Luego, me preguntó:

—Ese señor, Aristos Méndez, ¿los contrató para que buscaran la película?

—Sí, a mi socio y a mí.

—Pero los asesinos le pidieron la película.

—Sí, así es.

De nuevo se quedó pensativo.

—Eso quiere decir que hay varias personas que quieren la película.

—Eso es, además de Aristos Méndez.

—¿Está seguro de que uno de los asesinos tenía aspecto de indio y el otro, la nariz larga y el cabello rubio?

—Sí, estoy seguro.

Paseó por la habitación, cabizbajo.

—Los periódicos han dado una descripción de esos dos hombres muy diferente de la que me ha dado usted, abogado.

—Mi mujer estuvo en estado de shock mucho tiempo, sus recuerdos fueron confusos. En un caso así, un testigo no es fiable. La violaron repetidamente, Aurelio. Fue violada salvajemente por esos dos hombres.

—¿Recuerda cuánto tiempo estuvo sin conocimiento?

—No.

—Claro, claro..., es imposible calcular el tiempo que esos hombres estuvieron en su casa. ¿Ha tenido acceso al informe policial?

—No, pero mi mujer me contó que cuando se fueron los asesinos, bajó a la calle y unos transeúntes llamaron a la policía. ¿Es importante saber el tiempo que estuvo en mi casa esa gentuza?

—Sí, es importante. ¿Puede averiguarlo?

—Sí, no habrá problema. Lo averiguaré y le llamaré por teléfono.

—¿Cómo podemos comunicarnos? ¿Tiene móvil?

—No.

—Tiene que comprar uno y me llama al mío para darme su número. — Fue a la mesita de noche y lo apuntó en un trozo de papel—. Apréndaselo de memoria y luego rompa el papel. No llame a nadie más que a mí con el móvil que compre.

—De acuerdo.

—Le llamaré en cuanto sepa algo.

Saqué del bolsillo diez billetes de cincuenta euros y se los entregué.

—Esto es para los gastos. Y quiero que sepa una cosa: quiero matarlos yo. ¿De acuerdo?

—Bueno, primero tenemos que cogerlos, ¿no?

Tomó el dinero y se lo guardó en el bolsillo.

15

Llamé a Lacrampe. Me dijo que no hacía falta que fuera a la comisaría a consultar el informe policial, lo tenía todavía en su poder.

El mismo taxi me llevó a Canillas, la Dirección General de la Policía. Descubrí que Lacrampe era un pez gordo. Comisario jefe de la BICODI (Brigada Contra la Delincuencia Internacional). Su despacho era grande y luminoso. Tenía secretaria, una señora muy pintarrajeada que me llevó ante su presencia.

—¿Vas a dejarte la barba? En la facultad te la dejaste en primer curso. ¿Te acuerdas? La barba no te sienta bien.

—Te ascendieron, ¿no?

—Hablo inglés, fue por eso. ¿Qué mosca te ha picado?

—Enterarme un poco de lo que me pasó. Estuve sin conocimiento todo el rato.

—¿Te han dado el alta?

—Casi, me dejan salir a pasear.

—Líber, no me vayas a joder, ¿eh? Que te conozco. A ti te gustan mucho las películas, eres un peliculero. Cholín me llamó el otro día, sigue en Marbella, me felicitó por mi ascenso con retraso. No sé quién la pudo informar. A lo mejor se lo dijo el hijo de perra de madero que se ha buscado. ¿Te dije que me estaba poniendo los cuernos con un compañero? ¿Te lo puedes creer? Está destinado en Marbella, un estupa. Se llama Treviño. Parece que no es trigo limpio. No me extrañaría.

—No tenía ni idea.

—Me ha debido de poner los cuernos siempre. Empezó contigo.

—¿No te quitas esa mierda de la cabeza?

—¿Te refieres a los cuernos?

—Joder, Lacrampe, éramos jóvenes. Eso no tiene importancia. ¿Por qué no lo dejas ya?

—Ha debido de oler la paga. Seguro que ya sabe lo que gana. Vaya zorra.

—Enséñame el informe, anda.

Pulsó el teléfono interior.

—¿Va un café?

—Vale.

—Merche, tráeme la carpeta 1228 barra 11, «Liberto Ruano». Está en el archivo «Aristos Méndez»... ¿Qué?... Pues la buscas, Merche... Y trae dos cafés solos, de los que se puedan beber, anda, mujer.

—¿Investigáis a Aristos Méndez?

—No intentes sonsacarme, Líber. Vas de culo.

—Joder, tío, sabes que rompimos el contrato con él. ¿A qué viene esto?

—A nada, pero soy perro viejo, Líber. No me vayas a tratar como a un gilipollas. ¿Has hablado con los de delitos domiciliarios? Ellos llevan tu caso.

—No, no he hablado con ellos. Hace muy poco que me dejan salir a pasear. Me interesa tu opinión profesional, en serio.

Se retrepó en el sillón. Llevaba el mismo traje arrugado, la corbata mal anudada. Cuando estaba con Cholín, iba limpio y aseado. Lo vi consultar el reloj y sacar un cigarrillo.

—Este me lo fumaré después del café. —Aguardé—. Verás, es bastante raro..., parecen unos ladrones corrientes que entran en una casa a robar. Pero te piden la película. Y ahí está el quid de la cuestión. No son ladrones, desde luego, son sicarios. Hasta aquí vamos bien. Lo que ocurre es que los sicarios tienen que cumplir su trabajo, si no, no los vuelven a contratar más. Y luego está la múltiple violación de tu amante, eso no suelen hacerlo los sicarios. Son profesionales. Os hubieran matado a los dos y santas pascuas. ¿Por qué no os mataron? Muy sencillo, porque no querían matarte, querían caparte, que es lo que han hecho.

—No me caparon del todo.

—¿No te caparon del todo? Bueno, es igual. Todo ese rollo de pedirte la

película es una chorrada. Querían caparte, castigarte. Y la pregunta es: ¿quién quiere castigarte, Líber? ¿Y por qué? ¿En qué has jodido a Aristos?

—Violaron a mi mujer, Lacrampe, que no se te olvide.

—No se me olvida. Y eso es todavía más raro. Es la mujer de Barrera, uno de los abogados de Aristos. Nunca le harían nada a esa mujer.

—A lo mejor también querían castigarla por estar conmigo.

—Puede ser.

—¿Investigáis a Barrera por este asunto?

—Sí, claro, lo hemos interrogado. Hemos tocado todas las posibilidades.

—Barrera es un hijo de perra intocable.

—Se sospecha que le lava el dinero a Aristos y sus socios. Pasta de la droga que se la facilita la mafia, varias mafias, para ser más concreto. Las empresas de Aristos dan trabajo directo a más de treinta mil personas, indirectamente a cien mil, más o menos. Los jefes me dicen: comisario, afine bien, si detenemos a Aristos van al paro cien mil familias, quinientas mil personas. Ese tío es capaz de cambiar sus negocios a otro país, un paraíso fiscal, por ejemplo. Los bancos se niegan a dar el estado de sus cuentas, secreto bancario. La mayor parte de la pasta la tiene en Suiza y en paraísos fiscales, muy diversificada. Mis conocimientos de derecho me han convertido en comisario jefe de esta brigada. ¿A qué aplicas tú tus conocimientos, Líber? A todo lo contrario, ayudas a camuflar dinero sucio.

—¿Qué coño dices? En mi bufete no entran asuntos fiscales, lo tenemos prohibido. Te lo he repetido varias veces. No tenemos negocios con Barrera ni con Aristos Méndez.

—Eso lo dirás tú.

La secretaria pasó al despacho sin llamar. Dejó sobre la mesa una carpeta marrón y una bandeja con un servicio de café.

—¡No estaba donde había dicho, comisario! ¡Estaba en «Lavado de dinero»! ¡A ver si se entera!

—Vale, vale, Merche, vale, dios te bendiga.

—Sí, aquí una está para todo. Y no tome demasiado azúcar, es malo.

Se marchó de un portazo. Lacrampe me tendió la carpeta. Me senté en uno de los sillones y la extendí en la mesita. La policía entró en mi casa a las

tres de la madrugada. Y fue avisada a las dos cuarenta y cinco. Ada y yo llegamos alrededor de la una y media.

Lacrampe ya se había bebido el café. Fumaba retrepado en el sillón con los ojos cerrados.

—Los pistoleros estuvieron poco más de una hora en mi casa.

—Ya lo sé.

—No se tarda tanto tiempo en violar.

—Sí, eso parece.

—¿Qué hicieron durante ese tiempo? ¿Buscar las joyas de mi madre? ¿Regodearse con la violación de Ada? —Continué leyendo—. La policía no encontró ningún desorden, excepto en el dormitorio que fue de mi madre. Habían sacado los cajones de la cómoda. Allí estaban las joyas, en una cajita. La habitación se conserva tal cual, desde que murió mi madre en 1964. Bueno, eso me decía Elizabeth.

—¿Te refieres a esa criada tuya? ¿La que te llevaba a la facultad las cosas que se te habían olvidado en casa?

—Sí, Elizabeth.

—¿Cuándo murió?

—En 1984, estábamos terminando la carrera.

—¿Y nunca se tocó la habitación de tu madre?

—No lo sé. Te digo lo que me decía Elizabeth. De niño me gustaba entrar en esa habitación a mirar las pocas cosas que quedaban de mi madre.

—¿Qué buscarían esos tíos ahí?

—No tengo ni idea. Quizás la película.

Había unas cuantas fotografías de Ada. Ada con Barrera, Ada en una fiesta y Ada junto a una muchacha delgada con un yate detrás. Se las mostré a Lacrampe.

—¿Quién es esta?

Abrió los ojos lentamente.

—¿Esa? La hermana de Julia, Genoveva del Prado, la llaman Veba.

—La conozco, pero es gorda.

—A veces, algunas gordas tiene un pasado de delgadas.

Al fin aparecieron los dos retratos robot realizados con las informaciones

de Ada. No tenían nada que ver con los hombres que yo había visto.

Me quedé yerto.

—¿Qué te pasa? —Lacrampe había terminado el cigarrillo y me observaba—. Te has quedado traspuesto.

—Nada, no me gusta recordar lo que nos hicieron.

Días después, en el bufete, Carmela me abrazó con fuerza y comenzó a llorar. La separé con suavidad. Castillo, el abogado al que solíamos contratar cuando había demasiado trabajo, me estrechó la mano con fuerza. Se había dejado bigote.

—Me alegro de que estés bien, Liberto.

—Me encuentro casi en forma.

—Estás muy delgado todavía, Líber. ¿Comes bien? —dijo Carmela.

—Así me sientan mejor las chaquetas. ¿Te has fijado?

—Pareces un pordiosero con esas barbas.

—Nada de eso, me hace más interesante.

—Tontorrón, que eres un tontorrón. —Volvió a soltar unas lágrimas—. Lla... llama a tu amigo, a ese Delforo. No ha podido ir a verte al hospital, estaba de viaje. No ha parado de llamarnos. Oye, ¿quieres que vaya a tu casa a prepararte la comida o algo así? A mí no me cuesta trabajo, en serio.

—No hace falta, Carmelita. Me voy a ir de vacaciones.

La besé en la frente.

—Oye, Líber, ¿has llamado a esa chica tan maja?

—¿Qué chica?

—Esa, Cristina, la que se está divorciando. Me dijo que te dijera que la llamaras. ¿La vas a llamar? —Me tendió un papel con su teléfono. Lo guardé en la chaqueta—. Me ha ayudado a arreglarle la casa, sabes. Es un primor esa Cristina.

Le sonreí, pero le dije a Feiman:

—Voy a estar fuera del bufete un tiempo. Me hace falta un descanso.

—Líber, por dios, claro que sí. Todo el tiempo que haga falta. ¿Sabes? Es posible que yo también me vaya de vacaciones cuando vuelvas. Esto ha sido demasiado para mí.

—Eres un tío cojonudo, jodido argentino.

—No te pongas meloso. —Me acarició la barba—. No me gustan los abogados con barbas, me recuerdan mi juventud. También yo me dejé la barba.

Castillo me dijo:

—Procuraré hacerlo con tus clientes lo mejor que pueda, Liberto.

—Estoy seguro de que lo harás.

Me sonreía.

Feiman, Castillo y Carmela me acompañaron hasta la puerta. En las escaleras agité la mano y les confirmé que me iba a cuidar. En la calle, Mariano me sacudió varias palmadas en la espalda.

—Vaya, señor Ruano, se ha recuperado, ¿eh? Parece un fraile con esas barbas. Ahora a descansar, ¿eh?

—Sí, a descansar, Mariano.

Tomé un taxi. Vivía cerca, pero me encontraba demasiado cansado para caminar.

Llamaron al timbre de la puerta de mi casa. Pensé que podía ser Delforo.

Era Veba.

Llevaba dos maletas que parecían pesadas. Las dejó en el suelo y observó la puerta, que yo aún no había cerrado.

—Hace falta una puerta acorazada, de siete anclajes. —Recorrió el vestíbulo con la mirada—. Lo que suponía, un piso antiguo. Arreglaré lo de la puerta mañana. Supongo que tendrás cuarto de invitados, ¿no? La casa parece grande.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Echarte a patadas?

—No creo que puedas en tu estado actual. ¿No te dijo mi hermana que iba a cuidar de ti? Estaré contigo un par de días y luego me iré, si tú quieres. ¿Puedo pedirte alojamiento un par de noches?

La acompañé al dormitorio de mi padre.

—Esto parece la tumba de un filisteo. ¿Qué hay en los armarios?

—Están vacíos, tiré la ropa de mi padre cuando murió.

No le dije que todos sus objetos personales los tenía en cajas, ocupando

una de las habitaciones.

—Bueno, servirá.

—Me alegro mucho. Te traeré ropa de cama y mantas.

—¿Dónde ocurrió el asalto?

—En el vestíbulo de entrada. Y no me gusta recordarlo.

Le llevé todo lo necesario y regresé a mi habitación. Guardé el revólver en un cajón de mi armario.

Llamaron otra vez al timbre. Delforo apareció con una botella de Moët & Chandon en la mano.

—¡Líber, compadre, qué alegría! —Nos abrazamos—. ¿Te has dejado la barba? Te hace mayor, pero vamos a celebrar que estás vivo. ¿Dónde están las copas? Espera, en la cocina, ¿no? Sí, por ahí..., vente y nos la bebemos.

Lo escuché hablar mientras entraba en la cocina y abría y cerraba el aparador. No lo entendí demasiado. Había estado en un congreso de escritores en Canadá.

—No me dejaron hablar contigo, tío. En ese hospital son la mar de estrictos. Pero ya estás bien, ¿qué te hicieron? Tienes que contármelo todo. ¡Vaya experiencia, eh! —Me observó con atención—. ¿Te ocurre algo?

—Nada, un poco cansado.

Comenzó a abrir la botella de champán.

—Claro, natural. Oye, voy a utilizar lo que te han hecho para mi próxima novela, tengo ya el esquema listo. Tú saldrás, por supuesto. Tú y Feiman, pero no te preocupes, ni él mismo se dará cuenta. —Llenó las copas y me tendió una—. Por los amigos, Líber, salud.

Bebí un sorbo. La orden de los médicos era no probar el alcohol mientras durara el tratamiento.

—Salud.

—Cuéntame cómo fue. ¿Pasaste miedo? En los periódicos han escrito que fue un robo. ¿Cómo ocurrió? La mujer de Barrera no ha aparecido en la prensa, ¿qué pasó?

—Barrera llamó directamente al ministro del Interior. Suele jugar al golf con él. No quería que apareciera el nombre de su esposa en la casa de un abogado de medio pelo. Comprensible. Los ladrones querían el dinero, las

joyas..., ya sabes. Las robaron, pero me clavaron un cuchillo en el estómago. Eso fue todo. Y pasé mucho miedo.

—Joder, no es para menos. La violencia en las calles es un reflejo de la terrible violencia de las relaciones sociales. ¿No te parece? —No esperó mi contestación—. ¿Te robaron muchas joyas?

—No, unas cuantas de mi madre. Nada importante.

—¿Y a Julia? Me dijo Carmela que..., bueno, la habían violado. Qué cafres, joder. Oye, no me has hablado de esa Julia. Qué tío, Líber, tirándote a la mujer de un colega.

—Barrera no es mi colega. Y quiero casarme con ella. Voy en serio.

—¡No jodas, Líber! ¿En serio?

—Sí, en serio. Ahora está en Estados Unidos reponiéndose. Cuando regrese, nos casaremos.

—Unos ladrones cabrones en tu casa... Lo pondré en la novela. ¿Es guapa esa Julia o como se llame?

—La mujer más bonita que he visto nunca.

Delforo volvió a beber de su copa. Luego me miró fijamente por encima del hombro.

—¿Sabes? La editorial me ha rechazado los cien folios que les envié de la novela para el premio. Dicen que no es comercial..., dios santo, que no es comercial. Me quedo fuera del premio..., me han jodido. Ahora las novelas no son ni buenas ni malas. Son comerciales o no. Hace tiempo que la literatura se ha convertido en una mercancía. ¿Vende o no vende? Esa es la cuestión.

Delforo se quedó rígido. Me volví, Veba había entrado a la cocina. Se había cambiado de ropa.

—¿No hay una copa para mí? —preguntó.

La sonrisa de Delforo le cubrió el rostro.

—Claro, por supuesto. —Delforo se presentó—: Juan Delforo, soy amigo de Líber.

—Soy Veba, también amiga de él.

Delforo me miró y movió la cabeza, divertido. Le tendió una copa a Veba y le vertió champán.

—Entonces a su salud, amiga de mi amigo. —Volvimos a beber, yo otro sorbo—. Bueno, creo que aquí sobro, me voy a marchar. Entonces, ¿estás repuesto, Líber?

—Sí, ya estoy bien.

—Eso lo noto. Nos veremos otro día, ¿vale?

Cuando se hubo marchado, Veba me dijo:

—¿Muy amigo tuyo?

—Sí, desde hace muchos años.

—Bueno, entonces vamos a bebernos ese champán. Una pena que se desperdicie.

Me fui a acostar.

Mucho después Veba llamó a la puerta de mi dormitorio. Yo intentaba pensar. No podía. Los ojos se me nublaban. Veía una y otra vez a esos dos asesinos violando a Ada con la pistola.

—¿Puedo? —preguntó abriendo la puerta.

No respondí. Iba en camisón, un cigarrillo en una mano, un cenicero en la otra. La luz del pasillo le daba por detrás. No llevaba ropa interior. Sus enormes pechos no parecían caídos.

Se sentó en la cama dando profundas caladas al cigarrillo.

—Pongamos las cosas en claro —dijo—. Tú no me gustas nada, no eres mi tipo de hombre.

—¿Cuál es tu tipo de hombre?

—No lo sé, pero desde luego no eres tú. Y si estoy aquí es por mi hermana Julia. Se lo he prometido.

—Amo a tu hermana.

—Eso me ha dicho ella. —Terminó el cigarrillo y lo aplastó con fuerza en el cenicero—. ¿Por qué la llamas Ada?

—Es un juego entre ella y yo.

Podía percibir con nitidez sus formas bajo el camisón, la aureola parda de sus pezones, la sombra oscura de su sexo, la fragancia de su carne limpia y joven. En otras circunstancias mi pene se hubiera inflado bajo las sábanas. Pero estaba inerte, insensible como un trozo de cartón.

Se puso en pie.

—Mañana arreglaré lo de la puerta y me marcharé.

Toda la noche soñé con Ada gritando de dolor.

16

Sonó el teléfono. Era muy temprano, pero yo no dormía profundamente. Mi duermevela es frágil. Tomé el teléfono. La voz de Feiman sonaba pastosa.

—¿Tienes algo para apuntar?

—¿Qué ocurre?

—Comisaría de Entrevías, calle Valcárcel, sin número. Pregunta por mí o por Lacrampe. Toma un taxi, te doy quince minutos.

—Feiman, ¿qué pasa?

—No tengo tiempo de explicártelo.

Colgó.

Veba salió del dormitorio de mi padre abrochándose una bata.

—¿Es mi hermana?

—No, voy a salir.

En la comisaría, la puerta de la sala de la Judicial estaba apoyada en la pared. Había sido arrancada de los goznes. La sala, dividida en cubículos formados por tabiques, era una pocilga en el piso cuarto de un edificio sucio, de paredes desconchadas. Bullían policías que acababan de empezar el turno de mañana. Desde las ventanas se divisaban los tejados de la vecindad plagados de antenas de televisión y balcones con ropa tendida. Por el suelo serpenteaban cables gastados de instalaciones de emergencia. Debían de estar así desde hacía años. Lacrampe me esperaba en el cuarto de abogados con los pies sobre una mesa.

Pareció sorprenderse al verme.

—Vaya, el que faltaba. ¿Vienes a ayudar a tu socio?

Mi experiencia me aconsejaba no contestar. Pero le dije:

—Exacto, uno para todos y todos para uno. El lema de nuestro bufete.

Me agarró del brazo y me condujo a la sala de reconocimiento. A través del espejo de doble dirección vi a un hombre alto, fuerte, moreno, con una chaqueta barata de cuadros y el rostro liso. Prestaba declaración a un policía. A su lado, Feiman.

—¿Qué te parece?

Me apoyé en una silla.

—Sí. —Respiré hondo. No quería que mi voz temblara.

—¿Lo reconoces entonces?

—Sí, es él, Usbaldo Suárez, el hijo de la grandísima puta. ¿Habéis encontrado la película?

—No, él no la tiene. Está contando una historieta muy simpática. Dice que la devolvió a sus legítimos dueños. Que te lo cuente tu socio.

—¿Qué coño estás diciendo?

Me miró con atención.

—¿No te ha dicho nada? Tu socio es el abogado de ese pájaro. Lo pillaron ayer noche en un bar de Malasaña en el que se formó una pelea. Encontraron a su lado medio gramo de cocaína tirado en el suelo. Afirma que no es suya. Llamó a Feiman a las siete de la mañana.

Procuré que no se notara mi asombro.

—¿Lo acusáis de algo, Lacrampe?

—¿Aparte de desorden público? Bueno, era el principal sospechoso del asesinato de Jenifer, pero tiene coartada. Una coartada muy sólida. Llevaba a una señora a una cita muy importante en el mismo momento en que era asesinada Jenifer. En sus ratos libres trabajaba como chófer de Clara Sotomayor, la mujer de Carlos Urbani.

Fui consciente de que abrí y cerré la boca como si máscara cristales.

—Si no ha sido él, ¿quién mató a Jenifer?

—Quizás tú, Liber. Tenías un móvil y ocasión para hacerlo.

—¿Otra vez? ¿Cuál sería el móvil, mi odio a las mujeres?

—No solo eso... No estabas seguro de si salías o no en la película y fuiste a su casa a saberlo. Debió de darte alguna contestación que no te gustó y la

mataste.

—Bonita historia, me encanta.

—Me habéis engañado, Líber. Me habéis tomado el pelo.

—No sabía que Usbaldo era nuestro cliente, en serio. Feiman lleva ahora el despacho. Me he tirado mucho tiempo en el hospital, no estoy al tanto de lo que ha hecho durante mi ausencia. ¿Es ilegal defender a Usbaldo?

—Es increíble... Estás intentando quedarte conmigo. ¿Vas a decirme ahora que no tenéis nada que ver con Aristos Méndez ni con Barrera? Vamos, no me jodas más, Líber. Usbaldo ha trabajado para Aristos, ha sido uno de sus guardaespaldas. Lo dejó cuando lo metieron en el trullo. Y ha sido chófer de los Urbani hasta hace muy poco. ¿Te suenan?

—No hay nada irregular en Feiman. ¿Es que ya no te acuerdas de lo que estudiaste en la facultad? Cálmate.

—¿Que me calme?

—Sí, cálmate.

—Líber, es posible que tenga cara de tonto, pero no te fíes de las apariencias. Vuestro puto despacho es una sucursal de Barrera. Tu tarjeta en la casa de Jenifer no es más que un vulgar truco de los tuyos. Seguíis currando para esos cabrones.

—Eso es, y yo mismo contraté a unos sicarios para que asaltaran mi casa, violaran salvajemente a mi mujer e intentaran matarme. Por dios, Lacrampe.

—¿Conocías a Usbaldo de antes?

—Vamos, Lacrampe. ¿Antes de qué?

—¿Y Feiman, lo conocía?

—Tampoco. Y hay una explicación lógica de nuestros actos.

Lacrampe se había puesto solemne, él también había sido alumno de Vilanova.

—¿Explicación lógica? ¿Qué pasaría si te dijera que tengo un testigo que afirma que te vio entrar a la casa de Jenifer un poco antes de la hora de su muerte?

—¿Cuándo fue? Espera..., el forense dijo... alrededor de las cuatro, ¿no?

—Sí, eso es. Entre cuatro y cuatro y media de la tarde.

—¿Sí? Vaya, qué interesante. Te diría que ese testigo se equivoca, así de

simple. ¿Quieres un careo con él? —Me estaba enfadando—. Mi especialidad es destruir falsos testimonios de supuestos testigos. Además, ese testigo que dices que tienes no debe de ser fiable. Ya me hubieses detenido.

Lacrampe me miraba fijamente. Había dado en el clavo. Ese testigo no valía una mierda. Vilanova nos decía que lo que ve un testigo, o lo que cree ver, no siempre es un método fiable para detectar la verdad. La mayor parte de los seres humanos restringen el mundo a lo que creen ver. Los ojos engañan, solía decirnos en la facultad. Si te asomas a un balcón, ves la Tierra plana, no tenemos conciencia de su redondez y ni siquiera de que gira alrededor del Sol. La heurística, la verdad, no se consigue a través de la percepción que proporcionan los sentidos, sino gracias a la ciencia, que nos da la única concepción plausible de realidad.

—¿Eso crees? ¿Que el testigo no vale o que miente?

—Miente, Lacrampe. Así de simple. Insisto, cuando quieras estoy dispuesto a un careo con él, en presencia tuya y de un juez o un miembro del Colegio de Abogados.

—Lo haré cuando lo estime necesario.

Recité:

—El objetivo de nuestra profesión no es la búsqueda de la verdad, es algo mucho más humilde: ayudar a los ciudadanos a ejercer el derecho a defenderse, o a acusar, mediante el conocimiento y la utilización de las leyes. Eso es lo que está haciendo Feiman con Usbaldo. Nos da lo mismo que sea un macarra o un canalla. Tiene derecho a asistencia letrada.

Lacrampe:

—El niño bonito de Vilanova intentando demostrar que es un astuto y correoso abogado que conoce las leyes. Yo también las conozco, jodido cabrón.

Odiaba a Lacrampe por lo que me estaba diciendo. Pero lo necesitaba. Le contesté:

—No he matado a Jenifer, Lacrampe. Y la vi por primera vez cuando acudió al despacho de parte de Ágata. Y métetelo en la cabeza de una vez, nuestro bufete no trabaja para Barrera, ni para Aristos Méndez. ¿Qué mierda te pasa?

Sonó el teléfono.

—Comisario Lacrampe..., sí..., de acuerdo... —Colgó—. Vuestro cliente va a salir sin fianza, pero no podrá ausentarse de Madrid hasta que termine la investigación del asesinato de Jenifer. Conoces los términos, ¿verdad?

—Los conozco.

—Ah, otra cosa. Cholín me ha llamado. Se ha enterado por los periódicos de lo que te ocurrió, se ha mostrado muy dolida, te envía recuerdos. Le dije que estabas bien, solo te habían castrado.

Usbaldo estaba diciendo que tenía una copia de la película, se la había dado Jenifer, y que se fue de Madrid el mismo día en que fui a verlo a La Moderna Poesía. Se marchó a la costa a trabajar en una discoteca. Feiman lo escuchaba bostezando, tenía aspecto de cansado. Nunca le ha gustado madrugar.

Tomábamos café en una mesa apartada, en el bar frente a la comisaría. Policías de uniforme y de paisano hacían ruido en el mostrador, mientras desayunaban y bebían copas de coñac.

Usbaldo decía:

—... ya le digo, me quité de en medio cuando usted vino a verme a La Moderna Poesía; pero cuando apareció en los periódicos que habían matado a Jenifer y que la policía me buscaba como sospechoso de habérmela cargado, pues me asusté y me puse a pensar. Luego, cuando me enteré de lo que le habían hecho a usted, llamé aquí, al señor Feiman y se lo conté —lo señaló—. Me dijo que entregara la película a su legítimo dueño, podían acusarme de haber matado a Jenifer. Entonces yo...

Feiman le interrumpió.

—Le aconsejé que viniera al bufete. Iríamos juntos a la policía y lo contaría todo. Me dijo que tenía una coartada muy sólida. No me hizo caso, no fue al bufete y le entregó la película a Urbani —añadió Feiman—. La vida es muy curiosa.

La vida podría ser curiosa, brutal, absurda. Pero algo estaba claro: lo que nos habían hecho a Ada y a mí no tenía nada que ver con la película.

—¿Por qué no le has hecho caso a mi socio?

—Siempre tengo miedo de la policía, señor Ruano. Le dije al señor Feiman que iría con él a declarar a la policía, pero...

—Ahora eres nuestro cliente, Usbaldo, ironías del destino.

—Tenía que haberle hecho caso antes. —Sonrió, se había arreglado los dientes de arriba. Lucía una hermosa dentadura—. Nunca hago lo que tengo que hacer, así me va la vida, no hago nada a derechas. Mi vida ha sido una mala suerte continua, un dar tumbos por ahí, recibiendo palos. Desde que era un niño he llevado un camino equivocado.

—Me dijo que no había visto la película —manifestó Feiman.

—No, no la vi, se la devolví al señor Urbani y se acabó. Le entregué la película. No quiero saber más de eso. Y fíjese, ahora me acusan de traficar con drogas, es para joderse.

—Tenías la película, ¿verdad?

—Sí, señor Ruano, la tenía. Una copia.

—Entonces sabías perfectamente que Carlos Urbani era el protagonista de la película, el marqués, ¿no? ¿Quién te lo dijo?

—Jenifer, ella fue la que me lo dijo. Y me dio a guardar la película. Bueno, una copia, Jenifer tenía otra. Decía que era por preocupación.

Escuché el suspiro de Feiman.

—Me mentiste, Usbaldo —le dije.

—Sí, señor. Y me tiene usted que perdonar, señor Ruano. Nunca sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué relación tenías con Urbani?

—Fue su chófer —manifestó Feiman—. ¿No es así?

—¿Eras chófer de Carlos Urbani?

—Bueno, de él no, de su señora, de doña Clara. Y lo que se dice chófer, chófer fijo, en nómina, tampoco. Más bien chófer sustituto. La familia tiene otro chófer, pero cuando está ocupado, pues la señora me llama a mí.

—¿Cuánto te pagaron por devolverla, Usbaldo?

Miró a Feiman y luego a mí.

—Nada, no me dieron nada. Ya ve.

—¿De dónde has sacado el dinero para los dientes? Los implantes

dentales son muy caros.

—¿Para los dientes? Bueno..., he trabajado aquí y allí, he tenido suerte. Reuní un poco de dinero.

—¿Dónde?

—¿Eh?

—¿Dónde trabajaste, Usbaldo? ¿Has seguido con lo de las mujeres?

—No, no, señor..., estuve por la costa, por Almuñécar, Motril..., de portero en discos, de camarero... Tengo algunos amigos por allí.

—Vaya, te fue bien entonces, ¿no?

Una línea quebrada apareció en la frente de Feiman. Yo sabía cosas de Usbaldo que él desconocía.

—Bueno, fui tirando, ya le digo. —Se volvió a Feiman—. ¿Cree usted que me volverán a llamar a declarar?

—De momento no lo creo, pero no te cambies de pensión sin avisar al despacho. Ni salgas de Madrid.

—Claro, señor Feiman. —Se puso en pie—. Voy a ver si duermo un poco.

—¿La familia Urbani te echó del trabajo, Usbaldo?

—Pues sí, señor, ya lo ve usted. Cuando salió en los periódicos la muerte de Jenifer, ya no me han vuelto a llamar.

—¿Sigues en La Moderna Poesía?

—¿Con esa guarra? No, no, señor Ruano, nada de eso. Ahora trabajo en una disco, en seguridad. —Nos dio la mano a los dos—. Y muchas gracias. —Me sonrió con sus nuevos dientes—. Casi no lo reconozco con la barba, señor Ruano.

—¿En qué discoteca trabajas?

—En... en el Ángel Azul. —Comenzó a alejarse.

—Un momento, Usbaldo. ¿Trabajaste en seguridad con Aristos Méndez?

—Pues sí, pero fue hace tiempo. Antes de ir a la cárcel.

Me quedé mirándolo.

—Llegaste a conocer a los socios de Aristos Méndez. A Barrera, Urbani..., a todos ellos, ¿verdad?

—Claro, yo los acompañaba a las reuniones, las fiestas..., ya sabe. —

Sonrió—. Bueno, me tengo que ir. Muchas gracias por todo.

Se marchó. Feiman bostezó otra vez.

—Te conozco, Líber, no quiero que te metas en esto. No estás en condiciones de trabajar. —Me observó. Yo permanecía en silencio, pensativo—. ¿Has tenido noticias de Julia?

—No, ni una carta, ni un mensaje. —Lacrampe se había acodado en el mostrador y hablaba con un policía gordo. Ni siquiera nos miró—. ¿Has verificado la coartada de Usbaldo?

—Lo ha hecho la policía. Según parece, la tarde en que asesinaron a Jenifer estuvo con la esposa de Urbani desde las dos, que la llevó a una comida de amigas, hasta que terminaron a eso de las cinco. Luego la condujo a su casa y volvió a llamarle a las once. Las recogió para llevarlas al Ángel Azul. Esa discoteca. Estuvieron allí hasta las tres de la madrugada.

—¿Te crees eso, Feiman?

—Ni me lo creo ni me lo dejo de creer.

—Todo depende de Clara Sotomayor. ¿Recuerdas la carta que me dio a leer Lacrampe? Esa mujer tenía un móvil para asesinar a Jenifer. De todas maneras, me ha extrañado que hayas aceptado a Usbaldo de cliente. Me habías dicho que teníamos que olvidarnos del tema de Jenifer y la película. ¿Qué te pasa?

—Líber, tú no te preocupas por las cuentas del bufete. No andamos bien de dinero, no podemos seleccionar clientes, lo sabes. —Se puso en pie—. Yo soy humano, no como tú, tengo que dormir, comer, pagar las cuentas. ¿Cuándo te irás de vacaciones?

—Enseguida, Feiman, enseguida. Estoy buscando un lugar donde descansar. Voy a inflarme a leer novelas. ¿Cómo se porta Castillo?

—Ya sabes cuál es su estilo.

En el mostrador, Lacrampe le estaba diciendo al policía gordo:

—... es un peón de un puzzle enorme...

Cerró la boca cuando me acerqué.

—El abogado Ruano, Arteta. —El policía gordo no hizo ningún gesto de darme la mano—. El comisario Arteta lleva esta comisaría.

—Encantado —dije.

Arteta me recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Cuando no lleva barba puede parecer un abogado de verdad —añadió Lacrampe.

El comisario le dio a Lacrampe un golpe en el hombro y se marchó. Lacrampe se volvió hacia el café con leche que tenía sobre el mostrador, se puso a sorberlo.

—¿Qué ha ocurrido para que te pongas así conmigo, Lacrampe?

—Lo siento —parecía distraído—, pero el trabajo me desborda.

Consultó el reloj.

—Lacrampe, tengo que saber qué está pasando. Debes decírmelo.

—¿Por qué?

—Porque han estado a punto de matarme y a mi mujer la han violado salvajemente. ¿Te parecen razones suficientes?

—Tu mujer —repitió—. Di mejor la mujer de Barrera, ¿no? Aunque a ti eso te importa poco. Tu especialidad son las mujeres casadas. Son fáciles, ¿no es cierto? La vida matrimonial es tediosa, aburrida..., ya sabes. Los pajarracos carroñeros como tú siempre estáis vigilando, atentos para saltar sobre ellas.

—¿Estás hablando en serio?

—Déjame en paz, Líber. Estoy cansado.

—Voy a casarme con Julia, Lacrampe. Va a dejar a Barrera y se va a venir conmigo. Mi vida de pájaro carroñero ha terminado.

Volvió a consultar el reloj, sacó un cigarrillo del paquete. Era Ducados. Lo olió varias veces y se lo colocó en la boca.

Pagó y salió a la calle. Lo seguí.

El coche se encontraba en el aparcamiento de la comisaría. El conductor hablaba con otro uniformado. Al ver a Lacrampe, le abrió la puerta trasera. Entré tras él.

Lacrampe se recostó en el asiento.

—¿Dónde, jefe? —le preguntó el chófer.

—A jefatura. —Se volvió a mí—. ¿Vas a alguna parte?

—Jefatura me va bien. Estoy de vacaciones.

Encendió el cigarrillo, aspiró el humo con los ojos entornados.

—El médico me ha dicho que apenas conservo un veinte por ciento de pulmones. Me pregunto cuántos cigarrillos me quedan.

—¿Sabéis algo de mis agresores?

—No están fichados, eso es lo único que sabemos. Ahora cualquiera puede contratar pistoleros. Los traen de Colombia, Chechenia, Rusia, Italia, los Balcanes... Les pagan el viaje, hacen el trabajo y se vuelven a casa. Hay más de quince mafias organizadas en nuestro país. Mafias antiguas y mafias nuevas. Esto es un paraíso del dinero fácil. Todo sea por el desarrollo. —Se volvió y me miró. Su expresión era triste—. ¿Por qué no os mataron? Podíais identificarlos sin problemas. —Movi6 la cabeza—. No puedo entenderlo. ¿Lo entiendes tú?

—Yo tampoco, Lacrampe. Pero estoy vivo, y Julia, también. Eso es lo que cuenta.

—¿Qué sabes de esa mujer? Me refiero a la esposa de Barrera, Julia del Prado.

Me extrañó la pregunta.

—Se casó con Barrera hace tres años, pero me quiere a mí, no a su marido. Y es posible que sea la mujer de mi vida, si es que eso existe.

—Tiene negocios con Aristos Méndez, ¿lo sabías?

—Todo el mundo sabe que el bufete de Barrera trabaja para Aristos Méndez, Lacrampe. No me vengas con eso.

—No he dicho Barrera, he dicho Julia del Prado, su esposa. No te hagas el tonto.

—¿Ella? Quieres decir que..., espera un momento, Lacrampe. Explicate. ¿Julia y Aristos...? Quiero decir, ¿tienen negocios juntos?

—Ella no exactamente. Me refiero a su familia, la familia Del Prado. Sus empresas están relacionadas con las de Aristos en varios negocios inmobiliarios y de transporte. Y que nosotros sepamos, desde hace al menos cuatro años.

—¿Te refieres a Barrera o a Julia?

—A su esposa, joder, a Julia del Prado.

—Julia no tiene... quiero decir, no tiene mentalidad mercantil,

empresarial. —Negué con movimientos de cabeza—. Es imposible.

—No tenemos dudas respecto a eso, Líber. ¿Crees que me gusta hablar por hablar? Pregúntaselo cuando la vuelvas a ver. A propósito, ¿sabes cuándo volverá?

—No, pronto, supongo. Cuando acabe el tratamiento.

Tenía la cabeza ida. Veba y Ada, la familia Del Prado, Aristos Méndez, Barrera, Carlos Urbani..., todos con algo en común. Y yo también. Comprendí las reticencias de Lacrampe.

Dos hombres terminaban de colocar una puerta blindada en mi casa. Parecía pesada. Los hombres eran fuertes, sudorosos. Veba, en bata, los observaba fumando un cigarrillo. La tomé del brazo y la llevé a un rincón del vestíbulo.

—Veba, no hace falta que te vayas a un hotel. Te pido disculpas si he sido descortés contigo, pero estoy muy alterado.

—Ya he hecho la reserva.

—Vas a ser mi cuñada, Veba. No está bien que nos enfademos. ¿No es suficiente que te pida disculpas?

Me tendió unas llaves.

—Son las nuevas —me dijo—. No las pierdas.

Los operarios recogieron las herramientas y se fueron, llevándose la vieja puerta. Veba entró al dormitorio que había sido de mi padre. Fui detrás. De espaldas, se quitó la bata.

La diminuta tirilla de un tanga negro le resaltaba las esferas blancas de sus nalgas. Se volvió. Tuve que fijarme en el triángulo abultado que tapaba su sexo, en sus enormes pechos desnudos. No sentí nada, ni siquiera una pequeña vibración en mi entrepierna. Pero durante unos instantes creí que se trataba de Priscila, la novia de mi hermano. Hicimos el amor por primera vez aquí, en esta habitación. Mi padre y mi hermano estaban fuera de Madrid.

—Mientras yo esté aquí, este es mi cuarto. ¿Qué haces? ¿Eres un mirón?

—Es asombroso, te pareces a una novia que tuve hace mucho tiempo.

—¿Te la recuerdo? ¡Oh, vamos, cuñadito! Ese es un truco muy antiguo.

—Se mostraba sin ningún pudor. Curioso lo de aquellas hermanas Del Prado

—. Y dime de una vez qué quieres. Voy a cambiarme de ropa.

—Quédate, la casa es muy grande, demasiado. Podemos vivir aquí los dos sin molestarnos.

Fijé la mirada en su rostro, sin apartarla. Ella continuaba relajada. Volvió a ponerse la bata y se sentó en la cama.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Me senté a su lado.

—Necesito tu ayuda, Veba.

—Para eso estoy aquí.

—¿Tenéis negocios con un tal Aristos Méndez?

—¿Quién, yo o mi hermana? ¿O te refieres a mi familia? Nosotras no nos dedicamos a los negocios, para eso están los hombres, sobre todo mi padre y mi tío. De todas maneras, me suena el nombre de Aristos Méndez, es posible que lo haya oído en mi casa. ¿Por qué me lo preguntas?

—No conozco bien a tu hermana. Llevamos solo tres meses juntos, la he pedido en matrimonio y resulta que sé muy poco de ella.

—Yo puedo hablarte de Julia, si quieres. La conozco muy bien; cuando era pequeña la adoraba, era mi heroína. Una chica libre, independiente... guapísima...

—Tú también eres muy guapa.

—¿No te parezco un poco gorda? Antes era muy delgada, en serio. —Se echó a reír. Una risa franca de colegiala—. Ya he visto cómo me mirabas. A una mujer eso no le pasa desapercibido. Crecemos con las miradas de los hombres en nuestro cuerpo.

—¿Te suena el nombre de Carlos Urbani?

—¿Urbani? Claro que me suena, el tío Carlitos... Bueno, no es familiar nuestro, pero lo llamamos así. Mi padre tiene negocios con él desde que eran jóvenes. Creo que estudiaron juntos o algo así. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Puedes introducirme en su círculo?

—¿Te interesa?

—Quiero conocer el mundo de mi futura esposa. En cierta ocasión me habló de ese Urbani y de su mujer, Clara Sotomayor.

—No creo que sea difícil, los Urbani son encantadores. Siempre están

dando fiestas, pero Julia nunca se ha llevado bien con Clara, son muy diferentes.

—¿Es marqués?

—¿Marqués? ¿Te refieres a si el tío Carlos tiene un título nobiliario? —Asentí—. No, que yo sepa. Es un hombre muy culto, refinado... un encanto, pero no pertenece a la aristocracia. ¿Quieres conocerlo?

—Ya te lo he dicho, me gustaría.

Tomó el móvil y llamó. Tuvo que hablar con varias personas hasta que se puso Urbani. Lo llamó «Carlino» y cambió al italiano. Sólo entendí algunas palabras sueltas. Supuse que hablaban en dialecto.

—Tendrá mucho gusto en conocerte. Julia le ha hablado de ti. Te espera mañana a las ocho en su casa, te daré la dirección.

—¿No me vas a acompañar?

—Tengo amigos en Madrid, cuñadito. Me gustaría verlos. Las reuniones del tío Carlos son para gente como tú.

—¿Tienes el teléfono de tu hermana? Me gustaría llamarla.

—Lo siento, pero no lo tengo. Seguro que te llamará ella. No debes preocuparte por eso. Y no me esperes despierto.

Comenzó a quitarse la bata y me marché. Me acosté con intención de leer una novela, pero no pude. La cabeza me daba vueltas. Poco después escuché la puerta abrirse y cerrarse.

17

Al día siguiente me recorté la barba en el espejo del cuarto de baño. Mi rostro era adusto, serio, grisáceo, como el de un personaje del Greco. En las sociedades primitivas la barba era un signo de distinción, de valoración personal. Ser viejo, tener barba, quería expresar experiencia, respeto. En Uzbekistán a los hombres mayores les llaman *Alsakal* (de barbas blancas), o venerables. Juliano, llamado el Apóstata por los cristianos, escribió una sátira contra los que abominan de las barbas llamada *El Misopogón*. Fue emperador de Bizancio entre el 361 y el 363 y prohibió el cristianismo, una secta fanática.

Recuerdo que después de hacer el amor, Priscila me preguntó: «¿Por qué te has dejado barba? No te sienta bien», y le conté lo de Juliano el Apóstata. Entonces yo estaba en primer curso de facultad, Priscila había terminado empresariales. Cuando entré en el dormitorio, que ahora ocupaba Veba, ella creyó que era Gonzalo. Al menos eso me dijo al verme en la puerta. «No creo que venga», le respondí mientras me acercaba a la cama. «¿No?». «No, no va a venir». «¿Estás seguro?». «Sí, ha acompañado a nuestro padre a Valladolid, han ido a ver la casa que os van a regalar cuando os caséis».

Priscila podía haberme dicho ¡vete! o cubrirse. Pero no lo hizo, se mostraba ante mí medio desnuda, desafiante, con aquellas bragas negras apretadas al sexo. Pertenecía a una asociación estudiantil del Opus Dei, Los Alumnos de Dios, que organizaban manifestaciones a favor de una mayor moralidad entre los estudiantes.

Aquella tarde, mientras le hacía el amor, comenzó la costumbre de gritarme obscenidades, de suplicarme que la golpeará en las nalgas con mi

cinturón. Nadie me había pedido eso nunca. En realidad, yo era entonces un hombre casi sin experiencia en el placer. Priscila me descubrió una vía ignota para mí. Pero yo no era un súbdito de Sade. Mi placer no provenía de causarle daño consentido a Priscila, sino del placer derivado de la contemplación del placer de ella.

Nos empezamos a ver en el hotel Mónaco, en la calle Barbieri. Ahora es un hotel normal, pero había sido el burdel más lujoso que había en Madrid. Sus habitaciones tenían espejos en las paredes y en el techo, decoración art déco. Lo descubrí mientras llevaba a cabo mis correrías con prostitutas. Priscila era gordita, como Veba.

Los Urbani vivían en La Moraleja, una urbanización de lujo al noroeste de Madrid. Contaba con policía privada, que apuntaron mi carné de identidad y comprobaron el objeto de mi visita llamando por teléfono. El taxi no podía pasar. Un guardia de seguridad con uniforme azul me condujo en un jeep por avenidas arboladas hasta la puerta de su chalé. Se quedó allí mientras yo llamaba al timbre y decía mi nombre. Contemplé una pequeña parte de su jardín a través del portón enrejado: cancha de tenis, macizos de flores, árboles frondosos. Las copas sobresalían por las altas tapias. Conté tres pisos y distinguí un porche con columnas. El ronroneo del riego por aspersión sobre el césped parecía decirme: «Soy rico, soy poderoso, soy rico, soy poderoso».

La sociedad se había refeudalizado. Los ricos tenían cada vez más miedo, se refugiaban en fortalezas rodeados de guardianes. Hacía tiempo que habían abandonado el centro de las ciudades, se resguardaban en sus nuevos castillos junto a lacayos y policías privadas. Desconfiaban de la protección que les brindaba el Estado que habían fundado a finales del siglo XVIII. Ya no creían que los jueces, el derecho, el ejército que ellos mismos habían creado pudieran librarles del peligro de la revolución. Del miedo a la plebe.

Esa plebe siempre acechante.

Vilanova nos lo decía: «Ese maravilloso invento que es el derecho, la ley, los tribunales de justicia, ya no les sirve. Desconfían de la capacidad del Estado para defenderlos del fantasma de la apropiación, de la justicia distributiva, de los ideales que provocaron la Revolución Francesa». Antes,

los ricos se exhibían, ahora se esconden.

Un hombre de traje oscuro abrió el portón. Repetí otra vez quién era y lo que quería. Se retiró unos metros, habló en voz baja a alguien con un móvil. Luego me invitó a pasar. Me acompañó hasta la puerta de la casa. Una criada uniformada me aguardaba.

—Adelante, señor, le están esperando —me dijo, sin sonreír.

Entré a un salón adornado como un catálogo de decoración. Ocho o nueve personas se repartían entre una mesa de póquer y un bufé con bebidas y comida. Una mujer vieja y flaca, en silla de ruedas, comía chocolate y bebía champán en el extremo de un sofá circular de cuero. Otra dama muy escotada, vestida íntegramente de negro, charlaba con ella.

En la mesa de juego, un croupier con guantes blancos distribuía cartas a cuatro jugadores ensimismados. También llevaba guantes blancos el camarero que atendía el bufé.

Carlos Urbani charlaba con un sujeto bajito y fornido, el cabello negro y brillante peinado hacia atrás. Su rostro pétreo parecía tallado con escoplo. Lo había visto antes en la fiesta de Aristos Méndez. Un guardaespaldas.

Urbani, alto, distinguido, moreno, sienes plateadas, le decía algo sin mirarle. Una perfecta imagen de un patricio romano. Respondía a las descripciones de Jenifer y Luz María.

Al verme en la entrada del salón, el sujeto de rostro pétreo me taladró con la mirada. Urbani se aproximó. Una sonrisa blanca le estallaba en el rostro.

—Encantado, Liberto, creo que es usted amigo de Julia, ¿no es cierto?

—Así es.

Nos estrechamos las manos. Urbani señaló con un gesto el salón.

—Algunas veces reúno a un grupo de amigos y jugamos al póquer. Julia y su esposo nos han acompañado en varias ocasiones. Creo que ahora se encuentran en Estados Unidos, Barrera tiene bastantes negocios allí. ¿Se trata de una visita profesional, abogado?

—Bueno, no exactamente. Quizás sepa que el ex chófer de su esposa, Usbaldo Suárez, es cliente de nuestro bufete, sospechoso del asesinato de Jenifer. Simplemente quería conocerlo, tenía curiosidad.

—¿Una copa?

—No, gracias.

Era Kasserl 1795, la botella sobresalía de la cubitera con hielo. Lo cita Goethe en el *Fausto*. Con él se firmó el Tratado de París en 1919 en el Hotel Crillon de París. Seguían fabricando un número limitado de botellas. Pura artesanía de lujo.

—Mi esposa ya ha hablado con la policía... Un desagradable sujeto llamado Larrumbe, o algo así, la interrogó al respecto. Efectivamente, Usbaldo conducía el coche de mi esposa a la misma hora en que mataban a esa Jenifer. Creo que iba a una reunión con amigas.

—Usbaldo ha declarado que le devolvió a usted el deuvedé, la película, después de que se descubriera la muerte de Jenifer.

—Sí, bastantes días después, y se mostró muy arrepentido. De todas maneras no he tenido más remedio que despedirlo. Es un ladrón. La virtud es imprescindible para los servidores de mi casa.

—Es una frase de Emerson: «A los poderosos les basta la magnanimidad, a los servidores les es imprescindible la virtud».

Me sonrió. Un latigazo blanco en su rostro moreno y picudo, como el de algunos peces.

—*Touché*, mi querido amigo. Y voy a decirle algo más. Ese Usbaldo y la chica creyeron que podrían chantajearme cuando me robaron el deuvedé.

—¿Por qué cree que no podrían chantajearlo?

—¡Oh, mi estimado amigo! Simplemente porque es imposible. Quizás en Estados Unidos fuera posible, si yo me dedicara a la política, claro. Los yanquis son groseros cuáqueros intransigentes. Pero en la vieja Europa... no. Ni siquiera para los políticos. ¿Se ha fijado en las campañas electorales actuales? No se incluyen denuncias sexuales. Lo han hecho con Berlusconi y mire lo que ha pasado..., nada.

—¿Nunca amenazó de muerte a Jenifer?

—Eso es ridículo, mi estimado Liberto. ¿Se lo dijo ella?

—Fue a nuestro bufete y lo mencionó. Insistió en que usted la amenazó de muerte. Y que mantenía relaciones sádicas con usted.

—Tengo algunas particularidades sexuales que no son de la incumbencia de nadie. Soy muy rico y me gusta serlo, además de un coleccionista de todo

tipo de arte. Me considero un moderno Mecenaz. Me gusta lo bello, lo hermoso. Y mi necesidad de placer sobrepasa a la media del vulgo, siempre grosero. Realizo mi placer con mujeres mayores de edad que consienten las relaciones que mantenemos. A todas les hago firmar un documento para evitar lo que le ocurrió a la pobre Jenifer. Supongo que usted conoce el origen de la palabra *sadisme*. Se debe a Donatien Alphonse François, marqués de Sade. Pues bien, a este caballero francés se le atribuye el término de esa actividad sexual que consiste en hacerle daño al *partenaire*. Un daño consentido y, en mi caso, nunca destructivo. Las escandalosas obras del marqués fueron escritas durante su reclusión en la prisión de la Bastilla, que duró doce años. Y fueron imaginarias, nunca las llevó a cabo. Jamás mató a nadie. Eran fruto de su desbordante imaginación.

—En realidad, Sade no era marqués, sino conde. ¿Es usted marqués?

Me observó con atención.

—No tengo título nobiliario, aunque mi familia, los Urbani, proviene de hidalgos aragoneses que ocuparon Calabria en el siglo XIII. ¿Qué le hace pensar que soy marqués? ¿Porque practico un cierto sadismo en mi actividad sexual? Mi estimado amigo, ya ve que no soy un mojigato. ¿En serio no quiere jugar un poco al póquer?

—Gracias, pero creo que debo irme, no amo los juegos de azar. Quisiera preguntarle... ¿Qué había en ese deuvédé, señor Urbani?

—¿Por qué le interesa tanto?

—Sé que es una indiscreción, pero una mujer ha sido asesinada a causa de ese deuvédé.

—¿A causa de ese deuvédé? ¿Está usted seguro o es una simple elucubración?

—Hay indicios más que suficientes para creerlo.

—¿Indicios? No lo creo, ese deuvédé es mío, de mi propiedad, fue robado y ha sido devuelto, *tutto è finito*. Y no está sujeto al morbo de nadie, señor Ruano.

La mujer vestida de negro se acercó al bufé. Le tendió la copa al camarero sin mirarle. La llenó de champán.

—Querido, ¿no me presentas a este amigo tan barbudo?

—Es abogado, Clara. Se llama Liberto Ruano, ya se marchaba.

—Clara Sotomayor, señor Ruano. —Se presentó y nos dimos la mano—. Paso por ser su esposa.

—Voy a jugar un poco con nuestros invitados, Clara. Señor Ruano..., encantado de conocerlo. Cuando vea a Julia, dele mis recuerdos.

—Así lo haré.

—¿Va a marcharse? —me preguntó Clara Sotomayor.

—No me gustan los juegos de mesa.

—¿Qué juegos le gustan?

Me sonreía. Una mujer alta, huesuda, rubia, de pechos pequeños. La carne que mostraba estaba llena de pequeñas arruguitas. El escote le llegaba casi a la cintura. El cuello, fuerte, lo adornaba con una gargantilla de plata.

—Hay muchas posibilidades. ¿Qué le parece hablar?

—Hablar me gusta. Entonces, ¿es usted abogado?

—Usbaldo Suárez es cliente de nuestro bufete.

—¿Sí? —Volvió a extender el brazo hacia el camarero. Le llenó otra vez la copa—. ¿Y para qué quiere Usbaldo abogados?

La mujer de la silla de ruedas dormitaba con la cabeza inclinada sobre el pecho. Una baba oscura le surgía de la boca. De cerca, Clara Sotomayor no podía disimular las marcas que aún no habían podido borrar los cirujanos plásticos.

—Es sospechoso del asesinato de Jenifer.

—Ah, sí, es cierto. Se me había olvidado. ¿Por qué ha enfadado a Carlos? No ha debido mencionarle lo del deuedé, ese asunto le ha afectado mucho. Julia me ha comentado que usted... En fin, que es su amante.

—Quiero casarme con ella.

—¿Y destruir una pareja? Vamos, señor Ruano, es usted un antiguo. La pareja no es solo una unión afectiva, es más cosas, también una unión espiritual, de intereses... Pero usted no ha venido aquí a charlar sobre esas cosas, ¿verdad? Me he fijado en usted cuando hablaba con mi marido. Parece un policía.

—Un abogado no es lo mismo que un policía. En estos momentos represento a Usbaldo Suárez, ya se lo he dicho. Usted conocía a Jenifer,

¿verdad?

—Vamos, señor Ruano, por favor. Ya he declarado a la policía que esa chica me echó las cartas un par de veces. No sabía que tenía tratos con mi marido. Sus asuntos sexuales no me interesan. ¿A qué ha venido aquí? ¿A husmear?

—También por curiosidad. ¿Dónde la llevó Usbaldo la tarde en que mataron a Jenifer?

—No tengo por qué contestarle, ¿verdad?

—No, no tiene por qué hacerlo.

—¿Sabe una cosa? Ustedes, la gente vulgar y mediocre, tienen un enorme morbo por saber lo que hacemos nosotros, los diferentes.

—¿Se refiere a ustedes, los ricos?

—Sí, ¿por qué no? Alimentamos sus deficiencias, sus miedos a romper tabúes. Todas las televisiones del mundo tienen programas sobre eso. Quieren saber lo que hacemos, lo que decimos, cómo vivimos, nuestros amores... Nos odian y nos envidian al mismo tiempo. Anhelan ser como nosotros, pero no tienen ni el carácter ni las agallas suficientes para hacerlo. Se lo dije a Julia, le dije que ese abogaducho que tenía no era otra cosa que un arribista fascinado por nuestra manera de ser, por nuestra posición social. Nuestra moral es diferente de la de la gentuza, señor Ruano. ¿No puede entenderlo?

—Entiendo la mayor parte de las cosas que ustedes no entienden ni entenderán nunca, señora Sotomayor.

Sonrió.

—Vea más la televisión, señor Ruano. Y no venga más por aquí.

En la puerta del jardín el sujeto del cabello negro y rostro pétreo fumaba un cigarrillo.

—¿Señor Ruano? —Sonrió. Sus dientes eran de animal selvático—. ¿Me recuerda?

—Sí, me acuerdo de usted.

—Me llamo Amadeo Vírgula. —Me tendió una tarjeta. Ponía su nombre y el de una empresa de seguridad. La Huatholicha Security, el dios guardián

de la mitología peruana—. Soy el director de seguridad de las empresas del señor Urbani. Guárdela, quizás me necesite alguna vez. Creo que usted sufrió un percance en su domicilio hace poco. Lo leí en la prensa.

—¿Hace propaganda de su empresa, señor Vírgula?

—No, de ninguna manera. Aunque la mayoría de la gente no suele valorar la seguridad, señor Ruano. Un grave error.

—¿Trabaja en exclusiva para Urbani?

—Sí, y si me permite aconsejarle, debe tomarse en serio la seguridad. Es usted muy distraído.

—Se lo agradezco, señor Vírgula. Lo tendré en cuenta.

—Los humanos somos muy frágiles. No lo olvide.

Salí fuera. Caminé de vuelta hasta la garita de seguridad en la puerta de la urbanización. Allí llamaron a un taxi.

El Ángel Azul se encontraba en Capitán Haya, estaba cerrado. Parecía un local elegante. Ocupaba la puerta la foto de Marlene Dietrich en el papel de Lola-Lola en *Der blaue Engel*. El taxista me dijo:

—Ahora es demasiado temprano. Abren sobre las once, pero no se pone bien hasta la medianoche o un poco más tarde. Si quiere mujeres buenas, le llevo a D'Angelo, ahí están las mejores. Estas son unas guarras.

Le contesté que no hacía falta. Le di la dirección de mi casa.

Una mujer tocaba el timbre de la puerta de mi casa. Llevaba un paquete envuelto en papel. Era Cristina, no la había reconocido de espaldas. Miré el reloj, las diez de la noche.

—¡Oh, Líber, qué sorpresa!

—Sí, es una sorpresa. ¿Qué quieres, Cristina?

—Bueno, venía a verte, ¿sabes? ¿Cómo estás?

—Bastante bien.

—Perdona, es que no me has llamado. Le dije a Carmela que...

—He debido de perder tu teléfono, lo siento.

Me sonrió.

—No importa. ¿Es un poco tarde? Es que estoy muy ocupada en la empresa de mi ex marido, ¿sabes? Nos estamos divorciando, pero hemos pactado, ha sido cosa del señor Feiman... Bueno, y de lo que tú me aconsejaste. No vamos a usar lo de *flagrante* adulterio.

—Eso ha sido una buena idea.

—A cambio me ha nombrado adjunta a la dirección, tengo mucho trabajo, ya ves. Terminó ahora, sobre las nueve y media. Me he venido dando un paseo. La empresa está ahí al lado, en la plaza Carlos Cambronero. He pensado invitarte a cenar, si puedes, claro. Te he estado llamando esta mañana y luego... esta tarde.

—He estado todo el día fuera. Ya sabes.

—¿Puedes cenar conmigo? Yo te invito.

—No, lo siento, tengo que hacer esta noche. Pero puedo prepararte un café o té.

—Me gusta más el té. Oye, te sienta muy bien la barba, en serio. Pero ¿estás bien?

—Me voy recuperando.

Subimos en el ascensor.

—Qué horror, Líber, qué horror. No podía creérmelo, que te pasara eso a ti... Cuando ocurren esas cosas que salen en los periódicos, siempre son de gente a la que no conocemos. Me refiero a accidentes, muertes, robos... Cuando les ocurren a gente conocida, no sé..., es espantoso, ¿verdad?

Preparé té. Lo tomamos en una salita, donde mi madre solía estudiar, según Elizabeth. En mi casa hay demasiadas salitas, salones, cuartos vacíos. Cuando murió mi padre, decidí vender la casa con los muebles y los recuerdos, llevarme a Elizabeth a vivir conmigo a otra parte. Pero ella no quiso. Me suplicó que no lo hiciera. Le hice caso. Cuando poco después murió mi hermano, llamé a Priscila para que se llevara los recuerdos que quisiera. Se negó, dijo que no quería recuerdos. No la volví a ver después del entierro. Más tarde supe que se había casado con un millonario mexicano, vivía en el DF.

—¿No estás muy solo aquí, Líber?

—Siempre he estado solo, Cristina. No hay problema.

Se quedó pensativa.

—Mis amigas te mandan recuerdos. ¿Te acuerdas de ellas?

—Sí, dales las gracias.

—Puedo venir a... Bueno, a hacerte compañía. A mí no me importa, no tengo nada que hacer. Mi marido..., bueno, mi ex marido se está portando muy bien conmigo.

—Me alegro por ti.

Me tendió el paquete.

—Mira, te he traído esto. —Lo desenvolvió. Era una pequeña virgen renegrida, en una hornacina, bajo un árbol. Sostenía a un niño Jesús desnudo y muy robusto. Ambos con enormes coronas—. Es la *madonna di Polsi*, es italiana, calabresa, apareció en una gruta en el Aspromonte, muy cerca de San Luca. Mi familia es muy devota de ella, yo también. Te la dejo para que te libre de todo mal. Cógela.

—Bueno, gracias, es todo un detalle, pero no puedo tenerla, lo siento.

—¿Por qué, Líber? Te protegerá, en serio.

—Lo siento, pero no. Es mi última palabra. —Se la devolví. La envolvió de nuevo en el papel—. Bueno, ¿qué tal Feiman? ¿Te gusta?

Asintió. Añadí:

—Feiman es muy bueno, el mejor abogado que conozco. Puedes estar tranquila en sus manos.

—Es tan caballero, ¿verdad? Tan elegante, tan educado... Nos hemos hecho muy amigos. Oye, ¿es homosexual?

—¿Homosexual, Feiman?

—Bueno, es una pregunta, no te molestes.

—Tener un socio homosexual no es ninguna molestia. Y no creo que Feiman lo sea. Es especial, extraño, pero ¿quién no lo es? Estuvo varios años preso en Buenos Aires, lo torturaron en la ESMA, la Escuela de Mecánica de la Armada. Creo que estuvo con los Montoneros, en la lucha armada. A él no le gusta hablar de eso. ¿Por qué me has preguntado si es homosexual? ¿Porque no se ha insinuado contigo?

Se puso en pie de golpe.

—Yo no soy de esas.

—¿No?

—Me... me tengo que marchar... gra... gracias por el té. —Se dirigió a la puerta—. No te molestes, conozco la salida.

Feiman era el mejor hombre que conocía. Y yo estaba demasiado cansado.

18

El portero del Ángel Azul me dirigió una mirada vacía. El interior estaba oscuro. Unas cuantas parejas bailaban. Eran mujeres, también unos cuantos hombres se repartían entre algunas mesas y en el mostrador. Hombres solitarios. En una enorme pantalla se reproducía *Der blaue Engel* sin palabras. Marlene Dietrich cantaba y el viejo profesor Unrath caía rendido a sus pies. El viejo mito de la degradación masculina. Me senté en el mostrador, pedí un whisky con agua. Las parejas bailaban los temas lentos y roncacos de Chavela Vargas. El profesor Unrath actuaba en el cabaré haciendo la gallina, el público le lanzaba huevos. Lola-Lola lo humillaba continuamente. Ahora se encontraba con su amante Mazeppa, el bello actor Hans Albert. La decadencia de una burguesía que abrazó el nazismo y lo aceptó todo a cambio de que la protegieran de la revolución (Sadoul).

Bebí un trago. El hombre que estaba al lado dijo:

—Ahora esto está un poquito muerto. Pero ya verá después.

Llevaba un buen traje, corbata, los ojos vidriosos. Parecía borracho.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Podrá follar con dos mujeres, hombre —se rio.

—¿Ah, sí?

—A las tortilleras les gustan las mujeres-mujeres, ¿no? Y las mujeres-mujeres se van con tíos... ¿Me sigue?

Continué mirándolo.

—Bueno, pues cuando se ponen cachondas, eligen a un tío y se van a follar las dos con él. Son tías de la alta sociedad, aburridas. ¿Me sigue?

—Me parece que sí.

—También vienen algunas putas, de las finas. Se lo hacen con las señoras. Le recomiendo que lleve coca, eso le abrirá puertas... y piernas. —
Soltó otra risa.

—¿Dónde se puede comprar coca?

—Aquí se la darán. Viene un tío y la vende en el retrete. Sin coca no se jalará una rosca. Fíjese en esa pareja, se están metiendo mano. Joder, ¿las está viendo?

Una mujer le acariciaba las nalgas a su pareja bajo la falda.

—¿Cómo se llama el que vende coca?

—No sé cómo se llama. Pero lo sabrá en cuanto llegue.

Clara Sotomayor solía venir al club. Era delgada, de huesos finos. No me la figuraba estrangulando a Jenifer. La muchacha era fuerte, con más peso que la Sotomayor. Difícilmente podría someterla. ¿La había estrangulado ella?

Usbaldo entró en el local dos horas y tres whiskys después. Me encontraba un poco mareado, era la primera vez que bebía desde el ataque. El tipo de al lado hacía poco que se había marchado solo, después de mirar el reloj repetidas veces. Usbaldo besó y acarició a varias clientes, dio la mano a un hombre, le palmeó la espalda a otro. Era muy popular. Se acercó al mostrador. Le di la espalda y me cubrí el rostro con el vaso de whisky.

Usbaldo le dijo al camarero:

—¿Qué, cómo va la noche?

—Así, así..., ya ves, un poco flojilla.

—Dame un cubata. ¿Hay pedidos?

—Tres..., doña Carmen y esa, con la que está..., la de la boutique, y una nueva..., nada.

Lo escuché deglutir el cubalibre.

—Vale, vamos a ver cómo sale la nochecita, Paco.

Escuché unos tacones y una voz de mujer. Usbaldo se había situado a menos de un metro de mí.

—¿Tienes algo para mí, corazón? —le preguntó la mujer.

—Lo que tú quieras, cariño. Qué buena estás hoy, me pones a cien. —

Bajó la voz—. ¿Nos vemos luego?

—Después, dame algo ahora, anda.

—Luego lo arreglamos, ¿eh? —Se volvió al camarero—. Paco, que me voy..., ya sabes.

Se marchó. Me giré en el taburete. Ya no bailaba nadie. Algunas mujeres se besaban en los sofás del fondo. *Der blaue Engel* continuaba en la pantalla. Otra mujer se encaminó a la zona de los servicios. Después, otro hombre. Los seguí.

Usbaldo se encontraba en una especie de vestíbulo frente a las puertas de los retretes y le cobraba a la mujer. Dos billetes de cincuenta euros, un gramo de coca. El hombre aguardaba. Todos bromeaban.

Me dirigí a los urinarios. Empujé la puerta. Escuché al hombre, pidió dos gramos. Le preguntó si eran de calidad. La mejor, contestó Usbaldo, canela fina.

Terminé, me lavé las manos y me mojé el rostro. Salí fuera. Me acerqué.

—Buenas noches, Usbaldo —le dije.

En sus ojos aparecieron lucecitas de alarma. Desaparecieron enseguida.

—Vaya, abogado. ¿Qué hace aquí? No lo he visto pasar.

—Estabas muy entretenido.

—¿Quiere algo? Le hago rebaja. Tengo lo mejor.

—¿Le has contado esto a Feiman?

—¿Se quiere quedar conmigo? ¿A qué ha venido, a chotearse de mí?

—Estoy trabajando para ti. Te recuerdo que eres nuestro cliente. Compruebo tu coartada. Esta tarde he visto a Clara Sotomayor.

—No trabajo para ella, ya se lo dije antes. Me despidieron.

—Es posible que nunca hayas trabajado de chófer de la familia, pero sí de otra cosa, ¿no es verdad? ¿De qué ibas? ¿De mamporrero de la señora?

—Oiga, usted...

—¡Cállate de una vez! Y déjame hablar, ¿vale? Tu coartada es una mierda, no vale para nada. Si se entera la fiscalía... —Intentó interrumpirme—. ¡Cierra la boca, joder! Te estoy diciendo que si se entera la fiscalía de esto, desmorona tu coartada en un pispás. ¿Crees que los policías son tontos? Vas a tener que buscarte otro bufete, Usbaldo, si no nos dices la verdad.

—Yo no he matado a Jenifer, se lo juro. Ningún madero de mierda me puede acusar.

—¿Crees que la Sotomayor te va a proteger siempre? Te denunciará cuando se vea en peligro. Ella mató a Jenifer, ¿verdad? Y tú mirabas o te la cascabas. Si no fuiste tú el autor material del asesinato, eres cómplice y encubridor. Con tus antecedentes no te libras de una condena de quince años. Habla con Feiman y dile que quieres confesar. Él te aconsejará.

Entró una mujer y se me quedó mirando.

—Oye...

—Espera un momento, cariño. —Se dirigió a mí—: ¿Podemos hablar en otro momento?

—Con Feiman. Si no es así, olvídate de nosotros.

Pagué en la barra y salí a la calle.

La noche se había enfriado. Me subí las solapas de la chaqueta. Escuché unos pasos, Usbaldo corría hacia mí.

—¡Eh, eh, espere! ¡Espere un momento! Usted no puede...

—¿Qué es lo que yo no puedo?

—Ustedes tienen que defenderme. Yo les voy a pagar, no voy de gorra, y deje que le diga, yo no he matado a Jenifer, pero...

Me lo quedé mirando. Había bajado la cabeza y se contemplaba los zapatos.

—¿Qué? ¿Qué quieres decirme?

—Escuche..., yo tenía la llave del apartamento de la Jenifer, cuando fui a verla... me la encontré muerta. Estaba tirada en medio del comedor, con la cara morada, espatarrada en el suelo. —Se tocó la frente con la mano—. Me quedé de piedra, joder, fue la leche..., me asusté de verdad. Yo he visto de todo en esta vida, estuve en la legión, pero la Jenifer... —Movié la cabeza, negando—. Quien le haya hecho eso lo tiene que pagar. Por mi madre que lo tiene que pagar.

Esperé en silencio. Continuaba negando con movimientos de cabeza. Levantó el rostro, le brillaban los ojos.

—Aquí, no. —Miró a izquierda y derecha—. Nos pueden ver. Vamos un poco para allá.

Me arrastró del codo unos metros. Nos refugiamos detrás de un quiosco de prensa, cerrado. Se pasó la mano por la boca. Al fin, dijo:

—Bueno, pues eso..., cuando usted vino a verme al garito, me fui para el apartamento de Jenifer. Entré y la vi tirada en el suelo, estaba muerta, se la habían cargado.

Le interrumpí.

—Y te llevaste la película.

—No, la película no estaba donde Jenifer la había guardado, alguien se la había llevado, pero yo tenía la otra copia. Y me acojoné, me cagué, vamos. Y me las piré de Madrid, me fui para la costa cagando leches, ya ve. Podía habérsela llevado a usted y quedarme con la pasta. Pero me acojoné.

—¿Le has dicho eso a alguien?

Se me quedó mirando.

—No..., a nadie, ni al señor Urbani, ni a don Andrés, el señor Feiman. Al señor Urbani le dije que no sabía que Jenifer le quería chantajear. Y más tarde le devolví la película, le dije que no la había visto. Y es verdad, no la he visto. La Jenifer me la contó, un grupo de señores en una orgía, ya está. Parece que ella sí que la vio.

—Y Urbani te dio dinero, supongo que bastante, ¿no?

—Sí, me dio pasta. ¿Eso es malo?

—La pasta no es mala, el problema es lo que somos capaces de hacer para conseguirla. Y lo que tú haces no es diferente de lo que hacen ellos, esa gente. Me refiero a Urbani y a Aristos Méndez. Incluso te diría que lo tuyo es más honrado. Les proporcionabas diversión a Urbani y a su mujer, ¿verdad? A los dos.

Sonrió. Con los dientes nuevos resultó bastante bien.

—Pues sí, a los dos. A veces la Jenifer y yo nos íbamos con la señora, le van las dos cosas, la pluma y el pelo. Otras veces me iba yo con la señora y una amiga. Tiene muchas y entre ellas se corre la voz. Yo les doy candela de la buena.

—¿Quién robó la película, Jenifer o tú?

—¿Y eso qué más da? Eso no importa. Lo que importa es que se han cargado a la Jenifer. Era... era una buena chica, con mucho humo en la

cabeza, pero buena chavala, siempre dispuesta... Por la mierda de la película ha muerto, me cago en mi pena negra.

—La robaste tú, ¿verdad? Las prostitutas tienen mucho cuidado con eso. Si roban a los clientes, se quedan sin ellos. No es conveniente para su trabajo. Además, no creo que Urbani acuda a una de sus sesiones sexuales con un disquete. ¿A quién se la robaste? Tú has sido guardaespaldas de Aristos Méndez. ¿Se la robaste a él? ¿A Barrera?

Usbaldo bajó la cabeza.

No me lo iba a decir. Eso estaba claro. Tenía la mirada perdida en sus ensoñaciones.

Pasó un taxi y me subí a él. Lo dejé observándome.

Abrí la puerta blindada de mi casa con cierta dificultad. Estaba oscuro, en silencio. Un rayo de luz apareció bajo la puerta del dormitorio de mi padre. Golpeé la puerta. La voz de Veba me indicó que podía pasar.

Eran casi las tres y media de la madrugada. Veba me sonreía desde la cama.

—Vaya, qué temprano has vuelto. ¿No te han gustado mis amigos?

—Hace mucho que he dejado a tus amigos. Y sí, no nos hemos gustado. ¿Te he despertado?

—No, acababa de acostarme. Mis amigos de Madrid se han vuelto terriblemente aburridos. Ven y siéntate a mi lado. Tengo un mensaje que darte.

—¿Ha llamado tu hermana?

—Sí, pero siéntate a mi lado... así.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mañana comienzan a operarla, te echa mucho de menos. Es posible que pierda el vello púbico, me ha dicho que te pregunte si eso te importa. Se lo pueden injertar.

—Me da igual.

—¿Sí?

—Eso es, me da igual.

—Se lo diré. ¿Te gusta así?

Se destapó. Su sexo era musculoso, depilado, como el pecho de un niño. Sus labios se contrajeron y luego se soltaron. Me puso la mano en el muslo.

—También me ha dicho que te haga feliz, ¿entiendes? Que te trate como ella lo hace. Me ha comentado lo que te gusta.

—¿Qué estás haciendo? —Intentaba bajarme la cremallera del pantalón.

—No te muevas, vamos, tranquilo. Mi hermana y yo somos muy parecidas. —Mi pene flácido y dañado salió fuera del pantalón. Veba me lo acarició con suavidad—. Vaya cicatriz..., parece un garrote, ¿no sientes nada?

Nada, quizás un leve cosquilleo en la base del pene.

Veba volvió a contraer los labios vaginales.

—¿No te gusta lo que ves? Mira lo que hago. —Volvió a repetirlo. Su vagina era increíblemente musculosa. Se contraía y se expandía como la boca de un enorme pez—. Estoy muy caliente, Liberto. Mira qué hambre tengo —susurró con voz ronca—: Vamos, Líber, vamos..., ven aquí, ven.

Comenzó a masajearme el pene. Con suavidad, diciéndome palabras dulces. Sentí que se ponía erecto poco a poco. La primera vez que me ocurría desde el asalto con agresiones que sufrimos Ada y yo. Pero algo no marchaba como era debido. Experimenté un sentimiento extraño en mí. La vergüenza. Igual que a los quince años con aquella prostituta, la primera vez. Me había aprendido la frase de memoria: ¿cuánto es lo tuyo? Y se lo dije a aquella mujer de senos enormes, que mostraba a través de una blusa transparente. Ahora había vuelto ese sentimiento. Era algo parecido, volvía a tener quince años.

Me fascinaba lo que me estaba pasando. Una mezcla de vergüenza y asombro. No podía dar crédito. Podía tener una erección. Pero eso no era todo.

Observé mi pene, sufrí una gran impresión. Presentaba todos los síntomas de lo que los urólogos llaman Peyronie, el síndrome del pene torcido, producido por el traumatismo de uno de los cuerpos cavernosos encargados de la erección peneana. Jean Baptiste La Peyronie, el médico de Luis XIV, lo descubrió al tratar al monarca francés de esa anomalía, que puede ser de nacimiento o producida por un trauma, y le dio su nombre.

Me dediqué a observarlo con cierto detalle. Había tomado una forma extraña. Cerca del glande, donde tenía la cicatriz, el pene se desviaba a la derecha y hacia arriba, con la apariencia de un garfio. Y era dos o tres centímetros más corto. Uno de los cuerpos cavernosos funcionaba, el otro no. Me había convertido en un inválido.

Pero el sonido del móvil me sacó de mis cavilaciones.

—No le hagas caso, cariño, apágalo.

Me puse en pie despacio. Saqué el móvil del bolsillo. Me había olvidado por completo de que tenía móvil.

—¿Qué haces? —Veba me observaba, disgustada.

—Disculpa. —Me subí la cremallera del pantalón, salí fuera del dormitorio.

—¡Liberto! —gritó ella.

En el vestíbulo.

—¿Diga?

La voz de Aurelio:

—¿Está solo? —Dudé unos instantes.

—Sí, Aurelio, estoy solo.

—Venga a Salobreña, un pueblo en la provincia de Granada. Coja un autobús en la Estación Sur. Sale uno dentro de cuarenta y cinco minutos. Le he buscado hospedaje en El Jardín de las Letras.

—¿El Jardín de las Letras? Curioso nombre para un hotel.

—Es una casa rural. Le llamaré mañana, cuando se aloje.

19

El autobús a Granada estaba lleno de turistas y musulmanes. Compartí mi asiento con una mujer vieja que se acomodó para dormir. No pude descansar. La cabeza me daba vueltas, los nombres y las situaciones se me mezclaban. ¿Por qué le había dejado a Veba tocarme? ¿Me había vuelto estúpido? El ejercicio del derecho exige orden, análisis, frialdad, capacidad para discernir lo verdadero de lo falso.

Yo no era capaz de hacerlo.

Caí en un sopor agobiante, un duermevela confuso entre el presente, el pasado y el futuro. Escuchaba los gritos angustiosos de Ada, la sensación quemante del cuchillo en mi carne, los rostros de los dos asesinos, y al mismo tiempo Elizabeth y yo íbamos en un autobús semejante a este, rumbo a San Rafael. Mi padre y mi hermano pasaban temporadas durante el verano en un chalé alquilado.

Elizabeth me decía: «Lo vamos a pasar muy bien, ya verás, rusiñol. Hay muchos bosques y piscinas. Podrás pasear y bañarte». Pero yo quería que mi hermano me presentara a sus amigos, a su novia Priscila, ir a bailar con ellos a las verbenas.

Entonces no podía saber que, años después, terminaría por hacer el amor con Priscila. Lo hacíamos en una habitación del hotel Mónaco, la número 21, un día a la semana. A veces dos. Ella me llamaba por teléfono, me soltaba obscenidades. (Obsceno, «fuera de la escena», un término teatral). El cuarto de baño de la habitación tenía un espejo en el techo, una bañera de hierro fundido cuyas patas eran garras de león. Ahora, el cuerpo de Priscila se confundía con el de Veba. Yo les decía a las dos: «Te quiero, te quiero, no te

cases con mi hermano».

Veba y Priscila se reían.

«Voy a tener a dos hombres por el precio de uno, tonto», me decía Priscila.

Y me enfrentaba a los asesinos, apuntándoles con el revólver: «¿Quién os ha pagado, hijos de perra?». Lo hacía sin titubear, como un auténtico pistolero.

Y mi madre, sin rostro, sin presencia física, parecía verlo todo. Dios santo, ¿por qué esa obsesión por mi madre?

Me desperté. La mujer vieja me miraba.

—Está usted hablando solo —me dijo—. ¿Se encuentra bien?

—Una pesadilla —le sonreí.

Llegué a Granada a las diez de la mañana. El autobús a Salobreña salía una hora después. Tuve que esperar sentado en uno de los bancos metálicos en los andenes de la estación de autobuses. Me encontraba mucho más débil de lo que yo creía, cualquier esfuerzo me agotaba. Tan cansado, que me pareció ver frente a mí al propio Aurelio Pescador, entre los pasajeros que acababan de descender de un autobús. Cerré los ojos, volví a abrirlos. Ya había desaparecido.

Llegué a Salobreña a las doce. El autobús se detuvo en un quiosco pequeño, cerrado, donde debían de vender los billetes. Al lado, un banco de madera corrido con un techo de chapa. Esa era la estación de autobuses del pueblo. Se encontraba junto a la parada de los taxis, en la esquina de una rotonda, con una fuente sin funcionar en el centro. Un hombre de mediana estatura, fornido, con gafas, estaba sentado en el banco.

—¿Señor Ruano?

—¿Lo envía Aurelio?

El hombre asintió. Debíamos de estar en el centro del pueblo. Me dijo:

—Tengo ahí el coche.

—¿Dónde vamos?

—A una pensión o una casa rural de esas, como se llame. Ya está todo arreglado.

—¿Cómo se llama esa pensión?

—El Jardín de las Letras.

—¿Está allí Aurelio?

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé, pero ya se enterará.

El coche estaba aparcado enfrente. Pintado de verde oscuro. No distinguí la marca. El coche subió una empinada cuesta hacia lo alto del pueblo. Hacia el castillo. Lo había entrevisto entre las brumas del sueño, mientras nos acercábamos por la carretera que descendía de las montañas.

—¿Trabaja para Aurelio?

Asintió en silencio. Luego añadió:

—Si le preguntan, diga que ha venido a pescar y a descansar. Me ha contratado a mí para pescar. Me llaman «el Pulpo». Que no se le olvide.

—¿Pulpo?

—Sí, Pulpo. Mi nombre es Miguel, pero en los pueblos se conoce a la gente por los apodos. Y no se deje ver demasiado por los bares. Aquí la gente es muy cotilla, no tienen mucho que hacer.

El coche subió por callejuelas empinadas de casas blancas, algunas de dos pisos. Las callejuelas continuaron hasta que desembocamos en un bar cerrado, casi al pie del castillo. Cervecería Martín. No se escuchaba un ruido, excepto el furioso piar de pajarillos.

El Pulpo frenó el coche.

—Está ahí, a la vuelta, en la calle Rosa. Ya sabe, El Jardín de las Letras. Tiene reserva para tres días.

Me dio una bolsa.

—Aparejos de pesca. No los estropee. Le llamaré al atardecer y le diré: «La barca ya está lista». Eso quiere decir que vamos a encontrarnos con Aurelio.

—¿Hay mucha pesca por aquí?

—Bastante.

Era una calle estrecha y peatonal en cuesta. Una de las casas, de dos pisos, la más grande de la calle, tenía un cartel de mosaicos con adorno de palmeras: «El Jardín de las Letras. Hospedaje».

Llamé al timbre. Un hombre con gafas, el ralo cabello casi al cero, abrió la puerta. Era fornido, un poco tripón. Aparentaba unos sesenta años.

—¿Señor Ruano? —me preguntó. Asentí y me tomó las bolsas—. Pase, por favor.

Entré a una cocina amplia y luminosa, abierta al resto de la casa, que continuaba a diferentes niveles. Distinguí un salón lleno de estanterías con libros. Abajo, la cocina continuaba con el comedor, iluminado con dos grandes ventanales hasta el suelo, al que se accedía descendiendo tres escalones. Una gran mesa de madera con sillas, un aparador y otras dos librerías ocupaban la habitación. Pegado a uno de los ventanales distinguí un sofá verde un poco raído.

—Me llamo Juan. —Me extendió la mano. Se la estreché—. Bienvenido, Liberto.

—Gracias, muy amable.

—Luego le haré la ficha. No hay prisa.

Observaba la extraña distribución de las habitaciones.

—Son tres casas que he unido, ¿sabe? Por eso las habitaciones están a distinto nivel. ¿Quiere comer algo? —Negué con un movimiento de cabeza—. Puedo darle fruta, café o té, pan con mantequilla o aceite, un huevo. La casa de al lado es una panadería mozárabe con horno de leña, hacen un pan excelente. Bueno, pero si está cansado del viaje, puede descansar o dormir, lo que quiera.

Le dije que no me apetecía dormir y añadí:

—Me basta con un poco de fruta y café.

—Se lo prepararé enseguida. Ha venido a descansar, ¿verdad?

—Sí, a descansar y a pescar.

—¿Pescar?

—Bueno, en realidad a descansar.

—Entonces esto le va a gustar. ¿Se ha dado cuenta? —Se puso una mano en la oreja—. No se oye nada, solo los pájaros. De vez en cuando pasa algún

hijo de puta en moto, pero nada más. Igualito que en Madrid, ¿eh?

Me acompañó al comedor con mi maletín de viaje y los aparejos de pesca. Señaló la estantería de la izquierda. Me dijo que era literatura española, aún no la tenía organizada del todo.

—A la derecha tengo la literatura sudamericana; la de enfrente, solo libros de cuentos y antologías de todos los países. Puede usar los libros que quiera, siempre que no los estropee. Su habitación —me abrió la puerta—. Le dejaré el desayuno en la cocina. ¿Va a tardar mucho?

—Unos diez minutos.

Tenía una cama de matrimonio de madera, una cómoda, mesita de noche con una lamparilla para leer. Escuché una campanada muy próxima. Una enorme tranquilidad me embargó, como en algunas tardes de mi adolescencia, al sentarme a leer la Enciclopedia mientras escuchaba los pasos de Elizabeth en la cocina preparando la cena. Entonces no podía pasarme nada, estaba a salvo de todo mal. Y no había mayor aventura que ir deslizándome dentro de las palabras. Era fascinante.

Llamé a Aurelio con el móvil. Nadie contestó. Lo cerré.

Saqué el revólver de la bolsa de viaje, lo acaricié. Me tumbé en la cama con él. Creo que me dormí.

Me desperté súbitamente. Mi madre me estaba llamando a gritos: ¡Liberto..., Liberto..., Liberto! Pero no podía ser la voz de mi madre, nunca la había escuchado. Era Elizabeth, sin duda. En su voz había un tono de angustia, como si le estuviera pasando algo terrible. Miré el reloj, eran las seis y media de la tarde, había dormido de un tirón.

Me lavé la cara con agua fría en el pequeño cuarto de baño. Dejé el revólver en mi bolsa de viaje, junto a la cajita roja con las municiones. Sobre la mesa de la cocina me encontré una fuente de cerámica con uvas lavadas y una enorme chirimoya, al lado de una taza con café tapada con su platillo. No se escuchaba un solo ruido en la casa.

El café estaba frío, pero de todas maneras me lo bebí. El dueño de la casa bajó las escaleras.

—¿Ya se ha despertado? Vaya, se ha bebido el café. Le prepararé otro.

—No hace falta, gracias.

—Voy a prepararlo para mí. No me importa. ¿No le gustan las chirimoyas?

—No las he probado nunca. De todas maneras, no tengo demasiada hambre.

Comenzó a preparar el café.

—Es una fruta exquisita, proviene de América Central y se ha aclimatado muy bien en toda la costa. Aunque no lo parezca, gozamos de un clima subtropical. Aquí se cultivan mangos, caña de azúcar, aguacates, chirimoyas..., aunque no llueva como en los trópicos. Se debe al enorme manto freático de la zona. Llueve como en Mauritania y se cultiva como en los valles mexicanos. Es una bendición. —Me tendió una taza de café—. ¿Toma azúcar?

—No, gracias.

Se sentó a mi lado. El café era mejor que el anterior. Aromático, suave.

—¿Le gusta?

—Sí, está muy bueno.

—Le añadido una pizquita de canela, muy poco. Es una costumbre árabe.

—Pues está estupendo.

—Sé que hablo demasiado, pero quiero enseñarle la casa, si le parece. Es usted mi único huésped. ¿Sabe un dicho árabe? «Lo más importante de una casa son los huéspedes».

Me mostró el salón. Una enorme ventana y una puerta de casi dos metros daban a un patio soleado de unos sesenta metros, con unas cuantas macetas y mesas de madera. La habitación estaba, también, repleta de libros. Dos sofás verdes hacían ángulo con una enorme mesa baja, cubierta de cerámica, periódicos y revistas. Había cuadros, fotografías y grabados en las paredes y estatuillas americanas y africanas repartidas en las estanterías.

Me contó que se había separado recientemente, había vendido su casa en Madrid y se había retirado a ese lugar «para leer lo que aún no había leído y releer los libros que más le habían gustado».

—Esta habitación la tengo reservada para la lectura y para reunirme con amigos. Usted puede utilizarla cuando guste. Aquí tengo la literatura

universal, dividida por países. —Me señaló una estantería aparte—. Y estos son mis libros, todas las ediciones.

—Vaya, ¿es usted escritor?

—Bueno, sí..., escribo novelas policíacas y de aventuras.

—¿Conoce a Delforo?

—¿A Juan Delforo? Claro que sí. —Se le iluminó el rostro.

—Yo también. Soy su abogado.

—¿Sí? Vaya, qué casualidad. Delforo no está mal, bastantes de sus libros me gustan, otros no tanto. Es..., no sé..., demasiado vehemente. Y eso no le conviene.

—¿Por qué?

—Bueno, se dedica demasiado a la política activa..., da charlas, lee panfletos, firma adhesiones. Su literatura es..., no sé..., muy militante, diría yo, un reflejo de lo que piensa sobre la sociedad, sobre la literatura...

—¿No les pasa eso a todos?

—Sí, claro, por supuesto. Todo libro que escribimos es una propuesta de mirada al mundo. Yo tengo la mía, Delforo, la suya. A él le gustan mis libros, al menos me lo ha dicho. Pero... mire, ¿sabe que hace más de doce años que ni los suplementos literarios ni las revistas de este país publican críticas a la obra de Delforo?

—¿Habla en serio?

—Por supuesto. Hemos comentado ese asunto. Cuando saca un libro, los periodistas lo anuncian, claro. Pero yo me refiero a la crítica. Su obra pasa desapercibida para los críticos. La cuestión es que eso a Delforo le importa poco. Está seguro de que su obra tiene interés, vamos, que no está mal del todo. Yo creo que hace literatura útil, muy útil.

—La literatura es siempre útil, ¿no? —Y pensé: la literatura es útil; los escritores no.

El dueño de la casa se quedó pensativo unos instantes.

—Bueno, creo que sí. Creo que la literatura debe tener alguna utilidad, es posible que nos desvele cosas nuevas sobre la ambigua y contradictoria naturaleza humana, o sobre determinados aspectos de la vida, ocultos o enmascarados. De todas maneras, la máxima utilidad de la literatura aparece

cuando se manifiesta como un discurso alternativo al del poder.

No me gustan las típicas charlas de los escritores, de modo que me dediqué a observar los cuadros, las fotos de las paredes, los objetos diseminados por las estanterías.

El dueño de la casa se puso a abrir cajones. Sacó un papel y me lo tendió.

—Lea esto. Es lo que yo considero verdadera literatura.

—¿De qué se trata?

—Léalo, por favor.

«13.15. Todos los tripulantes de los compartimentos sexto, séptimo y octavo pasaron al noveno. Hay veintitrés personas aquí. Tomamos esta decisión como consecuencia del accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie. Escribo a ciegas».

—Se trata de un trozo del cuaderno de bitácora de un submarino ruso, el *Kursk*, cuya tripulación murió a causa de un accidente hace diez años. No se puede decir más con menos palabras. Hemingway solía afirmar que había aprendido a escribir leyendo los programas de las carreras de caballos. Lea también, si puede, a Isaac Babel, el ruso. Es maravilloso, sobre todo *Caballería Roja*. Busca la concisión, exprimir la naranja lo más posible.

Se quedó pensativo.

—Voy a subir a la azotea —le dije.

—Claro, por supuesto. Está usted en su casa.

Me condujo a la azotea. La vista era de ciento ochenta grados. Se divisaba una llanura de aluvión al pie de una sierra que parecía enmarcar el pueblo. Detrás de la sierra se distinguían los altos picos de Sierra Nevada. Al este, una suave ladera aparecía colmada de chalés.

—Se llama el Monte de los Almendros. Fue construida en los años cincuenta para los refugiados nazis. Los descendientes de Eva Braun continúan teniendo casa en ese monte. También vivió aquí Otto Skorzeny, el niño mimado de Hitler, antes de trasladarse a un pueblo de Sevilla. ¿Ve esas casas en la llanura? Es otro pueblo, se llama Lobres y pertenece al municipio de Salobreña. Allí a la derecha está Motril. Y aquellos montes lejanos son las Alpujarras. ¿Ha visto el mar?

Por unas escalerillas de hierro subimos a otra azotea. Se distinguía la

enorme bahía en forma de herradura, las urbanizaciones a la izquierda, y a la derecha La Guardia y La Caleta, antiguas pedanías de pescadores. Abajo, la llanura de aluvión estaba llena de grúas y maquinaria de construcción, palas excavadoras, camiones, taladradoras. Se movían figurillas humanas entre ellas. Habían ocupado la playa.

—Esto antes estaba cultivado de cañas de azúcar. Van a joderlo todo, es la idea que tienen del progreso. La crisis aquí ha sido espantosa, más de mil quinientas personas viven de la caridad. Todo el mundo se dedicaba a la construcción.

Abajo, en la playa, distinguí un enorme cartelón, «Ciudad de la Luz». Y abajo, un cartel policromado con el dibujo de lo que querían construir.

El dueño de la casa sacó un móvil del bolsillo y lo atendió.

—¿El Pulpo? Bueno, se lo diré. —Se dirigió a mí—: Dice que se llama el Pulpo.

Me lo entregó. Escuché su voz:

—Coja los aparejos de pesca y finja que viene a pescar. Le espero dentro del coche, al lado del bar.

Le dije al dueño de la casa que me iba a pescar.

—Tenga cuidado con la guardia civil, por favor —me dijo—. Es época de veda, ya sabe. No se puede pescar.

20

Cuaderno de Aurelio Pescador
(Manuscrito).

Durante 1961 mi amada y yo salíamos casi todos los días. La supuesta relación con su marido había cambiado. Su hermana pequeña me confesó en una ocasión que no dormían juntos casi desde la boda por decisión de ella. Afirmó que el matrimonio había sido de conveniencia. El marido, su cuñado, se había casado con su hermana mayor porque su padre, en el lecho de muerte, se lo había aconsejado para saldar deudas. En otro momento, me cuchicheó al oído que sabía que su hermana me amaba en secreto. Sufría cuando su marido entraba en su dormitorio. No le hice mucho caso. Era proclive al rumor y a la palabrería.

Sin embargo, pronto supe que la hermana de mi amada continuaba con aquellas prácticas extrañas de disfrazarse de hombre y acudir a fiestas de solteros, escandalizando a la pacata sociedad madrileña de la época. Mi amada la solía acompañar. Algunas veces fui con ellas como si fuéramos tres amigos con ganas de divertirse. De esa manera, conocí la vida subterránea de Madrid, tablaos flamencos, burdeles de postín, clubs nocturnos, cafés-cantante... Las hermanas parecían dos bellos muchachos, a los que adoraban las mujeres.

Pero quien más se divertía era la hermana pequeña. Mi amada la vigilaba, cuidaba de ella, siempre atenta. Me di cuenta de que la seguía a esas fiestas, que duraban toda la noche, para no dejarla sola. Mi amada y yo solíamos quedarnos juntos en una mesa apartada, hablando y hablando de nuestras cosas. Muchas veces nos quedábamos en silencio, gozando el uno del otro.

En no pocas ocasiones, seguí enseñándole el italiano y las variantes de mi dialecto, el calabrés.

Recuerdo que le preguntaba por su marido. ¿Cómo era? ¿No le importaba que ella saliera toda la noche fuera de casa en compañía de su hermana? ¿Acaso no era celoso? Y ella contestaba que no, que sabía que ella nunca le engañaría con otro hombre.

Mientras nosotros permanecíamos juntos, hablando, su hermana pequeña bailaba con mujeres, comportándose como un auténtico muchacho, bebiendo y riendo con ellos. Todas las madrugadas regresábamos a la casa con ella borracha. Mi amada y yo nos despedíamos con la promesa de vernos. A mí no me gustaba esa forma de divertirse, pero era la única ocasión que tenía de hablar y estar con ella. La hubiera acompañado al infierno.

En mi apartamento sufría. Estaba condenado a ser su amigo. Ella estaba casada y hubiera sido impropio de un hombre de honor cometer adulterio. Me había enterado de que el marido mantenía negocios con varias *ndrine* nuestras, desde bastantes años atrás, un hombre respetado y valioso para la familia.

Pero una noche sucedió algo insólito. La noche de su cumpleaños cenamos los tres en el Palace. Yo las invité. Le regalé el bien más preciado que poseía: el anillo de mi logia. Era de plata maciza, con la figura del pez plata, símbolo de nuestra *ndrine*. Ella se emocionó y me besó por primera vez. Un beso muy dulce que hizo que yo perdiera la noción del tiempo. Acabamos los tres borrachos. La hermana pequeña insistió en que termináramos la velada en su casa. Su cuñado no estaba, viajaba por negocios.

Al llegar a la puerta, se despidió ante las protestas de su hermana mayor. Pero no cedió. Esa noche necesitaba divertirse sola. Se marchó. Los dos entramos en la casa. Yo sabía lo que iba a suceder y tenía miedo.

En su cuarto, me dijo que todo había sido un juego. Lo solían hacer desde que eran niñas. El juego era que se intercambiaban los papeles cuando aparecía un muchacho interesado por ella. La casada era su hermana pequeña. Ella era soltera. Pero ese juego ya se había acabado. La fiesta terminó. Me amaba con locura y ya no podía fingir más. No di crédito a lo que había oído

y se lo hice repetir varias veces. Me sentí humillado, estafado. Tres años amándola en silencio, sufriendo porque la creía casada. Me enfurecí y las llamé «perras lesbianas». Alterado, me retiré para marcharme. Pero ella me llamó, lloraba y me pedía perdón por el engaño.

Se había desnudado.

Regresé. Y lo hice muy despacio. Era una cueva húmeda, muy larga, parecía no terminar nunca. Ella continuaba llorando, pero eran lágrimas dulces. Me miraba y me sonreía con dulzura, entre lágrimas.

—El anillo y tu amor son lo mejor que he tenido en mi vida —me decía.

Nos vimos al otro día y al otro. Y seguimos haciendo el amor en mi apartamento. Ella me preguntó si podía disfrazarse otra vez de hombre. Tenía que cuidar a su hermana, podría hacer una locura. Me negué, pero ella insistió e insistió. La amaba tanto que acepté. Convirtió en una fiesta el día en que se vistió otra vez de hombre. Su hermana ya estaba preparada.

Volvimos a nuestras noches locas, ellas dos vestidas de hombre. Y cuando acompañábamos a su hermana a la casa, al amanecer, me decía otra vez:

—Llévame a mi habitación, por favor.

Así hasta que recibí una orden y regresé a Italia.

No volví hasta 1964, cuando mi hijo cumplió dos años. Esa vez también tenía que hacer un trabajo. En este caso, un trabajo elegido por mí, como ya he dicho antes. Su hermana pequeña, la casada, mientras mi amada cuidaba y amamantaba a nuestro hijo, se había desbocado. Aparecía en público con su amante, una bella prostituta mayor que ella, produciendo un enorme escándalo. La policía ya la había detenido varias veces. Su comportamiento ponía en peligro nuestros intereses. Su marido, que llevaba asuntos jurídicos de nuestra *ndrine*, había aceptado la sentencia.

Acabé con ella durante una excursión al pantano de San Juan. Pareció un desgraciado accidente. La barca se volcó y ella, la hermana pequeña, borracha, pereció ahogada. Pero no pude acabar con mi amada, con Elizabeth. La empujé bajo el agua para que se ahogara, pero al final la salvé y la dejé en la orilla, exhausta. Yo desaparecí. Mi amada no me delató, pero

nunca me perdonó. Jamás. No la volví a ver. Ni a ella ni a mi hijo.
Hasta ahora, casi cincuenta años después.

21

Bajamos por la calle Antequera. El coche giró a la izquierda y rodeó el perímetro del pueblo, un farallón de rocas cortadas a pico. En lo alto se erguían las ruinas del castillo. Las siluetas de las grúas y las palas excavadoras se destacaban entre los restos de cañas de azúcar y cultivos abandonados, manchados de polvo. El castillo se veía majestuoso y amenazador en lo alto del macizo rocoso. Palpé el revólver en el bolsillo de la chaqueta. Estaba excitado.

—¿Ha hecho todo lo que le he dicho?

Le dije que sí.

—¿Dónde está Aurelio? —le pregunté—. Me extraña que no me haya llamado.

—Nos está esperando.

Bordeamos las antiguas plantaciones de cañas, salimos al paseo marítimo, solitario, sin peatones. Los chiringuitos aparecían trancados; el mar, tranquilo, gris. Las sombras de la tarde lo ocupaban todo. No se veía a nadie por ninguna parte.

—Tenemos que tener cuidado —le dije—. La guardia civil nos puede ver. Está prohibido pescar.

Lo vi sonreír.

—Pero nosotros no vamos a pescar, ¿verdad?

Solté una carcajada.

—No, claro, es cierto. Usted sabe a lo que yo vengo, ¿verdad?

—Claro, me lo ha dicho Aurelio. Usted viene a cumplir una venganza.

Saqué el revólver, me recosté sobre la puerta. Intenté que la mano no me

temblara.

—¿Qué hace? Vamos, guarde eso. Se puede disparar. Aurelio nos espera al final del paseo marítimo, un lugar que llaman El Límite.

Ni siquiera me había mirado.

—No lo creo. Usted se dice pescador y no sabía que estamos en veda.

—Lo sé de sobra.

—Y me ha dicho que todo el mundo lo conoce como el Pulpo.

Giró la cabeza, me observó durante unos instantes. Permanecía tranquilo. Con las gafas daba la impresión de ser un maestro de escuela.

—Eso es, todo el mundo me dice «el Pulpo».

—El dueño del hotel no le conoce.

—Ese lleva poco tiempo aquí. Es un forastero. Escuche, Ruano, no me gusta conducir mientras me apuntan. Está nervioso, es normal. No se lo reprocho, pero espere al menos que veamos a Aurelio. Entonces se convencerá.

Nos acercábamos al final del paseo, una zona de cañaveras y dunas, en la desembocadura de un río. Antaño debía de ser caudaloso, a juzgar por el ancho cauce, ahora no era más que un hilillo de agua que apenas traspasaba la playa y se introducía en el mar. No había carretera, rodábamos por un camino de tierra.

—Creo que Aurelio nunca le habría dicho a lo que he venido. ¿No le parece?

—Vamos, vamos. Aurelio y yo somos amigos. ¿Por qué no me lo iba a decir?

—Ese no es el estilo de Aurelio. Él no se lo diría.

Con la mano izquierda saqué el móvil del bolsillo.

—¿Qué está haciendo?

—Llamar a Aurelio. Tendría que haberlo hecho antes.

—Buena idea, así se convencerá.

—Pare el coche. ¡He dicho que pare el coche!

Frenó en seco. Para mí no era fácil manejar un móvil a tientas. El Pulpo me observaba por el rabillo del ojo.

—Describame a Aurelio —dije.

—Lo conozco muy bien, Ruano. Trabajo para él.

—Hágalo.

Emitió un largo suspiro.

—Está bien, alto, viejo, fuerte, pelo blanco, la cara llena de cicatrices. ¿Se convence?

—¿De qué lo conoce? Dígamelo, no me dijo que iba a esperarme alguien en Salobreña. Convénzame de que está con él.

—Oiga, Ruano, esto es ridículo. Por mucho que le diga, no se va a convencer. ¿Qué mosca le ha picado?

Apoyó la cabeza en el volante, suspiró.

—¿Por qué no lo llama y se queda tranquilo? —Alargó la mano y señaló las cañaveras al fondo—. ¿Es porque está oscuro? ¿Qué hubiera querido? ¿Que hubiéramos quedado en un bar iluminado? ¿En la plaza del pueblo? Joder, Ruano, ¿qué le pasa? —Me sonreía con cierta condescendencia—. Vale, nos quedaremos aquí todo el tiempo que quiera. Usted decide.

Se cruzó de brazos, apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla.

—¿Falta mucho adonde vamos?

—No, es ahí enfrente, a menos de cien metros. ¿Qué hacemos? Si sigue así, le vuelvo a la pensión. A mí no me fastidie más. —Volvió a arrancar el coche—. Es allí, casi hemos llegado.

Rodábamos dando tumbos. Alargó el brazo y señaló a mi derecha.

—¡Mire, allí está Aurelio!

Fue un segundo. Giré la cabeza y me atenazó el revólver con la mano. Ni siquiera me di cuenta del movimiento. Disparé, sentí que se me reventaban los oídos por la explosión sónica en el interior del coche. Gritó de dolor, el coche dio un bandazo. Disparé otra vez, la mano dejó de apretarme. El primer disparo le había alcanzado en la parte posterior de la muñeca, le había desgarrado el costado del brazo. El otro le había alcanzado en la mitad del pecho. La camisa se cubrió de sangre, las gafas se deslizaron al suelo. Estábamos en cuesta, el coche avanzó hacia delante unos metros, tropezó varias veces con el bordillo y se detuvo.

El Pulpo respiraba ruidosamente. Le manaba sangre de la boca, se mezclaba con la de la herida del pecho. La mano derecha le colgaba de los

tendones. Se le veía el hueso.

Abrí la puerta y salí fuera. Las piernas no me sostenían. Tuve arcadas secas, seguidas de convulsiones. El Pulpo intentó salir del coche, arrastrándose por el asiento.

—¡No te muevas o disparo! ¡No te muevas!

—Acaba de una vez, jodido aficionado. Hijo de puta.

Resbaló hacia atrás, en una postura inverosímil, el cuello doblado contra el cristal de la ventanilla. Me asomé con cuidado. Aún respiraba. Gruñó algo ininteligible. Creí que me sonreía con los dientes rojos, pero era una mueca. A cada respiración le salía sangre de la boca y de la herida del pecho. La sangre chorreaba pantalón abajo. Olía a cobre, un olor intenso, mareante.

Me di cuenta de que continuaba sosteniendo el móvil con la mano izquierda. Llamé a Aurelio. Tardó en responder:

—Le dije que no llamara si no era necesario. ¿Qué ocurre?

—Acabo de matar al Pulpo.

Su voz sonaba tranquila, pausada.

—¿Quién es el Pulpo?

Se lo conté lo mejor que pude. Le dije que me encontraba en un coche, aparcado cerca de un lugar llamado El Límite.

—No se mueva ni toque nada, estaré allí en diez minutos.

Vi a dos hombres que corrían hacia el coche. Debían de haber surgido de entre los cañaverales del fondo. Pensé: «Han oído los disparos». La sangre se me heló en las venas. Uno de ellos llevaba un arma en la mano. También podía ser un móvil.

—¡Eh! —grité—. ¡Ya he llamado a la policía!

Dejaron de correr. Parecían deliberar. No pude distinguirlos bien, uno de ellos llevaba una cazadora azul oscuro o negra, el otro, una chaqueta. Les volví a gritar:

—¡Eh!, ¿por qué no se acercan? ¡Llevo una pistola! —La agité en el aire—. ¡Aquí los espero!

Me refugié detrás de la puerta, me puse en posición de tiro. Los dos hombres retrocedieron despacio, caminando hacia atrás. Luego se dieron la vuelta y corrieron al trote. Dejé de verlos enseguida. Debieron de introducirse

entre los cañaverales del fondo de la playa.

Me volví hacia el Pulpo. No se había movido, pero aún respiraba con ronquidos. La sangre parecía haber dejado de manar. Dejé entornada la puerta del coche y me retiré unos pasos. Me senté en una especie de poyete de mampostería que bordeaba el camino de tierra. Detrás, se escuchaba el rumor del mar y el graznido de las gaviotas. No se veía a nadie. Los edificios más cercanos, una serie de bloques de apartamentos, debían de encontrarse a unos cuatrocientos metros. Ninguno tenía las ventanas iluminadas.

Sentí frío y me volví. La playa estaba desierta. La oscuridad era cada vez mayor, o eso me parecía a mí. Esos hombres podían sorprenderme por la playa. Me puse en pie en el poyete. Las luces de la ciudad de Motril titilaban al fondo. No vi a nadie. Decidí regresar al coche y protegerme detrás de él. A través del cristal de la ventanilla veía la cabeza del Pulpo. Aún estaba vivo, continuaba con los ronquidos. Retrocedí.

Sentí la presencia de alguien cerca y me volví.

Era Aurelio, no lo había visto llegar. Se aproximó lentamente y me apartó del coche con suavidad. Me di cuenta de que llevaba una pistola en la mano con un silenciador atornillado en el caño.

—¿Está bien? —me preguntó Aurelio.

Asentí con movimientos de cabeza. Alargó la mano.

—Deme la pistola. —Se la entregué.

Se asomó dentro del coche. Le puso la mano al Pulpo en el cuello. Se volvió a mí.

—Acaba de morir. ¿Se ha manchado de sangre?

—No..., no, creo que no. ¿Quién... quién es, Aurelio?

—No lo sé, pero ahora hay que actuar rápido. No podemos perder tiempo.

¿Tiene equipaje, algo suyo dentro del coche?

Negué con movimientos de cabeza.

—¿Le ha dicho que se llama el Pulpo?

—Sí, Miguel el Pulpo.

Aurelio me tomó del brazo.

—Vámonos.

Caminamos deprisa, casi al trote. Me detuve.

—Aurelio, espera un momento. ¿Qué significa esto?

—Es fácil, alguien quiere matarle.

—¿Quién, Aurelio? ¿Por qué quieren matarme?

—Ahora no es el momento de charlar. Tenemos que irnos de aquí rápido.

—Lo sabía todo... y te conocía, Aurelio. Parecía... parecía inofensivo..., no sé.

—¿Confía en mí?

—Sí.

—Venga conmigo, no tenemos tiempo que perder.

Entramos en la playa. Un coche estaba detrás de un quiosco abandonado, pintarrajeado de grafitis. Dentro había dos hombres. No eran los que habían surgido entre los cañaverales. Me fijé, uno de ellos era un anciano fornido, el cabello blanco. El otro era un muchacho, casi un niño.

—Está muerto —les dijo Aurelio, y señaló con el dedo por donde habíamos venido—. Hacedlo rápido.

Aurelio encendió el motor. En un claro había una barca varada en la arena. La orilla del mar estaba muy cerca. Salimos en estampida. Se lo conté todo, desde que el Pulpo me recogió en la estación de autobuses. Las razones por las que desconfié de él. Los dos cómplices que aparecieron entre las cañaveras.

—No creo que tuviera cómplices. Es un lugar frecuentado por homosexuales. ¿Por qué le disparó?

—Me atacó, me agarró la pistola. Disparé por inercia. ¿Lo conocías?

Se quedó pensativo.

—¿Cómo pudo saber que iba a venir a Salobreña y alojarse en El Jardín de las Letras?

—No lo sé. Dijo que venía de tu parte. Y, por favor, llámame de tú de una vez. Solo falta que me llames «señor abogado».

Me miró y sonrió. Nunca le había visto sonreír.

—Es la costumbre. ¿Le has dicho a alguien que venías aquí?

—No, a nadie. Bueno, le dije a Veba que venía a la costa a descansar. Pero no le dije a qué costa.

—¿A quién?

—A Genoveva, la hermana de mi mujer. Se hospeda en mi casa.

Se me quedó mirando.

—¿Escuchó tu conversación conmigo esa Veba?

—No lo creo, ella estaba en el dormitorio y yo... Podía haberla escuchado si se hubiese acercado a la puerta. Pero ¿qué hubiera sabido con eso?

—Usted... quiero decir tú, repetiste «El Jardín de las Letras». Te extrañaste de que se llamara así. ¿Te acuerdas?

—Sí, dios santo, sí, lo hice. ¿Crees que ella...? No, no puede ser, Veba no...

—En internet aparece El Jardín de las Letras. Podría haber llamado y enterarse de que tenías una reserva. Y alguien te ha debido de seguir desde que saliste del hospital.

—No lo entiendo. ¿Por qué quieren matarme? ¿Qué les he hecho yo?

—Te tienen miedo. Creen que tienes algo o que sabes algo de ellos. También puede ser algo más simple, pero...

Le interrumpí.

—¿Quiénes son «ellos»? ¿Aristos Méndez? ¿Urbani? ¿Barrera? ¡Por el amor de dios!

—Es posible que crean que tienes una copia de la película. Puede ser.

—No la tengo, no he visto nunca esa mierda de película. No sé nada de eso.

—Ellos no se lo creen.

—No puedo creer que Veba esté implicada, no. Es imposible.

Nos quedamos en silencio. Entramos al pueblo, no había muchos transeúntes en las calles. Desembocamos en la rotonda donde estaba la parada de autobuses. Pasamos bajo un puente por una carretera auxiliar y nos dirigimos al Monte de los Almendros.

Había acabado con una vida humana. Y en un tribunal tendría problemas para demostrar defensa propia. Habría que explicar la posesión del arma, las intenciones y la razón por la que yo estaba allí, de noche, sin testigos. Solo los antecedentes del Pulpo actuarían a mi favor. No me libraría del homicidio

involuntario. Quizás sin cárcel, pero con una alta indemnización a sus familiares. Esta era mi segunda muerte. Ya había matado a dos personas. Primero a mi hermano Gonzalo y ahora a este.

Subimos una ladera pelada de vegetación. A izquierda y derecha, los chalés se extendían repartidos entre cañadas y pequeñas colinas. Algunos tenían las luces encendidas y eran muy lujosos. Aurelio aparcó el coche en la puerta de una casa de tejas verdes, con las ventanas iluminadas, rodeada de una tapia por la que sobresalían aligustres. Había un utilitario en la puerta.

—Nos esperan —dijo Aurelio saliendo del coche.

22

En la bañera del cuarto de baño, un hombre yacía boca abajo con los pulgares atados con cables detrás de la espalda. Lo habían descalzado y unido los dedos gordos de los pies con los de las manos. Una mujer de unos cincuenta años, con una pistola en la mano, lo vigilaba sentada en un banquito. Era bajita y menuda, con el rostro redondo.

Aurelio la llamó Charo.

—¿Dónde están los otros? —le preguntó a Aurelio.

—Haciendo un trabajo extra.

—No tendrás queja de ellos.

Aurelio asintió y se apoyó en la bañera. Observó al hombre atado.

—¿Se ha portado bien?

—He tenido que taparle la boca. No ha parado de hablar, es un pesado. Hasta me ha intentado ligar.

—Dale la vuelta.

Le había tapado la boca con cinta de embalar. Distinguí los rasgos de uno de los sicarios que habían entrado en mi casa, el rubio de la nariz larga. Me entró una enorme placidez, como si flotara.

Charo le arrancó la mordaza. El hombre respiró profundamente.

—Se llama Victorio Brocal —dijo Aurelio—. ¿Te encuentras bien, Victorio?

—Estupendamente, Aurelio. ¿Puedes decirme ahora qué ocurre? Estoy un poco incómodo.

—¿Lo reconoces? —Aurelio lo señaló.

—Sí, es uno de ellos. Llevaba una pistola.

—¿Quién es este menda? —Victorio me miró durante unos instantes—. Vaya, mira qué bien, el abogado. No le había distinguido con las barbas. — Se dirigió a Aurelio—: ¿Qué coño pasa aquí? ¿Qué coño es esto? ¿Trabajas para él, Aurelio?

—Sí.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Mierda!

—¿Quién te pagó para matarme, hijo de puta?

—Pero ¿qué dice este nota, Aurelio? ¿Qué le pasa? —Me dirigió una mirada—. No queríamos matarte, te lo juro. Nos dijeron que te capáramos, nada más que eso.

—Cuéntalo todo, Victorio. Puedo hacer que hables, pero estoy seguro de que vas a preferir hacerlo tú solo. ¿Quién te contrató?

Victorio comenzó a respirar ruidosamente. Miraba alternativamente a Aurelio y luego a mí. El rostro se le había vuelto blanco.

—Me vas a matar de todas maneras. ¿Verdad, Aurelio?

—Habla, Victorio.

—Dame mi revólver, Aurelio, por favor. —Le tendí la mano—. Es mi revólver, devuélvemelo. Quiero matar a este cabrón.

Aurelio metió la mano en el costado de la chaqueta, sacó su pistola y se la puso a Victorio en la sien. Este apartó la cabeza y se encogió en la bañera.

—Espera un momento. ¿Es que vas a matarme así, como a un perro? ¡Joder! ¿Qué te he hecho yo? Tú no matas a gente atada, Aurelio.

—No, voy a matarte yo, hijo de perra —le dije—. Vas a pagar lo que le hicisteis a mi mujer.

—¿A tu mujer? Pero ¿qué dices? Yo no le he hecho nada a tu mujer.

Comenzó a reírse. Intenté lanzarme contra Aurelio para quitarle la pistola. Charo me sujetó con fuerza. Me debatí intentando soltarme de su abrazo.

Charo me dijo:

—No, usted no puede, ¿no lo comprende? Deje que lo haga Aurelio. Él es un *mojado*, usted no puede *mojarse*, no.

—¡Fue la mujer, ella nos contrató, espera, Aurelio, espera!

—Explícate mejor. No te he entendido bien —dijo Aurelio.

—¡De qué mujer hablas, hijo de puta, de qué mujer! —Intenté librarme

de Charo, pero su falta de corpulencia era engañosa.

—De la mujer de Barrera, doña Julia, esa tía. Ella fue quien avisó al señor Urbani, le pidió permiso para capar aquí al señor Ruano, el abogado. No ha sido cosa nuestra, Aurelio, te lo juro. Doña Julia lo montó todo, nos dio diez mil euros a cada uno, un pastón. Yo creía que tenía el permiso de la *famiglia*. ¿No me crees, Aurelio? Por la Santa *Madonna*, ¿no me crees?

—¡No, eso es mentira! ¡Deja que lo mate, Aurelio, déjame, está mintiendo!

Intenté de nuevo soltarme de los brazos de Charo. Eran tenazas.

—Explícate mejor, Victorio —siguió Aurelio—. ¿La orden fue de Urbani?

—Sí, del *signore* Urbani, de él, pero nos dijo que era un asunto de doña Julia. Pero no pudimos caparle, el indio dijo que no, me paró el cuchillo, dijo que había encontrado un anillo, un tabú, era imposible. Y la señora se puso furiosa.

—¿Un anillo?

—Sí, Aurelio, un anillo, te lo juro, me lo mostró el indio, aunque no lo vi bien. La señora se enfadó con nosotros, quiso caparlo ella misma, pero el indio se puso delante, ya sabes cómo es el indio, y tampoco la dejó. Luego nos dijo que teníamos que violarla y se abrió de piernas, pero ninguno de los dos pudimos, lo intentamos, pero no podía ser, Aurelio, ella era de la *famiglia*, una mujer muy importante, ¿cómo íbamos a violarla? Entonces ella nos pidió que le metiéramos un palo, el caño de la pistola, cualquier cosa, pero tampoco, nos teníamos que ir.

El disparo sonó como un escupitajo.

Tengo un recuerdo borroso de lo que ocurrió después. Charo y yo íbamos en el asiento de atrás de un coche. Me había tomado de la mano y me la acariciaba. Yo estaba rígido. Todos los músculos en tensión. Ella me hablaba con voz dulce. No sé cuánto duró el viaje. Me condujeron a una casa. Charo me dijo: «Ahora vas a descansar, Liberto. Es mi casa, no es lujosa, pero es mi casa. Estaremos muy bien aquí». Charo me condujo a una cama. Me quitó la chaqueta y los zapatos y me acostó. Olía a limpio. Me dio a beber agua con

sabor raro. Se tumbó a mi lado y me abrazó. Su cuerpo era huesudo, fuerte. Irradiaba mucho calor. «Descansa, Liberto, duerme un poco, anda». Elizabeth me acariciaba la cabeza siempre que estaba asustado y me decía: «No llores, rusiñol, no llores, tienes que hacerte un hombre, rusiñol, ven aquí y descansa». «Mi padre no me quiere, mi hermano tampoco, Elizabeth». «Sí te quieren, es que están confundidos, mucha gente se confunde y no sabe qué hacer con su cariño». El olor de Elizabeth, de la niña Sacedón, de Mirta, de Ada, de Charo, de todas las mujeres que me han abrazado, que me han querido. El olor de un niño pequeño, el olor de los viejos, de la muerte, de la miseria, de la tierra mojada, el olor del pan. Hay muchos olores, olores de todas clases, el olor de Elizabeth, a canela.

Priscila le comentó a mi hermano que se veía conmigo. Se lo dijo para presumir, como una broma. Fue unos días antes de la boda. Ella me lo contó después del entierro, en sus ojos no había la más mínima sombra de piedad. Mi hermano tenía treinta y cinco años; yo, veintidós. Era notario, el más joven de España. Se subió en su coche y se despeñó en Navacerrada. Nunca tuvimos una conversación.

Nuestros diálogos eran funcionales.

Voy a morirme ahora. Tengo que morirme.

23

Cuaderno de Aurelio Pescador
(Manuscrito).

El tipo era gordito y olía intensamente a colonia. La papada le desbordaba el cuello de la camisa. Parecía tener la sonrisa incrustada en la boca. Dijo llamarse Valbuena y que estaba a mi servicio. Me hizo atravesar varias salas donde había abogados charlando. Hombres y mujeres bien vestidos con trajes caros, a la moda, casi todos jóvenes. Algunos bebían café en vasitos de papel. Mientras pasábamos, uno le dijo:

—¿Dónde vas, Valbuena? ¡No se le puede importunar a estas horas! ¿Es que no lo sabes?

Luego entramos a un salón con libros bien encuadernados en estanterías y una mesa larga, de caoba, con sillones cómodos. Una mujer mayor pasaba la bayeta por la cristalera de la biblioteca. Tenía las piernas hinchadas. Luego llegamos a otro despacho, donde otra mujer se pintaba los labios ante un espejito. Era de mediana edad, con el rostro crispado. Dejó el espejito y el pintalabios sobre la mesa y se incorporó.

—¡Eh! ¿Qué haces, Valbuena? No se puede pasar.

—Él sí puede. —Me señaló con el dedo. Me trataba como un trofeo de caza—. Órdenes directas del señor Barrera.

A través de la puerta se escuchaba música. Un bolero. La mujer me observó de arriba abajo. Mi traje no estaba a la moda en ninguna parte. Ni siquiera llevaba corbata.

—Yo no he recibido ninguna orden. —Se dirigió a mí—: ¿Cómo se llama usted, señor? Veré si está usted en la agenda del señor Barrera.

—Es el señor Barrera quien está en mi agenda —contesté.

El gordezuelo sonrió. Golpeó la puerta. La mujer seguía en pie. La música continuaba. Golpeó la puerta otra vez.

La abrí y pasé dentro.

Barrera intentaba bailar con una mujer delgada y musculosa en mallas. Él también llevaba mallas, pero de color blanco. Era barrigón, pero sus piernas fuertes y macizas parecían árboles. Valbuena carraspeó. Barrera intentaba moverse al ritmo de la música, no podía. Parecía un buzón de correos desplazándose. La mujer se esforzaba, era sutil y canturreaba por lo bajo, marcando los pasos. La mujer del pintalabios se situó a mi lado. Se mordía el dorso de la mano. Respiraba con dificultad.

—Barrera —lo llamé. Estaba enfrascado en la música.

—Señor... Barrera, señor —dijo Valbuena.

Di unos pasos dentro. La mujer de las mallas me vio y dejó de moverse. Barrera se volvió. Se le encendió el rostro. No daba crédito a lo que estaba viendo.

—¡Pero qué...! ¿Qué coño es esto? —Me señaló con el dedo—. ¡Usted...!

—No han querido hacerme caso, señor Barrera, les dije que no... —La mujer no terminó la frase. Valbuena, lívido, no podía articular palabra.

La bailarina apagó la música. Con gestos rápidos y precisos comenzó a recoger sus cosas y a meterlas en un bolso de cuero. Bajo las mallas se le notaba el cuerpo musculoso.

—Pero ¿qué coño pasa? ¿Qué te he dicho, Valbuena, tío mierda? ¡No se me puede molestar!

—Perdone, señor Barrera, perdone. —Su voz era inaudible—. Es... el señor de Italia.

—¿Qué coño dices?

La mujer de las mallas salió sin despedirse con el bolso colgado del hombro.

—El señor de Italia —balbuceó.

—¡Pero hombre de dios! ¿Por qué no lo has dicho antes?

Se aproximó con una sonrisa de dientes postizos caros. Nos estrechamos

las manos.

—¿Ha tenido buen viaje?

—Sí.

Palmeó como si espantara gallinas.

—¿Qué hacéis ahí como pasmarotes? Vamos, vamos..., a lo vuestro, venga.

Desaparecieron tras la puerta.

—Aurelio Pescador, ¿verdad?

—Sí.

—¿No quiere un café, un bollito, Aurelio?

—No.

—Bien, bien, enseguida estoy con usted, Aurelio. Voy a darme una duchita y a vestirme. Me dan clase de baile, ¿sabe? Siempre he querido bailar como Fred Astaire, pero la vida... ¿A usted le gusta bailar?

—No.

—Esa que se ha ido es nada menos que Erika Timerman, ¿la conoce? —No aguardó mi respuesta—. Me cuesta un riñón, ha sido primera bailarina del Ballet Nacional, nada menos. Bueno, siéntese y póngase cómodo. Voy a darme una ducha, vuelvo enseguida.

—Espere, ¿tiene el deuvedé?

—Sí, ya se lo he dicho, pero espere que...

—No, tengo prisa. Luego se ducha o hace lo que quiera. —Le tendí la mano—. El deuvedé.

—Vaya, caramba, Aurelio, hombre. —Sonrió—. Me visto enseguida. —Señaló con el dedo—. Tengo un cuarto de baño privado ahí. No voy a tardar nada.

—¿Es que no me ha entendido? He dicho que me dé el deuvedé ahora mismo. No se lo voy a repetir más, Barrera.

Barrera quiso decir algo, pero se quedó en silencio. Luego fue a su mesa, abrió un cajón con llave, sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y expulsó el humo.

—Bien, ¿dónde está el deuvedé?

—Lo he tenido, pero ya no lo tengo. Parece un trabalenguas, pero se lo

voy a explicar.

—Sí, mejor que lo haga. Y que yo lo comprenda.

—Verá..., lo recuperé, como usted ya sabrá, pero ahora lo tiene Urbani. Prácticamente me lo robó. Y me ha amenazado, ya sabe cómo es ese tío. Se cree que... Bueno, no pude hacer nada. El caso es que vino aquí con ese pistolero, ese tal Vírgula, o como se llame, y se lo llevó. Yo creo que...

Lo interrumpí sin elevar la voz. Despacio.

—¿Cuál de los deuvedés se llevó?

—El mejor, mi querido amigo. Se llevó el que vale.

Esa misma noche me convertí en Antonio Delatta. Iba en un coche robado. Le enseñé mi documentación al de la puerta y pasé al jardín. Había invitados en todas partes, charlando en grupos. Una pequeña orquesta amenizaba la fiesta en un estrado de madera. Tocaban *Volare*. Tomé una copa de vino de la bandeja de un camarero. Era la una y media de la madrugada. La fiesta duraría hasta las dos o las tres como mínimo. Luego continuaría en la casa para los más íntimos.

La mayor parte de los invitados estaban ya borrachos.

Distinguí a tres hombres de seguridad. Uno en la puerta, otro en el porche y un tercero en la mesa de las bebidas. Pero habría más. Me preocupaba el tal Vírgula. Había trabajado para la Contra nicaragüense con los norteamericanos. Me habían dado su descripción. Me acerqué a varios grupos de invitados, sin mezclarme con ellos. Hablaban de Cancún, México. El mejor hotel era el Riverside Palace, recién construido. Un servicio estupendo.

Debía localizar a Vírgula.

Caminé en paralelo al porche. Había gente en sillones de rafia, hombres mayores farfullando entre ellos de bonos basura y paraísos fiscales. Otros dormían con la cabeza sobre el pecho. Desde allí se divisaba casi todo el jardín. Permanecí un buen rato apoyado en la barandilla del porche. Otro guardaespaldas, el cuarto, salió de la casa. Acompañaba a Clara Sotomayor y a otra mujer parecida. Viejas operadas luciendo escote. El guardaespaldas se tomaba demasiadas libertades, las tomaba del brazo y bromeaba con ellas. Quizás no fuera guardaespaldas, más bien el chulo de una de ellas. Las

mujeres se despidieron del hombre y se dirigieron a un corro de invitados. Se quedó solo y dirigió la mirada a las mujeres. Un ave de presa, un macarra.

Me di cuenta de que se fijaba en mí. Se acercó sonriente.

—¿Necesita algo, señor?

—¿Qué?

Me lo repitió. Le dije en español chapurreado que buscaba una copa. Yo estaba un poco borracho, no demasiado.

—Por ahí, señor. —Me señaló la mesa del bufé de bebidas—. Yo le llevaré.

Me tambaleé un poco. Del brazo me condujo hasta allí. Era fuerte, pero bastante estúpido. Serviría.

—Son bonitas estas fiestas, ¿verdad, señor?

—*Festas, festas... admirables.*

Me dejó frente a la mesa. Le tendí un billete de veinte euros, que cogió.

—¡Gracias, señor!

No habría problemas con él.

—Agua con hielo y una rodaja de limón —le ordené al camarero.

Una mujer estaba detenida en medio del porche, mirando a todos lados. Otra borracha. Unos cincuenta años, operada, labios gruesos, flaca y escotada. Todas parecían iguales. Me acerqué a ella. Tenía los ojos dilatados.

—Disculpe que le moleste. ¿No nos hemos visto antes? —Le sonreí. Ella me miró—. ¿Suele ir a México?

—¡Oh, sí, claro, me encanta México! Estuve este invierno, me pareció fascinante.

—¿Cancún? —La agarré del brazo. Ella abrió los ojos. Antes debió de ser bonita, ya no—. ¿Hotel Riverside?

Puso su mano en la mía.

—Sí, el Riverside. ¿Estaba usted allí?

—Escondido mirándola. Me llamo Antonio Delatta.

—Emilia, Emilia Rivera. ¿Amigo de Carlos? No lo he visto en sus fiestas.

—Trabajo demasiado, Emilia. ¿Ha venido con su marido?

—Ahí está, es ese. —Lo señaló con el dedo. Un tipo gordo bromeando con una jovencita que se apoyaba en él—. Siempre me deja sola.

—¿Quiere una copa? —le apreté el brazo.

—Claro, vamos.

Entramos en la casa. Ahí estaba Vírgula, de pie junto a un grupo de cuatro hombres que charlaban y se reían. Uno era Carlos Urbani; el otro, Aristos Méndez. A los otros dos no los distinguí bien. Además de Vírgula, había otros cuatro guardaespaldas más, sentados cerca de ellos. Sabía que Vírgula nos estaba observando. Era tal como me lo habían descrito: bajo, fornido, rostro ancho como un bloque de piedra.

Nos sentamos en un rincón. Le hablé acercándome mucho.

—¿Qué quiere beber? —le susurré.

—¿Qué toma usted? —Ella también bajó la voz.

—Ginebra con tónica.

—De acuerdo, pídamе otro. Pero le advierto que se me sube enseguida a la cabeza.

Alcé la mano. Se aproximó un camarero y le hice el pedido. Lo trajo enseguida. Brindamos por nuestra amistad. Luego la besé en la mejilla. Ella me devolvió el beso.

Los cuatro hombres se levantaron de sus sillones. Comenzaron a despedirse. Los guardaespaldas se dirigieron a la puerta. Le dije a la mujer.

—Un momento, por favor.

Fui hacia ellos.

—*Carlino, amico mio, mio fratello.* —Urbani se detuvo. No me conocía, pero allí todos eran amigos. Le sonreí.

—Un momento —les dijo a sus invitados, y dio un paso en mi dirección—. ¿Qué tal, lo pasas bien? —Trataba de acordarse. Vírgula no apartaba sus ojos de mí.

—¡Estupendamente, tus fiestas son fantásticas!

—Me alegro.

Le estreché la mano. Le hice la primera señal masónica con el dedo pulgar. Me la contestó; luego la segunda. Puse la mano derecha en el corazón. La tercera.

—Traigo recuerdos de la familia. —Él hizo lo mismo.

—Espera aquí —dijo Urbani—. Voy a despedir a los amigos. Será un

momento.

Lo vi marcharse con Aristos Méndez y los demás. Me quedé observándolos. Vírgula se dio la vuelta durante unos instantes y me miró. Me senté con la mujer, que se retocaba el maquillaje.

—¿Tienes coche? —le pregunté.

—Sí, mi marido y yo siempre venimos en coches distintos.

—Conozco un club fantástico. No cierran nunca, es pequeño, muy romántico. ¿Te vendrías conmigo?

—¿Me llevarás luego a casa?

—Sí, te llevaré. Pero brindemos otra vez, Emilia. —Chocamos los vasos —. Por nosotros, querida.

Aproximó la cabeza.

—¿Qué quieres hacerme?

Se lo susurré al oído. Me pellizcó los labios.

—Eres un bandido, Antonio.

Urbani apareció en la puerta. Vírgula estaba con él.

—¿Me esperas diez minutos? Tengo que decirle algo a Carlos.

—¡Oh, siempre estáis con lo mismo! ¿No podéis pasar sin hablar de negocios?

—¿Me esperarás?

—Date prisa.

Los dos se acercaban a mí. Le hice de nuevo la tercera señal. Urbani se volvió a Vírgula.

—Espera aquí.

Subimos las escaleras. Me habló en dialecto calabrés.

—Ven al despacho. Allí estaremos mejor. ¿Qué ocurre?

—Hay una grieta. La familia está muy preocupada, *fratello*, muy preocupada.

—¿Vienes de casa?

—Acabo de llegar. He venido solo para avisarte. Todos te envían sus respetos.

Entramos al despacho. Se puso a pasear.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por ese abogaducho?

—Sí, la policía va a abrir una investigación en su bufete. Saldrán cosas.

—¿La operación de la costa?

—Las inversiones en la costa, el puerto de amarre, las autopistas. El bufete de ese abogado, amante de Julia, ha llevado las operaciones de traslado de dinero de Tánger a Marbella. ¿Por qué has intentado hacerle daño sin el permiso de la *famiglia*?

Se encogió de hombros.

—Es un hombre sin importancia, *mastro*. ¿Tengo que pedir permiso para esas menudencias? Además, me lo pidió Julia, ¿*capisci*?

—Has utilizado a gente de la *famiglia*. Y has fallado.

—Gente inepta. Ahora se encargará Vírgula, es un experto.

—No hace falta. Lo haré yo. ¿Das tu consentimiento, fratello?

—¿La familia está de acuerdo?

—Estoy aquí. No debo viajar en balde. Y Julia será amonestada severamente. Su marido debe cuidarla más.

Urbani suspiró.

—Está bien, lo autorizo.

Se mostraba preocupado, tocándose la barbilla.

—Llama a tu mujer. Tenemos que hablar con ella.

Se alarmó.

—¿Mi mujer? Vamos, vamos..., ella no participa en los negocios, no sabe nada. ¿Qué pasa con mi mujer?

—Conoce al abogado y a Julia. Tengo que regresar con su palabra de honor de que no hará nada. Tenemos que saber. —Le sonreía—. Llámala, le dirás delante de mí que debe dejar esas amistades. Y te la llevas de viaje algún tiempo.

Accionó el móvil.

—¿Amadeo? Busca a mi mujer... ¡Pues la buscas!... ¡Qué coño te pasa!

—Lo cerró con furia—. Estará aquí enseguida. —Me acerqué y le pasé la mano por el hombro.

—Tengo orden de destruir el deucedé. Dámelo, fratello, per favore.

Se retiró un paso.

—¿Qué deucedé? No sé nada de eso. ¿A qué te refieres?

—¿Crees que la familia es estúpida? Tengo orden de destruir personalmente ese deuedé. Pero no te preocupes, tu honor quedará a salvo.

—Eso fue una broma, *mastro*, no tiene importancia. No afecta a los negocios.

—Por favor, trátame con respeto. —Le tendí la mano—. No te hablo de ese deuedé, dame el otro, el que le quitaste a Barrera. Lo que haces con las mujeres carece de importancia.

—Te lo ha dicho Barrera, ¿verdad? Ese cerdo. Conmigo está seguro. Ese deuedé lo debo guardar yo. Barrera no es más que un perro a nuestro servicio.

Volví a hacerle el gesto con la mano. Apartó un cuadro, manipuló una caja fuerte Fichet, empotrada, y sacó un sobre negro, de plástico, que me tendió. Comprobé que dentro estaba el deuedé.

—¿Hay más copias?

—No, ninguna. *Io sono un uomo di parola*.

—Te creo. —Le acaricié la mejilla.

Le golpeé en la tráquea con el canto de la mano y se desplomó. Le tomé de la cabeza y le partí el cuello. Lo senté en uno de los sillones. Me situé al lado de la puerta. Al cabo de diez minutos escuché pasos por el pasillo.

Clara Sotomayor pasó dentro. Vírgula estaba al otro lado. Cerré la puerta.

—¡Querida! —le dije—. ¡Cuánto tiempo!

—¡Hola! ¡Qué pasa!

Hice intención de abrazarla, ella abrió los brazos, sorprendida. Le giré la cabeza. Escuché el crujido de las vértebras cervicales al romperse y la llevé a otro de los sillones y la senté. Iba diciendo:

—¡Fue fantástico aquel día en Mónaco! ¿Te acuerdas?

Vírgula estaba al otro lado de la puerta, escuchando.

Saqué la navaja sin dejar de hablar y le bajé los pantalones a Urbani. Su pene era largo, negruzco. Le hice un torniquete con cuerda fina y le corté el pene de un solo tajo. Se lo encajé en la boca. Tuve que emplear la fuerza, tenía los dientes apretados, aún no se había relajado.

Saqué mi pistola del cinturón y oculté la mano tras la espalda. Abrí la puerta. Allí estaba Vírgula con los brazos cruzados. Le disparé a la frente.

Uso una Sauer del 22, la bala no atraviesa el cuerpo humano. Pero hay que alcanzarles en un punto vital: corazón o cabeza.

Se desplomó. Lo arrastré hasta el cuarto y lo senté en el sofá. Apenas le brotaba un hilillo de sangre. Comprobé que los tres estaban muertos y salí fuera.

La mujer no me esperaba. Busqué al sustituto. Atravesé el jardín. Todavía quedaban invitados, casi todos completamente borrachos. Me dirigí a la zona donde estaban los coches aparcados. Varios invitados reían entre ellos. Sus chóferes los llevarían a sus casas o adonde quisieran. El guardaespaldas de antes me estaba esperando. Sonreía.

Di un traspié. Me sujetó del brazo.

—No puede conducir, señor. Yo le llevaré, soy chófer profesional.

—No, no, gracias, muchacho. Yo puedo.

Me quitó las llaves de la mano y me condujo a la puerta del acompañante.

—No, usted no puede, señor. Deje que yo conduzca.

Arrancó y salimos afuera. El vigilante del control tomó nota de la matrícula.

—Bueno, ¿dónde le llevo ahora?

—¿Qué me propones?

—Conozco un club muy privado, elegante. Allí buscamos una mujer guapa y nos vamos los dos con ella. ¿Qué le parece? —Volvía a sonreírme—. ¿No le va el morbo, señor? —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Eran bolitas blancas envueltas en papel transparente—. Tengo coca de la buena, luz radiante, ¿eh? Así terminaremos la noche. Ya verá.

Íbamos por un descampado.

—Chico, para aquí un momento. Tengo ganas de orinar.

—¿Quiere que le ayude? Se me da muy bien.

—Si te empeñas...

24

—Aún duerme —era la voz de Charo—. No lo despiertes.

—Es fuerte, más de lo que él cree —escuché.

Abrí los ojos. Aurelio me observaba desde arriba. Su rostro era una máscara blanca con esas pequeñas erosiones, heriditas que le cubrían las mejillas.

—Sueñas y hablas sin parar —dijo Aurelio.

—Siempre sueño. —Me incorporé en la cama. Bostecé.

Estaba en un dormitorio pintado de blanco. Muy limpio. Una ventana dejaba pasar la luz del sol. Tenía hambre.

—Estás en mi casa. —Charo me sonreía—. ¿Te encuentras mejor? Has dormido un día entero.

Me levanté y me puse los zapatos.

—¿Puedo comer algo?

Desayunamos en la cocina. A través de la ventana se escuchaban pajaritos. La casa estaba rodeada de campo. Charo cultivaba judías verdes, tomates, algo de patatas. También flores en el jardincillo detrás de la casa. Un pequeño cortijo a las afueras de Salobreña.

Charo había subido a El Jardín de las Letras y recogido mis cosas. Le dijo al dueño que éramos viejos amigos y que me quedaría con ella. El dueño quiso devolverme el dinero de la reserva. Charo no lo aceptó.

Después de desayunar los tres salimos al jardín. Nos tumbamos en hamacas frente a una mesita. La vista era inmensa, magnífica. Unos cerros pelados, salpicados de pequeños cortijos, descendían hasta el mar. Un carguero atravesaba lentamente la bahía, rumbo al puerto de Motril. Charo

encendió un cigarrillo.

—No cambiaría esto por nada del mundo. Lo que más me gusta es sentarme aquí, no hacer nada y mirar.

—Tengo que hablarte —me dijo Aurelio—. ¿Te acuerdas de que te dije que había venido a España a cumplir un encargo?

Tuve la impresión de que los pajarillos dejaron de piar. Todo eso se me había olvidado, pertenecía a otro tiempo, otro mundo. Charo se levantó. Dijo que iba a lavar los platos y nos dejó solos.

—Sí, me lo dijiste. ¿Ha llegado el momento?

—Sí, ya he cumplido el encargo, ahora buscaré al indio.

—No..., no hace falta. Déjalo tranquilo. No quiero más muertes. Por mi culpa han muerto ya demasiadas personas.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí, eso es lo que quiero.

—Todavía quedan muchos cabos sueltos. Querían castrarte, pero no lo hicieron —desvió la mirada—. ¿O te castraron?

—Hay muchas maneras de castrar, Aurelio.

—Me refiero a la castración física. ¿Te la hicieron? Necesito saberlo.

—No, no terminaron el trabajo. Lo dejaron a medias. Pero no creo que pueda estar con una mujer. Lo que tengo es un trozo de madera inservible, llena de cicatrices. Con ella solo puedo orinar.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Adelante.

—¿Hiciste el amor con esa Genoveva? Respóndeme con sinceridad, por favor.

—No, no lo hice. Ella lo intentó, pero no ocurrió nada. ¿Tiene eso importancia?

—Para ti, sí. Te hubiera castrado con su vagina. Tiene ese don, hay algunas mujeres así, ella es una de ellas.

—¿La conoces?

—He oído hablar de ella y de sus habilidades. Es posible que el Pulpo quisiera castrarte también, ella no hizo el trabajo. Bueno, o matarte. No lo puedo saber.

Me quedé unos instantes en silencio.

—Aurelio, esto me supera. Me voy a volver loco.

—El dueño del hostel le ha dicho a Charo que una mujer lo llamó a las cuatro de la madrugada preguntando por ti. Le contestó que te esperaba al mediodía. Después le dijo que no te lo dijera, iba ir a verte y quería darte una sorpresa. Era Veba, sin duda. Aquí no te buscarán. Y está Charo, ella te protegerá. Pero el tema no es ese, es tu casa. No terminaron el trabajo, ¿por qué? Victorio habló de un anillo, pero no puedo estar seguro. La respuesta me la dará el indio.

—Terminaron el trabajo, Aurelio. Ya lo creo que lo terminaron. Y dejemos esto, no quiero saber nada más de este asunto. Pero estoy en deuda contigo. Te contraté y has cumplido. Quiero pagarte ahora. Dime lo que te debo.

—¿Crees que todo se paga con dinero, abogado?

—Has hecho un trabajo y tienes que cobrarlo.

—Lo cobraré, no te preocupes. —Se puso en pie—. Todavía nadie se ha ido sin pagarme. Charo, ¡Charo!

Charo apareció secándose las manos.

—¿Te marchas?

Aurelio asintió. Charo se pegó a él, puso la mejilla en su pecho y cerró los ojos. Aurelio le pasó la mano por la espalda y la acarició. Así estuvieron durante unos instantes.

—¿Te cuidarás? —le preguntó Charo.

—Claro que sí. —Charo tenía lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo volverás?

—Siempre estaré contigo, Charo.

—No te despidas así, me da miedo, Aurelio. No me digas eso.

Le pasó la mano por el rostro con dulzura.

—Tengo otro encargo, Charo. Tengo que marcharme.

—¿Ves? Me haces llorar como una tonta.

Aurelio se volvió a mí.

—Abogado...

Me levanté de la hamaca y me acerqué a él. Pero ya se alejaba por el

camino hacia la parte de abajo, donde tenía el coche. A medio camino se detuvo y se volvió. Nos señaló con el dedo y sonrió. Siguió caminando.

Charo lloraba en silencio. Se secaba las lágrimas y se mordía las manos con fuerza.

—Ya... no... ya no voy... ya no voy a verlo más. —Movi6 la cabeza hipando, negando esa posibilidad—. No... no voy a verlo más.

Me fui al dormitorio y me tumbé sobre la cama. Las lágrimas se me soltaron. No podía parar. Lloré por lo que había sido mi vida, por lo que no fue y pudo ser, por Ada, por mi hermano, por mi madre, por Elizabeth. Por las mujeres que me habían amado y a las que había despreciado, por mi pene inútil.

Charo se tumbó a mi lado. Se pegó a mi espalda y me tomó la mano. Se la apreté, los dos lloramos hasta que se nos secaron las lágrimas. Luego me di la vuelta.

—Tienes los ojos rojos, pareces un ratón —le dije.

—Y tú también. —Soltó una risa—. Vaya pinta tienes. Se te han quedado los ojos como puntitas de clavos.

Me duché y me afeité la barba. Charo me dijo que se me había quedado la cara blanca. Parecía una muñeca de porcelana. Me entregó crema protectora y me ordenó que tomara el sol en el porche, mientras ella hacía la comida. Comí como un lobo, luego fregué los platos y volví al porche. Charo fumaba un cigarrillo. Me tumbé a su lado. El sol de primavera me envolvía con un calor suave y acariciante. Como si me bañara en sol. Un perro ladró en la lejanía. Le contestó otro. Cuando era niño y me llevaban a veranear a San Rafael, me gustaba escuchar ladrar a los perros lejanos y los pitidos de los trenes.

—Es extraño —dijo ella, de pronto—. Aurelio te tiene mucho aprecio. Me dijo que eras abogado, esas cosas, y que te había hecho trabajillos. Él ha tenido clientes así, mientras espera las órdenes. Se aburre sin hacer nada. Pero nunca me ha hablado de ese modo de un cliente. Me ha llamado la atención.

No dije nada. Me sentía bien, tranquilo.

—¿Dónde conociste a Aurelio? —me preguntó.

—En un bar de Malasaña, yo solía ir a tomar vermú. Lo vi varias veces apoyado en el mostrador. Me dijeron que había sido policía o detective, no me acuerdo. Que buscaba trabajo. Hablamos un poco y quedamos en que trabajaría para mí. Lo hizo muy bien. —Aguardé unos instantes—. Lo contraté para que buscara..., bueno, eso ya lo sabes, ¿verdad?

—No ha sido policía ni detective. ¿Él te dijo eso?

—No, no me dijo nada. Tampoco me dijo que mataba gente, que ese era su trabajo.

—Es un profesional, un *mojado*, quizás el mejor que existe. Yo también lo soy..., una alumna suya.

La observé. Charo permanecía con los ojos cerrados, en silencio, pensativa. El sol le daba en el rostro, enmarcándolo.

—Trabajé para él en varios lugares. Me ayudó a ahorrar dinero para comprarme este cortijito. Eso fue hace bastante tiempo. ¿Sabes? Estaba en el cuarto de baño de la pensión cuando fuiste a ver a Aurelio. Lo escuché todo. Me extrañó que aceptara lo que le propusiste y se lo pregunté cuando te marchaste. Me contestó que te lo debía. —Se incorporó en la tumbona—. Lo quiero mucho, Líber. Es el hombre de mi vida, de todas las vidas que he tenido y de las que pueda tener. Y si él te quiere a ti, yo también te quiero.

Me apretó la mano y yo se la besé.

Permanecí varios días más en aquella casa de la ladera. Por las mañanas corríamos por la playa hasta extenuarnos, y más tarde nos bañábamos desnudos, ante el regocijo de los obreros y los conductores de las enormes máquinas, que nos silbaban y bromeaban con nosotros. Me di cuenta de que en su bolso, junto a las toallas, Charo llevaba su pistola.

Después de la playa, comíamos en la casa y más tarde la ayudaba en el cuidado de la huerta. Ella era auxiliar de enfermería en el dispensario del pueblo y se marchaba a trabajar por las tardes. Volvía al anochecer y se encontraba la cena lista. Nos acostumbremos el uno al otro. Ella era tranquila, dulce, y parecía adivinar mis deseos de permanecer en silencio.

Pero un día llamé un taxi, que se presentó en el camino de abajo, y me despedí de ella. Nos abrazamos en silencio. Le dije que siempre sería mi

amiga. Me acompañó hasta el taxi.

—¿Me llamarás alguna vez, Líber? Aquí tienes tu casa. Ven a verme, no me olvides, por favor.

Le contesté que nunca la olvidaría. Nos abrazamos con fuerza. Me recosté en el asiento y le dije al taxista:

—Directamente a Madrid.

Íbamos escuchando la radio. Cerca de Bailén informaron de la muerte de Urbani, su esposa y su guardaespaldas, ocurridas durante una fiesta en su chalé, unos días antes. La policía lo atribuía a un ajuste de cuentas.

Me sentí lavado y limpio, como un niño pequeño. Pero sabía que no era así. Aún acumulaba dentro mucha suciedad.

25

Encontré mi casa extrañamente quieta y silenciosa, como un enorme catafalco. En el dormitorio de mi padre no había ninguna señal de Veba, como si jamás hubiera pisado mi casa. Busqué una nota, alguna huella de su presencia en la cocina, el cuarto de baño, las demás habitaciones. Nada. Solo las llaves de la puerta acorazada en el aparador del vestíbulo.

Antes, cuando era niño, solía entrar al cuarto de mi madre y tumbarme en su cama. Olía todo, la almohada, las sábanas, intentando descubrir algún rastro de su presencia. Pero el cuarto era impersonal, de esos muebles pesados y oscuros que formaron parte de mi vida. Una cama pequeña, de niña, las mesitas de noche, el perchero, el armario vacío —donde yo me refugiaba cuando jugaba a los piratas—, el tocador con el espejo y la cajita con sus joyas, que guardaba Elizabeth, y que ella me dejaba contemplar de tarde en tarde.

«Esta se la ponía tu mamá en el cuello, rusiñol. Estaba guapísima. Es de plata». Porque no había ninguna foto, nada que pudiera orientar mi imaginación infantil. «Las fotos las guarda tu padre, rusiñol». Me tumbé en la cama. Mi padre murió de un fulminante infarto cuando yo tenía dieciséis años. Mi hermano se ocupó de todos los trámites. «¿No hay fotos de mamá, Gonzalo, ninguna carta?». «No las he encontrado», contestaba mi hermano. Quizás mi padre las había roto, quemado, borrando su existencia.

Elizabeth me contaba: «Tu mamá murió dos veces, la primera vez al nacer tú, rusiñol, tú no querías salir fuera y tuvieron que rajarle el vientre para que pudieras respirar». «Pero ¿en qué hospital, qué médicos le hicieron eso?». «Hace mucho tiempo, rusiñol, no me acuerdo. Y la segunda vez que

murió fue después, cuando tenías dos años. Murió en un accidente en el agua. Se fue al fondo a vivir con los peces». «¿Dónde está enterrada?». «No está enterrada, ella pidió que la quemaran y quiso que sus cenizas las tiraran al mar».

Elizabeth era la guardiana de la memoria de mi madre. Ella me decía que me cantaba las mismas canciones que me cantaba mi madre cuando me cogía en brazos. Me describía su cabello negro, sus ojos verdes, la forma de reírse. Había sido su criada, su amiga, su hermana mayor. Se habían conocido de niñas. Pero también era brumoso y desconocido su origen. No recuerdo cuándo dejé de preguntar por mi madre. Me resigné a inventármela.

Levanté el teléfono, tenía diez mensajes. Me sorprendí a mí mismo esperando una llamada de Julia. Casi todas eran de Carmela, llamadas cada vez más angustiosas y perentorias, reprochándome mi silencio. Las demás eran una de Delforo, dos de Ágata y otra de Lacrampe de ayer mismo. Se limitaba a decirme: «Es muy urgente, Liberto. Llámame en cuanto llegues». En la última, Ágata me anunciaba su próxima boda. La llamé a la ONG.

—Es un chico maravilloso, Líber, un abogado. Se llama Carlos, Carlos Murillo, ¿lo conoces? —le dije que no—. Hemos tenido más problemas con Gabeiras, ¿sabes? Las chicas se han sublevado por completo, incumplimiento de contrato, malos tratos, coacciones..., ya sabes. Te busqué, Líber, pero no estabas, Carmela me dijo que andabas reponiéndote en la costa, de vacaciones. ¿Por qué no has dejado tu dirección?

Le contesté que entonces no hubieran sido unas vacaciones.

—¿Vendrás a la boda, Líber? Me gustaría mucho.

Sí, iría. Pero ella tenía que hacerme un favor.

—Creo que una vez me dijiste que tu padre tenía una inmobiliaria, ¿no? Creo que se llamaba algo así como Inmobiliarias Reunidas...

—Unión Inmobiliaria.

—Eso, quiero que me hagas un favor. Dile a tu padre que vendo la casa, que él mismo ponga el precio. Te enviaré las llaves y las escrituras, todo el papeleo. ¿Sigues con ese mercadillo de muebles y objetos?

—¡Oh, sí, claro que sí! Las subastas nos ayudan mucho, Líber.

Necesitamos dinero, tú lo sabes.

—Pues entonces te lo dejo todo, muebles, cuadros, ropas, lámparas...

—Líber, pero tienes cosas muy valiosas, me acuerdo muy bien. Son muebles de estilo y hay cuadros que...

—Todo para tu ONG. Ven con un camión. Todo es tuyo.

—Escucha, menos mal que me has llamado, la policía..., bueno, me ha interrogado otra vez sobre vosotros dos, sobre el bufete y esas cosas. ¿Sabes? No les he dicho nada.

—¿Nada de qué, Ágata?

—Bueno, ya sabes, de la película y Jenifer. No les he dicho nada.

—Ágata, ¿qué tontería es esa?

—Oye, perdona, tengo que colgar, disculpa.

Permanecí con el teléfono en la mano durante unos instantes. Colgué despacio y llamé a Delforo. No estaba, le dejé recado. Lacrampe tampoco. Le dije a su secretaria que podía localizarme en el despacho. Las llamadas de Carmela eran una serie de improperios, en los que incluía a Andrés. Habían pasado muchas cosas en el bufete, cosas terribles.

Mariano no se encontraba en su puesto. La portería estaba cerrada. La puerta del bufete, abierta. Carmela no estaba en su sitio. Ningún cliente en la sala de espera. Había una muchacha seria y bonita, muy joven, atenta al ordenador de Carmela. El silencio del bufete era sepulcral. Me detuve ante ella. Tardó unos instantes en levantar la cabeza. Estaba ensimismada. Pero me había equivocado en cuanto al ruido. Escuché el sordo rumor de voces humanas que partían de nuestros despachos y del archivo.

—¿Dónde está Carmela?

—Ha ido a la compra, volverá enseguida. ¿Quién es usted?

—Mi nombre aparece en la placa de abajo. Soy Liberto Ruano, socio del bufete.

Se puso en pie.

—María Luisa Torres, inspectora de policía. —Me mostró una placa—. El bufete está intervenido por orden judicial.

La puerta de mi despacho se abrió y se asomó al vestíbulo otro policía.

Iba en mangas de camisa, con un montón de carpetas de mi archivo.

—María Luisa, aquí no hay... —Cerró la boca.

—Liberto Ruano —me señaló la policía.

Se me quedó mirando.

—Encantado, señor Ruano. Si lo desea, puede quedarse, pero no puede tocar ningún papel. ¿Conoce el procedimiento?

Asentí. El policía volvió a entrar a mi despacho.

—¿Puede identificarse? —me pidió la policía.

Le mostré el carné de identidad.

—¿Desde cuándo está intervenido el bufete?

—Hace dos días, señor Ruano. Los discos duros de los ordenadores se encuentran en el juzgado número 12. Si quiere retirar objetos personales, podrá hacerlo, pero en mi presencia.

—No, no quiero retirar nada. ¿Puedo ver la orden judicial?

—Claro, por supuesto.

Me la mostró: «... indicios suficientes de complicidad dolosa en modificación de documentos públicos, compras ficticias de inmuebles, lavado de dinero, fraude fiscal, pago de..., mafia..., *'ndrangheta*... Aristos Méndez...».

Le entregué el documento a la chica policía.

—¿Dónde está mi socio?

—En el juzgado, colabora con nosotros en la investigación de los ordenadores. No se ha decretado la prisión contra ustedes, siempre que colaboren. De todas maneras, tendrá que ir al juzgado y presentarse ante su señoría.

Tomé el teléfono. La inspectora se apartó. Llamé al despacho de Lacrampe. Le habían dado mi mensaje, pero no hablamos demasiado. Me enviaría un coche policial para que me llevara ante su presencia. Luego iríamos juntos al juez.

Me senté en uno de los sillones de la sala de espera. Salieron varios policías para consultar con María Luisa y, supongo, para verme en carne y hueso. Una vez, la chica policía levantó el teléfono y le explicó a alguien que Feiman y Ruano estaba intervenido por orden judicial.

Carmela no tardó mucho en llegar. Me puse en pie. Iba cargada con dos bolsas, que dejó en el suelo, en la puerta. Se dirigió directamente a la chica policía. Parecían muy amigas, estuvieron un rato charlando. Se despidieron con un beso. Carmela pretendió pasar en dirección a la puerta sin dirigirme una mirada. La tomé del brazo con delicadeza. Se soltó con furia.

—¡Qué! ¿Qué pasa?

—¿Ya nos has condenado? ¿Has decidido que somos culpables? Esto no significa nada, Carmela. Este bufete nunca ha colaborado con la mafia. Tú lo sabes mejor que nadie. Las acusaciones son ridículas.

Bajó la voz. La chica policía fingía que atendía el ordenador.

—¿Ridículas? Parece... parece mentira, tú y Andrés... Andrés era un santo para mí, y tú, tú también... Sois... sois unos asquerosos.

La tomé de los hombros.

—Cálmate, por favor, cálmate. Te digo que las acusaciones son falsas, ya verás. Todo se va a aclarar. Te quedarás tranquila.

—¿Tranquila? —continuaba en voz baja. Su rostro estaba cada vez más contraído—. ¿Y el dinero que recibía Andrés en sobres? ¿Eso qué?

—¿Qué estás diciendo?

—No te hagas el inocente, ¿vale?

—Carmela, ¿qué has dicho? —La empujé hacia la puerta. Se desasíó con fuerza y tomó las bolsas con la compra. Salió fuera. La seguí—. ¿Qué significa sobres con dinero? ¿Estás loca?

Bajó unos cuantos escalones y se volvió.

—Sí, sobres con dinero, con pasta, con manteca... ¿Es que no te enteras? Pregúntaselo a Mariano. Yo los he visto, lo he sorprendido abriéndolos. Billetes de quinientos euros. El muy... me dijo que se lo enviaba un pariente de Argentina. La herencia de su familia, el corralito..., esas mierdas.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—Solo os preocupa eso. Sois... sois una puta mierda. No os quiero ver más.

Me quedé unos instantes en la puerta, oyéndola bajar las escaleras. Luego pasé otra vez dentro. Le dije a la policía:

—Voy a esperar al coche fuera, en el portal, ¿de acuerdo?

—No se escapará, ¿verdad, abogado?

—Todo se hará según la ley, agente. Esta situación me deprime. Si me lo permite, voy a esperar al coche en el portal.

Extendió los brazos, me sonrió.

—Entonces, cuando llegue el coche, suba de nuevo y me lo comunica. Si es tan amable.

Mariano fregaba el portal. Se detuvo cuando me vio.

—Vaya, caramba, señor Ruano, no lo había visto subir. ¿Cómo está usted? ¿Recuperado? Se le ve muy bien, pero que muy bien.

—Gracias, Mariano. Oye..., quería preguntarte..., ¿Te ha interrogado la policía?

—Pues, sí..., que quién venía al bufete..., si era gente sospechosa... Yo soy una tumba, señor Ruano. Les estoy muy agradecido a usted y a don Andrés.

—Muy bien, muchas gracias. ¿Te han preguntado por los sobres?

—Sí, les he dicho que recibían mucha correspondencia en mano, paquetes, cartas, esas cosas. Yo no sabía que algunas eran con dinero.

—¿Por qué sabes que algunos sobres contenían dinero?

Se rascó la barbilla.

—¿Yo?... Bueno, yo no lo sé..., es que Carmela me lo ha dicho, por eso se lo digo. Pero a la policía, chitón. —Me sonrió.

26

Encontré a Lacrampe más elegante, con el traje planchado y la camisa limpia, bien afeitado. Consultaba unos papeles cuando entré en su despacho. No levantó la mirada.

—Su señoría nos espera dentro de un rato. —Miró el reloj—. Diré que te has presentado libremente y que has manifestado deseos de colaborar con la justicia. No creo que te meta en el trullo las setenta y dos horas reglamentarias. Pero no debes ausentarte de Madrid, ni de tu domicilio, sin permiso expreso del juzgado. Tu socio está en las mismas condiciones.

—¿Está en el juzgado?

—En unas dependencias. Colabora muy bien.

—¿Esto es en serio, Lacrampe?

—Sí, lo es. Tu bufete tenía abierta una investigación desde hace un año, como poco. Lo llevaba mi antecesor en el cargo. Ahora hemos encontrado más indicios. Habéis estado trabajando para la mafia calabresa, la *'ndrangheta*, en concreto. Lavado de dinero, operaciones comerciales ficticias... ¿Te has leído el auto?

—Por encima.

—Bueno, ¿cómo estás? Te veo más repuesto, no sé..., más gordo. Te han sentado bien las vacaciones. Y menos mal que te has afeitado. Su señoría te hubiera metido en el trullo nada más verte.

—No te dije la verdad la última vez que vine a verte.

Noté cómo se tensaba.

—¿A qué te refieres? ¿Quieres declarar algo?

—Nada de esa mierda de trabajar con la mafia. Se trata de Julia. Las

descripciones que hizo de los pistoleros que nos atacaron son falsas. No responden a la realidad. Julia os mintió, a vosotros y a mí.

—¿Ah, sí? Vaya, ¿y por qué haría eso?

—Todavía no sé por qué lo hizo, pero eso no importa para calificar un delito. ¿Leíste el informe forense de ella?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Probablemente sea falso. Su familia es muy importante, a ti te consta, ¿no? Ni siquiera salió en la prensa, aparecieron sus iniciales. ¿Por qué no hablas con las enfermeras del hospital? Igual te dan otra versión de los daños que sufrió.

Se puso en pie.

—Oye, Líber..., no me jodas más. No me marees. Dejo el cargo la semana que viene. Me ascienden, voy a la jefatura de policía de Jaén.

—Un ascenso a patadas.

—Sí, otra vez. Al menos no me echan a la puta calle. Me he metido demasiado con esos caballeros fuera de toda sospecha. Esos padres de la patria que crean puestos de trabajo y se enriquecen a costa de los demás.

—Aristos Méndez.

—Sí, vuestro jefe.

—Lo pasaré por alto, Lacrampe. ¿Y si te dijera que la mujer de Barrera preparó el ataque que sufrí?

—¿Julia?

—Sí, Julia. Tengo pruebas. Contraté a un detective, ha localizado a uno de los sicarios, que ha confesado.

—¿Dónde está ese sicario?

—De momento no te lo puedo traer. Pero vendrá y confesará.

—Vale, si tú lo dices... Bien, vamos con su señoría.

Bajamos a la calle sin intercambiar palabra. La furia y el desprecio que sentía por Lacrampe se me aplacaron un tanto. Su coche particular estaba en el aparcamiento. Pasé dentro. Cholín estaba sentada en el asiento delantero. Se volvió. Había mejorado en Marbella.

—Vaya, vaya..., mira a quién tenemos aquí. No lo traerás a comer con

nosotros, ¿verdad, Eduardo?

—No, vamos a ver a su señoría para que decida qué hace con él. Después nos iremos tú y yo solitos a comer.

—Menos mal. Me sentaría mal la comida.

—Sí, hay que evitar eso.

—¿Sabes una cosa, Líber? Me he equivocado mucho en esta vida. Pero la peor de todas mis equivocaciones fue liarme contigo. No le llegas a Eduardo ni a la suela de los zapatos.

—Yo también me alegro de verte, Cholín —le contesté.

Tardamos quince minutos con su señoría, que se encontraba durante el receso de una vista, ocupado en comerse un bocadillo. Le expliqué mis circunstancias por haberme ausentado del bufete. Me comprometí a presentarles los informes médicos. Lacrampe le dijo que los conocía y resaltaba mi disposición a ayudar a la justicia. No tenía que abandonar mi domicilio sin permiso del juzgado. Estaría sujeto a internamiento si así lo decidía el juzgado, en caso que se encontraran indicios suficientes para procesarnos. Pedí permiso para entrevistarme con mi socio. Su señoría me lo concedió.

En la puerta me despedí de Lacrampe.

—¿Es verdad eso que me has dicho, Líber?

—¿Respecto a Julia o a la mafia?

—No te hagas el gracioso conmigo. Me refiero a Julia.

—Coteja el informe del forense con lo que te diga la enfermera... No, espera, habla mejor con un enfermero. Se llama Marcos.

—¿Y lo de ese sicario?

—Te lo traeré, se muestra muy arrepentido. Me libró de que me mataran. Yo seré su defensor.

—Eso si sigues siendo abogado, Líber. Ya hemos avisado al Colegio, como es preceptivo.

Dio media vuelta y se marchó. Lo vi alejarse hacia el coche. Se volvió.

—Ah, se me olvidaba. Esta mañana han encontrado muerto a Usbaldo, vuestro cliente. Lo he leído en el parte de incidencias. Lo ha encontrado la

guardia civil en un coche robado con una jeringuilla clavada en la vena, en un descampado cerca de Alcobendas. Un quebradero de cabeza menos, ¿no, Líber?

Aguanté la respiración.

El grupo de intervención se encontraba en el edificio de al lado. Golpeé la puerta y entré a una sala grande con pocas ventanas, colmada de ordenadores y de policías enfrascados en ellos. Andrés no se percató de mi presencia. Se inclinaba sobre un ordenador que manipulaba un hombre en mangas de camisa.

Estaba diciendo:

—... son minutas retrasadas, tenemos clientes que pagan poco a poco, a veces una cantidad al mes..., ¿entiendes? Pero está todo registrado y declarado a Hacienda, ya verás...

—Andrés.

Se volvió. Los ojos se le iluminaron.

—¡Líber! —Nos abrazamos—. ¡Qué bien estás! ¡Estás fenómeno! Pero déjame que te vea... ¡Joder, si estás hasta guapo! —Se volvió al hombre del ordenador—. Mira, este es el inspector Huesa, Fernando Huesa, este es mi socio, Liberto Ruano.

Nos dimos la mano y dijimos que estábamos encantados de conocernos. Andrés me apartó hacia un rincón.

—Un momento, Fernando, ahora estoy contigo, ¿vale? Voy a hablar con mi socio.

—¿Qué ha pasado, Andrés? Esto es una locura, ¿somos abogados de la mafia?

Negó con repetidos movimientos de cabeza.

—No, Líber, no..., es un error, un error terrible. Debe de ser por mi amistad con Barrera... —yo lo observaba, esperando—, le he echado una mano en dos o tres cosas sin importancia. Se aclarará todo, ya verás.

—¿Y lo de los sobres?

—Carmela... —suspiró—, pobre Carmela, le ha afectado mucho todo esto. Me sorprendió un día con un montón de billetes de quinientos euros y

sacó unas conclusiones incorrectas. Fueron en total cien mil euros, la herencia de mi padre. Me la enviaron sobre a sobre desde Buenos Aires. No lo declaré a Hacienda, pero no se enterarán jamás. No están consignados en ninguna parte.

No sabía qué contestarle. Solo manifestar la alegría que me embargaba por volver a verlo. Pero tampoco se lo pude decir.

—¿No hay nada en nuestros ordenadores, Andrés?

—Nada, Líber. Nada, estate tranquilo. Tú estarás siempre fuera de esto.

Tenía muchas cosas que decirle. Nunca le ocultaba ningún asunto. Y yo creía que él tampoco. Pero volví a quedarme callado. Sin embargo, no podía mantenerme en silencio más tiempo. Así que le dije:

—Yo me quedaré en el bufete. Por si me necesitan. Están repasando todos los expedientes.

—Oye, tenemos que cenar juntos. ¿Qué te parece? —No esperó respuesta—. Esta noche a las nueve en mi casa. Y no me digas que no. Te voy a cocinar yo. —Me acarició las mejillas—. Estás moreno y bien comido, hasta guapo. ¿Hay otra mujer?

En la calle llamé a Aurelio. Una voz me indicó que su móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Luego marqué el número de Habitaciones La Magdalena. Contestó la voz de un niño o un muchacho joven. Pregunté por Aurelio y le indiqué que era el abogado. El muchacho se quedó callado durante unos instantes. Me respondió que Aurelio no estaba, se había marchado dos días antes. Insistí en que era el abogado.

—Mi madre está internada en el hospital. Se ha puesto mala. Volverá..., no sé, esta noche o mañana.

Regresé al despacho y me senté en la sala de espera. Le pedí permiso a María Luisa, la chica policía, para revisar la lista de los clientes actuales. Entre Andrés y yo teníamos siete en aquellos momentos. Todos se habían retirado. Tendríamos que devolver las provisiones de fondos abonadas. Pero esa era la desgracia más pequeña que nos había ocurrido.

Estuve más de una hora allí sentado. Solo tuve una consulta de los tres policías que actuaban en el bufete. Uno de ellos, que se presentó como José

Luis, me preguntó por un cliente, un tal Basilio Posada, un atracador de bancos que fue acusado de la muerte de una niña en un tiroteo cruzado con la policía. Demostré que la bala había partido de un arma policial y no de la suya. Ese caso debía de ser de 1995 o 1996. El atracador había salido de la cárcel en 2001 y ahora estaba implicado, según los archivos de la policía, en asuntos de cobro de morosos con organizaciones reputadas como mafiosas. Le expliqué al policía que no había vuelto a ver a ese sujeto, ni había mantenido relación laboral o de amistad con él.

El trabajo que estaban haciendo con nuestros archivos era ímprobo. Tenían que consultar todos los casos y cotejar a las personas relacionadas con ellos, comprobando si alguna de ellas figuraba en sus listas de mafiosos. Otros compararían las minutas, los pagos que habíamos recibido, con el listado de nuestras cuentas bancarias y las declaraciones de impuestos. Podrían pasar meses antes de terminar el trabajo.

Mis pequeños ahorros se acabarían enseguida. Tendría que buscar trabajo en un bufete. Pero ¿quién contrata a un abogado intervenido judicialmente?

Recordé mis dos primeros años en el turno de oficio, entre maleantes de poca monta, prostitutas con delitos de faltas, pequeños camellos que pretendían regalarme caballo, sirleros, topistas, descuideros... Hasta que Vilanova me encontró en un juzgado y me propuso formar parte de su bufete. Entonces éramos ocho letrados. Qué época aquella. Allí conocí a Andrés, el joven y brillante abogado argentino, la estrella del bufete. Llegó a España en 1982, escapado de la dictadura militar. Las convalidaciones de los estudios de derecho entre Argentina y España eran complicadas y largas, de modo que Andrés se matriculó libre en derecho y sacó la carrera con notas brillantes en dos años.

Nos hicimos amigos. Salíamos a comer, nos contábamos cosas. Después de la muerte de Vilanova decidimos abrir un bufete juntos. Eso fue... hace doce años. Dios santo, doce años. Arreglamos el piso en la Gran Vía, herencia de mi padre, con una hipoteca y nos sentamos en nuestros despachos aguardando que viniera alguien.

Antes de comer, llamé otra vez a Aurelio. Su móvil continuaba fuera de

cobertura. Decidí pasarme por Casa Camacho. Estaba llena de los clientes habituales: amas de casa, viejos, viejas, gente del barrio que hablaban y reían sin parar. Pude acomodarme en el mostrador y le pedí a Montoya un vermú. Se alegró mucho al verme. No sabía nada de la agresión que había sufrido. Simplemente yo era un cliente que llevaba más de un mes sin acudir al rito del vermú. Nunca había estado tanto tiempo sin cumplirlo.

Mientras limpiaba el mostrador con un trapo, Montoya me dijo:

—Ha estado por aquí esa señorita... ¿Cómo se llama? Esa que cuida a las putas...

—Ágata.

—Sí, esa, Ágata..., pues ha estado por aquí con un chaval, un abogado, creo, y me preguntó por usted, yo le dije que hacía mucho que no venía por aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—Bueno, me parece que ayer o anteayer, no me acuerdo. Me dijo que lo iban a meter a usted en el trullo, digo en la cárcel.

—¿Estás seguro de que te dijo eso? ¿Que me iban a meter en la cárcel?

—Sí, eso, que lo iban a encerrar. ¿Le han metido en la cárcel?

—No, nada de eso. Esa chica se ha equivocado. ¿Quién mete a un abogado en la cárcel, Montoya? Eso es muy difícil, nos las sabemos todas.

—Justo, eso fue lo que le dije. ¿Otro vermucito, jefe? Por cuenta de la casa, don Liberto.

Ágata se encontraba en la puerta de su ONG, charlando con tres chicas jóvenes que supuse eran algunas de sus colaboradoras. Se puso a gritar de alegría cuando me vio.

—¡Oh, Líber, Líber, qué sorpresa! —Se dirigió a las muchachas—. ¡Cuidado con este, chicas, atención, es un seductor profesional!

Eran más jóvenes de lo que me había figurado. Soltaron unas cuantas risitas y me observaron con atención. Ágata y yo nos besamos. Me tomó de los hombros.

—Qué elegante estás, qué guapo. Las vacaciones te han sentado la mar de bien. Hasta estás moreno. ¿Quieres venir a comer con nosotras? Venga, te

invitamos. —Se volvió a las chicas—. Os va a encantar, se sabe un montón de anécdotas. Ha estado con todo tipo de maleantes, asesinos, atracadores... Anda, vente con nosotras, Líber, venga.

—No puedo, Ágata, lo siento. Y muy agradecido por la invitación. —Me incliné en dirección a las chicas, que volvieron a reírse—. Pero solo quiero hablar contigo un momento, diez minutos.

—Oh, vamos, Líber, no tenemos más que problemas, vente con nosotras y diviértenos un poco, nos aburrirnos mucho. —Me agarró del brazo. Otra vez se dirigió a sus colaboradoras—. Es muy divertido. Un encanto, nos ha donado su casa entera, vamos a sacar un dineral. Te vamos a nombrar san Liberto, el patrón de todas nosotras.

Les dije a las chicas:

—¿A qué restaurante vais a ir?

—Aquí al lado, a la pizzería Vesubio. ¿Se viene?

—No, id vosotras, luego irá Ágata. Estará con vosotras en un ratito.

La tomé del codo y la conduje a la puerta.

—Bueno, pedidme una «cuatro quesos». Voy enseguida —les dijo Ágata.

Dentro había varias mujeres dormitando en sillas, dos de ellas se habían tumbado en el suelo. Ágata abrió el despacho y pasamos dentro. Se cruzó de brazos.

—A ver, ¿qué quieres?

—¿Te interrogó la policía cuando murió Jenifer?

—Pero... ¿Es esto lo que me quieres preguntar? ¿Para eso me has sacado de mis amigas? Mira, Líber, trabajo como una burra veinticuatro horas al día. El único momento que tengo libre es la hora de la comida. Y vas y vienes tú a estropearlo.

—¿Te interrogaron?

Me miró con un extraño desafío en los ojos. Nunca la había visto así.

—Sí, dos veces. Una cuando murió y otra anteayer. ¿Qué más?

—¿Qué le dijiste a la policía de Jenifer? ¿Lo mismo que me contaste a mí?

—No me acuerdo de lo que te dije de esa pobre chica. ¿Qué importancia tiene eso?

—La tiene, Ágata. Me dijiste que Jenifer era una loca, una fantasiosa, decías que ella presumía de tener un buen amigo en nuestro bufete y tú misma me contaste que no paró de atosigar a Andrés la noche famosa de la subasta. ¿Te acuerdas? ¿Voy bien? —La observé. Tenía la boca crispada—. ¿Le dijiste a la policía que podría ser yo el amigo de Jenifer? Sí, así fue..., ¿verdad? A pesar de haberlo visto con Jenifer, tú no puedes creer que Andrés se mezcle con prostitutas, esas que tú tratas todos los días. ¿No es así? Solo yo soy capaz de hacerlo.

—Sabía que... Siempre le has tenido envidia a Andrés, siempre. ¿Verdad? Lo he notado, eres un envidioso. No podías soportar que fuera más inteligente que tú, más guapo, mejor abogado...

—¿Le dijiste a Lacrampe que yo era el amigo de Jenifer? Dímelo.

—¡No, no se lo dije!

—Lo leo en tus ojos, Ágata. ¿Qué le dijiste a la policía? Debiste de decirle algo. Lacrampe empezó a tratarme como sospechoso desde el principio. —Aguardé. Se le había formado un rictus despectivo en la boca y negaba con movimientos de cabeza.

—Me das asco.

—¿Te lo digo yo? Le dijiste que «podría ser yo». ¿No es así, Ágata? «Podría ser yo un cliente de Jenifer», pero nunca Andrés. Él es un caballero, un señor.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Atravesó el vestíbulo a toda prisa, olvidándose de cerrar la puerta. La cerré detrás de mí.

Una de las mujeres dijo:

—¿Cuántos casquetes le ha echado, jefe?

Dos o tres soltaron una carcajada. Las saludé con la mano.

Comí en el restaurante vegetariano de la plaza del Marqués de Cubas. Se puede pedir vino, de manera que me bebí un botella de Viña Tondonia y brindé yo solo por mi suerte. Recordé a Vilanova, en una de sus clases magistrales de derecho procesal: «El interrogatorio no consiste en preguntar directamente sobre los hechos que el interrogado supone conocer. Necesitamos información, pero también, y sobre todo, la verdad. Pero la verdad se encuentra sumergida y camuflada en el estado anímico del sujeto interrogado. Antes hay que conocer sus fobias, odios, manías, ideología. Variantes fundamentales para llegar al núcleo, siempre oculto, de la verdad».

Pagué la cuenta y me quedé inmóvil en la silla, incapaz de moverme o de tomar alguna decisión. Una especie de parálisis del ánimo. Me había quedado solo. Los últimos clientes, dos muchachas parlanchinas, se habían ido diez minutos antes. Los camareros recogían los manteles y colocaban las sillas sobre las mesas. Me puse en pie.

—Adiós, señor, muchas gracias.

—A ustedes, adiós.

En la puerta, sonó el timbre de mi móvil. Me había olvidado por completo de él. Escuché la voz de Aurelio:

—¿Liberto?

—Te he llamado varias veces. ¿Dónde estás?

—En el avión. Ha sido una suerte que haya conectado el móvil antes de despegar. ¿Has ido a la pensión?

—No, pero he llamado y me han dicho que la habías dejado. ¿Has encontrado al indio?

Caminaba por la calle Espíritu Santo hacia San Bernardo, entre la gente. Muchos iban como yo, pegados a un móvil.

—Sí, lo he encontrado. Me lo ha contado todo.

—No lo habrás matado, ¿verdad?

—No, de ninguna manera. —Se rio—. Me dijiste que no lo matara y te he hecho caso. Irá a Madrid y se entregará a la policía. Lo contará todo... Escucha, tengo que apagar este artefacto. Nos queda poco tiempo, debes ir a la pensión. He dejado unos cuantos regalos para ti. ¿Los recogerás? Son recuerdos míos.

—Sí, sí..., iré, muchas gracias, pero cuéntame. ¿Qué te ha dicho el indio?

—Despacio, Liberto... Escucha, tenían que fingir un robo, de modo que cogieron las joyas de tu madre. El indio vio un anillo, un anillo que él conoce muy bien. Es el anillo de nuestra logia, de nuestra familia. Le dijo a su compinche que ese anillo te salvaguardaba, no podían matarte, ni hacerte daño alguno sin permiso nuestro. Eso te salvó de la castración. Se lo debes a él.

—Aurelio, espera...

—Un momento, azafata...

—Aurelio...

—Me ha alegrado mucho conocerte. Estoy orgulloso de ti... Enseguida, azafata, es un momento... Ese anillo se lo regalé a Elizabeth hace mucho tiempo. Ella es tu madre. Ella fue la que te parió. Adiós, rusiñol.

28

Lacrampe me encontró sentado en la sala de espera del bufete. Yo permanecía tieso, apretando el paquete que había recogido en la pensión donde se había alojado Aurelio. Era una simple bolsa de plástico blanca, de las que entregan en los supermercados.

La chica policía lo saludó:

—Buenas tardes, comisario.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, aquí andamos.

Me puso la mano en el hombro.

—Líber... —Levanté la cabeza—. ¿Tomamos un café?

Me puse en pie. Lacrampe se dirigió a la chica policía.

—María Luisa..., ¿puedo llevármelo un rato?

—Comisario, por favor.

En la Gran Vía ya no quedaban bares ni cafeterías que merecieran la pena. Dimos la vuelta y caminamos en silencio por la calle Libreros. Al final, en la esquina, hay una antigua whisquería de los años sesenta, reconvertida en los noventa en cafetería. Andrés y yo solíamos acudir allí con algunos de nuestros clientes, en tardes especiales. Había dos mesas ocupadas, una por una parejita de jóvenes y la otra por dos señoras que merendaban tortitas con nata y chocolate.

Nos sentamos en una mesa apartada y pedimos cafés con leche. Lacrampe miró el reloj y suspiró largamente.

—Estoy intentando dejar de fumar, joder. Tengo ataques de ansiedad... Bueno, Líber, qué tal, ¿cómo lo llevas?

—Oye, escucha... ¿Creéis de verdad que así vais a encontrar algo? Si de verdad fuéramos mafiosos, tendríamos el despacho limpio. Las transacciones estarían en un cedé o en varios. Y bien guardados. ¿No crees?

—Sí, claro, pero a veces suceden cosas raras, ya sabes. Golpes de suerte.

—Seríamos tontos de remate, Lacrampe. Y Andrés y yo no lo somos. Dejad esta pamema de una vez.

El camarero trajo los dos cafés. Lo bebimos lentamente.

—Tenías razón, Líber —dijo de pronto—. Hemos hablado con la enfermera y con el otro, el Marcos ese. La mujer de Barrera fue tratada de shock nervioso. Nada de violación.

—¿Y el forense?

—Un tal doctor Valbuena estaba de guardia en el juzgado y falsificó el parte forense de la mujer de Barrera. Lo están interrogando ahora. Está asustado a morir. Su hijo trabaja en el bufete de Barrera. Se derrumbará, es cuestión de tiempo. Quería..., bueno, disculparme contigo, Líber. Teníamos un testigo un poco chungo, eso sí, que declaró haber visto entrar en el edificio donde vivía Jenifer a uno de los abogados que cuidan a Jenifer, según sus palabras. No sabía su nombre y se confundió en la descripción, pero dio la hora exacta. Cuatro treinta de la tarde. Es uno de esos testigos a los que Andrés y tú machacáis en un tribunal. No me servía para nada.

—Una puta.

—Sí, una puta. Un juez me mandaría a la mierda si le presentase a una puta como testigo principal. Cualquier abogaducho se la merendaría. Primero nos dijo que te había visto entrar en la casa, después hizo otra declaración, afirmando que era Feiman, no tú. Como comprenderás, con ese testigo no se va a ninguna parte.

—¿El testigo es Luz María, la amiga de Jenifer?

—Sí, esa. Al parecer, Jenifer estuvo presumiendo de su amistad con vosotros, los del bufete Feiman y Ruano... En fin, que presumía de la calidad de sus clientes entre sus amistades.

—Y Ágata dirigió las sospechas hacia mí, ¿verdad? Para eso yo tengo la fama. Por menos de eso la Inquisición mandaba a la hoguera a cualquier desgraciado.

—No te pases, tío. No te detuve, Líber. Tenía sospechas, pero nada más que eso. Ahora lo sé, fue Feiman quien mató a Jenifer.

—No hay pruebas, Lacrampe, no me jodas. Hace falta un móvil, e incluso así, un buen abogado como Andrés puede suscitar «dudas razonables» en el tribunal.

—Ya lo sé. —Los dos terminamos el café con leche, estaba frío—. Estamos como al principio.

—Quizás no. —Miré el reloj—. Aún nos queda una hora. Andrés tiene en su despacho un reproductor de deuvedé. ¿Te apetece ver una película?

Cada vez que acudo al piso de Andrés, frente al Retiro, me asombro. Siempre hay más libros y objetos preciosos que la vez anterior. Ahora los libros estaban por todas partes, desbordando las estanterías, en pilas en los suelos, en el cuarto de baño. Libros modernos, antiguos, ediciones raras. Puedes tirarte un día entero observando las estatuillas chinas, las miniaturas persas, los pequeños caballos de terracota del siglo VII, los códices miniados, los cuadros, los grabados... No hay televisión. Tiene una gran pantalla, un proyector y unas dos mil películas clasificadas y ordenadas por épocas, países y tendencias. Era casi imposible encontrar un tema que Andrés no conociese. Nunca había dejado de sorprenderme su sabiduría, su vasta cultura.

Nos sentamos en el sofá de cuero, frente a la pantalla. Me ofreció algo de beber, un whisky, ginebra, Fernet, vodka. Acepté un vermú. Él tomaría vodka helado. Mientras preparaba las bebidas, saqué la película y la coloqué sobre la mesa.

—Ya verás qué cena, Líber. Me he esmerado y voy a abrir un Château Lafitte del 68, una maravilla digna de dioses.

—Te quiero mucho, hijo de perra.

—Yo también te quiero mucho, Líber. Los dos tenemos un horrible pecado en nuestro pasado. Y un sueño. Sólo que tu sueño es mucho mejor que el mío. Aunque te lo advierto, los abogados de mediana edad no son mi tipo.

Sonrió. Me pasó el vermú.

—A mí tampoco me fascinan los argentinos elegantes y dicharacheros.

Bueno, salud, Andrés, por nuestra amistad.

—Por nuestra amistad.

—Mi sueño son los libros y los objetos preciosos, Líber. La acumulación de cosas. Por eso vivo. A ti te interesan las mujeres, el derecho. A mí me mataron en 1976, en la Escuela de Mecánica de la Armada. Ahí acabaron conmigo. Me torturaron salvajemente, me obligaron a presenciar la muerte lenta y la violación de mis camaradas. Me convirtieron en un chivato, en una piltrafa humana. En una palabra, me mataron. Yo estoy muerto, Líber. Y tú sigues vivo. Esa es la diferencia entre los dos. —Observó el deuvédé—. ¿Qué es eso?

—La película, Andrés. ¿La ponemos antes de cenar?

Sonrió.

—Quizás haya más diferencias entre tú y yo, Líber.

—Sí, es posible. Pero veamos antes la película.

—Había más copias, ¿verdad?

—Sí, varias, pero no todas eran iguales.

La introdujo en el reproductor.

La película parecía sumida en una niebla malsana, que difuminaba las facciones del grupo de personas que contemplaban el espectáculo, sentados en un círculo de sillones. Eran seis, cuatro hombres y dos mujeres, todos desnudos. Una muchacha se contorsionaba en el centro del círculo imitando a un perro. Sus pechos eran voluminosos.

Le arrojaban algo, quizás trozos de carne, y la muchacha, aparentemente muy joven, sin rasgos definidos, se lanzaba sobre ellos y los devoraba en una regular imitación de un perro hambriento. Luego, uno de los presentes, un hombre delgado y fuerte, con una máscara blanca que simulaba un pez, se ponía en pie blandiendo un látigo y la golpeaba.

Ella se encogía y simulaba ladrar, pero los latigazos implicaban una orden tajante: ella, el perro, se aproximaba a uno de los hombres sentados y comenzaba a lamerle los muslos y el sexo, así uno tras otro. Penes blandos que se volvían erectos entre pliegues de barrigas peludas, y vulvas femeninas, concienzudamente depiladas, iban pasando por su ávida lengua.

La escena se cortaba bruscamente sobre un plano de la depilada vagina de

la muchacha que parecía contraerse en espasmos, mientras una mano le iba introduciendo trozos de carne que eran cortados, triturados y expulsados sobre el suelo. Una vagina que yo conocía.

Era la de Veba. La chica delgada que había engordado. Corté la proyección. Me quedé cabizbajo. Sentía que algo me roía las entrañas.

—Usbaldo se la robó a Urbani. No sé cómo, pero lo hizo. Jenifer fue su cómplice. Esta es la que tú has visto, ¿no?

—No se distingue a nadie —dijo Andrés—. La grabación ha sido pésima. Ni siquiera se reconoce a Urbani, lleva máscara. Esa vagina es un truco conocido en el cine. ¿No has visto *La mujer hambrienta*, un film porno de los años treinta? Hay quien se lo atribuye a Buñuel, el autor de *L'âge d'or* y *Un chien andalou*.

—¿*La mujer hambrienta*? No conozco esa película.

—Existen muy pocas copias. Yo asistí a una sesión privada en el domicilio de un hacendado millonario en Buenos Aires en 1974, él poseía una copia de diez minutos. Una mujer desnuda, con una vagina dentada capaz de cortar habanos. Evidentemente se trataba de un artilugio de látex con un dispositivo mecánico en su interior. El efecto era total. Esto que hemos visto puede ser algo parecido.

—Puede ser, vemos lo que queremos ver.

Yo también quería consolarme. No estábamos en un juicio, delante de ningún juez.

—Hay más ejemplos. ¿Recuerdas la escena de *Un chien andalou*? ¿Esa en la que una navaja barbera corta el ojo de una mujer? La escena es falsa, naturalmente. Lo que cortan es el ojo de un buey muerto, un truco cinematográfico. Sin embargo, los espectadores de la época quedaban impresionados.

—Lógico para los inocentes espectadores de los años treinta. En el siglo XXI ya no quedan espectadores inocentes, a no ser que proyecten esa película a los bereberes del desierto o a los yanomamis del Orinoco amazónico.

—Uno de los que asisten a esa sesión porno soy yo. ¿Me reconoces?

—¡Maldito seas, Andrés! —Me calmé de inmediato. No quería escuchar lo que Andrés pugnaba por decirme—. Sabes mejor que yo que las pruebas

visuales son fácilmente rebatibles en un juicio. ¿Cuántas veces tú y yo hemos acabado con adversarios que creían haber visto esto o aquello?

—¿Tratas de compadecerte de mí?

—Te equivocas. De todas maneras, rebobina y observa a uno de los asistentes. ¿Lo ves? Es el que lleva el anillo. Obsérvalo, lo lleva en el dedo anular de la mano derecha. Te enseñé uno semejante cuando estuviste en mi casa después de terminar el caso de Marga Gassit, ¿te acuerdas? Fue un caso complicado.

—Sí, me acuerdo, un caso difícil.

—Se trata de un anillo masónico del siglo XVIII, de la logia Pez Plata de Cádiz, del rito escocés reformado. Se encontraba entre las joyas de mi madre, esas que más tarde me robaron. Siempre me he preguntado cómo llegó hasta mi madre.

Andrés me observaba con atención.

—No me presentaron al del anillo, no sé su nombre. Un socio de Aristos, creo.

—¿También está Barrera en la película?

—Sí, pero es como si no estuviera. Lo mismo que yo. No se nos distingue.

No dejaba de observarme, vuelto hacia mí en el sofá. Esa frialdad electrificante de Andrés que tanto me fascinaba. Parecía no parpadear.

Saqué el anillo del bolsillo.

—Este anillo me salvó de que no terminaran de castrarme, Andrés. Mi madre me protegió desde el otro mundo. Uno de los sicarios que fueron a mi casa lo vio y detuvo la castración. Aunque todavía no estoy seguro de que no hayan terminado el trabajo.

—¿Tu madre era de la *'ndrangheta*?

—No, se lo dio alguien. Quizás mi propio padre. Nunca lo sabré con certeza.

—Secretos, misterios..., a ti te encantan esas cosas, eres un peliculero. Tus fantasías no conocen límite.

—Sí, tienes razón. Sabías lo que iba a hacerme Julia, ¿verdad?

—Sí, quería castrarte. Pero ella... —dudó unos instantes— te quería

como amante, como quiere a todos. No de marido. Le pedías demasiado. Te lo dije, Líber, te lo avisé, pero no me hiciste caso.

—No me avisaste, Andrés. No me dijiste nada concreto. Ibas a dejar que me castraran.

Le sonreí.

—Te equivocas, te lo dije montones de veces. Te avisé. Le pedías demasiado a Julia.

—¿Enamorarse es pedir demasiado?

—Enamorarse es una palabra.

—¿Una palabra...? ¿Y la sinceridad? ¿La amistad? ¿La honradez? ¿También son jodidas palabras?

Cerré la boca con fuerza. Me fui calmando poco a poco. La fría mirada de Andrés me taladraba.

—No quería matar a Jenifer, créeme. Me puse furioso, esa estúpida perra pensaba que me tenía en sus manos. Me pidió una fortuna por la película.

—Hay un testigo que te vio entrar al portal de su casa.

—Sí, la vi, Luz María, la otra perra. Pero eso es fácilmente rebatible, Líber. Estaba lejos, en la otra acera, y había tráfico, coches, gente pasando.

—La mataste el mismo día que vino al bufete. Después de comer.

—No hay móvil, Líber, no hay caso. Esta película no me muestra, no se me distingue. Tiene su gracia, la maté para nada. Después de verla, no podía chantajearme con esa película.

—Andrés, escúchame. Quiero empezar de nuevo. Los dos juntos. Empecemos de cero. Pacta con el tribunal. Declara tus tejemanajes con Barrera y ayuda al juez de instrucción desmantelando el chiringuito financiero de Aristos Méndez y la *'ndrangheta*. Tu condena será la mínima. Volveremos a ser Feiman y Ruano otra vez.

—Esa película no es ninguna prueba, Líber.

—Sí, tienes razón. Pero había dos películas. Las dos diferentes. Una era la porno, la que le quitaste a Jenifer. La otra es la importante, la tenía Urbani. Un *mastro* de la *'ndrangheta*, el responsable en España. Por cierto, Usbaldo conservaba otra copia de la porno, Jenifer hizo dos, y su copia se la entregó a Urbani. Conocías a Usbaldo, ¿verdad? No me vayas a mentir.

Feiman se encogió de hombros.

—Eso no importa, Líber.

—Usbaldo os proporcionaba a Jenifer para vuestros desahogos sádicos, ¿verdad? Todos habéis insultado, pegado, azotado a la pobre Jenifer. Por supuesto, a cambio de dinero, una transacción limpia, legal. Si pagáis, podéis humillar, explotar, sumir en la miseria... Pero esta película es mucho más valiosa que la que acabamos de ver.

Se la mostré.

—¿Y es demasiado valiosa, Líber? No te entiendo.

—También es porno, pero no de esa clase, de otra clase de porno, peor todavía. Ahí están los contratos de Aristos con la *'ndrangheta* desde hace diez años. La lista de bancos, cuentas numeradas, los préstamos a partidos políticos... Y tu nombre, y los pagos que te fueron haciendo. ¿Quieres que la veamos?

Me dio una palmadita en la pierna, se puso en pie.

—No hace falta, he oído hablar de ella. Bueno, venga, vamos al comedor, Líber. La comida se enfría. No nos perdamos la cena.

—Declara que Barrera te chantajeaba, por eso trabajabas para él. Aporta esta película, entrégasela a Lacrampe. Confiesa la muerte de Jenifer, un accidente, fruto de la ofuscación. Yo te defenderé. Te lo pido por favor, Andrés.

—¿No se la has entregado aún a Lacrampe?

—No, aún no. Pero la ha visto. Le dije que lo ibas a hacer tú. —La agité en mis manos—. Es tu salvación, Andrés.

—Vaya, eres mejor de lo que creía.

—Andrés, escucha...

—Lo de Jenifer no fue premeditado, Líber. Te doy mi palabra. No soy ningún asesino, sus pretensiones de dinero, de humillarme, me sacaron de quicio.

No me moví del sofá. Andrés me miraba desde su inmensa altura.

—Tardaste veinte minutos en estrangularla. Eso no es ningún accidente, Andrés. Eres un asesino sádico.

—Sí, lo reconozco, lo soy. Me convirtieron en sádico en la ESMA. Pero

cenemos antes. Me he tirado toda la tarde preparando la cena para ti.

—Andrés..., tú y Barrera..., ¿por qué? ¿Por dinero? No nos hemos hecho ricos, pero teníamos un pasar. Nos iba bien.

Abrió los brazos y abarcó la habitación.

—¿Me preguntas por qué le hacía trabajitos a Barrera? Por esto, Líber, por lo que me queda de vida. Por estos objetos, por los libros..., por lo que me quitaron en Argentina. ¿Lo entiendes? No puedo ir a la cárcel, Líber. No podría soportarlo. Aunque sea una condena mínima, son muchos años para mí. Anda, ven, vamos a cenar de una vez.

Entonces sonó el timbre de la puerta varias veces. Un sonido que entonces creí perentorio. Todavía resuena en mis oídos durante mis cavilaciones insomnes. Recuerdo que me puse en pie. Guardé en el bolsillo de mi chaqueta el devedé de Urbani.

—¿Has invitado a alguien, Líber? No hay cena para tantos.

—Voy a abrir, Andrés.

—Estás en tu casa, Líber.

Lacrampe pasó dentro. Le acompañaban dos policías. Uno era la chica del despacho.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Lacrampe.

—Me lo ha confesado todo. Mató a Jenifer y trabajaba para Barrera. Pero se niega, no quiere colaborar.

Entonces se escuchó el disparo con toda nitidez. Todavía lo estoy escuchando. Una y otra vez. No recuerdo lo que ocurrió después. Todo está confuso, mezclado. Encontramos su cuerpo al lado de un cajón abierto, en una esquina de su inmensa biblioteca.

Poco después leí en los periódicos la noticia de la terrible muerte de Julia del Prado, esposa del conocido abogado español Gerardo Barrera, víctima de un accidente de coche en Los Ángeles, una noche de lluvia. Al parecer, el coche derrapó por exceso de velocidad y cayó a un barranco de veinte metros de altura, incendiándose después.

No creo que nunca se descubra la suerte de Aurelio Pescador, mi padre. Al entregarme el devedé de Urbani para que lo guardara, señaló cuál sería

mi destino.

Epílogo

El caso del asesinato de Nazaria Cepeda, Jenifer, se cerró con el suicidio de Feiman, una autoinculpación. Yo quedé libre de todo cargo. Durante algún tiempo salió en los periódicos el caso de un notable abogado mezclado con una prostituta a la que mató por celos. Lacrampe me invitó a pasar con ellos un fin de semana en la bonita casa con jardín y piscina en la que vivían en Jaén. Cholín estaría encantada de verme. Le dije que lo pensaría.

Traspasé el bufete a Murillo, el esposo de Ágata. Ahora se llama Murillo & Asociados. Yo acepté un puesto de profesor ayudante en una universidad privada. Daba clases todos los jueves.

Tiempo después, una noche, sonó el timbre de la puerta de mi casa. Me encontraba en la cama leyendo *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, de Bronislaw Malinowski. Un estudio sobre el castigo y las leyes más primitivas, las de los pueblos de las islas Trobriand, al nordeste de Nueva Guinea. Durante la década de los treinta, Malinowski, un antropólogo polaco, convivió con los aborígenes estudiando la criminalidad y su castigo, leyes primitivas que ponían de manifiesto la necesidad del derecho en cualquier comunidad humana. Con ellas se impide que la voluntad del monarca absoluto, del tirano, rija los destinos de la sociedad. Ya les había dicho a mis alumnos que la próxima clase trataría sobre ese asunto.

Abrí la puerta. Era Cristina. Traía consigo la pequeña hornacina con la efigie de la *madonna di Polsi*, que ya había intentado regalarme. Le llamó la atención que mi vestíbulo estuviese vacío. Le dije que así se encontraba el resto de la casa, menos el dormitorio. Además, la estaba vendiendo. ¿No

había visto el cartel de «Se vende» colgado del balcón?

Ella me dijo:

—No me decidía a venir, Líber, perdona. Leí lo de tu socio en los periódicos hace tiempo. Pero no me atrevía, pensaba que ibas a enfadarte si venía a verte. Lo he intentado dos o tres veces. Lo de tu socio ha debido de ser terrible para ti, ¿verdad?

—Sí, muy terrible. —La hice pasar.

Me entregó la hornacina.

—Líber, te ayudará y te librerá de todo mal. Acéptala, por favor.

—Gracias, Cristina.

La llevé al dormitorio, la coloqué sobre la mesita de noche.

De pronto, Cristina me abrazó.

—Te amo, Líber. Te quiero desde que te vi. Estoy enamorada de ti, te quiero con locura.

Se separó de mí, bruscamente se dio la vuelta e intentó marcharse. Se lo impedí.

—¡Me da vergüenza, por favor, deja que me vaya!

La abracé. Me miró con ojos asustados.

—Yo también te quiero, Cristina.

—¡Oh! ¿De verdad?

La besé. Nos besamos un buen rato ante la virgen.

Por la mañana me afeitaba en el cuarto de baño después de ducharme. Tenía que ir a clase a primera hora. Sonó el timbre de la puerta. Cristina abrió. Habló en italiano con alguien. Luego escuché su voz:

—Líber, ven un momento, por favor.

Cristina se había vestido como si fuera a acudir a una fiesta. Abrazaba la pequeña hornacina con la madonna di Polsi, del santuario de San Luca, donde se realizan las grandes ceremonias de mi *famiglia*.

La rodeaban una mujer y tres hombres serios, recién llegados de Italia. Los tres, *uomini d'onore*. La mujer era Charo, me sonreía.

Y me dijo:

—Esta es la deuda que tienes con tu padre, con Aurelio, Liberto. ¿Lo

sabes?

—Sí, lo sé.

Lo comprendí enseguida. Había llegado el momento. Aurelio ya me lo había anunciado. Era inevitable.

—¿Estás preparado, *amore mio*? —insistió Cristina

—Sí, lo estoy.

Uno de los hombres me puso el anillo de Aurelio, el de *grande mastro* de la logia del Pez Plata. Inmediatamente se arrodillaron ante mí. Cristina y Charo también. Me fueron besando el anillo con gran veneración.

Salobreña (Granada).

Julio 2011 - septiembre 2012

Apéndice I

Comisión Parlamentaria Antimafia

República de Italia

Documentación reservada

Fecha: SEP/2006

El 14 de abril de 1991 un hombre de la familia Urbani, perteneciente a una *ndrine* de la *'ndrangheta* de San Luca (Calabria), llamado Attilio Benvenuto, viajó a Bogotá, capital de la República de Colombia. Su objetivo aparente era presentarse a una licitación pública para conseguir una contrata de recogida y reciclado de residuos domésticos e industriales de la ciudad. Benvenuto representaba a un conglomerado de empresas, registradas con el nombre de Compostelari y Asociados, S. L., con sede en Roma. Una de las empresas que conformaba Compostelari era filial de la Corporación Bancaria Aristos, llamada Inversiones y Proyectos Continentales.

Benvenuto portaba documentación legal que lo facultaba para firmar compromisos comerciales en nombre del consejo de administración del mencionado grupo empresarial. El *capo famiglia* viajó a Colombia con su secretaria personal, Isabella Donatti, en realidad una prostituta de lujo, y un asistente, Antonio Viecco, quizás uno de los nombres supuestos del máximo responsable de seguridad de la *'ndrangheta*, cuya auténtica personalidad aún se desconoce.

La delegación se hospedó en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, el Imperator. Al segundo día de su llegada, Attilio Benvenuto se entrevistó en sus habitaciones con Toño Urbietta, un abogado de la firma Spencer & Urbietta, residente en Miami y en realidad representante de los hermanos

Carranza, cabecillas de un cártel de narcotraficantes colombianos cuyas tapaderas eran negocios legales relacionados con la cría de caballos purasangre y la exportación de café y pescado congelado.

Toño Urbietta y Attilio Benvenuto firmaron un convenio legal mediante el cual la empresa naviera Traveler Transoceánica, con parte del capital perteneciente a la Corporación Bancaria Aristos, con sede en Panamá City, se comprometía a embarcar en el puerto de Panamá y desembarcar en Vigo (España) cuarenta toneladas de café, en sacos de veinte kilos, para su distribución en Europa. Los cuarenta mil kilos pertenecían a más de una docena de productores de café de Colombia, Brasil, Panamá, Guatemala y México, reunidos en una sociedad, CAR (Cafeteros Americanos Reunidos), con sede en Miami. La empresa que efectuó la compra, DISCAFESA (Distribuidores de Café, S. A.), con sede en Barcelona (España), pertenece al grupo bancario Aristos, lo mismo que la empresa aseguradora del flete, Mundial Seguritas, que también posee participaciones de dicho grupo.

En realidad eran solo treinta y cinco mil kilos de café. En un contenedor especial viajarían cinco mil kilos de cocaína con un grado de pureza del 85 por ciento, disimulada en envases plásticos de un kilo, camuflados en los sacos de café para evitar que los perros antidroga los detectasen. Iba a ser el cargamento de cocaína más grande jamás realizado hasta entonces por una sola familia mafiosa.

Mientras Attilio Benvenuto asistía a las reuniones con los expertos del municipio bogotano y presentaba el proyecto de recogida y reciclaje de residuos, ultimaba el embarque del café, completamente legal, y discutía los montos totales del dinero que la familia de la *'ndrangheta* iba a cobrar por transportar la droga a España. Más tarde, las organizaciones locales de España, Holanda y Alemania se encargarían de repartirla por Europa. El cometido de la *'ndrangheta* era solo el transporte, y no la distribución al menudeo. Si algún miembro de la familia tenía la tentación de la venta al por menor, era severamente castigado.

La cantidad que cobraría la familia Urbani se fijó en mil dólares el kilo de cocaína transportada —a pesar de que la cotización habitual oscila entre mil trescientos y mil quinientos dólares—, lo que hacía un total de cinco millones

de dólares. El 40 por ciento de esta cantidad sería entregado antes de la operación, el 60 por ciento restante, al finalizarla. Una parte fue ingresada en Nassau, en una sucursal del Crédit Maxim, en la Stevenson Street, 27, a nombre de varias empresas dedicadas, teóricamente, a la captación de inversiones y estudios de mercado. El resto se libró en talones conformados, con el destinatario en blanco, registrados como pago de «servicios y deudas» realizados a varias empresas inscritas legalmente. Investigadas estas empresas, resultaron estar vinculadas a miembros de la familia mafiosa Urbani, de la *'ndrangheta* calabresa.

Los más de treinta y cuatro paraísos fiscales existentes actualmente en el mundo, creados solo para el lavado de dinero, escapan a las investigaciones de las autoridades de Hacienda y la policía antimafia, ya que las legislaciones de esos países impiden el desvelamiento del secreto bancario. Sin embargo, fue detectado por los servicios de investigación de los *carabinieri*, en colaboración con la policía española y la Interpol, un ingreso de dos millones de euros en la Banca Spencer & Ortega, sita en Gibraltar, Oxford Street, n.º 4, camuflados como seguro de inversión para la construcción y explotación de dos hoteles de lujo, una urbanización y un puerto de amarre en la localidad de Salobreña (Granada, España), que serían reembolsados, y por lo tanto lavados, en el momento en que lo decidiera la familia. Ellos recompraría la inversión, menos los gastos de trámite y pago de intermediarios, en caso de que no se realizase.

Tras los sucesivos cortes en la droga, las primitivas cinco toneladas de cocaína desembarcadas se transformarían en un mínimo de veinte toneladas, con un índice de pureza de entre el 8 y el 16 por ciento, distribuidas en pequeñas cantidades y repartidas en todos los países, ciudades y pueblos de la comunidad europea.

Si la operación de transporte de droga salía bien, como todo el mundo esperaba, reforzaría el prestigio de la *'ndrangheta*, que a partir de entonces se encargaría casi en exclusiva del transporte de droga desde Latinoamérica hasta Europa, el mejor y mayor consumidor de cocaína del mundo. El mercado estadounidense y canadiense era coto cerrado de los cárteles mexicanos.

La obsesión número uno de los productores de la droga es la seguridad en el transporte. La mercancía debe llegar incólume desde donde se produce hasta donde se consume. Antes de 1991, las detenciones y registros de cargas de drogas eran frecuentes por chivatazos y pactos entre los organismos antidroga mundiales y miembros arrepentidos de las organizaciones mafiosas encargadas del transporte. En ese aspecto, la *'ndrangheta* tenía el más bajo palmarés de traiciones. Entre 1985 y 1990 había habido sesenta y nueve traiciones de miembros de la Cosa Nostra, veintinueve de las organizaciones turcas, con sus aliados rusos y afganos, y ninguna de la *'ndrangheta*, lo que era una garantía para los cárteles.

Los servicios internacionales antidroga ya habían detectado, a partir de 1964, un cambio en las rutas de la droga a Europa. A comienzos de los años sesenta, fue Francia (la «conexión francesa») el lugar donde arribaba la heroína desde Turquía y Asia Central, pasando por Sicilia. Desde la década de los años setenta, se van modificando los hábitos de consumo de estupefacientes. La heroína se va sustituyendo por cocaína. Y la irrupción en Europa de la cocaína que viaja desde América Central comienza a realizarse a través de España, utilizando las viejas rutas del contrabando de tabaco.

A partir de 1991, el abundante tráfico de cocaína desde América Central, sobre todo de Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador, hasta España se supera año tras año, hasta alcanzar actualmente (2006) la cifra del 80 por ciento de la totalidad de la droga consumida en los países más desarrollados de Europa. Esto nos hace suponer que el boom de la construcción en España e Italia se ha debido a la presencia masiva de capitales lavados, provenientes del dinero sucio generado por el narcotráfico.

La permisiva legislación española en materia fiscal y la amplitud de sus fronteras terrestres y marítimas han beneficiado la distribución de droga desde España hacia el resto de Europa, realizada por carretera por mafias locales, que son las responsables del reparto al por menor. El resultado ha sido que España se ha reforzado, aún más, como el destino principal de la cocaína consumida en Europa; es decir, el distribuidor mayor de esa droga en el continente europeo. También estamos en condiciones de afirmar que al menos desde 1991 la *'ndrangheta* calabresa se ha erigido en la principal

organización mafiosa encargada del traslado de droga al continente europeo, sin que excluyamos a otras organizaciones mafiosas.

Si la seguridad en el transporte es una obsesión para los productores de droga, el lavado de dinero es la otra. Esto se soluciona, en parte, gracias a la actuación de expertos abogados y la existencia de los paraísos fiscales, a los que añadimos la directa connivencia de grandes bancos y *trusts* financieros. El silencio cómplice de las instituciones bancarias fue, y es, fundamental para la distribución y venta de la droga, ya que provee de fondos a las partes que forman la pirámide del tráfico mundial de estupefacientes. Sin ese silencio cómplice, sería prácticamente imposible el fenómeno de la droga en el mundo.

La organización de la producción, distribución y venta de droga es piramidal, formada a su vez por innumerables pirámides menores, dependientes unas de otras, hasta llegar a la última, que es la que tiene contacto con el comprador-consumidor. Este paga siempre en efectivo, y ese dinero tiene que ser guardado en los bancos, no puede almacenarse en sacos. Nadie compra casas, edificios o urbanizaciones aportando dinero físico en maletas o en contenedores. La legislación bancaria europea exige un control de las cantidades de dinero mayores de tres mil euros que se ingresan, o se extraen, de cualquier cuenta bancaria.

Según fuentes de la Interpol, la cantidad de dinero que se genera al año como resultado del tráfico de sustancias estupefacientes sobrepasa los cuatrocientos mil millones de dólares. La venta semanal de droga al menudeo, en cualquier ciudad europea importante, excede con creces el millón de euros. Ciudades como Madrid, Roma, Barcelona, Londres o Hamburgo, por poner ejemplos al azar, superan los dos millones de euros durante un fin de semana.

¿Qué ocurre con ese dinero? ¿Se guarda en sacos? Imposible: se ingresa en bancos. Pero ¿qué negocio puede justificar, ante las autoridades de Hacienda, tal ganancia constante? Todo distribuidor de cocaína —grande, mediano o pequeño— tiene socios y amigos que poseen bares, discotecas, boutiques, joyerías, restaurantes, etc., donde es difícil el control de clientes.

Estos «asociados» al negocio de la droga, que lo son a cambio de jugosos

tantos por ciento, ingresan parte del dinero del comercio de los estupefacientes en sus propias cuentas corrientes, fingiendo que provienen de las ganancias de sus negocios. Más tarde, ese dinero será transferido a las cuentas corrientes de los camellos o *dealers* más importantes, en paraísos fiscales o en cuentas numeradas de los bancos de Suiza, de Luxemburgo o Andorra, por citar algunos paraísos fiscales europeos.

Pero no es suficiente. Es imposible que la totalidad del dinero generado por la venta al menudeo de la droga, efectuada día a día, pueda justificarse de esa manera. Cualquier inspector de Hacienda sospecharía de los magníficos beneficios que producen, semana tras semana, determinados bares o discotecas o empresas de alquiler de autos, por poner unos cuantos ejemplos de las compañías tapaderas de los *pasadores*. La mayor parte del dinero de la droga penetra en los bancos por la puerta falsa, sin ningún subterfugio. Ese dinero tiene que ser invertido en negocios muy rentables para desaparecer de las cuentas corrientes y ser lavado. Nadie atesora dinero. El dinero existe para gastarlo.

Y esos negocios rentables son, en su mayor parte, inversiones inmobiliarias o turísticas.

Para lavar el dinero, una gran cantidad se reparte en bonos bancarios, no sujetos a inspección fiscal, talones de billetes aéreos en blanco o facturas falsas. Otra se oculta en cuentas numeradas y secretas. Y el resto, que es muchísimo, porque las ganancias de la droga se multiplican año tras año, se dedica a la diversificación empresarial. Es decir, a la compra de editoriales, productoras de cine y televisión, periódicos y revistas, supermercados, biocarburantes, compañías aéreas o agencias gubernamentales, etc., muy difíciles de detectar.

Pero sobre todo, y es necesario recalcarlo, se invierte en turismo y en la especulación inmobiliaria, cuya relación entre capital aportado y ganancias sobrepasa la lógica capitalista de la tasa capital invertido/ganancia.

Desde al menos 1965 (a partir de la llamada «conexión francesa»), el comercio de la heroína —droga dominante hasta ese momento en Europa—, realizado hasta entonces casi enteramente por la Cosa Nostra siciliana, empieza a modificarse con la inclusión de otras organizaciones mafiosas, que

introducen la cocaína, rompiendo el antiguo monopolio de los sicilianos y sus aliados de Asia Central, lo que provoca la expansión de la cocaína en detrimento de la heroína, que se produce en el centro y sudeste asiáticos.

El estudio comparativo entre la irrupción de nuevas organizaciones mafiosas en el tráfico de estupefacientes (sobre todo de la *'ndrangheta*) y el aumento del consumo europeo de cocaína ha sido verificado sin lugar a dudas. Por otra parte, la expansión vertiginosa en la construcción de urbanizaciones y centros turísticos en todo el mundo, sobre todo en la costa mediterránea española e italiana, Miami y México, no puede ser considerada un fenómeno ajeno al aumento del tráfico y el consumo mundial de estupefacientes desde 1965. América Latina se pone de moda en Europa. Sus productos son favoritos para el consumidor europeo. Sobre todo, la cocaína.

Apéndice II

Comisión Europea Antidroga

Europol

Bruselas, Bélgica. Reservado/Secreto: Oct 2006

Según un informe secreto de la Oficina Central de la Lucha contra la Droga de la Interpol, el cese inmediato y absoluto del comercio mundial de sustancias estupefacientes provocaría la quiebra de los más importantes bancos financieros del mundo y el desplome paulatino de la economía global, sostenida por la especulación y por la entrada masiva y constante del dinero de la droga.

Cálculos fiables de la OMS (Organización Mundial de la Salud) estiman el aumento anual en el consumo de drogas mundial en una media de un 200 por ciento, que alcanza, prácticamente, a todos los grupos sociales de los países desarrollados y a las capas medias y altas de las naciones en vías de desarrollo.

Según datos facilitados por la Interpol (2005), el país con mayor consumo per cápita de cocaína en el mundo es España, seguido por los Estados Unidos e Italia, cabezas en el ránking mundial. Una de las características más importantes de este tráfico es la estabilidad en los precios al menudeo. Desde al menos 1976, el precio del gramo de cocaína en las calles de cualquier ciudad o pueblo europeo es de cien euros, y de cien dólares en los Estados Unidos, sea cual sea el grado de pureza de la droga utilizada.

La disminución de incautaciones de alijos importantes de droga en nuestro continente es inversamente proporcional al aumento del consumo y, paradójicamente, a la ampliación en efectivos y tecnología de las fuerzas

policiales especializadas en la lucha antidroga. Es posible que esta inversión se deba a dos factores.

Primero: a la sustitución de las mafias tradicionales (la Cosa Nostra, Camorra, Sacra Corona Unita), en el transporte de cocaína, por las *ndrine* de la *'ndrangheta* calabresa, al menos a partir de 1991.

Segundo: a la participación cada vez mayor de los grupos bancarios en el blanqueo del dinero proveniente del tráfico de estupefacientes, mediante los canales habituales ya mencionados en anteriores informes confidenciales.

La *'ndrangheta* es la organización mafiosa más antigua de las existentes y la menos conocida. Su origen se remonta a la dominación española de Sicilia y Nápoles durante el siglo XIII, el llamado «reino de las dos Sicilias». La Calabria, una región situada en las estribaciones del Aspromonte, fue durante siglos la zona más pobre e ignorada de Italia, regida por poderosos terratenientes marcadamente feudales, al margen de las instituciones oficiales. A comienzos del siglo XX, la Calabria podía considerarse un enclave destinado a la emigración, dados sus índices de pobreza y miseria. Esos emigrantes, en todo el mundo, han seguido manteniendo contactos con su región natal a través de matrimonios y conservación de una cultura ancestral. A partir de la expansión mundial de la *'ndrangheta*, los emigrantes diseminados por el mundo se han convertido, a partir de las *ndrine* (clanes), en agentes e intermediarios de los negocios mafiosos.

Es muy posible que el origen de esos clanes se remonte a la dominación griega. En esa región italiana aún hoy día subsiste una lengua secreta de raíces griegas incomprensible para el resto de los italianos. La voz *'ndrangheta*, proveniente del griego arcaico, quiere decir «hombre de honor». La palabra se ha formado por la unión de dos vocablos: *ndran* —que derivó posteriormente en el griego helénico en *aner-andrós*, «hombre», cuya evolución posterior creó el patronímico Andrés, con el mismo significado—, y *gheta*, «honor y virtud».

La *'ndrangheta* ha estado sumida en la leyenda y en las habladurías de los viejos campesinos calabreses, muy dados a los cuentos. A partir del siglo XVIII se desarrolla y afianza junto a determinadas logias masónicas, como una sociedad secreta de resistencia al poder. Pero sus actividades fuera de la

ley no se detectan hasta enero de 1965, gracias a una delación de Pietro Carmine, del clan de los Ficcione de la Cosa Nostra siciliana, que ofrece información a cambio de impunidad al juez Tesalio Luccano, de la judicatura de Palermo.

El informe del juez a las autoridades centrales de la lucha antimafia es demoledor. La *'ndrangheta* ha colaborado con las familias de la Cosa Nostra y de la Camorra napolitana, en Italia, Alemania, Suiza y Estados Unidos desde al menos 1920. En estos momentos (2006) la subcomisión parlamentaria posee informaciones fiables de la presencia de esta organización mafiosa en España (desde 1960), Colombia (desde 1972), Alemania y Holanda (desde 1962) y Estados Unidos (desde 1920), sin descartarse otros países, como Australia y Nueva Zelanda.

Lo que contó Carmine en 1965 al juez Luccano parece más bien una leyenda. El informe, de más de cien folios, es remitido a esta comisión. Inmediatamente, una subcomisión es encargada de un minucioso estudio de la organización mafiosa, siguiendo las informaciones de Carmine. El informe subsiguiente, tras seis meses de investigaciones, es inquietante. La *'ndrangheta* se organiza a través de clanes familiares, unos ochenta y seis (los mencionados *ndrine*), cuyos miembros reciben diferentes grados de importancia dentro de su grupo, siguiendo los rituales y la simbología de las antiguas logias masónicas.

La pertenencia a la *'ndrangheta* depende de los lazos de sangre y parentesco. Y su organización es piramidal. Se realiza en el seno de una familia, bajo las órdenes de un *capo famiglia* con el grado de *mastro* (maestro) o grande *mastro*, lo máximo en el escalafón. De ese modo son aprendices, oficiales, maestros y grandes maestros, con una particularidad: las mujeres pueden acceder a cualquier grado, siempre que cumplan las reglas, que son muy estrictas.

Por otra parte, los grados más altos pueden heredarse en casos excepcionales, siempre aceptados por la Provincia, reunión de jefes de familias de las tres provincias en las que se divide la Calabria: Reggio Calabria, la parte del Jónico y la zona del Tirreno. Una instancia última, el Tribunal, reunión de *grandi mastri* (grandes maestros), ostenta el máximo

poder. Ellos deciden las sanciones, las grandes líneas económicas y financieras y los nombramientos de los jefes en el extranjero. Un *capo di tutti capi*, con poderes inapelables y absolutos, es nombrado por los miembros del Tribunal para ejercer la jefatura. Según los informes de la judicatura italiana y la Comisión Antimafia del Parlamento, el actual *capo di tutti capi* sería Domenico Oppedisano, de setenta y nueve años, que pasaba por ser un honrado comerciante de tejidos en San Luca, Calabria.

El informe de la subcomisión resalta el carácter altamente secreto de la organización y de su infiltración en la estructura política, económica y social de esa región italiana. Se calcula que sus miembros en la Calabria alcanzan una cantidad de entre cuatro mil y cinco mil individuos, y unos diez mil entre los emigrantes y afincados en el extranjero.

Durante la década de los sesenta y más tarde de los setenta, la subcomisión va adquiriendo informaciones cada vez más precisas sobre la *'ndrangheta* y sus actividades gracias a los infiltrados. Entre 1965-1977, tres de estos agentes pagan con sus vidas al ser descubiertos. Los crímenes son rituales. Después de asesinados, son castrados, y sus miembros viriles, introducidos en sus bocas. La subcomisión encargada de la *'ndrangheta* sufre un revés. Prácticamente deja de aportar informaciones importantes. Hasta 1992 la subcomisión informa de que se cree que hay, al menos, dos mujeres en la alta dirección de la organización mafiosa. Sus actividades económicas, fuera y dentro de la ley, se van extendiendo más allá de las fronteras de la región y de Italia, hasta ocupar prácticamente todos los ámbitos económicos en al menos veinte países europeos. Hay fundadas sospechas de que se ha introducido también en Latinoamérica.

En 1998, un narcotraficante colombiano capturado por la DEA norteamericana, y casado con una calabresa de la *ndrine* Tanzano, Carmen Expósito, cuenta, en un largo informe, la participación de la *'ndrangheta* en el transporte de cocaína a Europa, al menos desde ese mismo año.

Pero la información más relevante se efectúa sobre su servicio interno de seguridad, dependiente del Tribunal, aportando datos de gran importancia. Según el capo colombiano, la *'ndrangheta* exige a sus miembros, en cualquiera de sus escalones, una estricta moralidad en sus vidas públicas,

impidiendo el escándalo, ya que la policía puede aprovecharse de eso y obligar al chantaje y las delaciones, tan frecuentes en otros grupos mafiosos como la Cosa Nostra siciliana, la Camorra de la Campania y la Sacra Corona Unita, de la Apulia.

Al parecer, la organización ha montado un servicio de información y control de sus miembros altamente preciso y cualificado, capaz de detectar anomalías que se salgan de lo que ellos llaman «comportamiento honorable». Su vida tiene que ser intachable. En caso contrario, son avisados una vez. Pero si persisten en su actitud, ya no hay más avisos. Son asesinados de forma expedita, sin más trámites.

A partir de 1998, la subcomisión especial sobre la *'ndrangheta* dio un giro copernicano a su investigación. Con la colaboración de los servicios de inteligencia, los funcionarios de las embajadas de la República italiana en todo el mundo y las autoridades locales de emigración, se han elaborado listas exhaustivas de emigrantes calabreses residentes en el mundo.

En el caso de España, se ha montado un servicio de información sobre los calabreses residentes en la baja Andalucía, Valencia y Alicante, Madrid, Barcelona, La Coruña y Santiago de Compostela. La mayor concentración se localiza en la costa mediterránea española y, sobre todo, en la localidad de Marbella (Málaga), dada su situación estratégica entre dos paraísos fiscales: Gibraltar y Tánger.

La subcomisión, en colaboración con la policía española, investiga en estos momentos (2006) tres grandes centros turísticos en vías de realización. Dos en España y uno en Marruecos. En primer lugar, el de Salobreña, en la costa granadina, y otro en Alicante (Levante), consistentes en urbanizaciones costeras, puertos de amarre, hoteles y campos de golf. El marroquí, de vastas inversiones, ocuparía una zona que incluye desde Tánger hasta Río Martín, con aeropuerto internacional y un puerto comercial planeado para ser uno de los mayores del Mediterráneo. Las infraestructuras turísticas ocuparían más de quinientos kilómetros de costa.

Sin embargo, se ha detectado un cierto retraimiento en las operaciones de especulación inmobiliaria en la costa mediterránea española, litoral italiano, en México y Miami, a causa del control bancario ejercido por las

organizaciones antimafia y antidroga, que desde el año 2001 están dedicando sus desvelos al seguimiento del dinero del narcotráfico. Al disminuir la llegada masiva del dinero de la droga a los bancos, se ha desatado la especulación bancaria sobre los bonos basura y las hipotecas de riesgo (de bajo costo), objeto de una especulación exagerada. El fenómeno, de ser cierto y prolongarse, provocaría una bancarrota y caída de ciertos grupos de bancos de inversión que han basado sus negocios en la llegada de capitales fáciles provenientes del lavado del dinero de la droga.

Según los últimos aportes de la subcomisión de la *'ndrangheta*, hay fundadas sospechas de que la organización mafiosa ha comprado o controla en la actualidad (2006) directamente bancos y sociedades de inversión, dirigiendo el lavado de dinero y, por lo tanto, las inversiones. De continuar la situación así, podría producirse un cataclismo financiero de proporciones desconocidas hasta la fecha.

Apéndice III

Centro Nacional de Inteligencia

Madrid, España. Reservado/Secreto: 16 marzo 2012

Recibido de: Comisión Europea Antidroga. Europol

Bruselas. Bélgica

Remitido: Suicidio ritual

Cadáver de hombre de raza blanca, con documentación a nombre de Constanzo Sparza Mecoluti, natural de Nápoles, Italia, nacido en 1940 y de profesión vendedor, soltero, encontrado en la habitación número 6 de la Pensión San Lázaro, en la localidad de San Luca, Calabria, Italia. Presenta corte limpio de pene, efectuado con navaja de afeitar, hallado en el suelo, y corte en la aorta que provocó su muerte casi instantánea. Puede tratarse de (nombres supuestos). Antonio Viecco, Arístides Cavalcanti, Pedro Silva López, Aurelio Pescatore o Pescador y Frank Stomato, un capo mafia que ha actuado desde al menos 1964 como ajusticiador volante bajo las órdenes de los clanes mafiosos de la *'ndrangheta* calabresa en tres continentes.

El cadáver, completamente vestido y en la cama de su habitación, no presentaba señales de lucha. Informe forense indica suicidio. Pasaporte con entrada y salida del aeropuerto de Barajas, Madrid, España, con sello entrada el 2 de febrero del presente año y salida 11 de mayo.

Rogamos investigación.



JUAN MADRID (Málaga, 12 de junio de 1947) es un escritor, periodista y guionista de cine y TV famoso, ante todo, por sus novelas policiacas protagonizadas por Toni Romano.

Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Salamanca, trabajó en varios oficios hasta desembocar en el periodismo en 1973. Ha sido redactor en revistas como Cambio 16, además de escribir numerosos reportajes en revistas nacionales e internacionales.

Publica su primera novela —Un beso de amigo—, en 1980, después de quedar finalista del premio convocado por la colección Círculo del Crimen de la editorial Sedmay. Ha publicado cuarenta libros entre novelas, recopilaciones de cuentos y novelas juveniles y es considerado uno de los máximos exponentes de la nueva novela negra o urbana europea. Su obra ha sido traducida a dieciséis lenguas.

Ejerce regularmente la docencia en instituciones de España, Francia, Italia, Argentina y Cuba, destacando entre otras la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños en Cuba y Hotel Kafka de Madrid.

Asimismo ha sido jurado en numerosos premios relacionados con la literatura

y el cine.

Algunos de sus títulos se han llevado al cine como *Días Contados* (dirigido por Imanol Uribe) o *Tánger* (realizada por él mismo). Ha realizado guiones para la televisión como *Brigada Central* (publicados posteriormente como una serie de novelas).

Es uno de los escritores de novela negra más considerado por la crítica: «En cualquier quijada ensangrentada hay matices, y con ellos trabaja Juan Madrid, que reúne una gavilla de crímenes de la España profunda» (J. Goñi, *El País*)